CARLOS PEREYRA

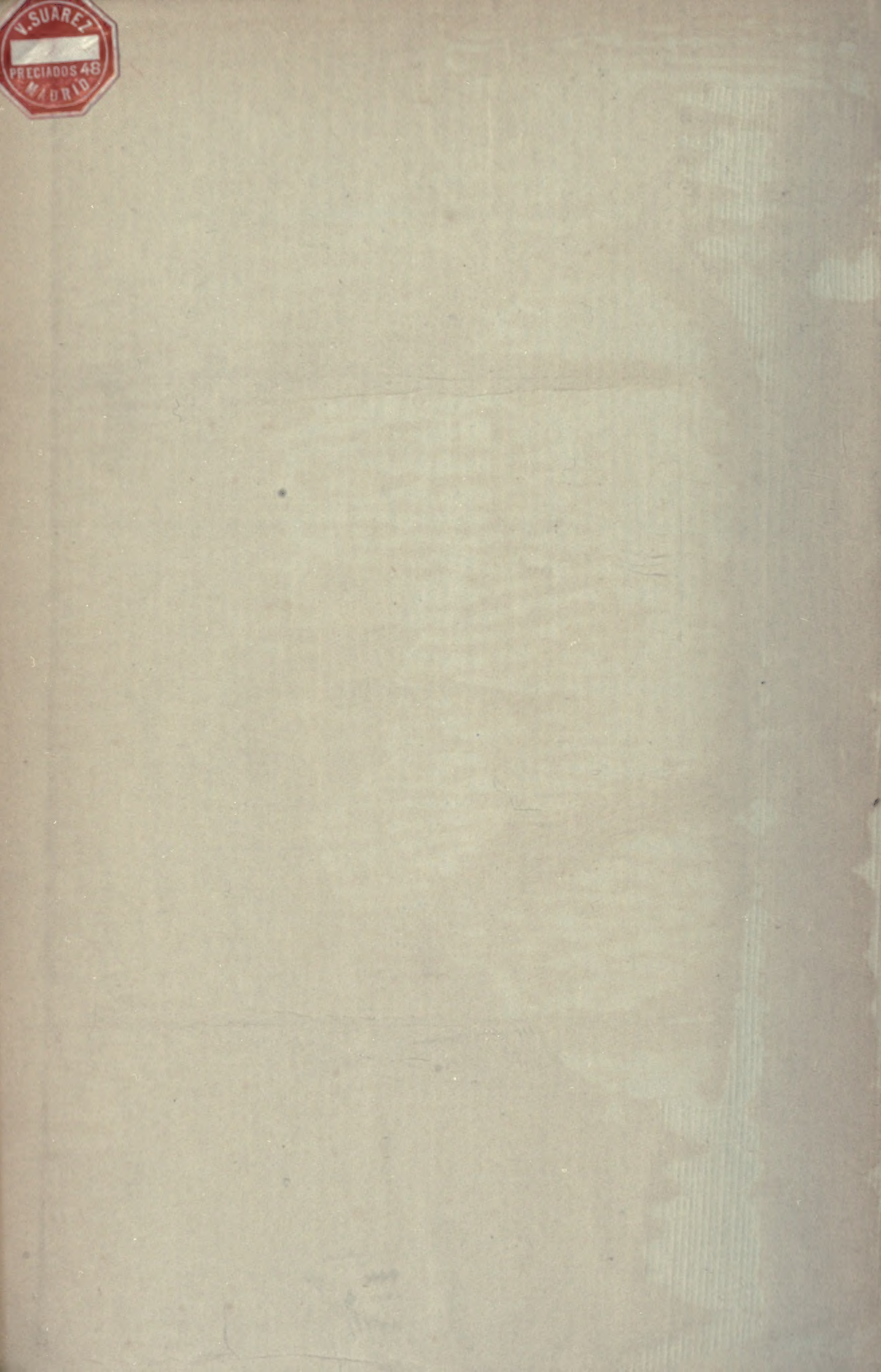
HISTORIA DE AMÉRICA ESPAÑOLA

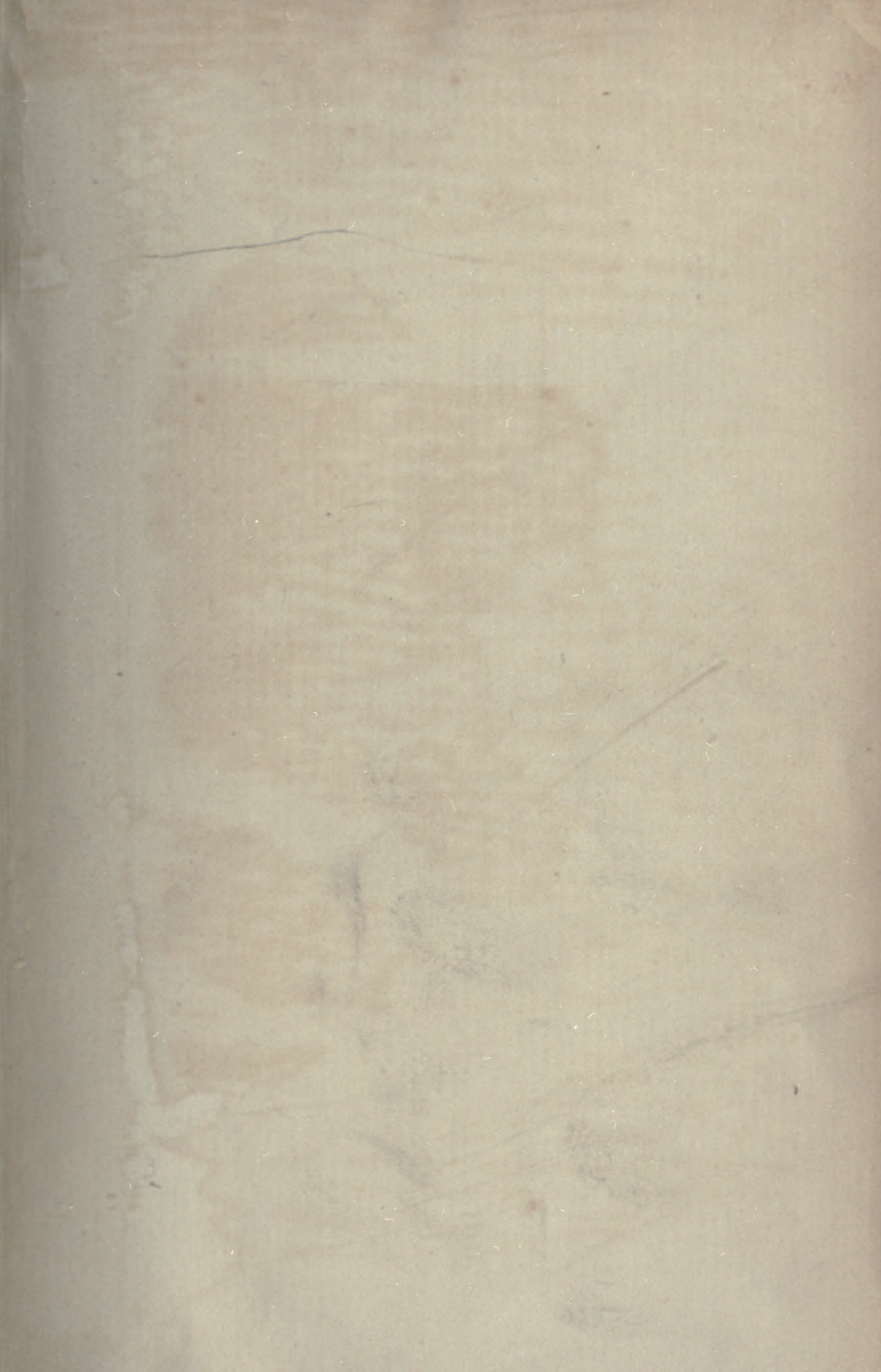
TOMO I

DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACIÓN DEL NUEVO MUNDO

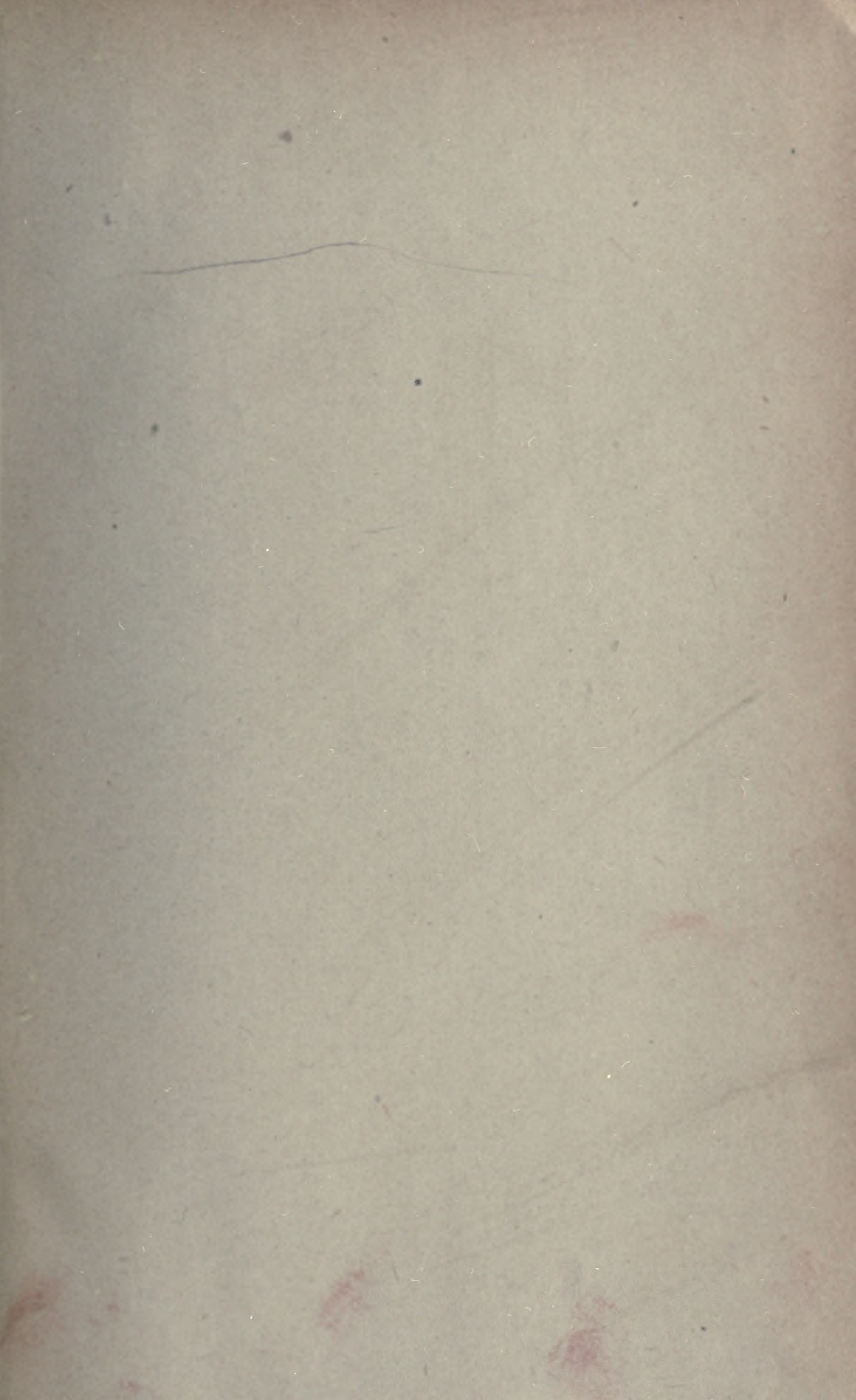


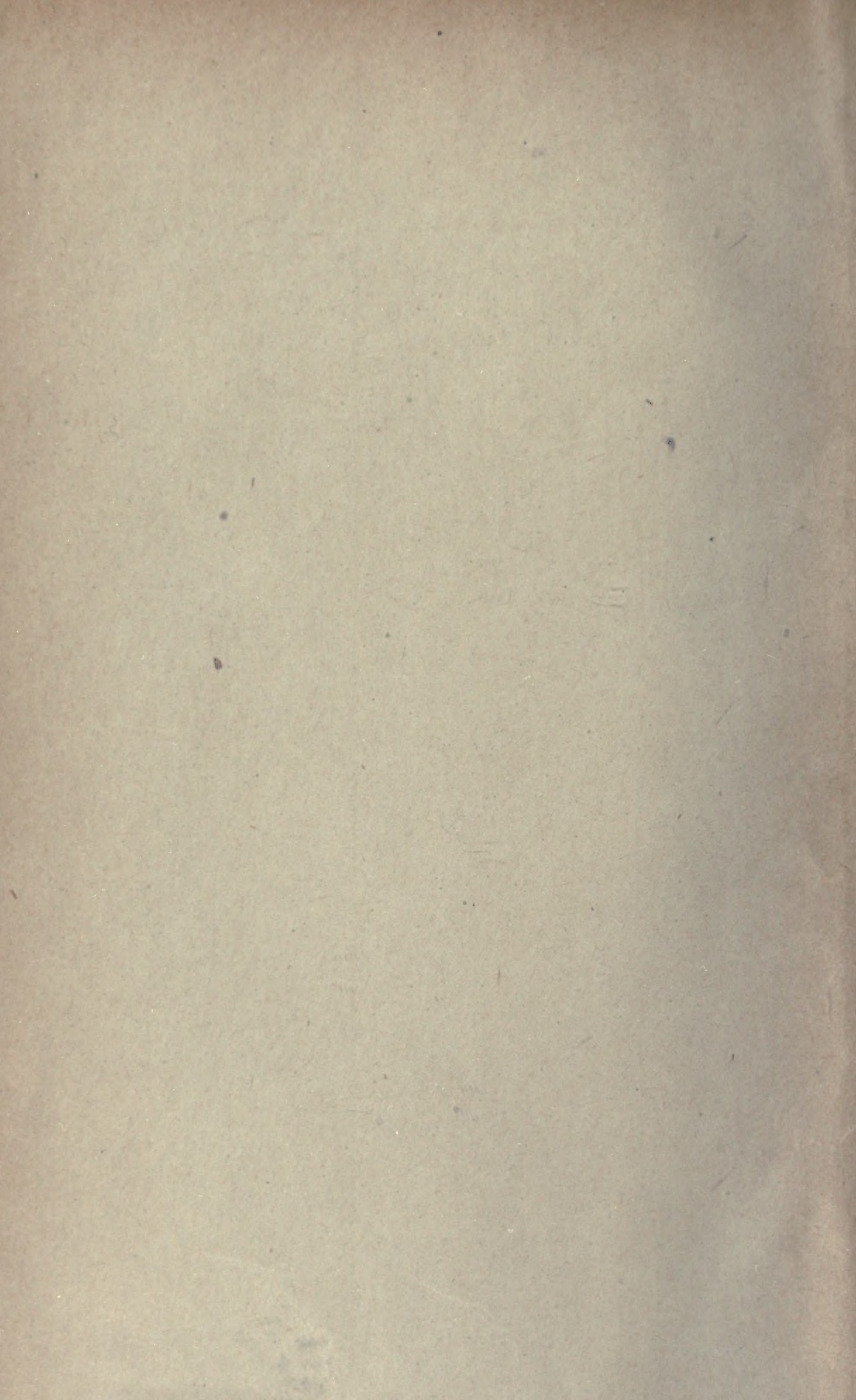
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.
MADRID

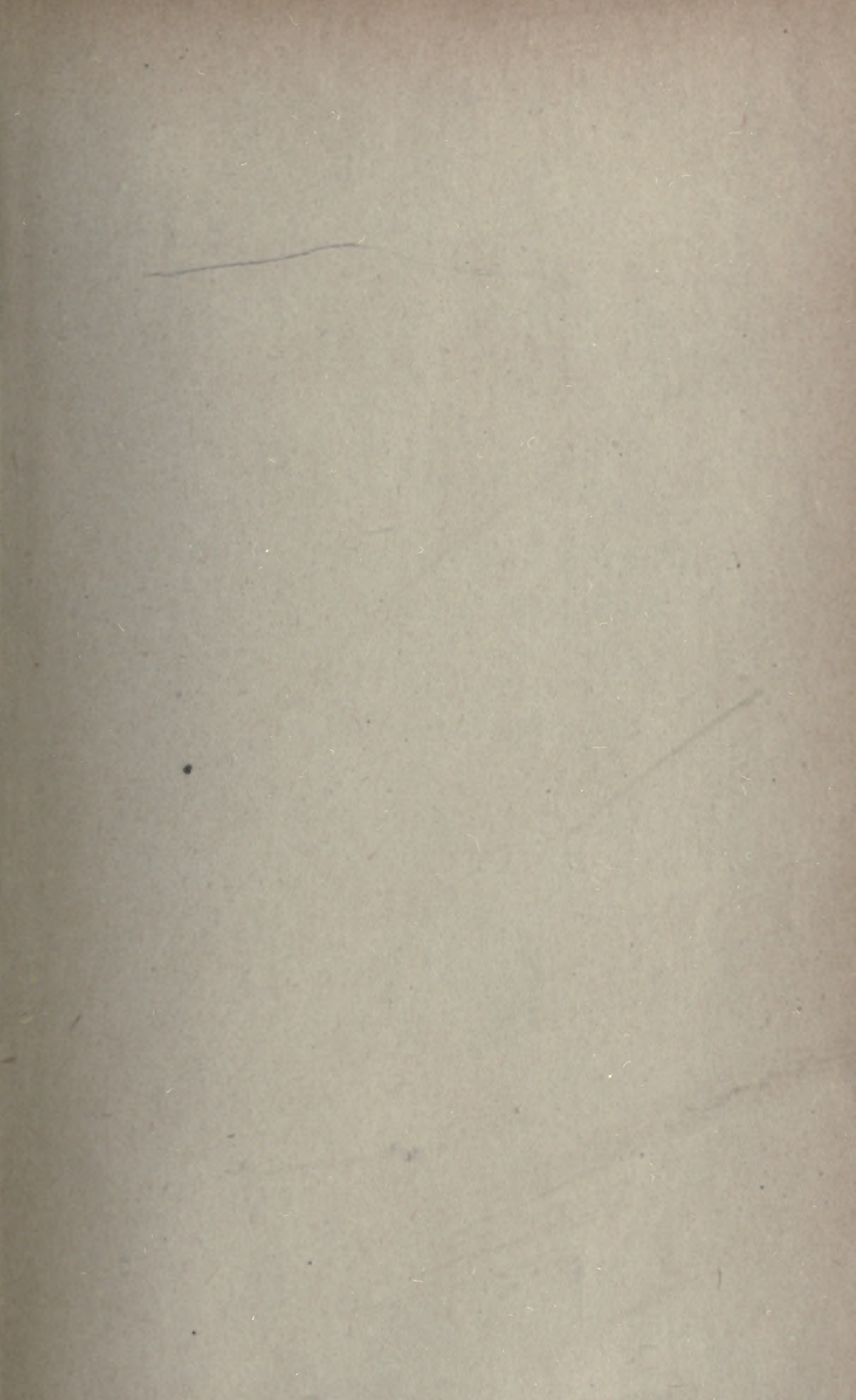

V. SUAREZ
PRECIADOS 48
MADRID

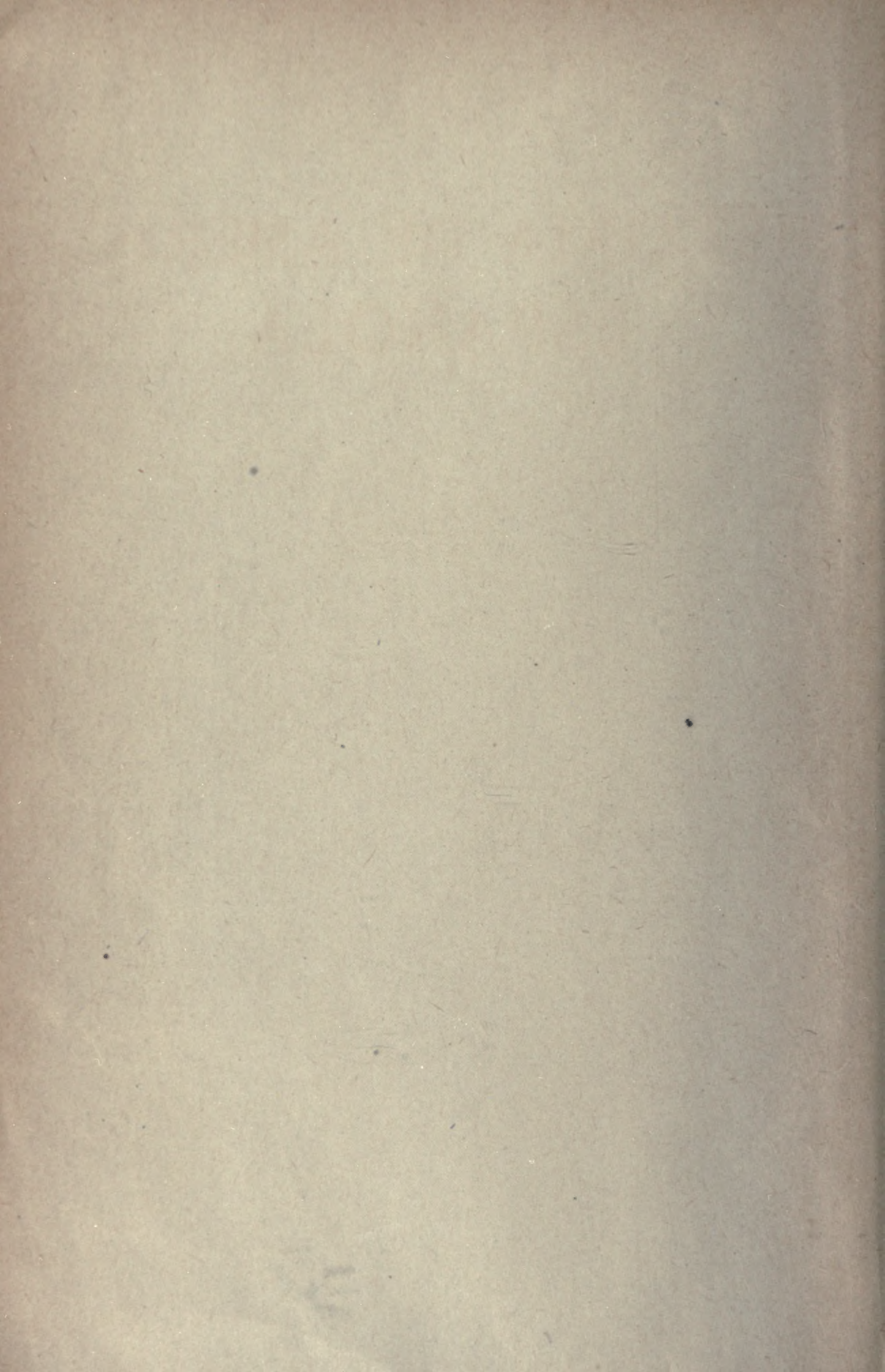












CARLOS PEREYRA

HISTORIA DE AMÉRICA ESPAÑOLA

TOMO I

DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACIÓN DEL NUEVO MUNDO

ILUSTRADO CON 95 GRABADOS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A
CASA FUNDADA EL AÑO 1876
MADRID

Imprenta de Fortanet. Libertad, 29.

NOTA PRELIMINAR

ESTA obra es esencialmente vulgarizadora, y su autor no pretende lograr en ella sino los fines propios de una labor educativa; a saber: la claridad y el método. Su aportación no es de verdades nuevas, pero sí de verdades ignoradas de la generalidad.

Desde que el benemérito marino español D. Manuel Fernández de Navarrete publicó su monumental *Colección de viajes*, dando con ella un impulso prodigioso a la literatura del descubrimiento de América, el esfuerzo máximo en este género de trabajos corresponde a historiadores extranjeros, principalmente a los de lengua inglesa (1). Han publicado, en efecto, numerosos libros, ya de amenidad pintoresca, como los de Washington Irving, no superados por ciertas cualidades literarias; ya de investigación original, como las obras de Harrisse y de Vignaud; ya de exposición metódica, como la de Fiske, en cuyos dos volúmenes hay una completa historia crítica y narrativa de las empresas geográficas, no sólo de España, sino de todos los pueblos que contribuyeron a la exploración del Nuevo Mundo.

Los españoles han escrito también, y han tratado magistralmente ciertos problemas, como los que dilucidó el marino D. Cesáreo Fernández Duro, y los que aclaró, con tanta brevedad y maestría, el profesor de Sevilla D. Manuel Sales Ferré; pero es indudable que, fuera

(1) Sería injusto omitir en la primera página de un libro sobre el Descubrimiento de América, el nombre de D. Juan Bautista Muñoz, cuya monumental compilación inédita ha sido la cantera de donde se extrajo más de un libro famoso.

del campo fecundo y original, aunque limitado, de la monografía, los escritores de lengua española han dejado a los de otros países el estudio comprensivo de la historia del descubrimiento, que, aun en la forma compendiada de Günther, ofrece un cuadro de conjunto de los hechos. Esta deficiencia histórica de obras en español sobre el cuadro del descubrimiento de América, es debida tal vez a un concepto erróneo que limita el acontecimiento a la obra personal de un solo individuo en un solo viaje, o, a lo sumo, en una serie de viajes marítimos.

Ahora bien, el descubrimiento de América es un acontecimiento secular que no se consuma con las expediciones de Colón. Comprende todas las que se efectuaron desde 1492 hasta que, a mediados del siglo XVI, quedó delimitada en gran parte la forma del Nuevo Continente, y realizada, en gran parte también, la penetración a los países americanos. Más aún. Se dice, y con razón, que la obra del descubrimiento de América no quedó completa, por lo que respecta a los mares árticos, sino en el transcurso de dos siglos, y que desde el norte de California se extendía una zona de misterio y conjetura para los geógrafos, que no fué conocida sino en el siglo XVIII; pero la obra colosal de España quedó realizada en menos de cincuenta años, y esa obra fué suficiente para revelar la existencia del Nuevo Mundo.

La historia del descubrimiento de América como una de las grandes divisiones de la Tierra, deberá comprender, por lo tanto, una relación continua de las exploraciones geográficas efectuadas desde el primer viaje de Colón hasta que la cartografía española obtuvo la delineación general de las dos masas continentales americanas.

Una de las causas de que este asunto de estudio se trunque y ramifique, es, sin duda, la mayor importancia que adquirió el hecho militar, a expensas del hecho geográfico, cuando empezó la penetración en el Continente. La proeza del explorador fué paulatinamente eclipsada por la proeza guerrera de tono épico, sobre todo por la de Cortés en el Anáhuac y por la de Pizarro en el Perú. Y se olvida que estos

guerreros fueron exploradores. ¿Por qué no se estudia su acción bajo un aspecto netamente geográfico? El autor de este libro cree que debe desligarse ese aspecto, y considerarlo en sí mismo, no sólo como elemento capital de la historia de América, sino también como elemento capital de la historia humana. Nos hallamos en presencia de una imposición del método, a la que se sujeta todo expositor concienzudo de los hechos en cuantos libros de esta índole salen a luz de algún tiempo a esta parte. Pero, aun cuando no fuera así, la contribución de España como descubridora no tiene paralelo, y ha dado origen a una literatura especial en el extranjero, cuyos resultados son ignorados sólo en los paises de habla española. Humboldt, sabio, historiador y americanista, consideraba único en la Historia el impulso dado a todos los órdenes de la cultura por las empresas geográficas de los pueblos ibéricos en los siglos XV y XVI. Si todo el aspecto mental de la civilización europea sufrió una renovación por efecto de esas exploraciones, y si los historiadores más eminentes las han estudiado, ¿no merecerán una atención especial por parte de los pueblos iberoamericanos?

Lo que es de interés puramente científico para naciones extrañas a aquellas empresas, para los pueblos mismos que las efectuaron, y para los que nacieron a la vida social como resultado de las exploraciones de los siglos XV y XVI, no es sólo una cuestión cultural de las que ennoblecen el espíritu, sino uno de los elementos esenciales de la vida moral, pues las nociones correspondientes de geografía histórica constituyen para todos ellos la base misma de su existencia nacional.

Obras de este género, por imperfectas que sean, deben ser consideradas, aun más que como indispensables, como ineludible deber de contribución a una labor inmensa que demanda esfuerzos perseverantes y múltiples para llegar por sucesivos aciertos a la depuración completa de verdades históricas fundamentales. Estas se hallan envueltas todavía en sombras de datos erróneos, de falsos conceptos,

de prejuicios personalistas y de inexactitudes en la estimación de las ideas sintéticas. Los hechos fundamentales de la geografía histórica de América, requieren todavía una labor en gran parte rectificativa. Por esto, a la vez que se exige un gran esfuerzo de crítica, hay que impender otro no menos agotante, para que no se vicie el interés humano de los hechos en el ambiente caliginoso de la polémica. El desarrollo de la exposición presenta, por lo mismo, dificultades que no existen cuando se trata sólo de resumir noticias ya depuradas por la crítica.

* * *

El libro se divide en cinco partes:

I. Comprende la primera todo lo relativo a la empresa de Cristóbal Colón, desde su viaje a las Lucayas y Grandes Antillas, hasta el descubrimiento de Veragua. Esta parte se llama *La quimera geográfica de Cristóbal Colón*, porque la Historia no pide simplemente un estudio de exploración en zonas del espacio, sino la representación del conjunto de ideas y emociones del Almirante. Colón buscaba la ruta a las Indias —si no al partir, después de haber llegado a las Lucayas—, y creía haber pisado tierra asiática. En esa creencia murió. Para comprender la obra colombina —y aun simplemente para sentir la emoción estética del impulso inicial— hay que ver la posición paradójica del Almirante, que es a la vez objetivamente un revolucionario de la Geografía y un negador de sí mismo, por su apego al ensueño de la concepción medioeval.

II. La parte que sigue, *El enigma de Américo Vespucio*, abarca los puntos más apasionantes y los más apasionadamente discutidos en relación con la historia del Nuevo Mundo. Al tratarlos, el autor no ha perdido de vista una consideración, de la que se habla anteriormente, y es que, mientras pueblos ajenos a los descubrimientos les han consagrado una actividad histórica notable, no sólo de erudi-

ción, sino de sentido popular, los de habla española apenas si los tratan, y esto como tema de reyertas personalistas. Una discusión amplia, más amplia que la de este trabajo, puramente expositivo, y con méritos de erudición que aquí faltan, tendrá que imponerse como índice de cultura, y es ya reclamada con exigencia imperiosa por todos aquellos espíritus formados en un criterio de nociones exactas, que para enterarse de estas materias necesitan acudir a obras francesas, inglesas, alemanas e italianas. ¿En cuáles si no podrían hacer su preparación los profesores de escuelas y liceos? Un libro como éste, carente de otros títulos que los de una presentación concienzuda de los resultados de la crítica, en forma accesible a la generalidad, puede sólo por eso merecer el favor de los lectores y atraer una atención sostenida hacia los temas capitales del Descubrimiento, entre los que se destaca el que ocupa la segunda parte de nuestro trabajo. Y puede, asimismo, digámoslo para no repetirlo, merecer la benevolencia a que es acreedora toda tentativa de renovación de los temas de la enseñanza.

III. La primera parte comprende los cuatro viajes de Colón, y la segunda se cierra con los dos de Vespucio a la región ístmica, en unión de Juan de la Cosa. Tenemos, pues, un periodo que va desde 1492 hasta 1507. La tercera parte se abre con las tentativas de colonización en esa misma región ístmica, tierra de riquezas auríferas, donde se realiza uno de los grandes acontecimientos de la historia americana y de la historia geográfica del mundo: el descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa. Este hecho abre en 1513 una nueva concepción geográfica, y aunque se le ha magnificado erróneamente, considerándolo como resultado final, es difícil estimarlo en todo su valor, como lo que representa efectivamente; esto es, el punto de partida de una orientación cuyo acierto se reveló pocos años después.

IV. La parte que sigue se dedica a la empresa de Magallanes, considerada en el más importante de sus múltiples aspectos, que es, sin duda, el de fijar definitivamente el carácter propio de América

como un conjunto especial, independiente de Asia, o, en otros términos, como un mundo situado entre los dos extremos del antiguo. Esta noción no es perfecta todavía en 1522, y tarda mucho en desvanecerse la idea de la dependencia del Norte de América como prolongación de las tierras asiáticas; pero la travesía del Océano Pacífico es un hecho decisivo.

V. A la vez que Magallanes alcanza en su mismo fracaso el resultado geográfico de la determinación de un mundo nuevo que se interpone en la ruta hacia el antiguo, Cortés inicia los grandes movimientos de penetración continental. En esta quinta parte se verá brevemente cómo adquiere el Nuevo Mundo una importancia propia, y cómo se desvanece el espejismo asiático, para ser sustituído por las realidades maravillosas de Méjico y del Perú. Llegamos a los últimos pasos, no menos gigantescos que los primeros, pero más rápidos y continuados, de la empresa geográfica española. La obra se consuma hacia la mitad del siglo XVI, ya se ha dicho arriba, y con ella termina la narración contenida en estas páginas, aun cuando no se omite una indicación de esfuerzos posteriores, dirigidos al conocimiento de las costas norteamericanas del Pacífico, y al del paso entre ese mar y el Atlántico.

* * *

El autor se ha preguntado muchas veces si no sería preferible traducir obras extranjeras —la de Fiske. por ejemplo— en vez de intentar aciertos problemáticos. Ha persistido, sin embargo, en su albor, por varias razones. El que se escriba esta obra no impide que se traduzca otra de mérito real. No hay ningún daño en la abundancia. A la de Fiske, como a todas las de procedencia lejana, le falta algo que puede haber en estas páginas: una voz de acento español que afirme lo que acaso los anglosajones no sólo niegan, sino que son incapaces de ver, por una refracción hereditaria.

La Historia es presencia de almas, no simple rememoración externa de hechos materiales. Y he aquí por qué, a pesar de las deficiencias de este trabajo, a pesar de su articulación imperfecta, el autor puede pretender con justicia haber visto lo que otros ignoran, y acertar en donde los maestros han errado. Tal vez haya conseguido levantarse sobre las divinizaciones de la tradición literaria y sobre las parcialidades hostiles a todo lo español, llegando hasta la comprensión exacta de una grandeza ignorada o negada por los conductores y monopolizadores de la opinión histórica que nos viene de fuera. Ha pretendido destacar la figura estoica del marino español y del labriego español —del héroe anónimo—, que es, en realidad, el autor de todo este movimiento de expansión. En el ambiente de la historia de los nombres propios, saturado de mentiras consagradas como verdades, sentimos el potente aleteo de águila de los olvidados fundadores de naciones nuevas. Suya es nuestra sangre, y en el orgullo de la filiación encontramos, tal vez, una fuerza que nos da la videncia de la verdad histórica.



PRIMERA PARTE

LA QUIMERA GEOGRÁFICA DE CRISTÓBAL COLÓN

CAPÍTULO PRIMERO

El problema del primer viaje.

A principios de 1493, los Reyes Católicos se hallaban en Barcelona. Don Fernando adolecía de una cuchillada que le había dado en el cuello cierto loco llamado Juan de Cañamares. Estaba el Rey muy flaco —dice el cronista—, después de cuatro meses de enfermedad a consecuencia de la herida, cuando en el mes de abril, él y la Reina recibieron a Cristóbal Colón que regresaba de su primer viaje. Barcelona vió reunidos a los Reyes Católicos, patrocinadores de la empresa; a Cristóbal Colón, su iniciador, y a los dos primeros historiadores del Nuevo Mundo, Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo.

No podemos decir cuál fué la impresión de los barceloneses al presenciar la recepción que se hizo a Cristóbal Colón por los Reyes Católicos. Los archivos locales ignoran el hecho. Acaso sería comentado en la ciudad; pero ha de haber interesado menos que el suplicio con que se dió muerte al autor del atentado contra el Rey. Un acontecimiento que fué para la siguiente generación —y aun para los individuos de esa misma generación pocos años des-



RETRATO DE FERNANDO «EL CATÓLICO»

pués, el de significación más alta en la vida de la nación recién unificada—, tuvo entonces, por lo menos, dos testigos inteligentes que no dejarían de asignarle todo su valor. Pedro Mártir, letrado de fina

percepción, lleno de interés por toda emoción intelectual, escribía el 14 de mayo al caballero Juan Borromeo, conde de Arna, compatriota suyo:

«Cierto Cristóbal Colón, de la Liguria, ha vuelto de los antípodas occidentales. Mis Reyes le dieron sólo tres naves para ese viaje, porque juzgaban fabulosas las cosas que él decía. Trae muestras de muchos artículos preciosos, pero en especial de oro, que crían aquellas regiones de un modo natural» (1).

En carta posterior, del 13 de septiembre, dirigida al conde de Tendilla y al arzobispo de Granada, decía el mismo Pedro Mártir:

«Elevad el espíritu, ¡oh sapientísimos ancianos! Oíd un nuevo descubrimiento. Recordáis que Colón, el de la Liguria, estuvo en los campamentos (de Santa Fe, frente a Granada) instando a los Reyes para que se le enviase a recorrer en los antípodas occidentales un nuevo hemisferio de la tierra. Por fuerza tenéis que recordarlo, pues de ello se trató alguna vez con vosotros, y creo que contribuisteis tanto a la empresa, que sin vosotros ésta no se hubiera realizado. Colón ha vuelto, sano y salvo. Dice que ha encontrado cosas admirables. Ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones. Ha traído algodón y aromas... Caminando de Cádiz hacia el Occidente cinco mil millas de pasos, según afirma, dió con muchas islas.»

Los Reyes oyeron una larga relación del explorador. Como premio, lo confirmaron en el título y preeminencias de Almirante mayor de la Mar Océana, y por honra de la dignidad, le mandaron llamar D. Cris-

(1) Puede consultarse la traducción española de las *Cartas* y de las *Décadas* de Pedro Mártir, por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, 4 vols. Madrid, 1892. Es obra hecha con gusto y gallardía por el Dr. Torres Asensio, si bien se ve en esa prosa, llena de notables faltas de dicción, el espíritu infantil del seminarista divorciado de las realidades prácticas de la vida. Pedro Mártir, traducido a todas las lenguas, aguarda todavía un traductor español que nos presente el espíritu irónico, fuerte y sobrio del renacentista italiano.

tóbal Colón (1). Dieron instrucciones a D. Juan de Fonseca, arcediano de Sevilla, que tenía el cargo de las armadas, para que se aparejase otra bajo las órdenes del Almirante. De seguro lo que había impresionado más a los Reyes no había sido el oro ni los aromas, sino los indios y los papagayos, prueba palmaria de un exotismo asiático. En su carta del 15 de febrero, escrita desde la carabela, y enviada en marzo de Lisboa, Colón dijo que había estado en las Indias. Halló allí «muy muchas islas pobladas con gente sin número», y tomó posesión por Sus Altezas, con pregón y bandera real extendida. Menciona seis islas: San Salvador, Santa María de Concepción, la Fernandina, la Isabela, la Juana y la Española. La isla Juana era tan grande que pensó sería tierra firme y la propia provincia de Catayo; pero los indios insistían en afirmar que era isla. La Española le enamoró: «las sierras y las montañas, y las vegas y las campiñas, y las tierras tan fermosas e gruesas para plantar e sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar, aquí no había creencia sin vista, e de los ríos muchas e grandes e buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles e frutas e yerbas hay grandes diferencias de la Juana: en esta (la Española) hay muchas especierías, e grandes minas de oro e de otros metales.» Describe altísimas sierras de la isla como muy fértiles, «todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras, y altas, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la foja, según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan fermosos como son por mayo en España. Y dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según es su calidad; y cantaba el rui-

(1) Gonzálo Fernández de Oviedo y Valdés: *Natural y General Historia de las Indias*, lib. II, cap. VII.—*Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez, cura que fué de la Villa de los Palacios, y capellán de D. Diego Deza, arzobispo de Sevilla, cap. CXVIII. (Véase la cédula respectiva en el libro de D. Martín Fernández Navarrete: *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Madrid, 1825. 5 vols.)

señor y otros pajaricos de mil maneras, en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la diformidad fermosa dellas, más así como los otros árboles y frutos e yerbas: en ella hay pinares, e hay campiñas grandísimas, e hay miel e de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, e hay gente inestimábile número».

Colón era un poeta, un gran poeta de la naturaleza. Cuando llegó a Barcelona, ya la prosa del descubridor, cálida y vibrante, llena de encantadores ritmos, desordenada, pueril, bíblica y tumultuosa, había encendido la fantasía de la Reina, temperamento tan literario y tan genuinamente renacentista como el de su historiador Pedro Mártir. Y esa misma prosa de Colón, en la leve variante de su narración que contiene la carta a Gabriel Sánchez, fué el toque de atención con que la Europa culta recibió la noticia del descubrimiento, dada por el propio Almirante. Traducida al latín, la carta de Colón fué publicada en Roma, en París y en otras ciudades, e inspiró en Italia y en Alemania los primeros cantos a las tierras maravillosas (1) de los Reyes de España.

Colón había tocado un resorte de igual potencia para conmover el corazón de Sus Altezas: el de la religión. Presentarse en la corte con seis indios, era llevar padrinos para la continuación de sus empresas. Antes de llegar con ellos a Barcelona, el Almirante había empleado en su relación los términos de la sugestión infalible. «La gente desta isla e de todas las otras que he hallado, y ha habido ni haya habido noticia, andan todos desnudos, hombres e mujeres, así como sus ma-

(1) En Florencia se publicó, el 26 de octubre de 1493, un poema titulado *Storia della inventione delle nuove isole di Canaria indiane*. Un poema alemán, *Das Narrenschiff*, de Sebastián Brandt, fué publicado en 1494. En él se habla de las islas auríferas, pobladas por gentes desnudas, que había descubierto la nación española. (Véase Henry Harrisse: *Christophe Colomb*. París, 1884. 2 volúmenes, tomo I, pág. 419. —John Fiske: *The Discovery of America*. New York. 2 volúmenes, tomo I, pág. 449 y 450.)

dres los paren; aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar con una sola foja de yerba o una cosa de algodón que para ello facen. Ellos no tienen fierro, ni acero, ni armas, ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta e de fermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla. No tienen otras armas, salvo las armas de las cañas cuando están en la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo, e no osan usar de aquéllas; que muchas veces me ha acaescido enviar a tierra dos o tres hombres, a alguna villa para haber fabla, e salir a ellos dellos sin número, e después que los veían llegar fuían e no aguardar padre a hijo; e esto no porque a ninguno se haya fecho mal, antes a todo cabo adonde yo haya estado e podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas aun así témennos sin remedio. Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor, que darían los corazones, e quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, tengo por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé, por ello son contentos.» Hablar de aquellas gentes inofensivas y generosas era despertar un celo demasiado dispuesto ya de suyo a toda empresa de propaganda y conversión. Los Reyes Católicos, que acababan de unificar a España en la política y en la religión, sentirían no sólo como un objeto de emulación con los soberanos de Portugal, sino como el cumplimiento estricto de un deber apostólico, la conversión de los gentiles de las Indias, deber tanto más imperioso cuanto que la obra de propagación de la fe no tenía que pasar por los horrores de la guerra. Colón había encontrado la humanidad primitiva, el salvajismo puro de contaminación, la bondad ingénita que sólo aguardaba la fe. Los Reyes Católicos tenían que completar en las islas oceánicas la obra del Apóstol de las Indias, y llegar adonde no había alcanzado su pala-

bra. De los salvajes que acompañaban a Colón, uno se quedó en España para ser educado, y los otros fueron destinados para volver con el Almirante como auxiliares de la obra de evangelización. Inesperadamente, las importunidades de Colón, solicitante de auxilios para descubrir las tierras del Océano, exigían del nuevo poder creado por la unión de las coronas de Castilla y Aragón, una misión en el mundo ultramarino: *Plus Ultra*. Los Reyes acudieron al Pontífice de Roma, y se les expidió la celebérrima bula de que luego se hablará, creando los derechos para la propagación de la fe en las islas y tierras del Océano (1).

Colón llegaba, pues, de las Indias, de la tierra del oro y de la especería, de los países situados al Oriente del Gran Khan. Había llegado a ellos por la ruta del Océano, y no por la de Marco Polo, ni doblando el cabo austral del Africa, como los marinos portugueses.

¿Cuáles eran los datos en que se fundó el plan de aquel descubrimiento? ¿Con qué fines se había emprendido el viaje? ¿Qué interpretación dió el Almirante a su proeza geográfica?

Se dice que Colón había propuesto a los reyes de Portugal, Francia, Inglaterra y España, directamente o por medio de su hermano el cartógrafo Bartolomé, y a las Repúblicas de Génova y Venecia, alcanzar el Oriente siguiendo la ruta de Occidente, llegar, en suma, a los extremos del Continente asiático navegando directamente por el paralelo de las Islas Afortunadas o Canarias. Cierta escuela crítica niega la preexistencia de ese plan en la mente de Colón, y cree que el descubridor se propuso únicamente alcanzar ciertas islas situadas en el Océano, entre Asia y Europa.

Fernando Colón, o quien sea el autor de la *Historia del Almirante*, obra de cuya autenticidad no existen pruebas convincen-

(1) En mi libro, *El Imperio Español*, se estudiará detenidamente la citada bula de repartición, punto de partida de una era de expansión mundial en la vida de los pueblos europeos.

tes (1), presenta un dato que si no es histórico tiene el mérito de circunscribir la cuestión en los términos del buen sentido. Dice que Colón empezó a conjeturar en Portugal que, así como los portugueses navegaban tan lejos al Mediodía, podría navegarse la vuelta de Occidente y hallarse tierra en aquel viaje (2). ¿Qué tierra? ¿Cualquier tierra? Los historiadores, y entre ellos los de más exacta y copiosa información, dicen sin vacilar: las Indias. Así, Fernández de Navarrete, iniciador de la era crítica colombina, encuentra que el origen de los viajes y descubrimientos de los españoles «fué buscar un nuevo camino para la India Oriental por donde traer con mayor facilidad y presteza las ricas producciones que desde muy antiguo alimentaban el lujo de los europeos» (3). Pero el hecho es que en las capitulaciones concluídas entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, el 17 de abril de 1492, no se habla de las Indias. O no iba Cristóbal Colón en busca de las Indias, o el hecho se ocultó cautelosamente en ese documento y en los demás relativos. Las *Capitulaciones* entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, concluídas en Santa Fe de la Vega de Granada, hablan de lo que el Almirante «ha de descubrir en las mares océanas, y del viaje que agora, con el ayuda de Dios, ha de hacer por ellas» en servicio de Sus Altezas.

Los Reyes Católicos, en su calidad de «señores que son de las dichas mares océanas», hacen a Cristóbal Colón «su Almirante en todas aquellas islas e tierras firmes que por su mano e industria se descobrieren o ganaren en las dichas mares océanas». Se le nombra virrey y gobernador general en las islas y tierras firmes. Se le concede el décimo «de todas o cualesquier mercadurías, siquier sean per-

(1) Véanse las atinadas observaciones que hace sobre este libro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su ensayo *De los historiadores de Colón*. (Estudios de Crítica, segunda serie).

(2) *Historia del Almirante*, capítulo v.

(3) *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, por D. Martín Fernández de Navarrete. Madrid, 1825; 5 vols.

las, piedras preciosas, oro, plata, especiería, e otras cualesquier cosas e mercaderías de cualquier especie, nombre e manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren e hobieren dentro de los límites del Almirantazgo». En las armadas para el trato y negociación, Colón podría gastar la ochena parte y llevar la ochena parte del provecho. Por último, en el título que se expide a Colón con fecha 30 de abril de 1492, dicen los Reyes: «Vades por nuestro mandado a descobrir e ganar con ciertas fustas nuestras, e con nuestra gente, ciertas Islas e Tierra Firme en la Mar Océana, e se espera que con la ayuda de Dios, se descobrirán e ganarán algunas de las dichas Islas e Tierra Firme en la dicha Mar Océana, por vuestra manera e industria.» Y en la provisión para que los habitantes de Palos aparejen dos carabelas, según condena que los obligaba a servir con ellas durante doce meses, por cosas hechas en deservicio de los Reyes, se dice: «Por cuanto Nos habemos mandado a Cristóbal Colón que vaya con tres carabelas de armada, como nuestro capitán de las dichas tres carabelas, para ciertas partes de la Mar Océana, sobre algunas cosas que cumplen a nuestro servicio». Los requeridos debían obedecer a Colón, salvo una limitación, y era ésta: «e así partidos, sigáis la vía donde él de nuestra parte vos mandare, e cumplades sus mandamientos, e vades a su mando e gobernación, con tanto que vos ni el dicho Cristóbal Colón, ni otros algunos de los que fueren con las dichas carabelas, no vayan a la Mina ni al trato de ella que tiene el Serenísimo Rey de Portugal, nuestro Hermano, porque nuestra voluntad es de guardar e que se guarde lo que con el dicho Rey de Portugal sobre esto tenemos asentado e capitulado.»

No es acaso legítimo concluir, con el historiador norteamericano Vignaud (1), sólo por esta omisión del nombre de las Indias, que el plan sometido a los Reyes Católicos excluía de la empresa el extremo oriental de las Indias. Pero hay algo más. A lo que parece, el pri-

(1) Henri Vignaud: *Histoire critique de la Grande Entreprise de Cristophe Colomb*. París, 1911; dos vols.—*Passim*



MAPA DE TOLOMEO.

mitivo proyecto de Colón era específicamente resultado de indicaciones acerca de islas que no estaban precisamente en las Indias, sino en parajes que distaban de ellas tanto como de las costas de Europa, y aun menos acaso de Europa que de las Indias. La residencia de Colón en Portugal y en Puerto Santo le dió la ocasión de conocer algunas relaciones de viajes a las islas. Esas relaciones lo indujeron a buscar apoyo en las opiniones de los grandes cosmógrafos. Realizado su primer viaje, ya no vivió sino para comprobar, con citas de autoridades antiguas y contemporáneas —de clásicos y modernos, como se decía más tarde—, el carácter índico de las islas descubiertas. Pero hay más aún. Colón salió en busca de islas poco distantes de Europa, y no las encontró. Llegó a parajes más lejanos de los que suponía límite extremo de las Indias. Se desvaneció en su mente toda imagen de islas intermedias, «y ya no pensó sino en ver por dondequiera Ophires y Cipangos», no por espíritu de quimera, como creen algunos (1), pues, aunque iluso, todos los datos de la geografía consagrada le presentaban elementos bastantes para inducirlo a creer que había realizado, según sus propias expresiones, «el viaje nuevo al nuevo cielo y mundo que fasta entonces estaba en occulto», es decir, al mundo índico.

Había una leyenda, recogida por Oviedo, «entre la vulgar gente», y dada como tal por ese historiador, quien no la rectifica, si bien aconseja «dudar en lo que no sabemos antes que porfiar lo que no está determinado». Una carabela que llevaba vinos y conservas para Inglaterra, fué arrastrada por los vientos, y llegó a las islas que descubrió Colón más tarde. Vuelta a Portugal aquella embarcación y muertos de las fatigas todos sus tripulantes, menos un piloto que les sobrevivió poco tiempo, Colón recogió de él los datos y papeles del derrotero, teniéndole alojado en su casa, donde murió. Como el moribundo

(1) Así lo piensa Menéndez y Pelayo: *De los historiadores de Colón*. (Estudios de Crítica Literaria. Segunda serie; pág. 215.)

piloto «entendía algo de las alturas», quedó bien informado Colón, y en él se resumió este secreto (1).

El inca Garcilaso de la Vega oyó contar a su padre una fábula que corría en la corte de los Reyes Católicos. Cierto piloto de Huelva, llamado Alonso Sánchez, arrastrado hasta la isla de Santo Domingo por una tormenta, volvió a la Tercera y comunicó a Colón su derrotero (2). Como se ve, es la misma leyenda de Oviedo. Fray Bartolomé de las Casas, que escribió su *Historia* con documentos de Colón, refiere que éste había tenido indicios de tierras occidentales por varios pilotos y marineros, portugueses y castellanos. Entre ellos había un Pedro Velasco, de Palos, quien dijo a Colón, en el Monasterio de la Rábida, que después de partir del Fayal anduvo 150 leguas por mar, y a la vuelta descubrió la isla de Flores. En Santa María, Colón oyó de un marinero tuerto, y en Murcia de un gallego, que habían hecho el viaje a Irlanda, y que fueron tan desviados de su derrotero hacia el noroeste, que llegaron a una tierra, sin duda la Tartaria, designada después con el nombre de Terranova o Bacalaos, cuando la reconocieron los hijos del descubridor de la Tercera, Miguel y Gaspar Corterreal. El P. Las Casas afirmaba que según los primeros pobladores europeos de la isla Española, los naturales hacían memoria de la llegada de otros hombres blancos y barbados, años antes que Colón (3). Navarrete tiene por seguro que Colón escucharía cuanto se relacionara con su proyecto (4). No apartaba los ojos de aquellas tierras que veían a la parte de Occidente los habitantes de las Azores y de las islas de Cabo Verde; tierras fantásticas; islas flotantes; arboledas que el mar arrastraba como balsas; bancos de piedras esponjosas que se desprendían y sobrenadaban; montes que despedían llamas; tierras como aquella que un marino de la isla

(1) Oviedo, libro II, cap. II.

(2) Garcilaso de la Vega: *Comentarios Reales*, lib. I, cap. III.

(3) Las Casas: *Historia de las Indias*, lib. I, caps. XIII y XIV.

(4) Navarrete: Obra citada, tomo I, pág. XLVIII.

de Madera «via cada año y que juraba que la via siempre de una manera».

Antes y después del descubrimiento de su primer viaje, es indudable que Colón ha de haber hecho, no ya sólo un objeto de meditaciones, sino una idea fija, el tema de la proximidad entre las costas del Occidente europeo y las del Oriente asiático, bien para descubrir islas entre ambos extremos del mundo, islas que pudiera incorporar a su virreinato e incluir en su almirantazgo, bien para abrir un tráfico provechoso con las tierras del Gran Khan, haciendo de sus islas factoría obligatoria y privilegiada de las sedas, de la especiería, de los aromas, del marfil, de las margaritas y del oro que formaban el objeto de los ensueños de una fantasía orientada hacia la quimera y la codicia. Nadie ha resumido mejor que el elegantísimo Bernáldez, cura de los Palacios — el último de los grandes cronistas, según Menéndez y Pelayo, lo que pudiera designarse como la expresión de un concepto científico en la empresa de Colón— , si es posible hablar de concepto científico en esta materia antes de Copérnico. No cito a Bernáldez únicamente por el encanto de sus dones literarios, sino porque, en la familiaridad que tuvo con el Almirante, recogió de éste la expresión exacta de lo que se llama su inspiración. «Colón —dice Bernáldez— sabía en el repartir del mundo, y sentía por su delgadez en qué manera el mundo este en que nacemos y andamos está fijo entre la esfera de los cielos, que no llega por ninguna parte a los cielos, ni a otra cosa de firmeza a que se arrime, salvo tierra e agua, abrazadas en redondez entre la vaguidad de los cielos; y sintió por qué vía se hallaba tierra de mucho oro; y sintió cómo este mundo y firmamento de tierra y agua es todo andable en derredor por tierra y por agua, según cuenta Juan de Mandeville; quien tuviese tales navíos, y a quien quisiese guardar por mar y por tierra, por cierto él podría ir y trasponer por el Poniente de en derecho de San Vicente, y volver por Jerusalén, y en Roma y en Sevilla, que sería cercar toda la Tierra y redondez del mundo; e hizo su ingenio un mapamundi, y

estudió mucho en ello, y sintió que por cualquier parte del mar Océano, andando y atravesando, no se podía errar tierra, y sintió porque vido que se fallaría tierra de mucho oro» (1).

* * *

Hay que distinguir dos objetos en el primer viaje de Colón: uno era el descubrimiento de islas y tierra en el Océano, fuera de la zona del poder de un gran monarca oriental que tuviese medios materiales suficientes para rechazar las pretensiones de dominio de la corona de España; el otro era la exploración de las costas de Asia para establecer un tráfico que sería extraordinariamente lucrativo. El primer objeto era acaso de realización más incierta; descansaba en relaciones poco auténticas, pero cuya comprobación quedaba al azar de vientos o corrientes marinas y que podía fallar por un pequeño error de ruta. El segundo objeto era infalible: «Andando y atravesando el mar Océano, no se podía errar tierra.»

Las indicaciones que le servían de base para el descubrimiento de las islas y tierras de su soñado virreinato y almirantazgo, asignaban a esas islas una distancia menor de 700 a 750 leguas. En el *Diario de la Primera Navegación*, que adelante será objeto del examen que merece, hay una observación hecha el 15 de enero de 1493, es decir, durante la travesía del regreso. Esa observación es de carácter decisivo: «Dice que halló mucha yerba de la que hallaban en el golfo (el Océano Atlántico) cuando venía al descubrimiento, por lo cual creía que había islas al Este hasta en derecho de donde las comenzó a hallar, porque tiene por cierto que aquella yerba nasce en poco fondo junto a tierra, y dice que si así es, muy cerca estaban estas Indias de las islas de Canaria, y por esta razón creía que distaban menos de cuatrocientas leguas» (2). Toda la expedición se hizo fundada

(1) Bernáldez: *Crónicas,* cap. CXVIII.
(2) Navarrete: Obra citada, tomo I, pág. 139.

en un supuesto que los resultados desmintieron. Las islas habían quedado a la derecha o a la izquierda. Acaso no existían. Las Indias se encontraban más allá del meridiano en que situaba el Almirante las partes extremas del Asia. El segundo viaje tendría por objeto hacer un reconocimiento suficiente en aquellas costas. Los Reyes Católicos hablan en sus cartas y provisiones de «las islas e tierra firme que agora nuevamente se han descubierto e han de descubrirse en el mar Océano, a la parte de las Indias» (1). Hay escépticos. Pedro Mártir, que presencia la fascinación de los Reyes Católicos, no disimula una sonrisa —sonrisa de frío italiano que conoce a los italianos—. Con fecha del 1.° de octubre de 1493, escribe desde Barcelona: «Cierto Colón navegó hacia el Occidente, hasta los antípodas de la India (según él cree). Halló muchas islas, y se piensa que son las mencionadas por los cosmógrafos, más allá del Océano oriental, adyacentes a la India. Yo no lo niego del todo, por más que la magnitud de la esfera parece indicar otra cosa, pues no falta quien diga que el litoral índico dista poco de las playas españolas. Como quiera que sea, Colón y sus compañeros afirman que han encontrado grandes cosas: él ha traído señales de lo que dice, y promete que encontrará cosas mayores. A nosotros nos basta que la mitad del orbe que está oculta sea conocida, y los portugueses se acercan más y más cada día al círculo equinoccial. De este modo, playas desconocidas hasta ahora se harán accesibles dentro de poco, pues cada uno, por emulación del otro, se expone a grandes trabajos y peligros» (2). Pero Colón tenía contra los escépticos el poder formidable de la afirmación —poder formidable, sobre todo, cuando es la afirmación sin pruebas—, de la afirmación repetida, insistente, indoblegable. *Timeo hominem unius libri*, dice Santo Tomás de Aquino. Colón era ese hombre, y su li-

(1) Cédula de los Reyes a Fernando de Zafra mandándole que escoja en Granada veinte lanzas jinetas. 23 de mayo de 1493. (Navarrete: II, 41.)

(2) *Opus Epistolarum*, CXXXV. Al Arzobispo de Braga. (Véase Torres Asensio, I, págs. 22 y 23.)

bro el del Cardenal Pierre d'Ailly —Pedro de Aliaco, adoptando la desinencia latinizada— . La *Imago Mundi* (1) contenía un repertorio de autoridades acerca de la distancia entre el extremo oriental de Asia y el occidental de Europa. Con ese libro en la mano, Colón sacó un gran partido de los indígenas y de los papagayos, como prueba de la afirmación recibida con tanta incredulidad por Pedro Mártir. «He querido referir estas cosas de los papagayos, ¡oh príncipe ilustrísimo! aunque la opinión de este Cristóbal Colón parezca estar en oposición con la grandeza de la esfera y con la opinión de los antiguos acerca del mundo subnavegable; sin embargo, los mismos papagayos traídos y otras muchas cosas indican que estas islas, o por cercanía o por naturaleza, saben a suelo indio, principalmente siendo así que Aristóteles, cerca del fin de su libro *De Cœlo et Mundo,* Séneca y otros sabios cosmógrafos, atestiguan que las playas de la India no distan de España mucho trecho de mar por Occidente» (2). Pedro Mártir parece, pues, abandonar en las *Décadas* la incredulidad que se le había escapado en las *Epístolas*. El martilleo de Colón es eficaz. El obstinado vence, y el crítico cede sonriendo. Sobre todo, ¿quién resiste cuando le muestran hombres desnudos y aves exóticas? «Cogieron cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros amarillos en todo el cuerpo, otros semejantes a los de la India, con su collar de bermellón —como dice Plinio—, pero de colores vivísimos y sobremanera alegres» (3).

Los autores que cita Pedro Mártir —que cita y que conoce— son Aristóteles, Séneca y Plinio. Colón también los cita, aunque no los conoce, pues toma el dato en la obra del Cardenal Aliaco. «El autor de la *Imago Mundi* es quien le enseña lo que dice Aristóteles sobre la poca mar entre la extremidad de España en el Occidente, y el prin-

(1) Petrus de Alliaco, nacido en 1350, muerto en 1420. Su libro era muy conocido antes de la invención de la imprenta, y ésta le dió una difusión considerable.
(2) Mártir: *Primera Década*, capítulo III. En Torres Asensio, I, 114.
(3) Lugar citado.



Isabel la Católica

cipio de la India en el Oriente (1). Por él sabe que Séneca ha escrito, en sus *Cuestiones Naturales*, hablando de este mar, que es navega-

(1) Et dicit Aristoteles quod mare parvum est inter finem Hispaniae a parte occidentis, et inter principium Indiae a parte orientis. *(Imago Mundi*, VIII.)

ble en pocos días si el viento es próspero (1). De él también recibe las noticias que tiene sobre el hecho referido por Plinio, a saber: que el golfo Arábigo ha sido navegado hasta Gades y hasta las columnas de Hércules en un tiempo que no es considerable (2). Por último, el mismo Aliaco, resumiendo los textos que ha citado, se declara categóricamente en favor de la proximidad de España a las Indias (3), y de la facilidad que hay de pasar de la una a las otras» (4).

Estas autoridades, por serlo, agobiaban al contradictor. Entonces,

(1) Insuper Seneca, libro quinto, Naturalium dicit quod mare est navigabile in paucis diebus si ventus sit conveniens. (Loc. cit.)

(2) El Plinius... in Naturalibus, Libro Secundo, quod navigatum est a Sinu Arabico usque at Gades Herculis non multum magno tempore.

(3) Ideo a polo in polem discurint aqua in corpus maris et extenditur inter finem Hispaniae et inter principium Indiae, non magne latitudinis, ut principium Indiae possit ultra medietatem aequinoctialis circuli sub terra valde accedeas at finem Hispaniae. (XLVII).

(4) Secundum philosophos... Oceanus qui extenditur inter finem Hispaniae ulterioris, id est, Africae, a parte occidentis, et inter principium Indiae a parte orientis, non est magne latitudines. Nam expertum est quod hoc mare navigabile est paucissimus diebus si ventus sit conveniens, et ideo illud principium Indiae in oriente non potent multum distare a fine Africae. (XIX).

Henri Vignaud: *Histoire Critique de la Grande Entreprise de Christophe Colomb.* París, 1911; 2 vols. tomo I; págs. 315 y 316.

Al decir de Colón que era hombre de un libro, no debe entenderse esto con estricta literalidad, sino como referencia a la fuente de sus ideas. La obra del Cardenal Aliaco databa de 1410. Fué impresa en 1480 y 1490. Se trataba, pues, de un libro de actualidad, si bien el autor había muerto muchos años antes. Colón pudo muy bien haber conocido la obra manuscrita, pues corría de mano en mano. Otros libros que, según el barón de Humboldt, conocía Cristóbal Colón, eran el *Liber Cosmographicus*, de Alberto Magno, y el *Speculum Naturale*, de Vicente de Beauvais, los dos de mediados del siglo XIII. También conocía el libro de Mandeville, citado por el cura de los Palacios. Ese libro fué impreso en 1480. Le era familiar, asimismo, una traducción latina del *Milione*, de Marco Polo, publicada en 1485, de la que hay un ejemplar, con notas marginales manuscritas, en la Biblioteca Colombina. Colón tenía noticia de las opiniones de Rogerio Bacon, y sus razonamientos influyeron profundamente en él. (Véase Alexandre de Humboldt: *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent,* tomo I, págs. 61-67 y 96-108.)

como ahora y siempre, no ha habido, ni hay, ni habrá otros remos para bogar contra la corriente de las ideas adquiridas que una tenacidad como la del mismo Colón. Este tuvo la ventaja de oponer una fe, un acto —su primer viaje— y una masa de autoridades, a la actitud negativa, expectante, frívola y cortés de los letrados como Pedro Mártir.

CAPÍTULO II

La carta de Toscanelli.

"Pocos documentos habrá que hayan sido más leídos, más estudiados y más frecuentemente traducidos y comentados que esta famosa carta, y no hay ninguno cuya autenticidad haya sido tan fácilmente admitida.» Así se expresa Vignaud en el capítulo primero de su monografía sobre la carta de Toscanelli (1). Y en nota al pasaje transcrito, dice que quien primero tocó la cuestión debatida por él. fué el jesuíta español Francisco Xavier Lampillas, en su *Ensayo histórico apologético de la Literatura española*. Le contestó Tiraboschi, en su *Historia de la Literatura italiana*. Después de esto, Barros de Vasconcellos, en el *Journal des Savants*, de enero de 1758, llamó la atención sobre algunas afirmaciones extraordinarias de la carta. Pasó más de un siglo, y en el Congreso de Americanistas, de París, D. M. González de la Rosa sostuvo terminantemente el carácter apócrifo de la carta.

Vignaud ha hecho suya la tesis de González de la Rosa, y es tan radical como él en su negación de la autenticidad. Según Vignaud,

(1) *La lettre et la carte de Toscanelli sur la route des Indes par l'Ouest adressées en 1474 au Portugais Fernan Martins et transmises plus tard à Christophe Colomb. Etude critique sur l'authenticité et la valeur de ces documents et sur les sources des idées cosmographiques de Colomb, suivie des diverses textes de la lettre de 1474, avec traductions, annotations et fac-simile.* Paris, Leroux, 1901. Un vol. grand in 8°. Hay una traducción, por B. Enseñat. Madrid. Biblioteca de la Irradiación, 1902. (Véase Henri Vignaud: *Grande Entreprise*; tomo II, págs. 480-497.)

los documentos relativos a supuestas relaciones entre Colón y el célebre Toscanelli, muerto en 1482, no fueron publicados sino a mediados del siglo XVI, para confirmar la versión colombina sobre el objeto del primer viaje. Colón guardó, pues, un silencio no interrumpido acerca del origen de esos documentos. No se ha descubierto huella alguna de ellos. Consistían enuna carta de Toscanelli, que se supone escrita en 1474, al canónigo Fernando Martins, como respuesta a una consulta de éste, hecha en nombre del rey de Portugal, Don Alfonso V, y otra carta a Colón en la que Toscanelli transcribe la respuesta dada a Martins. Ahora bien: no existe en los Archivos de Portugal, ni entre los papeles de Toscanelli, huella alguna de esa correspondencia, de la que no habla un solo cronista o historiador, portugués o florentino. Tampoco existe el original de la carta a Colón, ni consta que alguien la viera. Sólo hay una copia dejada por Colón en la anteportada de su ejemplar de la *Historia rerum ubique gestarum*, por Eneas Silvio Piccolomini, papa bajo el nombre de Pío II. Esta copia es el único fundamento en que se apoyan las relaciones del descubridor con Toscanelli.

Las dudas de Mr. Vignaud no son una simple extravagancia. Como tal han sido rechazadas por numerosos geógrafos e historiadores, sobre todo por los alemanes e italianos (1). El examen de la prueba interna parece poner de manifiesto que las cartas de Toscanelli eran obra de un pésimo latinista y de un medianísimo cosmógrafo. El testimonio de Las Casas dice: «Un maestre Paulo, físico, florentín, siendo muy amigo de un canónigo de Lisboa, que se llamaba Hernán Martínez, y carteándose ambos en cosas de la mar y de cosmografía, mayormente sobre la navegación, que a la sazón, en tiempo de Don Alonso de Portugal, para Guinea se hacía, y la que más o mejor vía se deseaba hacer a las regiones marineras o terrenas occi

(1) S. Günther: *Das Zeitalter der Endeckungen*. Druck und Verlag von B. C. Teubner in Leipzig; 1912, pág. 40.



TOSCANELLI

dentales, vino a noticia del Cristóbal Colón algo de sus cartas y materia de que tractaban. El cual, como estaba muy encendido con sus pensamientos en aquella especulación, y andaba por ponerla en práctica, acordó de escribir al dicho Marco Paulo, físico, y envióle una esfera, tomando por medio a un Lorenzo Birardo (1), ansimismo flo-

(1) Lorenzo Giraldi. El nombre Marco Paulo es también un error de Las Casas, y produjo confusiones con el nombre de Marco Polo, *Il Milione*. El verdadero nombre de Toscanelli era Paolo del Pozzo dei Toscanelli.

rentin, que a la sazón o vivía o residía en Lisboa, descubriendo al dicho maestre Paulo la intención que tenía y deseaba poder cumplir. Rescibida la carta de Cristóbal Colón, el dicho maestre Paulo respondióle una carta en latín, encorporando la que había escripto al Hernando Martinez, canónigo, la cual yo vide y tuve en mi mano vuelta de latín en romance, que decía...» (1).

Las Casas vió, pues, una versión en romance, y una versión, como se ha demostrado, más incorrecta que el texto latino de Colón (2). La carta dice en el texto de Las Casas:

«A Cristóbal Columbo, Paulo, físico, salud:

Yo veo el magnífico y grande tu deseo para haber de pasar a donde nasce la especería, y por respuesta de tu carta te invío el traslado de otra que ha días yo escribí a un amigo y familiar del Serenísimo rey de Portugal (3), antes de la guerra de Castilla, a respuesta de otra que por comisión de S. A. me escribió sobre el dicho caso, y te invío otra tal carta de marear, como es la que yo le invié, por la cual serás satisfecho de tus demandas, cuyo traslado es el que sigue:

Carta de Toscanelli a Martins.

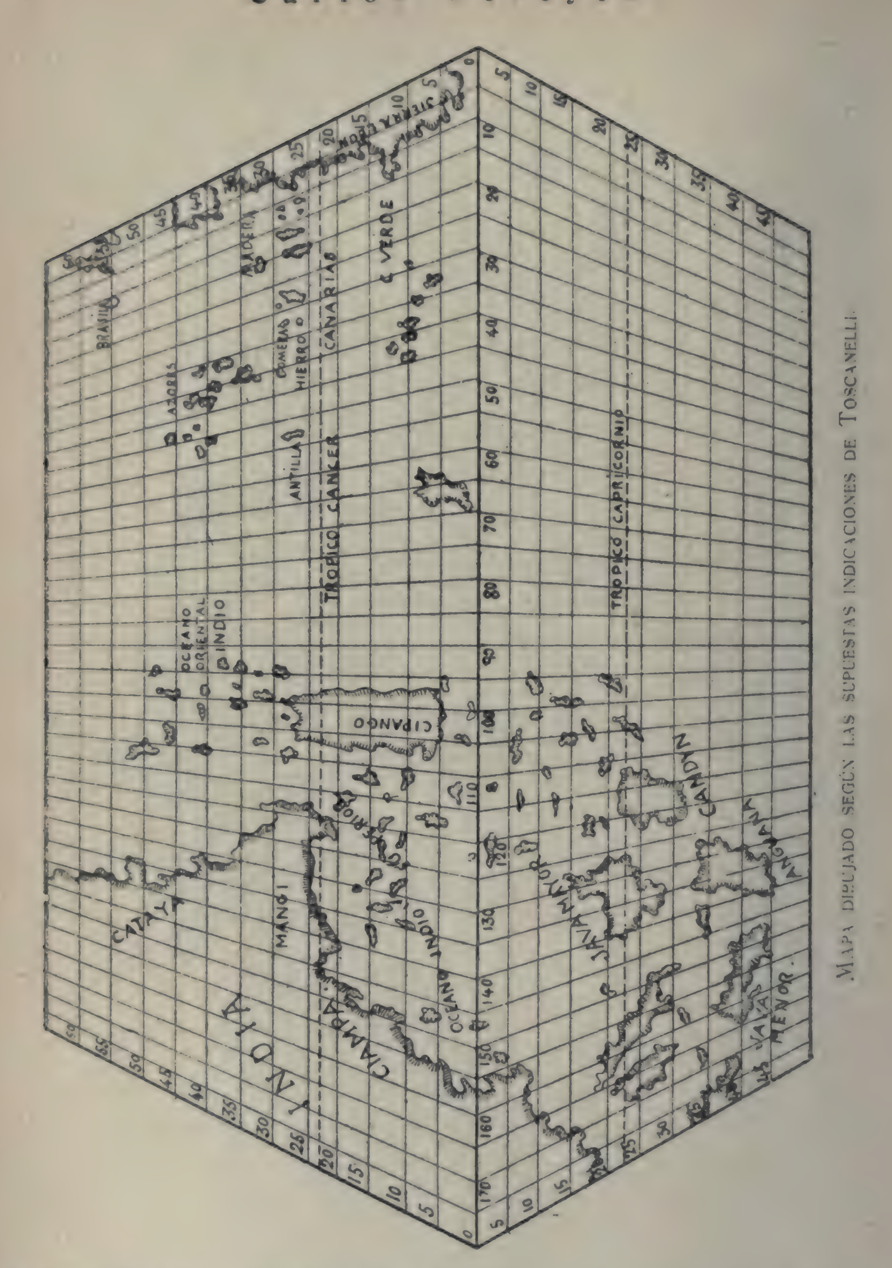
«Mucho placer hobe de saber la privanza y familiaridad que tienes con vuestro generosísimo y magnificentísimo rey, y bien que otras muchas veces tenga dicho del *muy breve* camino que hay de aquí a *las Indias* (4), adonde nace la especiería, por el camino de

(1) Las Casas: *Historia de las Indias*. Libr. I, cap. XII.

(2) La traducción española que inserta Las Casas de la supuesta carta de Toscanelli, coincide casi fielmente con la italiana publicada en la *Vita dell' Ammiraglio*, obra que se atribuye a Fernando Colón. Cabe, por tanto, decir de la traducción española lo que de la italiana dicen Harrisse y Fiske, calificándola de muy inexacta. Tiene, además, interpolaciones. El lector encontrará esas interpolaciones marcadas con itálicas en el texto.

(3) Dice el texto italiano: «ad un mio amico, domestico del serenissimo re di Portogallo.»

(4) Interpolaciones: *muy breve... las Indias*.



MAPA DIBUJADO SEGÚN LAS SUPUESTAS INDICACIONES DE TOSCANELLI.

»la mar más corto que aquel que vosotros hacéis para Guinea, díces-
»me que quiere agora S. A. de mí alguna declaración y a ojo demos-

tración, por que se entienda y se pueda tomar el dicho camino, y aunque conozco de mí que se lo puedo mostrar en forma de esfera cómo está el mundo, determiné por más fácil obra y mayor inteligencia mostrar el dicho camino por una carta semejante a aquellas que se hacen para navegar, y ansí la invío a S. M. hecha e debujada de mi mano, en la cual está *pintado todo el fin del Poniente, tomando desde la Islanda al Austro, hasta el fin de Guinea, contadas las islas que en este camino son* (1), enfrente de las cuales, derecho por Poniente, *está pintado el comienzo de las Indias* (2), con las islas y los lugares adonde podéis desviar para la línea equinoccial (3), y por cuánto espacio, es a saber, en cuántas leguas podéis llegar a aquellos lugares felicísimos y de toda manera de especiería y de joyas y piedras preciosas; y no tengáis a maravilla si yo llamo Poniente adonde nasce la especiería, porque en común se dice que nace en Levante, mas quien navegare al Poniente siempre hallará las dichas partidas en Poniente, e quien fuere por tierra en Levante siempre hallará las mismas partidas en Levante. Las rayas derechas que están en luengo en la dicha carta, amuestran la distancia que es de Poniente a Levante; las otras que son de través amuestran la distancia que es de Septentrión en Austro. También yo pinté en la dicha carta muchos lugares en las partes *de India* (4), adonde se podrá ir, aconteciendo algún caso de tormenta o de vientos contrarios, o cualquier otro caso que no se esperase acaescer, y también por que se sepa bien de todas aquellas partidas, de que debéis holgar mucho. Y sabed que en todas aquellas islas no viven (5) ni tractan

(1) Interpolación: *pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Islanda al Austro, hasta el fin de Guinea, con todas las islas que en este camino son...*

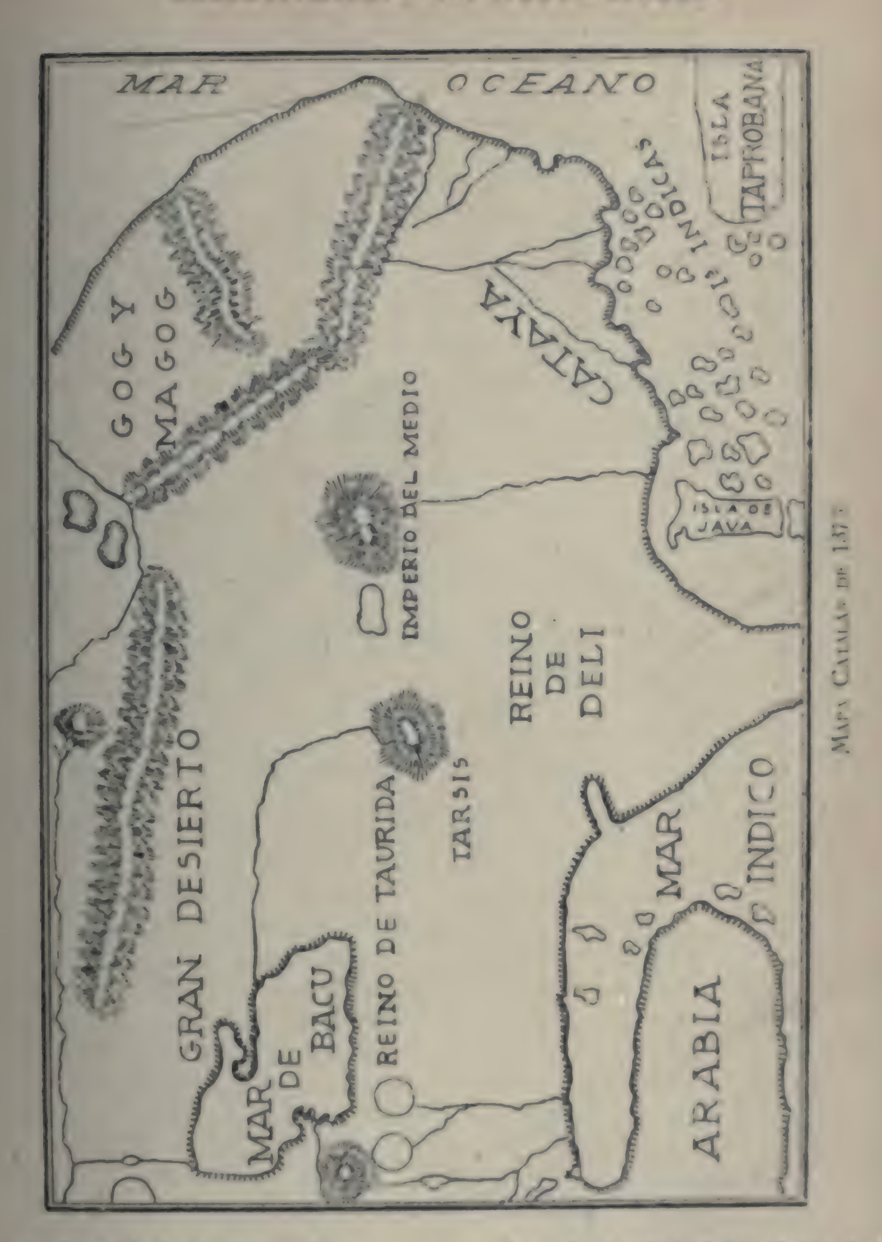
(2) Interpolación: *está pintado el comienzo de las Indias...*

(3) La traducción italiana dice: «e quanto dal polo artico vi potete discostare per la linea equinoziale...» La palabra *artico* no está en la copia latina.

(4) Interpolación: *de India...*

(5) El texto italiano dice: «*E appresso, per darvi piena informationi di tutti quei luoghi, i quali desiderate molto conoscere, sappiate...*»

»sino mercaderes, avisándoos que allí hay tan gran cantidad de naos, »marineros, mercaderes con mercaderías, como en todo lo otro del »mundo, y en especial en un puerto nobilísimo llamado Zaitón, do »cargan y descargan cada año cien naos grandes de pimienta, allen- »de las otras naos que cargan las otras especierías. Esta patria es »populatísima, y en ella hay muchas provincias y muchos reinos y »ciudades sin cuento, debajo del señorío de un príncipe que se llama »Gran Khan, el cual nombre quiere decir en nuestro romance Rey de »los Reyes, el asiento del cual es lo más del tiempo en la provincia »de Catayo. Sus antecesores desearon mucho de haber plática e »conversación con cristianos, y había doscientos años que enviaron »al Santo Padre para que enviase muchos sabios e doctores que les »enseñasen nuestra fe; mas aquellos que él invió, por impedimento, »se volvieron del camino; y también al Papa Eugenio vino un emba- »jador que le contaba la grande amistad que ellos tienen con cristia- »nos, e yo hablé mucho con él, e de muchas cosas, e de la grandeza »de los edificios, y de la grandeza de los ríos en ancho y en largo, »cosa maravillosa, e de la muchedumbre de las ciudades que son allá »a la orilla dellos, e cómo solamente en un río son doscientas ciuda- »des, y hay puentes de piedra-mármol muy anchas y muy largas, »adornadas de muchas columnas de piedra-mármol. Esta patria es »digna cuanto nunca se haya hallado, e no solamente se puede haber »en ella grandísimas ganancias e muchas cosas; más aún: se puede »haber oro e plata e piedras preciosas e de todas maneras de espe- »ciería, en gran suma, de la cual nunca se trae a estas nuestras par- »tes; y es verdad que hombres sabios y doctos, filósofos y astrólo- »gos, y otros grandes sabios en todas artes de grande ingenio, »gobiernan la magnífica provincia e ordenan las batallas. Y de la ciu- »dad de Lisboa, en derecho por el Poniente, son en la dicha carta 26 »espacios, y en cada uno dellos hay 250 millas, hasta la nobilísima y »gran ciudad de Quisay, la cual tiene al cerco 100 millas, que son 25 »leguas, en la cual son 10 puentes de piedra-mármol. El nombre de



Mapa Catalan de 1375

»la cual ciudad, en nuestro romance, quiere decir ciudad del cielo, de »la cual se cuentan cosas maravillosas de la grandeza de los artifi- »cios y de las rentas (este espacio es quasi la tercera parte de la es-

»fera), la cual ciudad es en la provincia de Mango, vecina de la ciu-»dad de Catayo, en la cual está lo más del tiempo el rey, e de la isla »de Antil, la que vosotros llamáis de Siete Ciudades, de la cual tene-»mos noticia. Hasta la nobilísima isla de Cipango hay 10 espacios, »que son 2.500 millas, es a saber, 625 leguas, la cual isla es fertilísima »de oro y de perlas y piedras preciosas. Sabed que de oro puro co-»bijan los templos y las casas reales; así es que por no ser conocido »el camino (1), *están todas estas cosas encubiertas, y a ella se »puede ir muy seguramente* (2). Muchas otras cosas se podrían de-»cir; *mas como os tengo ya dicho por palabra* (3), y sois de buena »consideración, sé que no nos queda por entender, *y, por tanto, no »me alargo más* (4), y esto sea por satisfacción de tus demandas »cuanto la brevedad del tiempo y mis ocupaciones me han dado lu-»gar; y ansí quedo muy presto a satisfacer y servir a S. A. cuanto »mandare muy largamente. Fecha en la ciudad de Florencia, a 25 de »junio de 1474 años» (5).

(1) Y no por la anchura del mar.

(2) Interpolación: *están todas estas cosas encubiertas, y a ella se puede ir muy seguramente.*

(3) Interpolación: *mas como os tengo ya dicho por palabra.*

(4) Interpolación: *y, por tanto, no me alargo más.*

(5) ... *y esto sea por satisfacción de tus demandas cuanto la brevedad del tiempo y mis ocupaciones me han dado lugar; y ansí quedo muy presto a satisfacer y servir a S. A. cuanto mandare muy largamente.*

Estas palabras aparecen intercaladas en el texto latino, y no al final como en el español. Se hállan en aquel texto antes del pasaje que comienza: «Y de la ciudad de Lisboa» en el español. Para comprender mejor la carta hay que suponer que con estas palabras, «Y de la ciudad de Lisboa», comienza la parte final de la carta a Colón, terminada la transcripción de la que se supone dirigida a Martins. (Véase John Fiske: *Discovery of America*, 2 volúmenes. Nueva York, 1892; tomo I, páginas 360-361). Fiske encuentra jocosa la redacción del venerable astrónomo florentino. Para demostrarle a Colón que es corto el camino por mar hasta las Indias, se pierde en descripciones infantiles tomadas del *Milione*, de Marco Polo. Por mucha seriedad que quiera uno dar a ese documento, y aun concediéndole plena autenticidad, es imposible no ver que lo constituye una serie de transcripciones incongruentes, hilvanadas no sólo para demostrar la facilidad del viaje,

Las Casas da también como de Toscanelli otra carta que dice:

«A Cristóbal Columbo, Paulo, físico, salud:

Yo rescibí tus cartas con las cosas que me enviaste, y con ellas rescibí gran merced. Yo veo el tu deseo magnífico y grande a navegar en las partes de Levante por las de Poniente, como por la carta (geográfica) que yo te envío se amuestra, la cual se amostrará mejor en forma de esfera redonda; pláceme mucho sea bien entendida; y que es el dicho viaje no solamente posible, mas que es verdadero y cierto e de honra e ganancia inestimable y de grandísima fama entre todos los cristianos. Mas vos no la podréis bien conoscer perfectamente, salvo con la experiencia o con la plática, como yo la he tenido copiosísima, e buena e verdadera información de hombres magníficos y de grande saber, que son venidos de las dichas partidas aquí en corte de Roma (1) y de otros mercaderes que han tractado mucho tiempo en aquellas partes, hombres de mucha auctoridad. Así que cuando se hará el dicho viaje será a reinos poderosos e ciudades e provincias nobilísimas, riquísimas de todas maneras de cosas en grande abundancia y a nosotros mucho necesarias, así como de todas maneras de especiería y de joyas en grandísima abundancia. También se irá a los dichos Reyes y Príncipes que están muy ganosos, más que nos, de haber tracto e lenguas con cristianos destas nuestras partes, porque grande parte dellos son cristianos, y también por haber lengua y tracto con los hombres sabios y de ingenio de acá, ansí en la religión como en todas las otras ciencias, por la gran fama

sino sobre todo para excitar la codicia. En otro orden de consideraciones, Fitz Maurice-Kelly declara que la carta es de una chabacanería y de una incorrección inverosímiles. No sólo hay impropiedad en el empleo de los tiempos, sino en los modos del verbo. Los papeles que dejó Toscanelli no autorizan para cargarlo con la ignominia de esa producción. (Véase en la *Raccolta Colombiana*, parte v, la erudita disertación de G. Uzielli.)

(1) Se pregunta cómo Toscanelli, que sabía de las Indias por hombres venidos de las dichas partidas, allí, en corte de Roma, hablaba de la dinastía tártara, que había desaparecido en el siglo XIV.

de los imperios y regimientos que han destas nuestras partes; por las cuales cosas todas, y otras muchas que se podrían decir, no me maravillo que tú eres de grande corazón, y toda la nación de portugueses, que han seido siempre hombres generosos en todas grandes empresas, te vea con el corazón encendido y gran deseo de poner en obra el dicho viaje» (1).

Aparte del interés biográfico, ¿es importante para la historia de los descubrimientos que hayan sido auténticas o falsas las comunicaciones de Toscanelli? Bastaría que Colón se hubiera apoyado en esos textos, antes o después de su primer viaje, para que la concepción amparada con el nombre de Toscanelli, ya sea una falsa atribución, indigna del sabio florentino, ya contenga algún elemento de autenticidad, nos interesara como parte central de las nociones geográficas de Colón, es decir, de quien dirigió el extraordinario viaje de 1492. Pero queda una duda. ¿Por qué el Almirante nunca habló de Toscanelli? Representaba éste una autoridad tan considerable, que bien podía haber figurado en las alegaciones de Colón como la voz de la actualidad científica. Este silencio es muy significativo.

(1) Las Casas, libro, I, cap. XII. La misma carta se encuentra en la obra *Historie del Signor D. Fernando Colombo, nelle quali s' ha particolare relatione della vita e del fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo suo padre e dello scropimento ch' egli fece dell' Indie occidentali, dette Mondo Nuovo, ora possedute dal Serenisimo Re Catolico. Nuovamente di lingua spagnuola tradotte nell' italiana del Sign. Alfonso Ulloa. Dedicato a Ilustiis. Signor Marcantonio Colatto, Conde di San Michieie.* In Venetia, MDCLXXVIII.—La primera edición de esta obra es de Venecia, en 1571; la segunda, de Milán, en 1614; la tercera y cuarta, de Venecia, en 1676 y 1678; la quinta, de Londres, en 1867. Hay dudas sobre la autenticidad del libro, cuyo original español no se conoce; pero Las Casas, que escribió su *Historia de las Indias* en el Colegio de San Gregorio, de Valladolid, de 1552 a 1561, casi vació íntegramente en su libro el que años después se publicó en italiano como de Fernando Colón. «E dal confronto fra questi due scrittori emergerà una omogeneita si perfetta, chesi potrebbe coi termini del frate domenicano ritrovare o rifare due terzi il testo originale spagnuolo delle *Historie* di Fernando Colombo.» Paragallo: *L' autenticità delle Historie di Fernando Colombo*. Genoa. 1884; pág. 23.



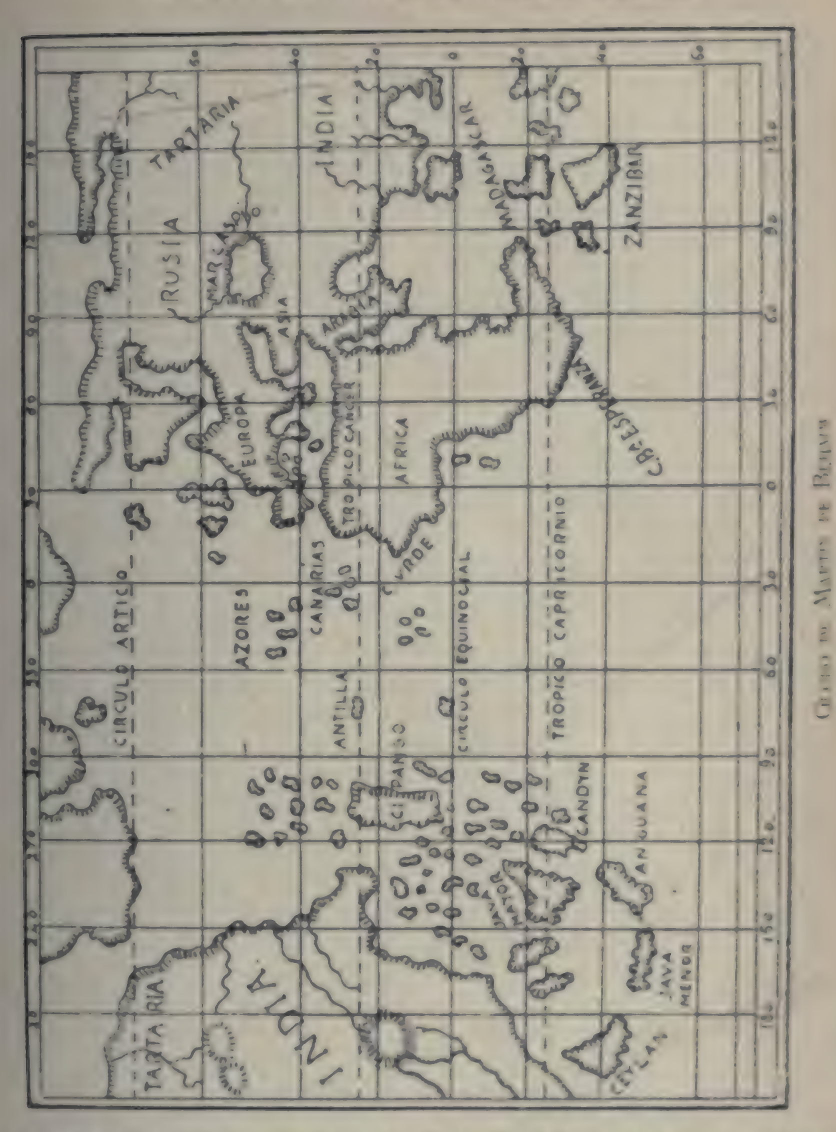
Martín de Behaim

En todo caso, las indicaciones cosmográficas de Colón, bien hayan servido para emprender el viaje, bien para interpretarlo según sus conveniencias, se reducían a estos puntos concretos, en los que el falso o auténtico Toscanelli coincidía con Martín de Behaim, oriundo de Nüremberg. Behaim, nacido en 1459, fué discípulo del

famosísimo cosmógrafo Regiomontano (Juan Müller); estuvo en Portugal hacia 1480, y viajó por las regiones ecuatoriales del Africa, con el cargo de cosmógrafo de la expedición de Diego Cam. Sus merecimientos como inventor de un nuevo astrolabio le valieron patente de nobleza en Portugal, y se radicó en Fayal con su suegro, que ejercía el cargo de gobernador. En 1492 hizo una visita a su patria, Nüremberg, y para satisfacer los deseos de sus conciudadanos, formó un globo en el que se materializaban las concepciones geográficas de aquel tiempo. Volvió a Portugal, y fué enviado a los Países Bajos con una misión de la Corona. Cayó en poder de los ingleses; pero pudo salir de Inglaterra y entrar en el Continente. Desde entonces se pierden sus huellas (1). Sólo se sabe que murió en 1506. El globo de Behaim, que existe en las Casas Consistoriales de Nüremberg, es de 20 pulgadas de diámetro, y fué hecho con cartón, recubierto de yeso. El dibujo se ejecutó sobre pergamino.

Como Martín de Behaim tuvo frecuentes relaciones con Cristóbal Colón, es de presumir que ambos se comunicarían sus ideas cosmográficas. Tiene, por lo mismo, mucha importancia el que haya coincidencia notable entre el globo de Behaim y el mapa dibujado según las indicaciones contenidas en las supuestas cartas de Toscanelli. Para la explicación del descubrimiento de Colón, vale tanto hablar de Toscanelli como de Behaim en lo que se refiere a la existencia de tierras oceánicas y a la distancia entre Europa y Asia. Son las mismas ideas de la *Imago Mundi*, de la *Historia Rerum* y del *Milione* de Marco Polo. «Para Behaim como para Colón (atravesando éste el Atlántico mientras el otro dibujaba su globo en Nüremberg), el espacio que separaba a Europa de Asia no medía más de 130 grados, y en opinión de ambos, habría islas que facilitaran la navegación entre uno y otro continente. Behaim hace notar que se debe al rey de Portugal el descubrimiento de tierras, hacia el Mediodía y ha-

(1) Justin Winsor: *Narrative and Critical History of America*. Tomo II, pág. 104



Globo de Martin de Behaim

cia el Poniente, desconocidas de Tolomeo. Por otra parte, Marco Polo, a quien sigue Mandeville, ha viajado hasta tocar países orientales, igualmente desconocidos de Tolomeo, lo que, por consiguiente, reduce en otro tanto la distancia marítima que debe franquearse (1).

(1) Henri Vignaud: *Grande Entreprise*. Tomo, II, págs. 469-470.

Por último, según los datos de que partía Colón, la circunferencia del globo terráqueo era de 5.100 leguas, o sean 20.400 millas. «Un grado —dice—: equivale a 56 $^{2}/_{3}$ millas, y el circuito de la tierra es de 5.100 leguas.» Esas son sus cifras. Como Colón calculaba por millas italianas de cuatro en legua, que miden 1.480 metros en números redondos, esto equivale a 30.192.000 metros, o sea un error de 10 millones de metros menos que la medida verdadera (1).

(3) La medida de Fraye es de 40.007.520 metros. (Véase Henri Vignaud: Obra citada, I, pág. 314.)

CAPÍTULO III

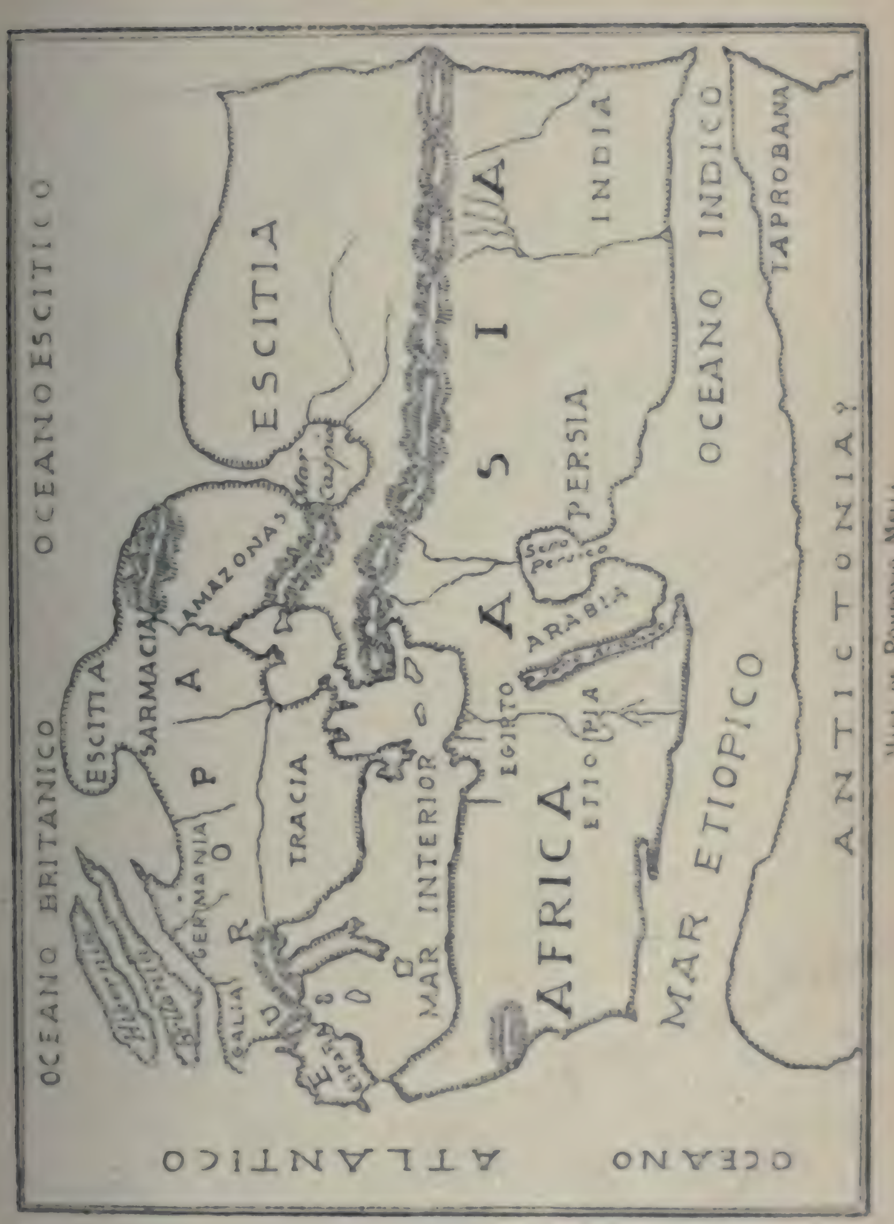
El colombinismo legendario.

DESDE el punto de vista social, el primer viaje tiene capital importancia para la historia de América y para la de España. Colón es un extranjero (1), autor de una obra originalísima, en la que entran por partes iguales las intuiciones del genio y la energía de una voluntad perseverante. Pero esa obra personal requería colaboradores, y la participación de éstos, que a primera vista parece menguada, se destaca en el horizonte histórico a medida que la crítica logra desvanecer las imposturas del mismo Colón contra sus asociados,

(1) Suponiendo demostrada la tesis del galleguismo de Colón, ¿qué más da el que hubiera nacido en España? Por extranjero se le tuvo en su tiempo. Él se reputó extranjero. Se enorgullecía de un noble origen extranjero y de una educación universitaria propia de quien ha tenido alta cuna. Se españolizó; pero su españolismo subrayaba más aún su extranjerismo. Todo en Colón, lo real y lo fantástico, las partes elevadas de su naturaleza, las vilezas de su alma, su megalomanía y sus imposturas, hacen de él un aventurero, un hombre sin otra patria que las de sus conveniencias. Los patriotas españoles que por admiración al genio pretenden que España sea su cuna, se consagran a una obra ridícula, contradictoria de sus fines, pues no logran sino dar ciudadanía a un renegado. Lo que en Colón valía no pertenece a ninguna patria, pues no la tiene el genio. Y el mérito de sus acciones no existe sino incorporado a la historia del pueblo español, que la encauzó con su comprensión y su denuedo. Es el caso de Magallanes. ¿A qué demostrar, por tendencia patriótica, que Magallanes nació en Cercedilla? Y es el caso del Greco. Toledo y el Greco son dos nombres inseparables en la historia del Arte. Las piruetas biográficas colombinas son tanto menos explicables cuanto que se trata de uno de los caracteres menos puros de la humanidad, y de un hombre para quien la mentira era el estado natural; en una palabra, de un impostor nato e incorregible.

los prejuicios de una concepción que atribuía valor desmedido a la individualidad simbólica del grande hombre, las malquerencias de Europa contra España, y, por último, los sentimentalísimos románticos que idealizan a Colón, hasta hacer santo y mártir a uno de los hombres en quienes se encuentran con mayor abundancia las escorias del interés, las miserias de la envidia y los atropellos de la injusticia.

Se ha querido presentar a Colón como un genio mal comprendido y como un hombre superior, a quien persiguen las falanges de la mediocridad recelosa. Ahora bien: lo que había de inatacable en la concepción geográfica de Colón, estaba dentro del alcance de la cultura media de su tiempo. Prueba de ello —y prueba brillantísima—, el globo de Martín de Behaim. Prueba de ello también, la difusión alcanzada por la obra del Cardenal Aliaco. Pero hay una objeción. ¿Por qué los portugueses, tan avezados a la mar, no habían emprendido la ruta del oeste? Hay una respuesta convincente. Regían las representaciones geográficas de Tolomeo, y en ellas, el continente africano, que prolongaba su parte austral hacia el oriente, hasta tocar la prolongación sudoriental del Asia, hacía del Océano Índico un mar interior. La parte oriental del Asia, más al norte de su contacto con el África, se prolongaba a su vez en una impenetrable cadena de pantanos, como los mazúricos, aunque en escala gigantesca. Había otra representación de la tierra: la acuática, contrapuesta a la de Tolomeo, que era terrestre. La representación acuática, amparada por la autoridad de Pomponio Mella, consideraba los continentes como islas inmensas rodeadas de enormes masas de agua, o más bien, como islas del Grande Océano Universal. Cualquiera de estas dos representaciones aconsejaba a los portugueses que perseveraran en la línea de sus exploraciones, proseguida tan brillantemente. Pero no se necesitaría mucho tiempo, pues bien pocos años habrían de bastar para que un propósito deliberado, como lo hicieron los azares de la navegación, empujara a los portugueses



Mapa de Pomponio Mela

hacia las tierras del oeste, como los llevaba hacia las del sur. Y España se hallaba también ya en vísperas de abandonar las costas afri-

canas, para atravesar el Océano Atlántico. Tenía navegantes más hábiles que Colón, desde el punto de vista técnico. Tales fueron, entre otros, los que acompañaron al descubridor en su primer viaje. España tenía cartógrafos más aventajados que el Almirante, como Juan de la Cosa; tenía físicos que sabían tanto o más que él, como Antonio de Marchena y Jaime Ferrer; tenía gobernantes de mayor tino que el genovés, y capitanes que le eran infinitamente superiores. Colón no hizo jamás una sola navegación como las de los dos Pinzones, como las de Niño y Diego de Lepe, de una maestría admirable; no hubiera sido capaz de rivalizar con Juan de la Cosa en la perfección con que éste formó la primera carta de la Tierra Firme y de las Islas; nadie tendrá la audacia de suponerle genio militar y político semejante, no ya igual —esto sería ridículo—, al de Hernán Cortés, ni siquiera un talento administrativo como el de D. Antonio de Mendoza. Y en audacia, ya que la audacia es lo que pasma en Colón, ¿no puede llamarse el rey de los hombres audaces a Magallanes? Todas estas comparaciones, además de odiosas, son a veces pueriles, pero en el caso las hace inexcusables la adoración que convierte al navegante genovés en ser divino, único, sin ligas ni contactos con la humanidad. Colón era, en realidad, un genio, y a pesar de su escasa disciplina, se muestra admirable por sus adivinaciones. Pero no era un genio entre idiotas ni entre ignorantes. Y, sobre todo, no era un cordero entre lobos. No. Toda España, en su grandeza, en su episcopado, en su burguesía, en sus marinos, y por último, en sus Reyes, toda España salió al encuentro de Colón, le dió hospitalidad, auxilios para la vida, trabajos para que se sustentara con decoro, estímulos para sus planes y recursos para su descubrimiento. Quien estorbó la realización rápida del proyecto no fué otro sino el mismo Colón. Este no quería descubrir por descubrir. No quería trabajar por los adelantos de la ciencia geográfica. No era un explorador de nuestro tiempo. Era, además, un genovés, y si no se quiere que fuera genovés, era por sangre, o por sus tendencias,

un judío, un visionario, con su cuenta y razón, que tenía pretensiones injustificadas a tal punto, que ninguna otra nación las hubiera aceptado como las aceptó España, en un arrebato de romántica generosidad (1). Además, no era un enamorado de la fama. Era un ambicioso, un codicioso, un hombre todo aritmética, desde la cabeza hasta los pies. Fué místico, fué profeta, fué vidente, sin duda; pero, todo ello, con alma y garras de usurero. ¿No el primer barón de Rothschild, después de acumular millones durante todo el año, caía en la sinagoga el día de la contrición, sollozante y anodadado por una oleada de sentimiento religioso? Colón andaba con la capa raída, y se trajeaba de nuevo con lo que le daba la compasión; pero, mal vestido o vestido de caridad, era más rey que los reyes en su empeño y su terquedad. Cedían ellos; él no. Ellos eran reyes, no habituados, por tanto, al regateo; él, un italiano, con mañas y acaso con sangre de judío; un genovés, un temperamento fuerte, para quien era desconocido aún como representación el choque grosero que en un temperamento fino produce la ajena concupiscencia. Hay en Colón todo un lado odioso, y es justamente el lado en que, por contraste, España pudo humillar al aventurero, mostrándosele caballeresca, desprendida y jovial. No se ha comprendido una cosa, y es que las dificultades opuestas a las exigencias de Colón —prescindiendo de los retardos propios de un tiempo en que la guerra absorbía todos los pensamientos y toda la actividad de la Corona— no dimanaban de una contra-

(1) Werner Sombart, autor de un libro, *Die Juden und das Wirtschaftsleben* (Leipzig: Dunker und Humblot, 1911), en que se estudia magistralmente la influencia ejercida por los judíos sobre la vida económica de los pueblos modernos, habla con ciertas reservas del judaizantismo de Colón. Basándose en los datos presentados por D. Celso García de la Riega ante la Sociedad Geográfica de Madrid, Sombart dice que los gallegos Fonterrosas, judíos o recientemente bautizados, contrajeron varias alianzas matrimoniales con los Colones de Pontevedra. Sombart cita algunos libros que se refieren a la intervención de los judíos en el descubrimiento de América, entre los que descuella la obra de Kayserling, *Christopher Columbus und der Anteil der Juden*, etc. (1894)

cicatería. Era, por una parte, impolítico —y lo fué de hecho— crear dentro del Estado un Estado para Colón. Y, por la otra, era poco serio hacer convenios con un aventurero sin responsabilidad. Esta fué precisamente la respuesta que se dió al argumento de los que apoyaban las pretensiones de Colón. Si el navegante pedía de lo que él encontrara, ¿en dónde estaba el mal? Pero, por lo mismo que no pedía sino basado tal vez en quimeras, la sensatez aconsejaba no aventurar convenios sin razones bien meditadas, poniendo a la par los sueños de un desconocido, que era tal vez un loco, y las conveniencias políticas de un gran Estado (1).

La biografía de Colón encierra pocos datos seguros y muchas dudas antes del 17 de abril de 1492. La falta de noticias viene de un estudiado silencio de Colón, y las dudas son el resultado de su mendacidad, que era desenfrenada. A partir de aquella fecha, hay menos dudas, pero encontramos, en cambio, muchos puntos negros que corresponden a alguna lacra de aquella alma compleja, extraordinaria, a veces grande, pero nunca heroica ni humana. Algunos historiadores, como d'Avezac (2), Harrisse (3) y Vignaud (4), han hecho prodigios de investigación, de ingenio y aun de suspicacia, explicable por las irritantes malicias de Colón, para formarle una biografía medianamente racional.

No se sabe cuando nació el Almirante. Su amigo el cronista Bernáldez creía que era hombre de setenta años, más o menos, cuando murió. Pero la misma vaguedad de esa suposición da margen para las más variadas conjeturas. Bien podía parecer hombre de setenta años y tener sesenta. Poco era, en efecto, envejecer diez años en el

(1) Véase a Fernández Duro, en su informe a la Academia de la Historia. Tomo x. El dictamen del Consejo es concluyente en este punto.

(2) *Canevas chronologique de la vie de Christophe Colomb.* Bulletin de la Société de Géographie. París. 1872.

(3) Henry Harrisse: *Christophe Colomb.* Paris, 1884; 2 vols.

(4) Henri Vignaud: *Etudes critiques sur la vie de Colomb avant ses decouvertes.* Paris, 1905.

cuarto viaje a las Indias. Harrisse y d'Avezac, siguiendo a D. Juan Bautista Muñoz, y basándose en ciertos datos, asignan para el nacimiento de Colón el año 1446. Vignaud fija el año de 1451. Pero si en 1505 se le permitía viajar en mula por su ancianidad, y si el cura de los Palacios lo creía *in senectute bona*, hay que suponer una vejez muy prematura en el Almirante dándole como nacido en 1451. Washington Irving, el biógrafo de los datos tradicionales, señala el año 1436.

¿Nació en Pradello, en Cucharo, en Cogoleto, en Savona, en Nervi, en Albissola, en Bogliarco, en Cosseria, en Finale o en Oneglia? Estas disputas de campanario han hecho correr mucha tinta inútil. Pero no sólo hay disputas de campanario genovés. Córcega ha querido también ser patria de Colón. Y ya hemos visto que lo pretenden algunos para Pontevedra (1). En realidad, la única cuestión sería, dentro de la seriedad que consiente lo nimio, es la relativa al lugar de la tierra de Génova en que haya nacido Colón. Pero esta cuestión le interesa muy poco a la Historia, y escasamente a la biografía crítica (2).

(1) Queda dicho en nota anterior lo incomprensible de la tesis patriótica del galleguismo. Colón dijo que era genovés, poco importa de qué villa genovesa. Aun siendo falsas las noticias de sus negociaciones, él estuvo dispuesto a trabajar por cuenta de Portugal, de Francia, de Inglaterra o del infierno. Se quedó en España por su conveniencia, no por amor al país. Sus sentimientos, si los tuvo, fueron de genovés, y quería ligar con Génova su fama póstuma. ¿A qué fin viene, pues, violentar conjeturas para hacerle español? Si esto resultara comprobado, no habría razón para recusar el dato; pero fabricarle a Colón una leyenda de españolismo, cuando toda la leyenda formada espontáneamente en torno de su nombre y por obra suya fué leyenda antiespañola, indica poco juicio y poca percepción de las delicadezas morales.

(2) El *Baedeker* de la Italia del Norte señala una casa de Cogoleto en donde se dice que nació Colón. Hay en la puerta una octava real conmemorativa. La única cosa cierta en todo esto es que no nació allí Colón.

«Casi todos los cuentos y leyendas con que se formó la historia de la juventud del gran navegante, proceden más bien de él, que de Fernando Colón, como generalmente se cree. Gracias a los trabajos críticos modernos, y gracias sobre

He aqui lo menos incierto acerca del Almirante. Giovanni Colombo, abuelo de Colón, era de Terrarosa, en tierra de Génova; Domenico, hijo de Giovanni, y padre de Cristoforo, el descubridor. vivió en Quinto al Mare. Domenico se casó con Susanna Fontanarossa, oriunda o vecina de Quezzi, también perteneciente a Génova. Entre 1448 y 1451, la familia se estableció en la ciudad de Génova, y en 1471 trasladó su residencia a Savona, otro pueblo genovés. Domenico era cardador de lana, y en Savona explotaba una taberna. Domenico y Susanna tenían cinco hijos: Cristoforo, Giovanni, Bartolomeo, Giacomo y una mujer. En 1484 murieron Susanna, la madre, y Giovanni. La hija se había casado en Génova, y, al quedar viudo el padre, éste salió de Savona y se fué a vivir con ella. Giacomo (Diego después en España) era aprendiz de cardador. Bartolomeo y Cristoforo habían partido para Portugal. Domenico estuvo en Génova, al lado de su hija, hasta 1499 ó 1500, en que murió. Era muy pobre, y debe decirse, en honra de Colón, que siempre lo auxilió (1). Domenico había sido propietario de una casa en Génova, y tal vez conoció días de abundancia; pero Colón queria la gloria de una prosapia ilustre. Era del linaje de aquel Colón de

todo a los de Harrisse, algunas de esas leyendas han sido ya destruídas y no hallan acogida en obras serias; pero, a no haber mediado la fortuna de encontrar en los archivos de algunos notarios italianos la prueba de la falsedad de aquellas relaciones, las veríamos desfigurando aún muchos libros de Historia. Ya nadie cree hoy que Colón nació en 1436, que procedía de una familia noble, que estudió en la Universidad de Pavía, que tuvo dos parientes almirantes y que hizo la guerra por el rey Renato. Hoy se puede ir más allá. Se puede demostrar que Colón nació exactamente en 1451, y no en una fecha incierta entre 1446 y 1451; que no llegó a Portugal sino hasta fines de 1476, o a principios de 1477; que navegó muy poco, y que nunca entabló relaciones con Génova, Venecia, Inglaterra y Francia.» (Vignaud: Obra citada, Introducción.)

(1) Dice Las Casas: «Fué este varón escogido de nación genovés, de algun lugar de la provincia de Génova; cuál fuese donde nació, o qué nombre tuvo el tal lugar, no consta la verdad dello, más de que se solía llamar, antes que llegase al estado que llegó, Cristóbal Colombo, de Terra-rubia, y lo mismo su hermano Bartolomé Colón...» Lib. I, cap. II.

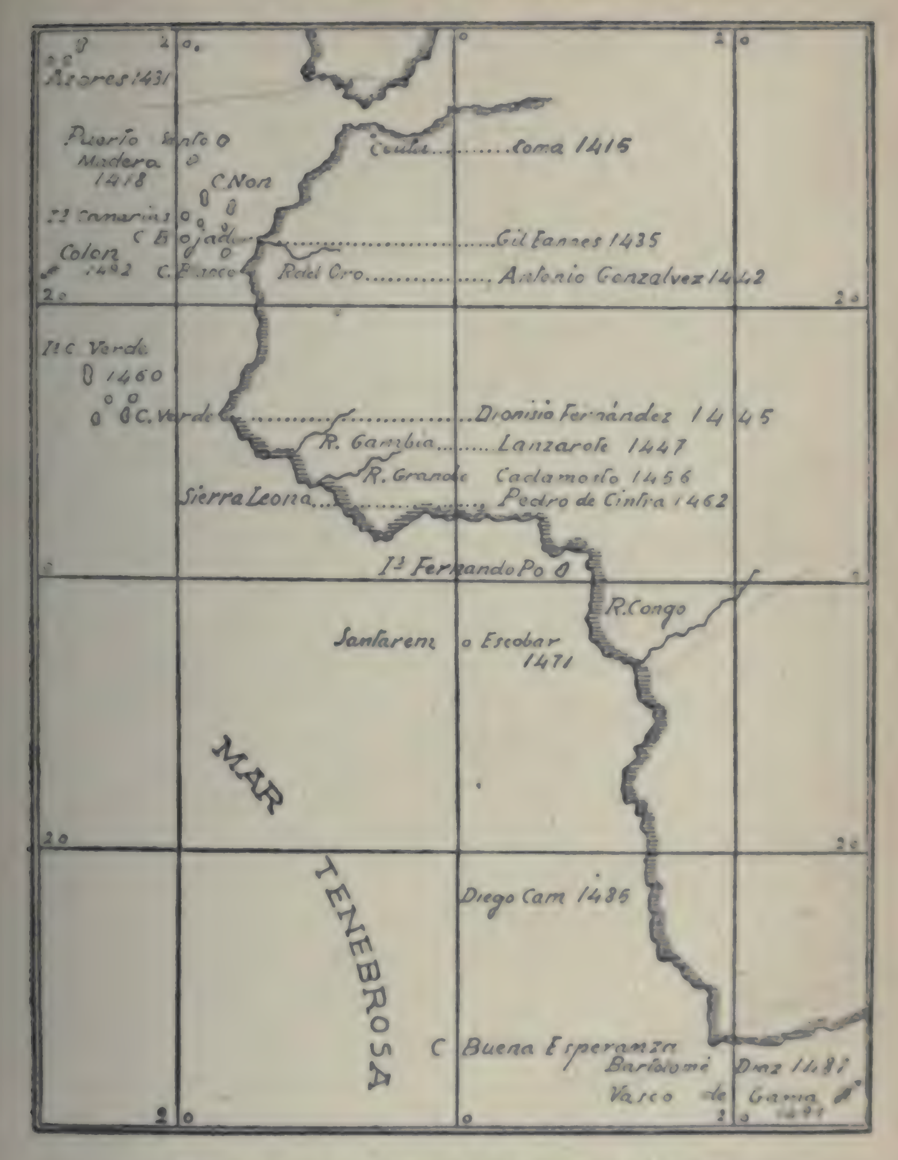
quien habla Tácito, el Colón que llevó preso a Mitridates (1). Como descendiente del aprehensor de Mitridates, tenía que haber sido por fuerza estudiante de la Universidad de Pavía. Esto no se concilia con la pretensión de haber comenzado la carrera de navegante a los catorce años. De todos modos, fué más o menos experto en la lengua latina, navegó por el Mediterráneo, y sin saber dónde ni cómo, por esa gracia de autodidactismo de los italianos, y, sobre todo, por su genio, «porque Dios le dotó de alto juicio, de gran memoria y de vehemente afección, tratando muchas veces con hombres doctos, y con su infatigable trabajo estudioso, y principalmente, a lo que yo cierto puedo y debo conjeturar, por la gracia singular que le concedió para el ministerio que le cometía, consiguió la médula y substancia necesaria de las otras ciencias, conviene a saber, de la geometría, geografía, cosmografía, astrología o astronomía y marinería» (2).

Uno de los grandes recursos de Colón era su habilidad para el dibujo de cartas geográficas. Estuvo en Portugal, siguiendo a su hermano Bartolomé. Allí se sostenían los dos como cartógrafos y navegantes, más acaso como cartógrafos que como navegantes. Cristóbal se casó con Felipa, hija del habilísimo navegante italiano Bartolomeo Pallestrelo, que transformó su nombre en Perestrelo, como Colombo transformó después el suyo. La madre de Felipa era Isabel Moñiz, segunda mujer de Pallestrelo. La familia tenía alguna propiedad en Porto Santo, y Colón residió allí con su esposa. Había llegado a ser el heredero o depositario de los planos, cartas y papeles de su suegro, y los estudió con la diligencia y provecho de que dieron testimonio los acontecimientos. La estancia de Colón en Porto Santo, fué decisiva.

Ese es el momento en que toma cuerpo su plan geográfico. Intenta una refutación de la teoría de las cinco zonas. Va a San

(1) Las Casas. Lugar citado.
(2) Las Casas. Lib. I, cap. III.

Jorge de la Mina, en la Costa de Oro, y recorre los mares del norte, hasta los 73° de latitud. No se sabe si antes o después de enviudar pasa a Andalucía, pues en algún pasaje de sus cartas da a entender que abandona a su mujer y a sus hijos, por servir a los Reyes de Castilla y Aragón. ¿Veremos en este dato una de las imprecisiones características de su estilo epistolar? El hecho es que sale de Portugal para Andalucía en 1484. Se pierden sus huellas durante algo más de un año, y reaparece, en 1486, sirviendo a los Reyes Católicos. Se interesan por Colón, Alonso de Quintanilla, tesorero de la Reina, y el confesor de Doña Isabel, Fernando de Talavera. Los planes de Colón pasan al estudio de una Junta de sabios en Salamanca, y, contra lo que enseña una tradición de genio mal comprendido, ni se ridiculiza a Colón, ni causan escándalo y terror sus asertos, ni se le despide con desdén. Todo se aplaza, y hay razón para aplazarlo. En el año 1486 comienza la ruda campaña de Málaga, y Colón, que ha formado ya una alianza irregular con doña Beatriz Enríquez de Arana, y tiene de ella un hijo, el futuro erudito D. Fernando, dirige de nuevo la vista hacia Portugal. Bartolomé Dias ha vuelto del reconocimiento de la punta austral del África. Bartolomé Colón, que formó parte de la expedición, llega a Lisboa en los últimos días de diciembre de 1487, y su hermano pide un salvoconducto para ir a visitarle. No se sabe con fijeza el porqué de ese salvoconducto. ¿Tenía deudas o responsabilidades de otro orden que le hiciesen temer una acción judicial en Lisboa? ¿Se había comprometido por palabras imprudentes contra el rey de Portugal? ¿Creía que sus ofertas a Castilla serían recibidas como un acto de traición al vecino reino? En todo caso, hay una aproximación que lo lleva al país de sus primeras ilusiones. Había salido de allí achacando una felonía al soberano portugués; tal vez había dejado deudas; no sería difícil que, como dijo más tarde, hubiese efectivamente abandonado a su mujer y a otros hijos habidos en ella, aparte de D. Diego, su heredero. Sea cual haya sido la causa, el hecho es que no podía volver a Portugal



VIAJES DE LOS PORTUGUESES A LAS COSTAS DE ÁFRICA

sin una carta que le pusiese a salvo de persecuciones. La obtuvo, y dió la espalda a España. Nuevos despechos borraban, momentáneamente al menos, el recuerdo de los antiguos. Pero Portugal esquiva-

ba la aproximación, y ya en Lisboa, Colón sintió de nuevo la frialdad del menosprecio. Hay datos muy inciertos sobre el ensayo sucesivo —simultáneo tal vez— de capitulaciones con Génova y con Venecia. Quedaban Inglaterra y Francia, y acaso mientras se hacía la nueva tentativa en los países del norte, por conducto de su hermano Bartolomé, él creyó conveniente regresar a España, como el mejor de los asilos (1). España lo había acogido con su hijo Diego. Además, España era la cuna de su hijo Fernando, que acababa de nacer. La perspectiva que le daba la distancia, le hacía comprender que España es tierra pródiga y la única donde había conocido un verdadero protector. Mientras Bartolomé viajaba por Inglaterra y Francia, soteniéndose como en Portugal con sus dibujos cartográficos, Cristóbal volvía a España. Aquí se encuentra a principios de 1489. Hay en todo el país inundaciones y epidemias. La guerra continua con gran vigor. Colón toma parte en ella, y a fines de 1489, después del sitio de Baza, en el que su comportamiento militar es muy brillante, se dirige a los dos grandes duques, el de Medina Sidonia, y el de Medinaceli. Este último se apasionó por la empresa en el Puerto de Santa María, y alojó al postulante en su castillo hasta el otoño de 1491. El duque hablaba posteriormente del proyecto de Colón, en carta escrita al Gran Cardenal de España, con fecha 19 de marzo de 1493: «No sé si sabe Vuestra Señoría cómo yo tuve en mi casa mucho tiempo a Cristóbal Colombo, que se venía de Portugal, y se quería ir al rey de Francia para que emprendiese de ir a buscar las Indias con su favor y ayuda, e yo lo quisiera probar y enviar desde el Puerto, que tenía buen aparejo, con tres o cuatro carabelas, que no me demandaba más; pero como vi que era esta empresa para la Reina nuestra Señora, escribíle a Su Alteza desde Rota, y respondióme que ge lo enviase; yo ge lo envié entonces, y supliqué a Su

(1) Repito que estas negociaciones han sido objeto de investigaciones críticas recientes, con resultados negativos. Es inútil exponerlas aquí.

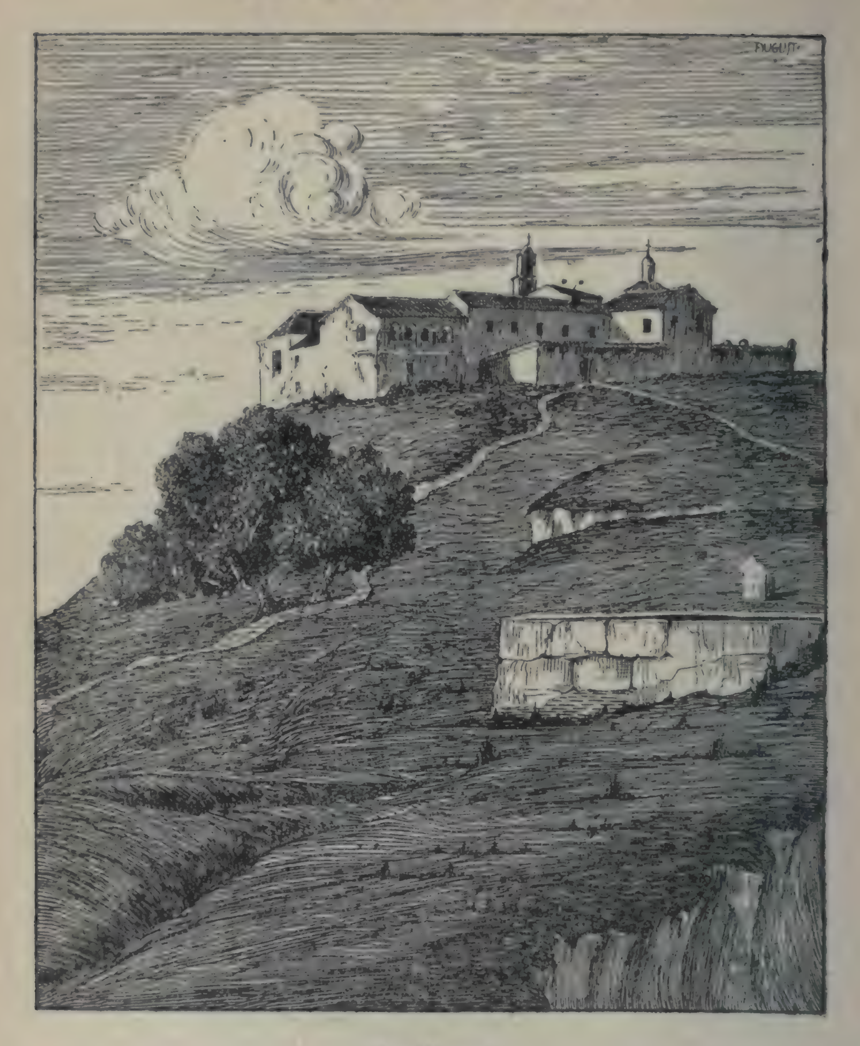
Alteza, pues yo no lo quise tentar y lo aderezaba para su servicio, que me mandase hacer merced y parte en ello y el descargo deste negocio fuese en el Puerto. Su Alteza lo recibió y le dió encargo a Alonso de Quintanilla, el cual me escribió de su parte que no tenía este negocio por muy cierto; pero que si se acertase, que Su Alteza me haría merced y me daría parte en ello; y después de haberlo bien examinado, acordó de enviarlo a buscar las Indias. Puede haber ocho meses que partió, y agora él es venido de vuelta a Lisboa, y ha hallado todo lo que buscaba, y muy cumplidamente...» (1).

Pero no pasaron los acontecimientos tan llanamente como los refiere el duque. Hubo nuevas dificultades, aplazamientos y rupturas. La guerra había llegado a su momento crítico, y cuando por fin pudo ser oído Colón, él mismo se encargó de acumular los obstáculos con su intransigencia. Quería gobernación, estado y parte en los beneficios. ¿Iba la Corona, que luchaba por la unidad, a destruirla en favor de un extranjero? Colón hacía imposibles las negociaciones, y hubo que romperlas (2).

Hay un momento de intersección de la historia y la leyenda. Colón toma de la mano a su hijo Diego, pequeño de once o doce años. Sale de Sevilla para ver a su pariente Miguel Muliarte, casado con Violante Moñiz, hermana de la difunta esposa de Colón. Pasa por el modesto y solitario monasterio de Santa María de la Rábida, que bañan el mar y la ría del Tinto. Era una casa con celdas para seis u ocho religiosos; pequeño patio de un solo piso, rodeado por un claustro mudéjar, pintado de colores vivos; templo artístico, de presbiterio ojival y techo de alfarje; capilla cuadrada en forma de *marabuth*. Llega Colón a la portería, y «pide pan y agua que bebiese aquel

(1) Navarrete: Obra citada, tomo II, págs. 20 y 21.

(2) Véase, para toda esta parte de la vida de Colón, la luminosa y breve monografía de Manuel Sales Ferré: *El descubrimiento de América según las últimas investigaciones* (Sevilla, 1893), obra tan apreciada en el extranjero, como desestimada en España.



La Rábida

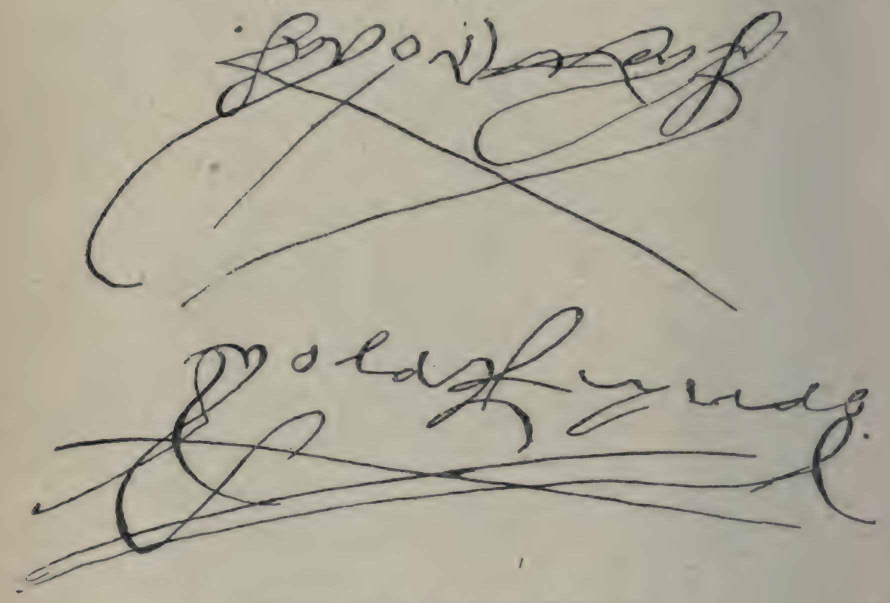
pequeño». El solicitante es conducido a la hospedería, y se pasa aviso a Fray Juan Pérez. Sale éste con García Hernández, médico de Palos. La visita del caminante es un acontecimiento excepcional en el retiro de la ría, y no lo es sólo para La Rábida, sino para la civilización. Fray Juan Pérez advirtió en el caminante «disposición de otra tierra e reino ajeno, en su lengua». Dominado por la curiosidad, «pre-

guntóle quién era e de donde venía». El fraile y el desconocido hablaron largamente, y, entretanto, el médico se retiró, por sus ocupaciones en el pueblecillo de donde era vecino. Pero era tan interesante lo que Colón refería, que el fraile envió un recado al puerto para que volviese el físico, pues, «viendo la razón del viajero», quería que estuviese presente Hernández, «con el cual tenía mucha conversación de amor, e porque alguna cosa sabía del arte astronómica». El fraile estaba muy empeñado en que el físico «viese razón sobre este caso del descobrir». Había en el convento otro religioso, «fray astrólago», acaso, si no seguramente, Fray Antonio de Marchena, que acompañó a Colón en su segundo viaje. Las conferencias de estos cuatro hombres duraron varios días. Asistieron a ellas, además, cuantos podían ilustrar la materia, como Pero Fernández de la Frontera, «muy sabio en el arte de la mar, criado que había sido del rey de Portugal», y que «se había adelantado hasta el mar de las Yerbas que hoy llamamos Sargaso, y daba por cierta la existencia de tierras en el Occidente» (1).

Acordóse enviar a un tal Sebastián Rodríguez, piloto de Lepe, con cartas de Fray Juan Pérez, para la Reina, de quien éste habia sido confesor. Entretanto, Colón quedó esperando la respuesta. «E dende a catorce días, la Reina nuestra Señora escribió al dicho Fray Juan Pérez, agradeciéndole mucho su buen propósito, e que le rogaba e mandaba que luego, vista la presente, paresciese en la corte ante Su Alteza, e que dejase al dicho Cristóbal Colón en seguridad de esperanza hasta que Su Alteza le escribiese.» Se convino en dar tres navíos, y para el arreglo de los preliminares, la Reina envió al genovés veinte mil maravedís, a fin de que se pudiese vestir honestamente. Por última vez iba a perderse toda esperanza de avenimiento. Colón, inflexible, no cedía, y antes que renunciar a una sola de sus irracionales pretensiones —tan irracionales, que años más tarde le

(1) Sales y Ferré: Obra citada, págs. 115-122.

aceleraron la muerte y fueron dañosas para el bien público—, salió de la corte, resuelto a tomar el camino de Francia en busca de su hermano Bartolomeo. Colón ya tenía un partido en la corte, más interesado que el mismo Colón en el descubrimiento. Celebraron una



Autógrafos de los Reyes Católicos

junta los amigos del solicitante, y en nombre de ellos, el escribano de ración, Luis de Santángel, entró a hablar con la Reina (1).

¿Qué importaba dar a Colón cuanto pedía, si sería de lo mismo que él ganara para la Corona? Colón presentaba muy buenos fundamentos para su empresa, y sólo pedía un cuento como anticipo o ayuda de costas. Los que se oponían daban razones muy flacas (2) a los ojos de aquellos fanáticos. La Reina acabó por acceder a todo.

(1) Sales y Ferré: Obra citada, pág. 131. Las Casas: *Historia*. Lib. I, capítulo XXII.

(2) Sin embargo, eran razones de Estado, y durante un cuarto de siglo se vió manifiestamente que no habían sido mezquinas las objeciones opuestas a las exigencias de Colón.

No fué necesario el empeño de las joyas, de que hablan Las Casas y Fernando Colón: «Yo terné por bien que sobre joyas de mi recámara, se busquen prestados los dineros que para hacer la armada pide Colón...» (1).

Mientras se tomaban estas resoluciones, Colón habia partido ya Se mandó un propio para que lo detuviera, y éste le dió alcance en el puente de Pinos, cerca de Granada. Se firmaron las capitulaciones, y el 12 de mayo pudo salir Colón para el puerto de Palos. Pero, probablemente, nada hubiera hecho allí el Almirante. Se le opondría una resistencia activa, y vencida ésta, si la vencía con el apoyo de la corte, tendría que vencer una resistencia pasiva: la huelga de los brazos caídos en los dueños y tripulantes de las carabelas, máxime si habia que acudir a los hombres de las cárceles por falta de marineros. Colón podría persuadir con su elocuencia, en una reunión de geógrafos; pero no era hombre de suficiente pericia para arrastrar a los navegantes. Puede asegurarse que sin Colón, el viaje a través del Océano Atlántico se habría realizado pocos años después, por Martín Alonso Pinzón, por alguno de sus hermanos, o por veinte más del mismo temple; pero que sin alguno de esos hombres, Colón se habría quedado en tierra con sus cédulas, su virreinato, su almirantazgo y sus privilegios.

Colón y Martín Alonso Pinzón se habían conocido durante la estancia de aquél en La Rábida. Martín Alonso acababa de regresar de un viaje a Roma. Alonso Gallego decía de él, en 1535, que era «el mayor hombre y más determinado por la mar que en aquel tiempo habia por esta tierra: hombre rico, muy emparentado y de los más principales de Palos; tenía siempre un navío de suyo y aparejo para hacer cualquier cosa por la mar» (2). Otro contemporáneo, Francisco Medel, lo presentaba como sin igual, «por ardil para las cosas de la

(1) Fernando Colón: *Vita dell' Ammiraglio*, cap. XIV. Las Casas: *Historia*, libro I, cap. XXXII.

(2) Sales y Ferré: Obra citada, pág. 123.

guerra». No había «ninguno tan determinado, ni que tanto crédito tuviese su persona para hacer cualquier cosa». Por lo menos, tenía un navío, «e a otras veces dos, e a otras tres. Tenía tres hermanos, muchos parientes muy honrados, e amigos, e tenía grande aparejo para hacer el dicho descubrimiento» (1). Durante las hostilidades con los portugueses, ganó fama de audacia. Todos a una le tenían «por muy diestro en el arte de navegar, piloto e capitán esforzado para las cosas de la mar, en tal manera, que no había en aquel tiempo hombre en esta tierra tan determinado para una acción de guerra por mar e por tierra» (2).

No era sólo un hombre de acción, prestigiado por su valor, su caudal y su maestría. Era un hombre del Renacimiento, un curioso, un investigador y un enamorado de los misterios del mar; «hombre muy sabio y agudo en las cosas de la mar y de la navegación» (3). Llegaba de Roma, como queda dicho, y allí había hablado con un familiar de Inocencio VIII. El familiar, que era cosmógrafo y encargado de la librería del Papa, ministró a Martín Alonso algunas notas acerca de cierto mapa, «en el que estaban señaladas las regiones e provincias». El marino de Palos y el cosmógrafo de Roma habían visto juntos «muchas y largas escrituras», que el familiar tenía en su poder, y hablaban «de las tierras que estaban por descobryr». Tanto influyeron

(1) Sales y Ferré: Obra citada.

(2) Pág. 124.

(3) Sales y Ferré: Obra citada, pág. 125. —Mr. Henry Harrisse —*Colomb devant l'Histoire*— hace de Pinzón un vulgar mercader de sardinas. El famoso erudito, a quien la naturaleza dotó con un escasísimo caudal de crítica, y que revela una excesiva pequeñez de alma en sus pasiones, no comprende que Pinzón hubiese sido capaz de sentir los anhelos generosos del más allá geográfico, característico de los hombres de su tiempo. Es notable la ruindad con que Harrisse trata a los Pinzones. Sólo por esto debería ser más conocido en países de lengua española, y, sobre todo, en España, este libro del gran erudito yanqui, rabioso por su antiespañolismo. Para Harrisse toda la Historia de España se reduce al comercio de boquerones, en lo que al descubrimiento se refiere.

en Martín Alonso aquellas conversaciones, que, según contaba su hijo, «quería armar navíos e yr a descobryr estas tierras» (1).

Colón se hallaba muy distante de ocupar el centro de un desierto intelectual y de vivir aislado de sus contemporáneos. Esta es una concepción romántica que ha dejado de tener valor, y que sólo puede tolerarse en los versos de Schiller y en las páginas artificiosas de Washington Irving. Para Colón, el peligro no estaba en el aislamiento, sino en verse anticipado por Martín Alonso. Este podía partir a la hora que quisiera, y Colón se hubiera quedado en la playa soñando en su quimérico virreinato, paseando su dignidad solemne de Almirante y calculando los productos hipotéticos del monopolio de riquezas ideales. Pero hubo acuerdo entre el visionario y el piloto, aun antes de que se ajustasen las capitulaciones del 17 de abril (2). Existía la más completa identidad en el propósito, e inteligencia en los medios. Muchas personas creen que Colón ofreció a Martín Alonso la mitad de las mercedes que le otorgaran los Reyes, y que Pinzón se obligaba a prestar su concurso en tanto sólo que hubiese un pacto con la Corona. Hay ciertas dificultades para admitir llanamente esta participación, entre otras cosas, porque Colón pretendía obtener de la Corona concesiones a perpetuidad, personales e intransferibles, para sí y para sus herederos por línea directa de varón. Tal vez se trató sólo de las utilidades de un viaje, y aun en este caso la cuestión es muy obscura por falta de documentos. Parece poco verosímil que Pinzón se atuviese a la palabra de un extranjero, y poco probable que se extraviasen los papeles relativos, sin que los herederos de

(1) Declaración de Arias Pérez, hijo de Martín Alonso Pinzón. (Sales y Ferré: Obra citada, págs. 126 y 127.) Parece que los planes de Martín Alonso Pinzón no se referían a las Indias, sino a las islas del Océano, y que el parentesco entre las ideas de Colón y las que tenía el piloto de Palos, después de su visita a Roma, era más estrecho de lo que se suponía antes de las investigaciones de Mr. Vignaud. Compárense las observaciones de éste con la muy sagaz de Sales y Ferré en su obra citada (nota de la pág. 128).

(2) Sales y Ferré: Obra citada.

Pinzón los hubiesen utilizado. En todo caso, la importancia de la cooperación de Martín Alonso no puede ponerse en duda, y resalta más, a medida que se conocen mejor los pormenores del descubrimiento.

Cuando Colón tuvo en sus manos las capitulaciones y provisiones reales, hubo desavenencia entre él y Martín Alonso, bien haya sido que éste retirara su concurso, o que Colón se creyese capacitado para dar de mano a un socio exigente. Se procedió al embargo de las carabelas, pero no hubo un solo hombre dispuesto a tripularlas, si bien se ordenaba por real cédula que fuesen sobreseídas las causas de todos aquellos individuos dispuestos a alistarse en la expedición. Pero aun así, nadie quiso partir.

Fray Juan Pérez intervino como mediador entre Colón y Martín Alonso, y hubo un nuevo concierto entre los dos. En vez de las carabelas embargadas a los vecinos de Palos, se utilizaron otras dos de mayor porte, la *Pinta* y la *Niña*, que eran de la matrícula del mismo puerto y de la propiedad de los Pinzones. Se encontraba allí también una nave, que fué alistada, y se dispuso que sirviera de barco insignia para Colón. Esta nave, designada con el nombre de *Santa María*, y conocida también por la *Gallega* y la *Mari Galante*, llevaba como maestre a Juan de la Cosa. Martín Alonso Pinzón iba de capitán en la *Pinta*, con su hermano Francisco de maestre. El otro hermano, Vicente Yáñez Pinzón, capitaneaba la *Niña* y lo acompañaba de maestre Juan Niño. Martín Alonso se había distinguido en grado sobresaliente, y los otros —sobre todo Vicente Yáñez Pinzón y Juan de la Cosa—, no sólo se distinguieron años después, hasta destacarse del vulgo de la mar, sino que llegaron a ejecutar obras históricas colosales, como las habría consumado también Martín Alonso si no hubiera muerto a los pocos meses.

La causa de que se reuniese aquel grupo tan distinguido de navegantes en torno de Colón —solitario, aislado y mal visto la víspera, no obstante sus reales cédulas—, debe buscarse y se encuentra



Iconografía colombina. El Almirante según el buril del célebre grabador Bry, en su obra «Los Grandes Viajes», de 1595. Es un retrato imaginario, notable por el valor artístico de la obra en que se publicó.

en el influjo personal de Martín Alonso. Fué suficiente que él prestara su concurso, para que la expedición contase con la cooperación de los otros, poco menos distinguidos que él, hasta entonces, en la na-

vegación, y cuyo prestigio fué elemento de primera importancia para que no faltasen tripulantes.

La Corona había dado un cuento de maravedís; Martín Alonso, a lo que se dice, puso medio cuento (1). Pero bien vista su aportación, excedía a la de los Reyes, pues aun descontado el elemento personal, que era preponderante y decisivo, comprendía el valiosísimo de dos embarcaciones, cuyas cualidades veleras quedaron acreditadas en una de las borrascas más espantosas de que haya memoria. Además, es dudoso que sin los Pinzones se hubiese aparejado y tripulado la *Santa María*, a pesar de todas las coacciones y de todos los halagos de la ganancia.

La expedición era, pues, en gran parte, popular. Era, como todas las cosas en España, producto de la iniciativa privada y obra de las clases inferiores, de la masa fuerte, sana, noble; obra del admirable Juan Español, que descubrió un continente, lo pobló, se lo entregó al Estado, y cuando éste lo perdió, por su incompetencia secular, ha seguido nutriéndolo con su sangre fecunda.

(1) ¿Cuánto era un millón de maravedís? Según los cálculos de Mr. Henry Harrisse, serían cerca de 300.000 francos. El autor norteamericano hace cuentas fantásticas, privadas de todo fundamento, que elevan el coste de la expedición a 236.000 dólares, o sea 1.180.000 francos. Una discusión completa del punto tendría que ser demasiado prolija y nos alejaría de nuestro objeto. (Véase Harrisse: *Colomb devant l'Histoire*, págs. 391-404.)

CAPÍTULO IV

La primera travesía del Atlántico.

La narración del primer viaje de Colón tiene múltiple interés: lo tiene científico, pues en él se observó la declinación de la aguja magnética; lo tiene geográfico, por haberse fijado una nueva ruta de navegación, la primera a través del Océano Atlántico —la primera, se entiende, de que haya una consignación precisa en datos fehacientes—. Y tiene, además, un interés poético, al que no es ajena la fantasía de Colón y su temperamento, de una emotividad vibrante cuando entra en contacto con alguna de las sublimes manifestaciones del misterio. La parte humana, por el contrario, es de una desesperante mediocridad en este viaje, hasta el momento de los grandes peligros, pues el hombre, animal paradójico, incapaz normalmente de luchar contra las bajezas de su propio egoísmo, está dispuesto, sin embargo, a perder como héroe una existencia que ha conservado fuera de las normas del decoro.

En la mañana del 3 de agosto de 1492, las tres pequeñas embarcaciones del descubrimiento se alejaban de la costa. Los frailes de La Rábida, todo el pueblo de Palos y muchos vecinos de Moguer y de Huelva, presenciaban la partida.

—¡No volverán! —decían muchos—. ¡No volverán!

Los expedicionarios se dirigieron a las islas Canarias para reparar averías de la *Pinta*, operación que se hizo en la Gomera, y el día 6 de septiembre levaron anclas en la isla de Hierro. El día 9, los expedicionarios perdían de vista las últimas tierras de las islas afri-

canas. Empezaban su penetración en un mundo misterioso (1). Colón acordó desde el principio contar menor distancia de la que recorría, «porque si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente». Los marineros gobernaban mal, en opinión del Almirante, y hubo riña sobre esto. Antes de que se hubiese avanzado un gran trecho, ya estaban desavenidos el jefe de la expedición y los tripulantes de la *Santa María*. En las dos carabelas el orden y la disciplina no se alteraban. Uno de los dones de que carecía Colón en mayor grado era el de gobierno.

Se caminaba a razón de dos leguas y media por hora. El mar estaba tranquilo. A los dos días de haber perdido de vista la tierra, encontraron un mástel de navío, pero no pudieron tomarlo. El día 13 ocurrió un hecho memorable. La ruta era hacia el oeste; las embarcaciones iban contra las corrientes; al caer la tarde de aquel día, notaron que las agujas noroesteaban. Por primera vez se había advertido la variación magnética (2). El fenómeno se repitió de allí al 17: «Temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen a marcar el norte en amaneciendo, y halló que estaban buenas las agujas; la causa fué porque la estrella que parece que hace movimiento y no las agujas» (3). Así

(1) Este primer viaje de Colón puede dar materia para un poema tan bello como los mejores cantos de la *Odisea* o de *Os Lusiadas*, pero a condición de que se deje su voz dulce, grave y convincente a la realidad. Comenzarcomo el melodramático Washington Irving: «Al perder de vista esta última tierra, los marineros desfallecían; parecíales que habían dicho adiós al mundo para siempre» *(a)*, es hablar a la vez sin seriedad y sin poesía. El corazón de los marinos tiene más fuerza y más complejidad.

(2) Humboldt trata este punto en su *Histoire de la Géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'Astronomie Nautique aux* XVe *et* XVIe *siècles*. Paris, 1836-1839, 5 vols. También lo estudia en *Cosmos. Essai d'une description physiques du monde*, 1845-1858. 2 vols.

(3) «Derrotas y caminos que hizo el Almirante», etc. Navarrete: Obra citada, tomo I, págs. 8 y 9.

(*a*) Washington Irving: *Vie et Voyages de Colomb. Traduction de l'anglais par C. Benson*. Paris, 1864, tomo I, pág. 123.


PRIMER VIAJE DE
CRISTOBAL COLON
CUBA
C. CRUZ
I. de PINOS
CAIMANES
JAMAICA
ESPAÑOLA
ISABELA
Sto DOMINGO
BEATA
PUERTO RICO
St CRUZ
I. VIRGENES
S. MARTIN
ANTIGUA
MONSERRAT
GUADALUPE
MARIGALANTE
DOMINICA
MARTINICA
20
16
61
65
69
73
77
81

calmaba las alarmas de los marineros. Pero, ¿había razón para temer? El día 14 se había visto desde la *Niña* un garjao y un rabo de junco, aves que no se apartan de tierra sino veinticinco leguas a lo más; el día 16 notaron muchas manchas de hierba muy verde, recientemente desprendida. La tierra estaría cerca (1). Y no era infundada esta suposición, pues se aproximaban a unas rompientes descubiertas en 1802 (2). En la mañana del 17 notaron que las hierbas parecían de ríos, y hallaron en ellas un cangrejo vivo. Hasta les pareció que el agua era menos salada desde que salieron de las Canarias... Había propensión al optimismo y a la admiración; el tiempo era como abril en Andalucía: los aires, siempre más suaves; la mar, muy bonancible, como en el río de Sevilla; todos iban muy alegres; noches antes vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego a cuatro o cinco leguas; los navíos, quien más podía andar andaba, por ver primero tierra. El 17, a la mañana, los de la *Niña* mataron una tonina, y el Almirante vió una ave blanca de las que no suelen dormir en la mar. Martín Alonso, con la *Pinta*, que era gran velera, no aguardó más a la mañana del 18, y se adelantó para ver tierra aquella noche. Así lo dijo a Colón desde su carabela. Los signos se multiplicaban: muchas aves iban hacia el poniente; había una gran cerrazón al norte. En la nao cayó un alcatraz. Las islas estaban, sin duda, a derecha y a izquierda; pero el Almirante no quiso barloventear, sino seguir hasta las Indias. A la vuelta se vería todo. Tales son sus palabras (3). Era el 19 de septiembre, y estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias. La primera parte del viaje confirmaba las relaciones y datos en que se fundaba la expedición. Si estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias, y si veían signos seguros de tierra: aves, hierbas y cerrazón, «entre islas andaban». En diez singladuras más se llegaría a las Indias.

Amaneció el 20, gran día para la ilusión y la esperanza. «Vinieron

(1) Todas éstas y las que siguen son apreciaciones de Colón.
(2) Navarrete: Lugar citado.
(3) Navarrete: Obra citada, I, pág. 11.

a la nao dos alcatraces, y después otro, que fué señal de estar cerca de tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto della. Tomaron un pájaro en la mano, que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar; los pies tenía como gaviota; vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron; después vino un alcatraz, que venía del ouesnorueste, iba al sueste, que era señal que dejaba tierra al ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van a la mar a buscar su vida, y no se alejan 20 leguas» (1).

La mar —dice Colón— era llana como un río, y se cuajaba de hierba. Los aires eran los mejores del mundo. Otro buen signo: una ballena. Las ballenas, decía el Almirante, andan siempre cerca de tierra. En realidad, estaba a cuatro leguas de las rompientes. Pero los marineros, atentos también, observaban que todos los vientos eran contrarios para la vuelta. La desconfianza se acentuaba. El día 22, afortunadamente, cesaron las murmuraciones, pues sopló un viento del oeste, que Colón bendijo desde el fondo de su alma. El 23 fué día de una tórtola, de un pajarito de río y de otras aves blancas. Pero la gente contaba ya las horas con creciente disgusto. Llevaban catorce días sin ver tierra, y la mar se había mostrado casi constantemente mansa y llana. Sin mar grande no ventaría para el regreso. Pero apenas dicho esto, una voz, que parecía la de los grandes profetas, exclamó frente a la extensión ilimitada: «Alzóse mucho la mar, y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: Así que muy necesaria me fué la mar alta, que no pareció salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto, contra Moysén que los libraba del cautiverio» (2).

(1) Debe insistirse en que el *Diario* de este viaje es uno de los grandes poemas de la Humanidad: «Vinieron, en amaneciendo, dos o tres pajaritos cantando... estas aves duermen en tierra, y por la mañana van a la mar a buscar su vida». ¡Qué diera un *parnasiano* por sentir y expresar estas emociones!

(2) Navarrete: Obra citada, tomo I, pág. 12.

En la calma del día 25 hablaban el Almirante y Martín Alonso, de nave a nave, sobre una carta de marear enviada tres días antes por aquél al capitán de la *Pinta*, en la que, según parece, había ciertas islas por la mar que atravesaban. Los dos navegantes convenían en que habían llegado al paraje de las islas; pero, puesto que no las hallaban, era, o bien porque las corrientes los habían desviado hacia el nordeste, o porque los pilotos habían errado en la cuenta de la navegación. Martín Alonso devolvió la carta. El Almirante se puso a cartear en ella con su piloto y marineros. El sol había desaparecido ya. A la luz del crepúsculo, Martín Alonso examinaba la extensión desde la popa de su carabela. Alegremente llama de pronto a Colón pidiéndole albricias. El Almirante se arrodilla con todos los suyos para dar gracias a Dios, mientras Martín Alonso y los que le acompañan claman desde la *Pinta:*

Gloria in excelsis Deo.

Los de la *Santa María* repiten la invocación de Martín Alonso. En la *Niña*, muchos marineros suben sobre la jarcia y el mástel para ver la tierra. Los pilotos dejan la ruta seguida para llegar al punto señalado por Martín Alonso, que se hallaría a una distancia de 25 leguas; pero el día 26 encontraron que la supuesta tierra había sido una ilusión. Entretanto, la mar parecía un río, y los aires no dejaban de ser dulces y suavísimos.

Era justamente la mitad del tiempo que había de transcurrir entre la última visión de las islas africanas, que habían dejado atrás, y el saludo a las Indias en la mañana del 12 de octubre. Comenzaba, pues, la segunda mitad del trayecto; aquella en que se cuentan los minutos como antes los días. Pero la incertidumbre hacía más penoso el transcurso del tiempo. Si hubieran sabido, como después de esa travesía, que ésta no podía durar menos de un mes, habrían sentido sólo tedio e impaciencia. Pero aguardaban por momentos la vista de la tierra

buscada, y la tierra no parecía. Ya la bonanza, las hierbas, los cangrejos, las ballenas y las aves de río no alimentaban sus esperanzas. El aire era tan sabroso que no faltaba sino oír el ruiseñor (1).

Para el 1.° de octubre, el trayecto recorrido había sido de 707 leguas. La cuenta ostensible de Colón era de 584 leguas. Los pilotos contaban 578 (2). Después del monótono transcurso de los seis días siguientes, en los que se convino como artículo de fe que habían quedado atrás las islas, por no detenerse a barloventear —según las muchas señas de tierras que habían visto y que seguían viendo—, Martín Alonso indicó, en la noche del sábado, 6 de octubre, que se navegase a la cuarta del oeste, a la parte del sudoeste. ¿Lo proponía por Cipango? Si erraban el derrotero de la isla, tardarían más en tomar puerto. Era preferible ir directamente a la Tierra Firme del Gran Khan, y volver después a Cipango, así como a las otras islas.

El día 7, Martín Alonso izó una bandera en el tope del mástel y disparó una bombarda en señal de que se veía la tierra. Pasaron algunas horas, y como no se confirmase el anuncio, dispuso el Almirante hacer algo para acelerar el arribo. Los portugueses habían descubierto casi todas sus islas guiándose por el vuelo de las aves. Iban éstas hacia el oeste-sudoeste, y se tomó ese rumbo, que había sido el indicado por Martín Alonso. La hierba parecía muy fresca el día 8; los aires semejaban los de abril en Sevilla: «era placer estar a ellos; tan olorosos son». El día 9 navegaron al sudoeste: «Toda la noche oyeron pasar pájaros.»

Amaneció el 10 de octubre: «Aquí la gente ya no lo podía sufrir:

(1) Sábado, 29 de septiembre. Navarrete: Obra citada, tomo I, pág. 15.

(2) En este punto los datos son de un marcado color tradicional y colombino. Tal vez a la gente se le haría creer que era menor la distancia; pero no sólo por un artificio personal del Almirante, sino por haberse entendido éste con los capitanes y pilotos. No hay razón para suponer que hombres mil veces más avezados a la mar —verdaderos marinos— fuesen engañados como grumetes por un *dilettante*, que no supo jamás conducir a derechas una expedición, ni antes ni después de su descubrimiento.

quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor» (1). Estas quejas son lo que se llama *el motín de la «Santa María»*. El único de los contemporáneos que menciona tal suceso es Oviedo, y lo relata en estos términos: «Salidos, pues, deste cuidado y temor de las yerbas, determinados todos tres capitanes e quantos marineros allí iban de dar la vuelta, e aun consultando entre sí de echar a Colón en la mar, creyendo que los había burlado; como él era e sintió la murmuración que dél se hacía, como prudente, comenzó a los confortar con muchas e dulces palabras, rogándoles que no quisiesen perder su trabajo e tiempo. Acordábales cuánta gloria e provecho de la constancia se les seguiría perseverando en su camino; prometíales que en breves días darían fin a sus fatigas e viaje, con mucha e indubitada prosperidad, y, en conclusión, les dijo que dentro de tres días hallarían la tierra que buscaban. Por tanto, que estuviesen de buen ánimo e prosiguiesen su viaje, que para cuando decía él les enseñaría un Nuevo Mundo e tierra...» (2).

Esta narración tiene todos los caracteres de la leyenda formada con fines de glorificación. Ninguno de los otros contemporáneos —Bernáldez, Pedro Mártir, Las Casas y Fernando Colón— dice una sola palabra sobre este hecho. En el *Diario* se le menciona, es verdad, pero sin atribuirle las proporciones que le asigna la historia romántica. Nótese cómo tiene en Oviedo todos los atributos de la leyenda de glorificación: unanimidad de capitanes y marineros contra Colón; queja de haber sido engañados; palabras dulces y copiosas razones del iluminado genovés; amenaza de echarlo al mar; continuación del viaje mediante la promesa de que en el término de tres

(1) Navarrate: Obra citada, tomo I, pág. 19.

(2) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: *Historia General y Natural de las Indias*. Libro II, cap. V.

días él les pondría a la vista, no las Indias, adonde dice que va, sino un «Nuevo Mundo e tierra». Se ve que Oviedo boga ya en plena



ICONOGRAFÍA COLOMBINA. EL ALMIRANTE SEGÚN EL GRABADO DE PAOLO GIOVIO. *Elogia virorum bellica virtute illustrium* (1596).

SI COMO DICE HARRISSE, TODOS LOS RETRATOS DE COLÓN SON FANTASÍA PURA, QUEDA EL QUE HIZO LAS CASAS CON SU PLUMA: «FUÉ DE ALTO CUERPO MÁS QUE MEDIANO, EL ROSTRO LUENGO Y AUTORIZADO, LOS OJOS GARZOS, LA COLOR BLANCA, QUE TIRABA A ROJO ENCENDIDO, LA BARBA Y CABELLOS, CUANDO ERA MOZO, RUBIOS, PUESTO QUE MUY PRESTO CON LOS TRABAJOS SE LE TORNARON CANOS.» ES LA MISMA DESCRIPCIÓN QUE DA FERNANDO COLÓN. OVIEDO DICE: «DE BUENA ESTATURA Y ASPECTO, MÁS ALTO QUE MEDIANO, E DE RECIOS MIEMBROS; LOS OJOS VIVOS E LAS OTRAS PARTES DEL ROSTRO DE BUENA PROPORCIÓN, EL CABELLO MUY BERMEJO, E LA CARA ALGO ENCENDIDA, E PECOSO.»

fábula —esa fábula de que se han servido los retóricos extranjeros a lo Irving para hablar del «clamoreo vehemente de los españoles», de la irritación de éstos al ver cómo se obstinaba el Almirante en avanzar «por un mar sin límites», y de la violencia con que pretendieron que se renunciara a una empresa desesperada. Pero Colón asumió la actitud de las grandes resoluciones, e impuso su voluntad, que era la de llevar a término una misión divina (1).

Corría otra leyenda, destinada a morir en la atmósfera lugareña de Palos y Huelva, con las generaciones inmediatas al descubrimiento. No eran los españoles —todos los expedicionarios, en suma, menos el italiano— quienes habían desfallecido. El débil había sido Colón, obligado a capitular ante los amotinados de la *Santa María*, Colón que habría vuelto a las Canarias si no lo hubiera sostenido el valor de Martín Alonso. Tan inconcebible es la una como la otra de estas dos versiones. Ni Colón ni los españoles desesperaron; ni hubo el motín en que se vió amenazado de muerte el Almirante, ni se le puso a éste un plazo definitivo para el descubrimiento, con amenazas de muerte dictadas por los capitanes. De lo único que tenemos testimonio indudable es de la desconfianza creciente y de las quejas más vivas cada día —de las exigentes reclamaciones del pánico, en una palabra—, de un pánico extendido entre los elementos ínfimos de la marinería, y esto sólo de la nave capitana. Ni en la *Pinta,* ni en la *Niña* se vió algo semejante. Las dos carabelas eran mandadas por españoles, y los marineros acataban la disciplina tradicional. La *Santa María* tenía la insignia de un extranjero, hombre de saber, de gran ascendiente, que llevaba títulos otorgados por los Reyes —hombre de mucha elocuencia y autoridad—, pero extraño a la mayoría de los secretos de la técnica naval, y, además, de genio crudo, enojadizo, hombre egoísta e injusto, divorciado de la solidaridad que se establece en el mar a través de los grados de la jerarquía. Las mur-

(1) Washington Irving: Obra citada, tomo I, pág. 141.

muraciones no eran de aquel día ni de la víspera: eran continuas, de todos los días que llevaban de viaje, y serían las mismas en todos los viajes de Colón. Callaban los murmuradores, persuadidos por los engaños de la ilusión o de la mala fe del Almirante. Pero hubo un momento en que de la murmuración surgía ya la disputa, y en que había el peligro de que fuese arrojado al mar, no Colón, sino el principio de autoridad. Sonó el disparo de una bombarda para llamar a la *Pinta*, que iba siempre delante, como más velera. Martín Alonso aguardó, y cuando estuvo al habla con el Almirante, dijo éste:

—Mi gente muestra mucha queja. ¿Qué os parece que fagamos?

Vicente Yáñez Pinzón encontró una respuesta que toda su magnífica historia posterior hace no sólo verosímil sino lógica:

—¿Qué faremos? Andemos fasta dos mil leguas, e si aquí non falláremos lo que vamos a buscar, de allí podremos dar vuelta.

Y Martín Alonso, más concluyente que su hermano, propuso los medios:

—¡Cómo, señor! ¿Agora partimos de la villa de Palos, y ya vuesa merced se va enojando? Avante, señor, que Dios nos dará victoria que descubramos tierra; que nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos.

¿Qué dificultad había en ello? ¿Los descontentos?

—Señor —continuaba Martín Alonso—, aforque vuesa merced a media docena dellos, o échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloavearemos sobre ellos y lo haremos (1).

(1) Manuel Sales y Ferré: Obra citada, páginas 155 a 172. Son interesantes, sobre todo, las declaraciones de Hernán Pérez Mateos y de Francisco Vallejo. El lector que desee conocer el asunto a fondo, deberá consultar la obra de don Cesáreo Fernández Duro —*Colón y Pinzón*—, incluída en las Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo x, páginas 300 a 304 El erudito Harrisse, tan erudito como poco crítico, y más bilioso que erudito, escribió un libro de papeletista, endeble y virulento, contra Fernández Duro, contra D.ª Emilia Pardo Bazán, contra el Ateneo de Madrid, contra la Academia de la Historia y contra la prensa, por considerar que esas personas e instituciones y toda la nación a que

—Bienaventurados seáis —respondió el Almirante—. Andemos otros ocho días, e si en éstos no fallamos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer de tamaña navegación.»

La tierra estaba cerca. Lo decía un junco verde que vieron junto a la nao. Lo decían una caña y un palo que recogieron los de la *Pinta*. Pero, sobre todo, lo decían un palillo labrado, y una tablilla, y un pedazo de caña, y una hierba de las que nacen en tierra, y, por último, otro palillo cargado de escaramujos. «Con estas señales respiraron y alegráronse todos.»

A las diez de la noche estaba el Almirante en el castillo de popa. Vió una lumbre. ¿Sería tierra? Llamó a Pero Gutiérrez, repostero del Rey, para decirle que mirase, y Pero Gutiérrez también vió la lumbre. El oficial real Rodrigo Sánchez dijo que no la veía. O había desaparecido, o había sido una alucinación en el Almirante y un simple efecto de la complacencia cortesana en Pero Gutiérrez, que, sin verla, convenía en haber visto la lumbre. El Almirante afirmaba que era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba. Tuvo, en todo caso, por cierto, que estaban cerca de tierra. Después de la *Salve,* mandó que se hiciese buena guarda en el castillo de proa. Los Reyes habían prometido mercedes a quien primero viese tierra, y el Almirante, además, ofreció un jubón de seda. Dos horas después de

pertenecen, cometieron el crimen de negarle al caballero Harrisse derechos de propiedad exclusiva sobre Cristóbal Colón y sobre su descubrimiento. Colón no es un héroe intangible para Harrisse; pero sólo Mr. Harrisse puede tocarlo y modificarlo. Harrisse odia, sobre todo, a Fernández Duro y a Pinzón —probablemente, a éste sólo por concomitancia y reflejo de su odio a Fernández Duro—. Se indigna de que Fernández Duro elogie a Martín Alonso, mercachifle de sardinas, habilitado con nombre y fama de explorador. Las sardinas españolas son una obsesión para Mr. Harrisse. A cada paso las recuerda y abomina de ellas. ¡Oh lógica de las conservas de Chicago, inmortalizadas por Upton Sinclair! El libro de Harrisse, *Colomb devant l'Histoire* —si un *factum* así puede llamarse libro—, enseña la cantidad asombrosa de veneno que puede almacenarse en el cerebro amorfo de un coleccionador de papeletas, hombre tan grande por su labor como pequeño por sus pasiones.

la media noche, quedó evidentemente demostrada la existencia de una tierra en la proximidad de las embarcaciones. Quien la vió primero fué Francisco Rodríguez Bermejo —Rodrigo de Triana—, perteneciente a la *Pinta*, que siempre llevaba la delantera. Amainaron, y al amanecer del viernes, 12 de octubre, pisaron tierra en una isleta de las llamadas después Lucayas, que los indígenas designaban con el nombre de Guanahani. Esta isleta no ha sido identificada posteriormente. Todas las discusiones de los geógrafos han sido estériles. ¿Se abordó a la isla del Gato o a la de Samana? En todo caso, la cuestión sólo tiene un interés de orden sentimental, y bien puede quedar, como otras muchas, en el limbo de la incertidumbre (1).

(1) El grupo se compone de 36 islas, 687 arrecifes y 2.414 rocas, según el capitán Fox. Véase *Christophe Colomb devant l'histoire*, por Henry Harrisse. Págs. 1-3 y 95-96.

CAPÍTULO V

Las islas fantásticas.

Se traiciona a la historia presentando el desembarco de Colón en la isla de Guanahani como el punto inicial de las nuevas comunidades americanas. Entre aquel momento y la fundación de esas nuevas comunidades, hubo un intervalo que no pertenece a la historia de América, sino a la revolución formidable que la nueva ruta encontrada por Colón produjo en las ideas de Europa, y no sólo en las ideas geográficas, sino en las etnológicas y en las de todo orden. Tres meses permaneció Colón con sus embarcaciones recorriendo los mares de las Lucayas y de las Antillas. Entre el 12 de octubre de 1492 y el 16 de enero de 1493, el Almirante y sus compañeros de expedición —que se creían en Asia, y que pretendían, Colón sobre todo, interpretar el descubrimiento dentro de las nociones clásicas adoptadas por los doctos— sintieron una conmoción profunda. Vieron, a pesar suyo, y la Europa erudita con ellos, todo un Nuevo Mundo en el conjunto de noticias recogidas durante la exploración.

Era, efectivamente, un Nuevo Mundo. Pero, ¿en qué pasaje de Marco Polo se hablaba de un archipiélago paradisíaco, habitado por pueblos que no eran salvajes degenerados, perdidos en islotes inhospitalarios o en continentes malditos, y que no eran tampoco los opulentísimos imperios del Oriente, dominados por señores que habitaban en palacios con revestimientos y techumbre de oro? Aquello era la humanidad en su inocencia primitiva. Antes que un país marcado en las cartas de Tolomeo, era la tierra de la humanidad, risueña, sin yugos ni dolores artificiales. Era la Utopía de los filósofos. Colón y

sus compañeros encontraron pueblos desnudos, felices y bondadosos; pueblos que no conocían la riqueza, la propiedad, la guerra y la idolatría; pueblos que no necesitaban cubrirse el cuerpo, pues los amparaba con sus dulzuras la naturaleza, maternal y pródiga; pueblos sin pasado, sin historia, sin el temor a lo desconocido del mañana, puesto que cada generación —encontrando todo en sí misma— llegaba y desaparecía sin dolor ni sobresaltos. Esos pueblos no interesaban tanto por el nombre que llevaran o por la zona del Globo en que se hallaran, como por la demostración de la existencia de una edad de oro, anterior a la corrupción originada por el artificio de las instituciones humanas. El Renacimiento, a través de Pedro Mártir y de Montaigne, entre otros, transmitió esta primera impresión de los compañeros del Almirante, elaborada después por los misioneros, principalmente por los jesuítas, y convertida por Fenelon en la esencia de la doctrina que tomó con Juan Jacobo Rousseau el cuerpo y las alas de una concepción revolucionaria de la historia (1).

* * *

Cuando desembarcó el Almirante con la bandera real y los capitanes con dos banderas, llamadas de la Cruz Verde, para tomar posesión del país, «vieron gentes desnudas, árboles muy verdes, aguas muchas y frutas de distintas maneras». Congregada una muchedumbre de indigenas, para ganar la confianza de éstos, empezó el Almirante por obsequiarlos, dándoles «bonetes colorados y cuentas de vidrio, que se ponían al pescuezo, y otras muchas cosas de poco valor con que hobieron mucho placer y quedaron tánto nuestros que era

(1) Véase sobre este fecundísimo tema, aparte de las obras de Gilbert Chinard, *L'Amérique et le Rêve Exotique*, Paris, Hachette, y *L'Exotisme américain dans la littérature française*, las de Seillière sobre el imperialismo y la democracia. El primer viaje de Colón es tema de actualidad en el primer cuarto del siglo XX.

maravilla». «Iban después los indios a nado hasta los navíos para llevar papagayos, hilo de algodón en ovillos y azagayas», y trocar estos objetos por cuentecillas de vidrio y cascabeles.

Los indígenas se mostraban liberales: daban cuanto tenían, pero tenían poco. Eran «muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos gruesos, cuasi como sedas de cola de caballos e cortos». Eran «de color de los canarios, ni negros ni blancos», pero se pintaban de distintos colores todo el cuerpo o bien las caras, sólo los ojos o sólo la nariz. «Ellos no traen armas, ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece y otras de otras cosas» (1).

El Almirante creyó entender que solían llegar a las islas gentes del sudoeste, acaso de la tierra firme, para tomar por cautivos a los isleños. Pensaba que serían éstos buenos servidores y de buen ingenio, tanto mejores para el yugo cuanto que se les haría fácilmente cristianos. Pueblo ideal y tierra ideal; tierra de conquista.

Los indígenas llevaban pequeños adornos de oro en las narices. ¿El país lo producía? Era la isla «grande y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio, muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla» (2). Pero no había tiempo para buscar los criaderos de oro, por la prisa de ver «si se podía topar a la isla de Cipango».

Después de estar en Guanahani, a la que puso por nombre San Salvador, visitó otras dos del mismo grupo, y las designó con los nombres de Fernandina e Isabela, en honor de los Reyes. La ruta era incierta, por los atractivos de las islas, pues no sabía Colón a cuál ir primero, y si tomaba tierra en alguna, no quería partir, «por no se

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 21 y 22.
(2) Navarrete: Obra citada, I, pág. 23.

cansar los ojos de ver tan fermosas verduras y tan diversas de las nuestras». Lamentaba no tener conocimientos sobre las hierbas y los árboles; pero creía que unas y otros valían mucho «para tinturas y para medicinas de especería». En el Cabo Hermoso de la Isabela, llegaba a las embarcaciones «un olor, tan bueno y suave, de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo». Allí comenzaba ya a anunciarse la ilusión del Paraíso terrenal, que movería sus pasos y los de muchos exploradores del Nuevo Mundo. Buscaba oro, esencias y aromas; pero buscaba también la tierra del Edén bíblico y la fuente de la eterna juventud, que debería de estar en donde estaban las tierras de la eterna primavera.

Sin embargo, era muy vivo todavía el reclamo de Marco Polo. Había que ir a una isla, «grande mucho», que sería Cipango, según las señas de los naturales, que la llamaban Cobba; isla en la que, por las señas de los mismos naturales, hallaría «naos y mareantes, muchos y muy grandes». Más que todo le preocupaba ir a la tierra firme, y en ella a la ciudad de Guisay, para presentar las cartas de Sus Altezas al Gran Kan, pedir la respuesta y volver con ella (1).

Pero recorre una parte del norte de Cuba, hacia el poniente, retrocede y visita el norte de Haití. Sabe que al sur hay una isla de Yamaya —la Jamaica que conocemos—, y más al sur todavía, la tierra firme. Al oriente de Haití hay otra gran isla, que no tiene tiempo de visitar cuando decide el regreso. ¿Cipango se ha desvanecido? No; mientras va de San Salvador, Fernandina e Isabela a la grande y fantástica isla de las naos y los mareantes, piensa que allí está Cipango; pero al costear por el norte de esa isla y de la que prolonga su línea hacia el oriente, llega un nombre extraño a sus oídos: es Cibao. ¿Será Cipango? ¿Y en dónde se halla? Muy al sur, cerca de aquella tierra de que le hablan los indígenas con señas que interpreta el deseo del Almirante.

(1) *Diario de la Primera Navegación*. En Navarrete: Obra citada, I, páginas 35, 36 y 37. Estas indicaciones corresponden al domingo 21 de octubre.

Pero necesitamos examinar en su resorte íntimo la causa de aquella ilusión, más bella, incuestionablemente, que todas las realidades registradas por la historia. Algunos escritores no han visto en ella sino una expresión del afán de Colón por la quimera (1). «Quisiera hoy partir para la isla de Cuba —escribe Colón el 23 de octubre, en las Lucayas—, que creo debe ser Cipango, según las señas que da esta gente de la grandeza della y de su riqueza». No había encontrado ciudades, ni riquezas; «era preciso topar en tierra de trato grande que fuera muy provechosa». Pero no bien escribe esto, en donde se ve al mercader y al marino, un instinto genial de poeta, que suple lo que falta al colonizador y al estadista, le inspira estas palabras: «aunque mi entender es questa (tierra) sea muy provechosa de especería; mas yo no la cognozco, que llevo la mayor pena del mundo, que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta, y verde agora como en España en el mes de mayo y junio, y mil maneras de yerbas, eso mesmo con flores». Hay acaso riquezas que él no sospecha; pero puesto que su ignorancia le impide comprenderlas, debe apresurarse a hacer lo más importante, o sea buscar las tierras productoras de oro y los puertos de gran tráfico.

En la tarde del 23 al 24 de octubre, levanta las anclas y parte para Cuba. No lo ha hecho antes por falta de viento. Va creyendo firmemente que Cuba «es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas, y en las espheras que yo ví y en las pinturas de mapa-

(1) Washington Irving, con ser de suyo afecto a la ilusión, tiene una visión tan imperfecta de las cosas, que llama a las tierras descubiertas por Colón, como designación de los contemporáneos de éste, ¡las Indias Occidentales! Tal parece que Colón hizo sus viajes con un mapa de América a la vista, y no así como quiera, sino con un planisferio de Mercator. Hay una agudeza de almanaque en la que se hace la caricatura de este geografismo inhistórico. Alguien pregunta a Colón, en agosto de 1492, cuál es el objeto de su viaje, y Colón responde: «*Voy a América.*» Tiene más sentido histórico esta bufonada que muchas obras eruditas dedicadas a los temas del colombinismo.

mundos, es ella en esta comarca» (1). Llega a Cuba el domingo 28 de octubre, y entra en un río cuya boca tiene doce brazas, y tan ancha, que puede barloventear. Se interna por ese río hasta tiro de lombarda. «Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruta, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana, y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana; saltó el Almirante en la barca y fué a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores, y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró, y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles, y anzuelo de cuerno, y fisgas de hueso y otros aparejos de pescar, y muchos fuegos dentro, y creyó que en cada una casa se juntan muchas personas; mandó que no se tocase en cosa de todo ello, y así se hizo. La yerba era grande como en el Andalucía por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato, y diz que era gran placer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dejallas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto» (2).

No exageraba. «La isla más hermosa que ojos humanos hayan visto.» Han pasado los siglos, y todavía quien desembarca en Cuba siente la característica «embriaguez tropical». ¿Pero era Cipango? En el espíritu de Colón, como en el de todos sus contemporáneos —por algo es Colón una de las figuras representativas de su siglo—, luchaban dos ideales de belleza, correspondientes a dos distintos sentidos de la realidad; era el principio de la querella de los antiguos y

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 38.
(2) Navarrete: Obra citada, I, págs. 40 y 41.

de los modernos. ¿Cuba era la Cipango semifabulosa de los *Tolomeos* del siglo XV, o era la perla de un mundo virgen? En el espíritu de Colón tendían a imponerse las realidades mágicas sobre las quimeras de la tradición. «La isla más hermosa que ojos humanos hayan visto», escribe quien tres días antes va en busca del cuento de Marco Polo. Pero el cuento no se desvanece del todo. «Decían los indios que en aquella isla había minas de oro y perlas, y vido el Almirante lugar apto para ellas, y almejas, ques señal dellas, y entendía el Almirante que alli venían naos del Gran Kan, y que de allí a tierra firme habría jornada de diez días.» ¡Estaba en la bahía cubana de Nipe, y se consideraba a diez días de China! (1).

Recogía datos y comprobaba su opinión. Los naturales llamaban *Cavila* al Gran Kan y *Bafán* a la provincia donde reinaba. ¿No estaba el Almirante —dato cierto, incontrovertible— a cien leguas de *Zaito* y *Guinsay*, en un punto equidistante de una y otra ciudad del Imperio? (2). Era evidente: «y bien se muestra por la mar, que viene de otra suerte que fasta aquí no ha venido, y ayer que iba al norueste fallé que hacía frío» (3). Para cerciorarse de todo, envió a un indígena de Guanahani, acompañado de dos españoles, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, «que sabían caldeo, judío y algo arábigo», con instrucciones de explorar el interior de la isla. Volvieron sin haber visto ciudades, ni haber tenido la menor noticia del Gran Kan, ni haber encontrado chinos versados en el caldeo, el judío o el árabe. Poco importaba ese aparente mentís de los hechos. Colón acababa de saber que al sudeste había una isla —llamada Bohío—, productora de oro y perlas. Y era que al decir los indios que había oro en los *bohíos* o cabañas, el Almirante pensaba que había una isla de ese nombre, rica en metales. También oyó que llamaban *Babeque* a otra isla,

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 41 y 44.

(2) Zaitón y Quinsay.

(3) Jueves, 1.° de noviembre de 1492. (Navarrete: Obra citada, I, páginas 45 y 47.)

continuación de *Bohío* (Haití), y que en Babeque no sólo había oro y perlas, sino «grandísima cantidad de almáciga», tanta como la que tiempo atrás encontró él en la isla de Chío. Babeque era muy productora de algodón. Allí sería posible plantar cuanto se quisiera, no tanto para llevar a España cuanto para comerciar con «las grandes ciudades del Gran Kan, que se descubrirán sin duda, y otras muchas de otros señores que habrán en dicha servir a Vuestras Altezas y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues éstas son a nos en Poniente» (1).

Había que visitar asimismo las tierras habitadas por «hombres de un ojo y otros con hocicos de perros, que comían los hombres, y que en tomando uno, lo degollaban y le bebían su sangre» y lo mutilaban. Veinte días después, se le hablaba, o él creía que se le hablaba, con mayor entusiasmo de esa tierra de Bohío, poblada «de gente con un ojo en la cara». ¿Pero habría realmente caníbales? Existirían los cíclopes, pero los caníbales no; sino que los indígenas, viendo que hombres de otras islas se llevaban a los suyos, y que no volvían los cautivos, creían ingenuamente que el enemigo los había devorado. Tal cosa dijeron también de los españoles cuando los vieron por la primera vez (2).

La única diferencia entre las cosas vistas y las que le quedaban por ver en aquel viaje, eran las maravillas sensibles de la naturaleza, pues si cuando el Almirante llegó a Cuba, creyó que no había nada superior a sus encantos, después de examinarla no hallaba cómo ponderar «las arboledas y frescuras, y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que dice que le parecía que no quisiera salir de allí. Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía que para hacer relación a los Reyes de las cosas que vían, no bastaran mil lenguas a referillo, ni su mano para lo escribir, que le parecía questaba encan-

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 54 y 55.
(2) Navarrete: Obra citada, I, págs. 62 y 64.

tado. Deseaba que aquello vieran otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dice ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él. Dice más el Almirante aquí estas palabras: Cuánto será el beneficio que de aquí se puede haber, yo no lo escribo. Es cierto, señores Príncipes, que donde hay tales tierras que debe haber infinitas cosas de provecho; mas yo no me detengo en ningún puerto, porque querría ver todas las más tierras que yo pudiere...» (1).

Dejando a Cuba en su punta oriental el 5 de diciembre, quiso ir a la fantástica Babeque; pero no pudo por el viento que soplaba, y tomando hacia el sudeste encontró la inmensa isla de Bohío (2). Era país «de grandes valles y campiñas, y montañas al término, todo a semejanza de Castilla.» La encontró labrada, también «a semejanza de Castilla». Y hasta «oyó cantar al ruiseñor y otros pajaritos, a semejanza de Castilla». (3). Finalmente, el 9 de diciembre encontró que todo era «como en Castilla por octubre», y a todas estas semejanzas se debió el nombre de Española con que fué bautizada la isla, después de poner Juana a la de Cuba (4).

Se repetían las transposiciones de nombres. Bohío no era ya la *Española*. Bohío estaba detrás de aquélla. Los indígenas llamaban a Bohío con el nombre de *Caritava*. Excedía en extensión a la isla Juana, designada por los indígenas con el nombre de Cuba. Y diciendo que no la rodeaba el agua, parecían dar a entender que era lo mismo que la tierra firme (5). ¿Se percibe ya el mecanismo de la formación de esta geografía ilusoria? Primero, Babeque y Bohío son una misma cosa o dos islas contiguas. Llega el Almirante al extremo oriental de Cuba, y Babeque se esfuma al nordeste: «era una isla muy grande y de muy grandes montañas, y ríos y valles». Se dirige en-

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 70.
(2) Navarrete: Obra citada, I, pág. 78.
(3) Navarrete: Obra citada, I, pág. 83.
(4) Navarrete: Obra citada, I, pág. 84.
(5) Navarrete: Obra citada, I, pág. 85.

tonces a Bohio; pero llega, y tambien Bohio es una ilusión. Encuentra una realidad que es la Española. Bohio, detrás, distante, de dimensiones enormes, se le presenta como isla, como tierra firme. Bohío es todo; es la sombra que avanza con nuestro cuerpo. Finalmente, Bohio es Caritava, «cosa infinita». Cosa infinita por su grandeza y por su misterio; «quasi traen razón que ellos sean trabajados de gente astuta, porque todas estas islas viven con grande miedo de *Cariba* (Caritava); y así torno a decir, como otras veces dije: Caritava no es otra cosa sino la gente del Gran Kan, que debe ser aquí muy vecino, y terná navios, y vernán a captivarlos, y como no vuelven, dicen que se les ha comido» (1).

Colón miraba alternativamente hacia lo real y hacia lo imaginario; las tierras por donde se iba a las de Marco Polo y las de un mundo objetivo, que era su descubrimiento real y su conquista utilizable. «Crean Vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y en especial estas desta *Isla Española*, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean questa isla y todas las otras son así suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta, que ya he visto solos tres destos marineros y haber multitud destos indios, y todos huir sin que les quisiesen hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarian tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo que fuere menester, y que hagan villa y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres» (2).

Su viaje a la isla era en parte por el oro; pero habia poco. El jefe de los indios, a quien éstos llamaban *Cacique*, llevaba un gran pe-

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 85 y 86.
(2) Navarrete: Obra citada, I, págs. 93 y 94.

dazo y prometía grandes cantidades; pero la verdad es que el oro era poquísimo. Había que convenir en ello. La tierra del oro no era aquella, sino Cipango, «al cual ellos llaman *Civao*, y allí afirman que hay gran cantidad de oro, y aquel *Cacique* trae las banderas de oro de martillo, salvo que está muy lejos al Leste» (1).

El oro estaba en los corazones, en el clima y en el suelo. «Crean Vuestras Altezas que en el mundo todo no puede haber mejor gente ni más mansa; deben tomar Vuestras Altezas grand alegría, porque luego los harán cristianos, y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad, que yo no sé ya cómo lo escriba, porque yo he hablado en superlativo grado de la gente y la tierra de la *Juana*, a que ellos llaman *Cuba;* mas hay tanta diferencia dellos y della a ésta en todo, como del día a la noche; ni creo que otro ninguno que esto hubiese visto, hobiese hecho ni dijese menos de lo que yo tengo dicho, y digo que es verdad, que es maravilla las cosas de acá y los pueblos de esta *Isla Española*, que así la llamé, y ellos la llaman *Bohío;* y todos de muy singularísimo tracto amoroso y habla dulce, no como los otros que parece cuando hablan que amenazan; y de buena estatura hombres y mujeres, y no negros. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otra color, y los más de colorado. He sabido que lo hacen por el sol, que no les haga tanto mal; y las casas y lugares tan hermosos, y con señorío en todos, como juez o señor dellos, y todos le obedecen ques maravilla, y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es lo más con hacer señas con la mano y luego es entendido, ques maravilla» (2).

Este pasaje tiene un valor capital en la historia humana. De él deriva, por una parte, la concepción política de Isabel la Católica, incor-

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 109.
(2) Navarrete: Obra citada, I, págs. 109 y 110.

porada en las Leyes de Indias. Por otra parte, la ideología rusoniana aquí tiene su tronco, según se ha indicado ya en páginas anteriores.



CARABELA

Todo el movimiento de la independencia nacional, iniciado a principios del siglo XIX por los pueblos hispanoamericanos, contiene entre sus reivindicaciones la de los derechos del indígena. Por último, la

ciencia etnográfica y el estudio de las instituciones buscan este pasaje de las impresiones de Cristóbal Colón, reconociendo en él una de las bases fundamentales para el estudio de la vida social.

Al abandonar, sin saber lo que hacía, esta simiente de verdad y de acción, Colón dejaba la pluma para contemplar, con el arrobamiento de su naturaleza exaltada, los perfiles de nuevas quimeras geográficas. Surgían con precisión, casi a su vista, la isla de *Carib* y la de *Matinino*, es decir, la de los Antropófagos y la de las Amazonas. Allí, en ellas, estaba el oro. ¿Pero *Cibao*? ¿Ya no era la misma? ¿O nunca había sido Cibao?

Antes de poner en claro las confusiones de su nomenclatura, era preciso partir y emprender el viaje de regreso, a causa de varios acontecimientos desgraciados. Uno de ellos era la pérdida de la nave que encalló. El otro, las reyertas continuas del Almirante con Martín Alonso. Finalmente, el mal estado de las carabelas, pues las dos hacían agua, imponía la urgencia del regreso.

CAPÍTULO VI

La muerte de Martín Alonso.

NADA le falta al primer viaje de Colón para ser un poema: ni la calma de la navegación hacia lo desconocido, en un mar de aguas tranquilas como las de un lago, ni las bellezas de égloga de las islas, ni la pérdida desconcertante de la *Santa María*, ni la tempestad en que estuvieron a punto de ser destrozadas las carabelas durante el regreso. Colón, gran artista, maestro en efectos, necesitaba algo más: necesitaba un traidor, un genio de la envidia, para que se destacase su propia figura y para cubrir sus deficiencias y errores. El genio de la envidia, perseguidor del genio de la virtud, fué Martín Alonso. Y Martín Alonso desempeñó a maravilla el papel que necesitaba el genio benéfico. Lo desempeñó con tanta eficacia para las miras de Colón, que apenas hubo puesto el pie en la villa de Palos, murió el marino andaluz, dejando libre el campo para que Colón formara, a expensas del que ya no podía defenderse, una leyenda de incomprendido y traicionado.

La historia —o lo que así llamamos, esto es, el capricho voluble de las opiniones— tardó tres siglos en darse cuenta de que se había envenenado bebiendo en fuentes de procedencia colombina. Corría en Palos, ya lo he dicho páginas atrás, otra leyenda contraria a Colón y enteramente favorable a Martín Alonso; pero la historia póstuma inmediata no recogió esta otra leyenda, puramente local, que se extinguió del todo en la primera mitad del siglo XVI. Quedaron de ella algunos vestigios en actuaciones judiciales del tiempo, y la historia crítica, solicitada por numerosos puntos de duda que presentaba la

narración tradicional colombina, extrajo de esos vestigios, a fines del siglo XIX, elementos bastantes para un juicio de rectificación, que tiene un interés trascendental, pues no se refiere sólo a las relaciones entre dos hombres, sino a todo el proceso de la expansión española en América. Martín Alonso Pinzón había sido, en cierto modo, un personaje simbólico, utilizado para desnaturalizar el carácter de la obra de España. Y a esto contribuían muchos españoles, por ignorancia, por inercia, por pasividad cobarde y por falta de crítica. España había abierto la era de los descubrimientos trasatlánticos por obra de un extranjero. Esta acción, contrariada y retardada por el elemento nacional universitario y gubernativo durante ocho años, no fué bien secundada por el elemento naval español cuando se puso a prueba el proyecto colombino, y, finalmente, realizado el viaje, un español quiso robar a Colón su mérito y el fruto de sus esfuerzos. Tal era la tesis antiespañola. Menéndez y Pelayo la resume así: «Lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana o de toda la humanidad, excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndolo en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y ésta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad» (1).

Como se recordará, el 3 de agosto de 1492 salía la expedición de la barra de Saltes. Tres días después se desencajaba el gobernalle de la *Pinta*, Colón atribuye el hecho a malicia de un Gómez Rascón y de un Cristóbal Quintero. Pero le consolaba pensar que «Martín Alonso era persona esforzada y de buen ingenio» (2).

(1) Menéndez y Pelayo: *Estudios de Crítica Literaria*. Segunda serie. *De los historiadores de Colón*, pág. 292.

(2) Navarrete: Obra citada, I, pág. 4.

Efectivamente, la *Pinta* fué reparada en la Gran Canaria, «con mucho trabajo y diligencia del Almirante, de Martín Alonso y de los demás» (1).

Durante el camino de la isla de Hierro a las Lucayas, Colón siguió confiando en el esfuerzo, en la aptitud, en el saber y en la prudencia de Martín Alonso, o por lo menos faltan datos acerca de la enemistad que se declaró más tarde entre ambos. Navegaban los expedicionarios por el norte de Cuba con la mar contraria, en la tarde del 21 de noviembre. El calor era fuerte. «Por este calor que allí el Almirante dice que padecía, arguye que en estas Indias, y por allí donde andaba, debía de haber mucho oro. Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad del Almirante, por cudicia, diz que pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro, y así se fué sin esperar, sin causa del mal tiempo, sino porque quiso. Y dice aquí el Almirante: *Otras muchas me tiene hecho y dicho*» (2). Pero en el mismo *Diario* consta que durante la noche del 21 al 22, no pudo la *Santa María* seguir adelante, por la mar contraria, y que navegó la vuelta de tierra. Martín Alonso, que, como siempre, llevaba la delantera, no regresó cuando Colón volvió la proa. Ese era su crimen. El acto fué injustificado, pretende Colón, porque la *Santa María* tuvo farol toda la noche, porque ésta era muy clara y porque el viento que soplaba hubiera favorecido la incorporación de Martín Alonso a la nave y a la otra carabela.

La separación duró hasta que, perdida la *Santa María*, por haber encallado en las costas de la Española, Colón tenía ya sólo la *Niña* para volver a dar cuenta de sus descubrimientos. La *Santa María* encalló en un banco, al oriente de Punta Santa, en plena calma, por haberse dormido Colón y todos sus tripulantes, dejando la embarca-

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 5.
(2) Navarrete: Obra citada, I, pág. 62.

ción encargada a un grumete. Esta pérdida creaba una situación delicadísima para el Almirante (1). Martín Alonso se había separado el 21 de noviembre; el 25 de diciembre se perdía la nave. Colón era un Almirante en tierra, desconceptuado tal vez por la separación del capitán de la *Pinta*, ya que él se empeñaba en decir que esa separación había sido un abandono, y obligado, por último, a refugiarse en la *Niña* si no quería permanecer en la *Española* mientras los Pinzones volvían a dar cuenta de la expedición, en el supuesto de que uno de ellos lo hubiese hecho ya para informar «de mentiras». Como siempre, el contratiempo halló a Colón falto de serenidad para sobreponerse, y, sobre todo, poco ecuánime para juzgar a los hombres. Cuando la *Santa María*, en gran parte por culpa de Colón, daba ya en el escollo y se perdía, Colón acusó a su maestre y a los marineros de huir en el batel de la nave, en vez de atender al ancla para salvar la embarcación. No hemos oído la voz del maestre, y es imposible saber si él y los suyos fueron calumniados. Un fallo basado en la requisitoria de un acusador siempre malévolo, sería inicuo. Pero Colón fué mucho más allá de las imputaciones ordinarias contra su maestre y marineros. ¿Eran culpables de una maniobra premeditada con los Pinzones? No vacila Colón, y, con una ligereza, una saña y una injusticia de que da ejemplos constantes su naturaleza extremosa, atribuye la pérdida de la *Santa María* a «traición del maestre y de la gente» (2). Verdad es que culpa también a las autoridades de Palos, pues «llevar tal nao diz que causaron los de Palos, que no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían éstos prometido: dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hicieron». Pero, ¿qué tenían de común la traición y la mala calidad de la nave? ¿No quedó ésta intacta? Colón, como hombre ligero y suelto de lengua, caía en las más ridículas contradicciones. Al ocurrir el naufragio de la nave, después

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 111.
(2) Navarrete: Obra citada, I, pág. 116.

de consignar en el mismo *Diario* que *estaba el mar en calma muerta y tan quieto como una taza de agua*, escribe a continuación que el maestre huyó en el batel, dejándolo en gran peligro, porque permitió Dios que hiciera aquella traición (1). Si el maestre huyó por cobardía, no fué un traidor. Si fué un traidor, ¿en qué datos se basa la acusación del Almirante? Añadía éste que «porque lo había traído a estas partes por la primera vez, e por hombre hábil le había enseñado el arte de marear, andaba diciendo que sabía más que él» (2). La verdad es que hay algo extraño en la pérdida de la *Santa María*. O nadie tuvo culpa, o la tuvo sólo Colón. El maestre, novicio de cuyo aprendizaje se jacta Colón, sobresale después como el mejor marino de su tiempo, y un cartógrafo insuperable. Si Colón le enseñó lo que sabía, le enseñó mucho, pues aventajó a su maestro. Pero es difícil que en pocos meses aprendiese tanto Juan de la Cosa, y más difícil que quien le enseñase a regir naves fuera un hombre que antes había cometido imperdonables errores como navegante, y que en sus nuevas expediciones los cometió de gran cuantía. Si perder naves era una falta, no podía haber ninguna mayor que salir como salió Colón en su último viaje: con cuatro embarcaciones, y quedarse sin una sola.

Dos días después del naufragio de la *Santa María*, Colón supo en dónde estaba Pinzón, y éste se le presentaba a principios de enero de 1493. Pinzón no había partido para España, no había hecho descubrimientos por su cuenta, no había acaparado para sí y para los suyos los beneficios del rescate. Explicaba, bien o mal —probablemente bien, y de una manera satisfactoria—, su separación. El Almirante lo recibió con disimulo. El mismo dice que ocultaba su resentimiento por «las soberbias y deshonestidad que había usado» Pinzón, pues esta-

(1) Las Casas: *Historia*, capítulos LIX y LX.—D. Fernando Colón: *Vida del Almirante*, cap. XXXII.—Navarrete: Obra citada, I, págs. 111 y 116.

(2) Declaración de Bernardo de Ibarra en la probanza del Almirante.—Navarrete: Obra citada, III, pág. 586.—Cita de D. Cesáreo Fernández Duro en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo X, págs. 315 y 316.

ba resuelto a todo, «por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje, como hasta entonces había hecho» (1). En realidad, Martín Alonso no sólo daba cuenta satisfactoria de sus actos, sino que anunciaba el propósito de informar por su parte a la Corona sobre todo lo acaecido en el viaje, y con especialidad sobre la concienzuda exploración que había hecho personalmente en la isla Española. Colón hubiera querido allanar todo, perdonar todo, olvidar todo, siempre que Pinzón se aviniera a dejar en pie los informes del Almirante, sin llevar a la Corte una versión contradictoria (2). ¿Se comprende el odio irreducible entre aquellos dos hombres? Colón pretendía imponer silencio a una voz que adivinaba, voluntaria o involuntariamente, acusatoria; pero, en todo caso, y aun suponiéndola benévola, negatoria de su autoridad. Había un punto, sobre todo, en el que Colón temía, y con razón. El nunca fué explorador. Como veremos después, todas sus expediciones quedaban siempre truncadas, y suplía el trabajo ímprobo de la investigación geográfica con lirismos. Siempre hallaba razones para desviarse de una ruta, para interrumpirla o para no emprenderla. Se queja de todo y de todos. Las embarcaciones no sirven; el tiempo es contrario; faltan víveres; no hay agua. Y los hombres siempre se le manifiestan cobardes, insumisos, díscolos e ignorantes. El primer viaje, el más afortunado de los que hizo Colón, nos lo muestra deteniéndose en Cuba mientras Martín Alonso descubre el primer centro de riqueza colonial, el que, antes de ser conocidas las minas de Méjico y del Perú, fué el Pactolo del Nuevo Mundo. Colón se interesaba mucho en que callase Martín Alonso, no tanto por sus acusaciones cuanto por la autoridad de que se reviste la palabra del hombre concienzudo.

Al encontrarse Colón y su primer capitán, surgió entre ambos una divergencia. Colón había dispuesto dejar de cuarenta a cuarenta y

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 126.
(2) Fernández Duro: Lugar citado.

cinco hombres en la Española, donde construyó un fuerte llamado de la Navidad, con los materiales, armas y víveres de la *Santa María*. Pinzón opinaba que era imprudente dejar aquellos hombres en la Española, y que esto era casi equivalente a un criminal abandono. Los acontecimientos demostraron, con el desconocido y trágico fin de los cuarenta y tres individuos del fuerte, que, una vez más, Pinzón había estado en lo justo.

Al emprender el viaje de regreso, los dos jefes de la expedición se odiaban mortalmente. Cada uno creía tener razones bastantes para conseguir que su conducta fuese aprobada, y, asimismo, cada uno creía tenerlas para procurar que fuese desaprobada la de su enemigo. En estricta justicia, era legítima la actitud de ambos. En equidad y humanamente, la simpatía, por lo menos la del que escribe estas líneas, va hacia Martín Alonso, por haber acreditado cualidades más viriles que las de su acusador; hacia Martín Alonso, que murió sin hacer su defensa; hacia quien ha tenido en contra suya a toda la ralea de los idólatras que idealizan las figuras artificiales, y a menudo grotescas, destinadas por la bajeza humana a adornar el Panteón oficial de la Historia.

Ya se ha visto arriba que la travesía empezó el 16 de enero. Las dos carabelas avanzaban sin contratiempo. El 12 de febrero comenzaron a tener «grand mar y tormenta, y si no fuera por la carabela, diz que muy buena y bien aderezada, temería perderse» el Almirante. El 13, «la mar se hizo terrible, y cruzaban las olas, que atormentaban los navíos». El 14, «crecía mucho la mar y el viento». El Almirante vió que el peligro era grande, y así «comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio». Entonces «comenzó también a correr la carabela *Pinta*, en la que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante, y el otro le respondía; hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante».

Salió el sol, y la tempestad no disminuía. El Almirante «ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera, y que hiciesen votos todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío venían, y señalar uno con un cuchillo haciendo una cruz, y metellos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fué el Almirante, y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó sobre él la suerte, y desde luego se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto. Echóse otra vez la suerte para enviar romero a Santa María de Loreto, que está en la Marca de Ancona, tierra del Papa, ques casa donde nuestra Señora ha hecho y hace grandes milagros, y cayó la suerte a un marinero del puerto de Santa María, que se llamaba Pedro de Villa, y el Almirante le prometió de le dar dineros para las costas. Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche en Santa Clara de Moguer, e hiciese decir una misa, para lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz, y cayó la suerte al mismo Almirante. Después desto, el Almirante y toda la gente hicieron voto de, en llegando a la primera tierra, ir todos en camisa, en procesión, a hacer oración en una iglesia que fuese de la invocación de Nuestra Señora» (1).

Además, cada uno hacía votos particulares. El peligro aumentaba a causa de la falta de lastre, que no se puso por haberse emprendido la expedición a la isla de las Mujeres, última que pensaban visitar. Temía el Almirante que con él se perdiese la noticia de su descubrimiento. Escribió una reseña en un pergamino, envolvió éste en un paño encerado, y metió todo en un barril. Nadie sabía el contenido de aquel barril arrojado al agua, y los marineros pensaban que se trataba de alguna devoción.

Al amanecer del 15 vieron tierra. No se sabía si era la isla

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 139 a 151.

de Madera o la roca de Cintra en Portugal. La mar, que estaba muy gruesa, no les permitió surgir, y anduvieron rodeando hasta el día 18. Era la isla de Santa María de los Azores. La incertidumbre, a lo que se cree, procedía de ocultaciones hechas por Colón a los pilotos para desatinarlos y quedar él señor de la derrota. Pero hay que poner en duda este poder casi mágico de Colón, quien aparece en las narraciones de sus devotos, únicas que nos quedan, como si jugara con niños. Uno de esos inocentes era Vicente Yáñez Pinzón, notablemente más perito que Colón en el arte náutico.

Se acordó que la mitad de los tripulantes bajase a tierra en camisa para comenzar a cumplir el voto; pero fueron aprehendidos, y la carabela también estuvo en peligro de captura. Arreglada, sin embargo, la dificultad el día 21, los expedicionarios siguieron su camino. El temporal no cedía, y, azotados por él constantemente, llegaron frente a la roca de Cintra el día 4 de marzo. Al día siguiente tuvo Colón alguna seria dificultad con las autoridades portuguesas, como en Santa María de los Azores; pero, vistas sus reales provisiones, fué recibido con acatamiento. El día 6, todo el pueblo de Lisboa fué a ver la carabela que llegaba de las Indias y conducía hombres de aquellos países. El día 8, Colón fué invitado por el Rey de Portugal para que lo visitase en Valparaíso. El 13 de marzo se hizo a la vela, y el 15, al amanecer, pasaba la barra de Saltes.

Martín Alonso fué más feliz, por su mayor pericia, o por tener mejor carabela, no obstante los reproches que el Almirante le hizo de haber descuidado adobarla y arbolarla. En efecto, Colón acusaba a Martín Alonso de haberse entretenido en buscar oro, y por la codicia, echarse a la mar con el mástel en mal estado. Sin embargo, esa pésima carabela, descuidada por su capitán, carente de arboladura, cingló derechamente, sin llegar a tierra extranjera ni ponerse en peligro de ser capturada. Martín Alonso surgió en Bayona de España.

Allí escribió un informe a los Reyes, y salió para Palos, en donde entró pocas horas después que el Almirante.

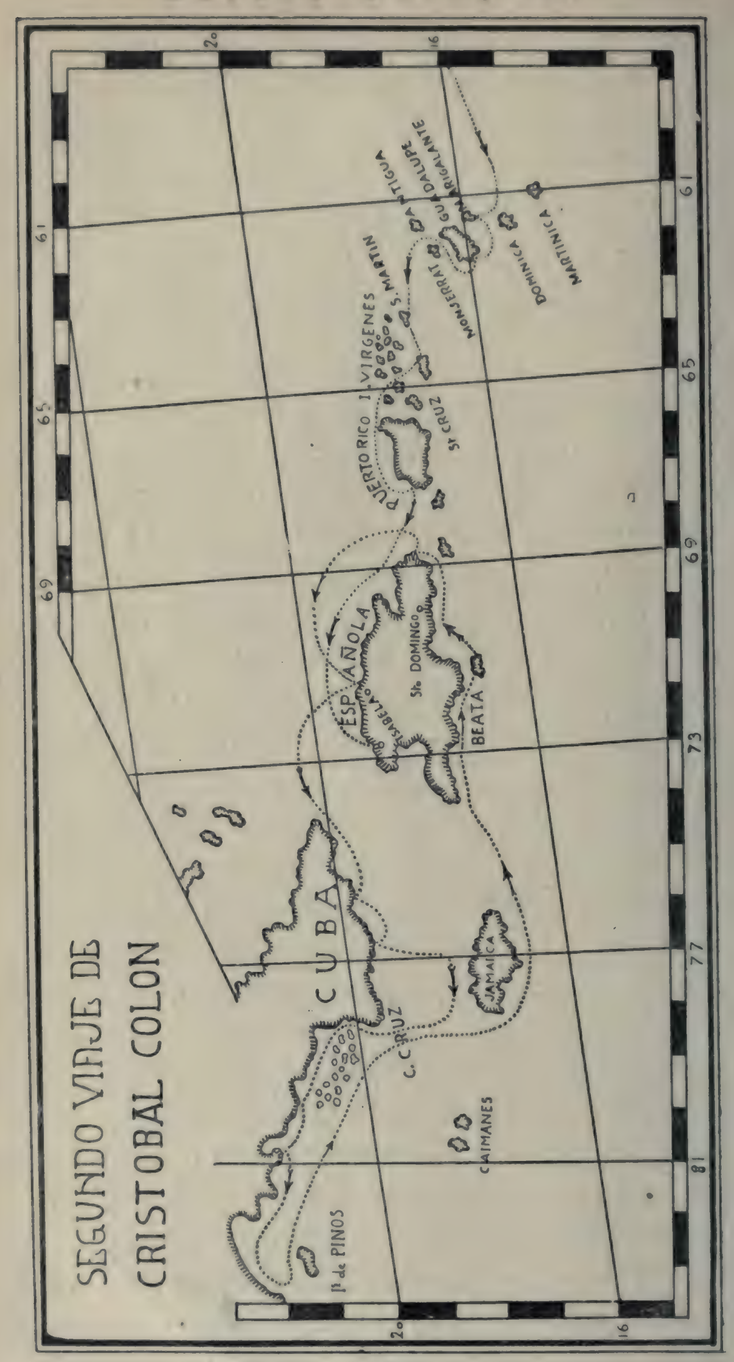
La Reina contestó a la carta de Martín Alonso; pero éste moría en la Rábida, sin que llegara a sus manos la respuesta de Doña Isabel. Era justamente el momento en que Colón empezaba su marcha triunfal de Sevilla a Barcelona.

CAPÍTULO VII

La tierra de Alfa y Omega.

Los viajes de Colón tienen una significación histórica y otra geográfica. Por un efecto de perspectiva, el primer viaje equivale, para la posteridad, al *Descubrimiento de América*. Pero América no fué descubierta, ni podía ser descubierta entonces. Lo fué como resultado de una acción colectiva, de una acción sucesiva y secular. Colón abrió la ruta del descubrimiento de América. A ello se debe su importancia histórica. Los actos de esa índole valen porque son de orden trascendental. Para los contemporáneos, Colón no hizo sino abrir una nueva ruta en el Océano y descubrir islas productoras de oro. Tal fué el sentido que asignaron a esa expedición los italianos, por ejemplo, cuyos centros doctos conocían cartas náuticas que representaban el Océano poblado de islas. Se trataba, es verdad, de un *Nuevo Mundo* y *Nuevo Cielo* en el extremo oriental de las Indias; pero esta designación, como lo nota acertadamente Fiske, no encerraba un conjunto geográfico, sino las maravillas de un exotismo encantador y fructuoso.

El segundo viaje tenía un propósito inmediato. Haciendo a un lado la explotación propiamente colonial y el aspecto doctrinal de las relaciones con los indígenas, la segunda expedición llevaba un fin que se destacaba con relieve, separándose de todos los demás: era preciso realizar las expectativas de riqueza mineral y botánica vinculadas en las imaginaciones con los remotos países de Marco Polo. Aun no llegaba el tiempo de *Eldorado*. Era el del *Milione*.


SEGUNDO VIAJE DE
CRISTOBAL COLON
CUBA
ESPAÑOLA
ISABELA
Sto DOMINGO
BEATA
PUERTO RICO
I. VIRGENES
S. MARTIN
St CRUZ
ANTIGUA
GUADALUPE
MARIGALANTE
MONSERRAT
DOMINICA
MARTINICA
JAMAICA
C. CRUZ
CAIMANES
Is de PINOS
20
16
61
65
69
73
77
81

En los documentos del primer viaje, Colón se queja de Martín Alonso. A Martín Alonso achacaba no haber sacado de la Española todo el oro que le hubiera sido fácil llevar. Así puede resumirse su monólogo rencilloso. El cargo es contradictorio con otro que le hace a Pinzón. «Esperaba muchas veces a la carabela *Pinta* —dice el Almirante—, porque andaba mal de la bolina, porque se ayudaba poco de la mesana por el mástel no ser bueno; y dice que si el capitán della, ques Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástel en las Indias, donde tantos y tales había, como fué codicioso de se apartar dél pensando de hinchir la nave de oro, él lo pusiera bueno» (1). Para Colón eran exactos los informes dados por los indios a Martín Alonso: «Resgató la carabela *(Pinta)* mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos, y a veces como la mano, y llevaba el Martín Alonso la mitad, y la otra mitad se repartía por la gente» (2). Era un milagro el naufragio de la *Santa María* «porques el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento, y más cerca de las minas del oro». Había mucho de fantástico en estos informes, pues en el río Yaqui o de Santiago, dice Casas, tomaba por oro la margarita que es allí abundantísima, «y pensaba quizá el Almirante que era oro todo lo que relucía». Fueron a tomar agua los marineros, «y halló que el arena de la boca del río, el cual es muy grande y hondo, era diz que toda llena de oro, y en tanto grado, que era maravilla, puesto que era muy menudo. Creía el Almirante que por venir por aquel río abajo se desmenuzaba por el camino, puesto que dice que en poco espacio halló muchos granos tan grandes como lentejas; mas de lo menudito diz que había mucha cantidad. Y porque la mar era llena, y entraba el agua salada con la dulce, mandó subir con la barca el río arriba un tiro de piedra: hincheron los barriles desde la barca, y volvién-

(1) Miércoles, 23 de enero de 1493. Navarrete: Obra citada, I, pág. 143.
(2) Domingo, 6 de enero de 1493. Navarrete: Obra citada, I, pág. 127.

dose a la carabela hallaron metidos por los aros de los barriles pedacitos de oro, y lo mismo en los aros de las pipas» (1).

Podía llegar el Almirante con las manos vacías. Era difícil comprobar los rescates fabulosos de Martín Alonso, quien no los ocultó por otra parte. Pero todo lo suplía la ilusión. Si ese río Yaqui o Santiago, al que Colón puso por nombre Río del Oro, contenía granos como lentejas, su riqueza era nada en comparación con otras que había cerca de la Navidad. «Entremedios hay otros muchos ríos grandes; en especial tres, los cuales creía que debían tener mucho más oro que aquél, porque son más grandes, puesto queste es cuasi tan grande como Guadalquivir por Córdoba; y dellos a las minas del oro no hay veinte leguas» (2). En realidad, si eran más grandes esos ríos, el caudal de las aguas no representaba la proporción en el caudal del oro. Pero para Colón la fantasía era de una lógica exigente. Y nunca puso un límite exacto entre la exageración y la mentira. «Dice más el Almirante, que no quiso tomar de la dicha arena que tenía tanto oro, pues Sus Altezas lo tenían todo en casa y a la puerta de su villa de la Navidad, sino venirse a más andar por llevalles las nuevas y por quitarse de la mala compañia que tenía, y que siempre había dicho quera gente desmandada» (3).

(1) *Diario*. Martes, 8 de enero de 1493. Navarrete: Obra citada, I, páginas 128 y 129.

(2) El mismo pasaje.

(3) ¿Cuándo hubo gente buena para Colón? ¿Cuándo no abandonó sus empresas? ¿Cuándo no las desgobernó, achacando a los demás sus propias faltas? Jamás confiesa sus yerros, ni reconoce sus defectos, ni los enmienda, ni deja de ser egoísta, irascible, injusto, imprevisor, iluso, y, sobre todo, carente de ecuanimidad en la firmeza, razón de que sus justicias fueran muchas veces venganzas, sus órdenes gritos de cólera, y de que todo acto de energía acabase en desmayo, como acontece con el impulso pasional que se agota. Estas notas son imprescindibles para comprender la obra de Colón, pero no constituyen una biografía del gran explorador. Está virgen el campo para un estudio de sus viajes desde el punto de vista psicológico individual.

No llevaba oro del primer viaje. Llevaba esperanzas y promesas. Para él era bastante; para Europa también. Lo importante en el descubrimiento era el descubrimiento mismo. Si había un mundo nuevo y un nuevo cielo, habría oro, como habría todo lo fabuloso de las Indias. Colón fué representativo por sus quimeras, que eran las de la época. Ya se ha dicho, pero precisa repetirlo para que no quede una sola partícula de la noción falsa del sublime inspirado sin conexiones con el siglo en que vivió.

Durante el segundo viaje de Colón, mosén Jaime Ferrer escribe «al Almirante de las Indias Christobal Colón, una Letra de multa doctrina y de mirable intelligencia e práctica» (1). En efecto: el astrólogo Jaume o Jaime Ferrer había sido llamado a Madrid por los Reyes, el 28 de febrero de 1493, para que prestara sus servicios como consultor en materias de su competencia. Ferrer era «gran cosmógrafo y admirablemente práctico en la mar». En su carta a Colón decía Ferrer que el gran apóstol «Tomás había sido mandado de Occidente en Oriente para manifestar en India nuestra Sancta y Católica Ley. Colón era enviado por esta oppósita parte de Oriente a Poniente. Era legado, en las extremas partes de India, superior para que oyeran los siguientes lo que sus antepasados negligieron de la predicación de Tomás. Pero en las cosas temporales, ¿qué haría el muy magnífico y espectable Almirante cuando llegara al Gran Golfo *(Sinnus Magnus)?*»

He aquí lo que debería hacer: «Senior, la Reina nuestra Seniora me mandó que yo escribiera a Vuestra Senoría de su intención; por esto escribo mi parecer en ésta, y digo que la vuelta del equinoccio son las cosas grandes y de precio, como son piedras finas y oro y especias y drogaría; y esto es lo que puedo yo decir acerca desto por la mucha plática que tengo en Levante, en Alcarie y Dornas, y porque soy lapidario, y siempre me plugo investigar en aquellas partes

(1) Navarrete: Obra citada. II, págs. 103 y siguientes.

desos que de allá vienen, de qué clima o provincia traen las dichas cosas; y lo más que pude sentir de muchos Indos y Arabes y Etíopes, es que la mayor parte de las cosas buenas vienen de región muy caliente, donde los moradores de allá son negros o loros, y por ende, según mi juicio, fasta que Vuestra Senioría falle la gente tal, no fallará abundancia de las dichas cosas; bien que de todo vos, Senior, sabéis más durmiendo que yo veilando; y en todo, mediante el Divino auxilio, dará Vuestra Senoría tan buen recaudo, que dello será Dios servido y los Reyes nuestros Seniores contentos» (1).

No extrañará que este segundo viaje de Colón se hiciera con más elementos que ninguno de los que emprendió el Almirante. El primero había sido una aventura poco seria, una humorada romántica. El tercero iniciaba un descenso de favor y prestigio por las faltas cometidas durante el segundo. El cuarto viaje se hizo más bien como una tentativa de rehabilitación, aunque con medios ruines, y constituyó un fracaso deplorable.

Colón dispuso para su segundo viaje de catorce carabelas y tres carracas. El número de expedicionarios que se autorizó fué el de 1.200; pero es seguro que partirían por lo menos 1.500 individuos. Iba en la expedición un físico, el Dr. Chanca, de Sevilla, que ministró datos minuciosos, en los que se basa la historia de aquel viaje. Tomó también parte en él, Fray Bernardo Boyle, franciscano catalán, probablemente de origen irlandés, nombrado por el Sumo Pontífice Vicario Apostólico de las Indias. El astrólogo era Fray Antonio de Marchena, no pocas veces confundido con Fray Juan Pérez, de La Rábida. A estos nombres hay que agregar los de Juan Ponce de León, el futuro redescubridor de la Florida; el de Alonso de Ojeda, una de las figuras más ilustres del Nuevo Mundo; el de Juan de la Cosa, que fué el primero y más consumado de los cartógrafos de las tierras nuevamente descubiertas y de las que se descubrieron en los años inme-

(1) Navarrete: Obra citada, II, págs. 103 y 105.

diatos; el de Francisco de las Casas, padre del apóstol de Indias, y el de Pedro Margarite, aragonés, privado del Rey Don Fernando.

Como la expedición no era sólo de descubrimientos, sino de colonización —fué la primera que tuvo este objeto—, se dispuso llevar mulas, caballos, toros y vacas, puercos, gallinas y otros animales útiles, así como cañas de azúcar y semillas y plantas de Europa (1). Baste señalar este carácter fundamental de la expedición, y, abandonando su estudio para el sitio que le corresponde, proseguiré, refiriéndome únicamente a la parte geográfica de la empresa.

Las embarcaciones salieron de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, y después de pasar por las Islas Canarias, como en la vez anterior, de donde recogieron algunos de los animales y plantas destinados a la propagación de sus respectivas especies en las Indias, tomaron un rumbo que difería sensiblemente del que se siguió en el primer viaje. La travesía duró del 7 de octubre al 3 de noviembre, o sea cinco dias menos que la del descubrimiento. La primera tierra que se encontró fué la isla Dominica, nombre para el que sirvió de base el día de arribo, que era domingo, como para la designación de San Salvador se tomó como razón el día viernes, correspondiente al de su descubrimiento. Dejando la Dominica, pasaron los expedicionarios a la Marigalante, nombre de una de las carabelas (2). De la Marigalante torcieron por la punta austral de la Guadalupe, y recorrieron el occidente de esta isla, llamada así por el monte de Santa María de Guadalupe, en Extremadura; pasaron por entre Monserrat, la Redonda y San Cristóbal, a la izquierda, y la de Santa María de la Antigua y San Bartolo-

(1) «... destas ocho puercas se han multiplicado todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en todas estas Indias». Las Casas: *Historia*, II, pág. 3.

(2) La *Santa María*, destruída en el primer viaje, se llamaba también *Marigalante*. Las embarcaciones tenían a veces varios nombres, bien porque eran rebautizadas, bien por diferencias entre la designación familiar y la de matrícula. Así, la *Santa María* fué también *Gallega*.

mé, a la derecha. En San Martín tomaron la dirección del oeste, trazando su ruta entre Santa Cruz y el grupo de las Once Mil Vírgenes. Por último, se descubrió la parte sur y occidental del Boriquén. Púsose por nombre a esta isla San Juan.

Se había recorrido en gran parte la línea de las Pequeñas Antillas, y quedaron comprendidas estas islas en el nombre genérico de Caribes, por oposición a las descubiertas en el primer viaje, que eran, incluso el Boriquén, las tierras paradisíacas de la hospitalidad, de la paz y de la abundancia. «Y no dudes que hay lestrigones o polifemos —escribe Pedro Mártir a Pomponio Leto—, hombres alimentados con carne humana (1). Escucha, y ten calma, para que el horror no te ponga los pelos de punta. Saliendo de las Afortunadas, que algunos pretenden llamar Canarias, hacia la Española, nombre de la isla en que los españoles han tomado asiento, si se inclina la proa algo al mediodía, llega el navegante a un grupo innumerable de islas pobladas por hombres feroces llamados caníbales o caribes, bravos guerreros, aunque siempre andan desnudos. Usan arcos, y, principalmente, la clava. Tienen faluchos de una sola pieza, muy capaces, que llaman canoas, y pasan así en tropel a las islas vecinas pobladas de hombres pacíficos.»

Los caribes eran los señores del mar, y —con todo respeto sea dicho— los bravos y desnudos precursores del bucanerismo que haría famoso el mar de las Antillas. Iban hasta el Boriquén, Haití y Cuba «para saltear y conquistar», como dice Bernáldez. Pero los caribes no eran, en realidad, conquistadores. Eran simplemente cazadores de hombres —«de hombres para comer»—, de niños para devorarlos cuando fueran hombres, y de mujeres, animales siempre útiles en un aduar y aprovechables también para la reproducción, pues los hijos de caribes habidos en ellas eran sacrificados para los banquetes de sus padres cuando llegaban a la mayor edad. Los indígenas mansos

(1) Alcalá de Henares, a 5 de diciembre de 1494.

de las grandes islas estaban a la defensiva, y no expedicionaban contra sus enemigos por falta de aptitudes náuticas. Pero hacían ley de la necesidad, oponían resistencia, «y en habiendo victoria de los que los iban a saltear, también se los comían, como los caribes a ellos» (1).

Los expedicionarios encontraron restos humanos cociéndose en las casas de los nativos. Huidos éstos, más de veinte mujeres mozas, llevadas como cautivas de las otras islas, fueron auxiliadas por la flota y obtuvieron su libertad. Bien se veía el temple de los caribes, diferente del de los hombres de Cuba y Haití, pues cuatro hombres y dos mujeres, viéndose estrechados por la persecución, hicieron frente a veinticinco europeos que iban en una barca, e hirieron a dos de ellos. Uno murió pocos días después.

Del occidente de San Juan los expedicionarios se dirigieron al norte de la Española, para ponerse en contacto con los individuos dejados en la Navidad. Ya en la costa haitiana, antes de llegar a aquel punto, y al desembarcar para dar sepultura a uno de los heridos por los caribes, se encontró el cadáver de un hombre con barba. Llegados a la Navidad, se disparó dos veces una lombarda, y no hubo respuesta. Pasaron los de la flota las horas de la noche todos tristes por el mal augurio. Llegado el día descubrieron los restos calcinados del cortijo y de la palizada que formó aquel primer establecimiento europeo en las islas. Ninguno de sus fundadores había sobrevivido. Los deudos y familiares de Guanacari, caudillo de aquel lugar, referían que otros dos caciques, Caonaboa y Mariema, habían dado muerte a los cristianos. Pero no tardó en aparecer la causa de su destrucción, pues los indios «afirmaban y decían que los christianos tenía cada uno tres o cuatro mujeres, de donde se creyó quel mal que les vino a aquellos christianos que allí sin dicha habían quedado, fué por su desconcierto, e por se envolver con las mujeres indias,

(1) *Crónica*, cap. CXIX.

los indios los mataron, o por algunas cosas de desaguisados que hacían en la tierra, se invocarían para los matar» (1).

El Almirante mandó que se cavara, por si los españoles habían enterrado el oro, como él indicó antes de partir. No encontraron huellas de riquezas, sino sólo cadáveres sobre los cuales ya había crecido la hierba... Lo importante era buscar directamente las minas y reconocer a fondo la isla. «Hemos descrito en el libro anterior —cuenta Pedro Mártir— cómo el Almirante Colón recorrió las costas de los caníbales y arribó a la Española... Esta isla Española, que él afirma es la Ophir de que se habla en el libro tercero de los Reyes», tiene una figura «parecida a la hoja del castaño». El Almirante toma disposiciones para el trazo de una ciudad sobre un collado en la parte septentrional de la isla, cerca de una montaña con canteras para la edificación, y sobre una llanura que bañan varios ríos navegables. El terreno es de una fertilidad asombrosa. Hay hortalizas frescas todo el año. En los huertos se cogen verduras a los diez y seis días. Salvo el trigo y la vid, todo se produce con abundancia. «En tanto que se hacen estas cosas —continúa Pedro Mártir—, el Almirante envió treinta hombres que explorasen por diversos lados la provincia de Cipango, o por otro nombre Cibao. Esta provincia es montuosa, peñascosa, y en medio de toda la isla hay un promontorio en el cual los indígenas daban a entender por señas que existe el oro en abundancia. Los enviados del Almirante regresaron, en efecto, contando maravillas» (2). No sólo contaban maravillas, sino que daban testimonios patentes de sus afirmaciones. En la partida encargada del reconocimiento, iba el temerario Alonso de Ojeda, personaje de poema, pero acaso más novelesco que épico, por la intención humorística que hay en todos los héroes castellanos, intención que les da un especial atractivo, un valor y un sentido de realidad humana, superior al de los héroes de

(1) Bernáldez: Lugar citado.
(2) Pedro Mártir: Lugar citado.

otras razas. Ojeda, pues, y su compañero Corvain, con doscientos hombres más o menos, encontraron cuatro ríos auríferos. Para sacar el metal se hacía simplemente un hoyo de un codo de profundidad en la arena, y metiendo en él la mano, salían los granos de oro. El mismo Colón llegó a tener en sus manos una pepita de nueve onzas que le llevó Alonso de Ojeda. En el centro de la montaña, de la que bajaban todos los ríos, vivía un gran señor, Caonaboa, «el rey de la casa de oro».

Doce de los navíos partieron para España el 2 de febrero de 1494, y, llegados con las noticias del establecimiento de la ciudad la Isabela, del descubrimiento de los ríos y de las expediciones que organizaba el Almirante, volvieron de nuevo a las islas, llevando víveres y todos los elementos que solicitaba Colón. Se había establecido ya la corriente de comunicación entre colonia y metrópoli.

Después de reconocer personalmente la zona de las minas y de establecer fuertes para la seguridad de las comunicaciones, el Almirante emprendió el nuevo reconocimiento de Cuba. «Saliendo, pues, con tres carabelas, llegó a la provincia que en la primera navegación, pensando que era isla, llamó Juana, y al principio de ella le puso el nombre de Alpha y Omega, porque juzgaba que en ella se encuentra el fin del Oriente, poniéndose allí el Sol, y el del Occidente, saliendo. Pues consta que el principio de la India Ultragangética está por el Occidente y su término último por Levante, y no es del todo extraño cuando los cosmógrafos han dejado sin determinar los límites de la India Gangética, y no falta quien crea que las costas de la India distan poco de las playas españolas. Los indígenas llaman a esta parte Cuba...» (1).

En Colón se había ido robusteciendo la creencia de que Cuba era el extremo de la tierra firme asiática. Desgraciadamente, cuando

(1) Pedro Mártir: Lugar citado.

emprendió su reconocimiento en la primavera de 1494, no había hecho sino afirmarse la seguridad manifestada de que Cuba era tierra firme, según la referencia que nos da Las Casas relativa al sábado 3 de noviembre de 1492. Ese día, en su primer viaje a Cuba, el Almirante tomó la altura y halló que estaba a 21° de la línea equinoccial. «Dijo también que, por su cuenta, hallaba que había navegado desde la isla de Hierro hasta allí, 1.142 leguas. Afirma todavía ser aquella isla de Cuba tierra firme, consideradas las islas, y tierra firme que traía pintadas en la carta de Paulo, físico, de que muchas veces habemos hecho mención.» (1). Y cuando en su primer viaje dejó atrás el «cabo o punta oriental de Cuba, púsole por nombre Alpha y Omega, que quiere decir principio y fin, porque creyó que aquel cabo era fin de la tierra firme yendo hacia Oriente, y el principio, decía el Almirante, el cabo de San Vicente, que es en Portugal, que creía ser comienzo o principio de la tierra firme, partiendo y navegando desde el dicho cabo de San Vicente hacia el Poniente.» (2). Ahora bien, antes había recorrido en su mitad oriental el norte de Cuba. En esta segunda expedición tomó la línea del sur, que era la más directa. Siguiendo la costa de Rayaquitiri y de Macaca, al ver que la costa se inclinaba al sudoeste, él también se desvió, encami-



ASTROLABIO

(1) Según la cuenta de entonces, Colón halló que la altura era de 42°, o sea la duplicación de la cifra según la cuenta moderna. Las Casas: *Historia*, I, capítulo XLV.

(2) Las Casas: Obra citada, I, cap. L.

nándose hacia Jamaica, que le señalaban como riquísima en oro. Exploró el norte de Jamaica y volvió hacia el extremo de la península de Macaca en Cuba. De allí siguió, frente al Camagüey, por el Onnofay y Magón. Éste era Mango en China, y su convicción se fortalecia: estaba en la tierra firme del Oriente. Los indígenas, es verdad, insistían en considerar a la Juana como isla. ¿Pero iba él a fiarse de los indios en esto? Los indios «son gente bestial y piensan que todo el mundo es isla y no saben qué cosa sea tierra firme; no tienen letras ni memorias antiguas, ni se deleitan en otra cosa sino en comer y en mujeres». (1). Algunos de ellos afirmaban que «no la andaría en cuarenta lunas». ¿No significaba esto claramente que la Juana era tierra firme? Había caminado setenta días. Se hallaba muy cerca del Quersoneso Áureo. Pero faltaban los mantenimientos, y lo principal se había logrado. Bien se veía, por la inclinación sensible de la costa hacia el sur, desde el Marién, que la Juana no era isla. ¿Para qué continuar? En circunstancias más prósperas hubiera procurado volver a España por Oriente, es decir «viniendo por el Ganges, e dende al Seno Arábico, e después por Etiopía, e después pudiera venir por la tierra a Jerusalén, e dende a Japha, y embarcar y entrar en el mar Mediterráneo, e dende a Cádiz. El viaje, bien se pudiera hacer desta manera; empero muy peligroso por la tierra; porque todos son moros dende Etiopía a Jerusalén. El pudiera ir por la mar todavía, ir desde allí fasta Calicud, que es la ciudad a que salieron los portugueses e la descubrieron, y para no salir por tierra, sino todavía por agua, él habia de volver por el mismo mar Océano, rodeando toda la Lybia, que es la tierra de los negros, e volver por donde vienen los portugueses con la especería de clavo a Barta» (2). El cura de Los Palacios oyó de labios de Colón las ideas geográficas con que volvía a España cuando en 1496, después del se-

(1) Bernáldez: *Crónica*, cap. CXIII.

(2) Bernáldez: El mismo lugar.

gundo viaje, lo tuvo como huésped. Colón, dice Bernáldez, «me dejó algunas escripturas en presencia del señor don Juan de Fonseca, de donde yo saqué y cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor Dr. Anca o Chanca, y otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos, que escribieron lo que vieron, de donde yo fuí informado y escribí esto de las Indias» (1).

El carácter de tierra firme que Colón asignó a la Juana, quedó notarialmente autentificado y dictatorialmente establecido. El día 12 de junio de 1494, Colón había procedido a una diligencia muy singular. El Almirante se hallaba a bordo de la carabela *Niña*, «que ha por otro nombre *Santa Clara*». Allí requirió a Fernand Pérez de Luna, notario de la ciudad Isabela, para que fuese de carabela en carabela y tomase declaración a los maestres, pilotos, marineros y grumetes sobre la naturaleza de la tierra cuya costa habían recorrido. El Almirante decía que llevaba navegadas 335 leguas desde que comenzó a entrar en la Juana, y como le acompañaban maestros de cartas de marear y muy buenos pilotos, los mejores de la grande armada con que había salido de Castilla, pensó que el escribano los requiriese para que dijeran «si tenían duda alguna que esta tierra no fuese la tierra firme al comienzo de las Indias y fin a quien en estas partes quisiere venir de España por tierra». En una palabra, se trataba de establecer el dogma de la continuidad continental de la tierra desde Portugal hasta el cabo Maisí en Cuba. Francisco Niño, de Moguer, piloto de la *Niña;* Alonso Medel, de Palos, maestre de la misma carabela; Johan de la Cosa, vecino del puerto de Santa María, maestro de hacer cartas, marinero de la *Niña;* Bartolomé Pérez, vecino de la Rota, piloto de la carabela *San Juan;* Alonso Pérez Roldán, vecino de Málaga, maestre de la misma carabela; Alonso Rodríguez, de Cataya, contramaestre; Cristóbal Pérez Niño, vecino de Palos, maestre de la carabela *Cardera;* Fenerín Ginovés, contramaestre en

(1) Bernáldez: *Crónica*, cap. CXXIII.

la misma carabela, y todos los marineros y grumetes de la flota atestiguaron, bajo juramento, que la Juana era tierra firme. El juramento se hizo bajo pena de diez mil maravedises y de que se le cortara la lengua al testigo que se contradijese en cualquiera ocasión de lo que declaraba. Y en la Isabela, el 14 de enero de 1495, Diego de Peñalosa, escribano de cámara del Rey y de la Reina, cató el atestado de Pérez de Luna y lo autorizó para constancia (1).

Vuelve Colón a Jamaica y pasa a la parte sur de la Española, en donde por la importancia de las minas no tardaría en establecerse el centro principal de los negocios. Su ausencia había durado cuatro meses. ¿Qué resultados se obtuvieron con aquella exploración? No sólo fueron completamente negativos, sino que el empeño de dictar autoritariamente las nociones geográficas, que no tardaron en ser desmentidas por obra de los mismos juramentados, quienes, riéndose de la pena pecuniaria y de la corporal, reconocieron la insularidad de Cuba, fué causa del desconcepto definitivo en que cayó el Almirante. El mismo Bernáldez, tan adicto a Colón y tan solícito por encarecer sus descubrimientos, disputaba con él sobre la distancia de la Gran Tartaria, y, sin sospechar siquiera la existencia del Océano Pacífico, aseguraba que era quimérico llegar allá por la vía que llevaba el Almirante, «con otras mil e doscientas leguas, andando el firmamento de la mar e tierra en derredor» (2). ¿Qué dirían los prácticos de la mar? Hombres positivos, dejaban a Toscanelli y a Martín de Behaim en su buena opinión y fama. Nada tenían ellos que ver con Mandavilla y con el cardenal Aliaco. La boga de esos nombres pasaba. La realidad, cada vez más potente, obliteraba las ideas clásicas, y sin peligrosas nociones de conjunto, que eran prematuras, se incorporaba en un sistema sano de verdades geográficas limitadas, pero exactas.

(1) Original en el Archivo de Indias. Legajo 50. Patronato Real. Navarrete: Obra citada, II, págs. 143-149.

(2) Bernáldez: *Crónica*, cap. CXXIII.

Colón seguía la ruta contraria. ¿Es de extrañar que pronto fuera más anacrónico entre sus contemporáneos que cuando se anticipaba a muchos de ellos? Anacronismo más grave que el anterior, puesto que era de retardo y no de vaticinio. No aprendía ni olvidaba. El segundo viaje nada le enseñó, y todo lo que le quedaba de vida iba a ser de fracasos como geógrafo, por su obstinación como hombre.

Lo fué también desde otros puntos de vista, que no examinaré aquí sino de paso. Cuando volvió a la Española, en septiembre de 1494, sin otras noticias que algunas anécdotas de carácter poético, divulgadas por Pedro Mártir y que entraron a formar parte de la literatura universal (1), halló el Almirante que no en balde había pasado tanto tiempo sin una autoridad centralizada, firme y dúctil en la colonia. Tenían que producirse necesariamente dos choques formidables: el de los aventureros entre sí y el de todos ellos con los indígenas. Por una parte, para manejar a aquellos hombres sin ley, entre los cuales había muchos de excelentes cualidades, se necesitaba un espíritu paternal, y Colón carecía de dones para el ejercicio de una autoridad moderada por la simpatía. Colón había dividido el mando. Estaba éste en manos del P. Boyle y de su propio hermano Diego Colón en la Isabela. En las minas la desempeñaban los capitanes, y como jefe superior Pedro Margarite. De allí la ocasión de muchos conflictos entre unas y otras autoridades, entre los colonos y entre colonos y autoridades. No hay para qué formular cargos, tanto más cuanto que en otra ocasión se hará el examen de aquella primera administración. Tenía un vicio fundamental: el nepotismo. Bartolomé, el hermano mayor, que había llegado recientemente, empezó a tomar una gran preponderancia en los negocios como adelantado, con facultades para delegar su autoridad en Diego si moría o quedaba impedido. El régimen era odioso. Y lo hacía más repulsivo la desilusión de los españoles recién venidos, sobre todo

(1) Estos episodios serán referidos en el lugar correspondiente.

de los que no estaban habituados al trabajo manual. Querían recoger oro y volverse a España para gozar de una riqueza adquirida sin trabajo ni demora.

Para el trabajo estaban los indios. Los indios trabajaban, en efecto. Pero pronto se rindieron a la carga. No podían trabajar. Eran pueblos absolutamente libres de yugo. Vivían fácilmente en un clima propicio para el ocio, y mortal si caía sobre las espaldas de los habitantes un peso al que no estaban habituados. La resistencia comenzó, y con ella comenzó la dureza del amo. Por principio de cuentas se envió un cargamento de quinientos indígenas a España, como liquidación de las muertes de los primeros españoles. Los Reyes recibieron a los esclavos, autorizaron su venta, y consultaron a letrados, canonistas y teólogos sobre la legitimidad de la operación, dejando entretanto consignado el precio de venta para devolverlo en caso de opinión contraria (1). Pero la cuestión se resolvió por sí misma: los indígenas desaparecieron, perdiendo, por lo mismo, todo valor la mercancía, y anulándose el plan que tenía Colón de obtener animales domésticos en España a cambio de esclavos indígenas.

Los meses que pasó Colón en la Española, desde su regreso de Cuba, en septiembre de 1494, hasta su partida para Cádiz, el 10 de marzo de 1496, son en realidad el único período de su vida seriamente destinado a las tareas de la gobernación. Durante estos meses procuró romper la alianza de los caciques haitianos y trazar las bases para la explotación del trabajo indígena. Como un medio de normalizarlo, estableció el sistema de los repartimientos de indios, mediante ciertas responsabilidades temporales y espirituales de los colonos. Éstos, por otra parte, estaban en plena efervescencia insurreccional. Boyle y Margarite, que habían partido para España, unían su voz autorizada a la de los acusadores de Colón, y el crédito de éste disminuía, a la vez que se propagaban las más desfa-

(1) Archivo de Indias.—Navarrete: Obra citada, II, págs. 168-173.

vorables noticias sobre la importancia de la Española como país minero.

En la primavera de 1495, ignorándose en la corte el paradero de Colón, y movidos, además, los Reyes por el estado de desconcierto de la colonia, dispusieron que partiese un visitador, eventualmente encargado de la gobernación. Además, la Corona creyó conveniente abrir los mares del Poniente al descubrimiento, al tráfico y a la colonización. Por una disposición real del 10 de abril de 1495 (1), se permitía que quienes quisieran, pudiesen descubrir, mediante ciertos requisitos, y lo mismo se dispuso respecto al tráfico. Este acto fué de trascendencia inmensa para la geografía, como luego se verá. Para Colón, de quien volvió a saberse en la corte, el permiso de libre navegación constituía un golpe mortal, aunque no quedaban por ello anulados sus derechos, aun cuando prácticamente la resolución tomada por los Reyes importaba la nulificación del Almirante.

Salió éste para España el 10 de marzo, llevando consigo a más de 200 de los expedicionarios españoles y 30 indios, entre los cuales iba prisionero el cacique Caonaboa. Tuvo el Almirante la poca atingencia de seguir para el regreso el camino de las islas Caribes, en vez de tomar el rumbo del primer viaje. Un mes entero tardó en llegar la flota a la Marigalante, maltrecha y exhausta. Para reponer los víveres, se detuvo diez días en la Guadalupe, donde hubo luchas con los nativos, y de esas luchas surgieron muchas narraciones, que dieron a la isla un carácter legendario de tierra de amazonas. Los víveres de que pudieron proveerse los expedicionarios consistían en pan cazabe únicamente, y con este pobre mantenimiento se dieron a la mar el día 20 de abril. Lucharon durante un mes contra los vientos alisios. Agotados los víveres, estalló el descontento en forma turbulenta. La vida de los indios se vió amenazada, pues muchos de los viajeros y tripulantes querían matarlos para comérselos. Por lo demás, la trave-

(1) Navarrete: Obra citada, II, pág. 165.

sía se encargó de exterminar a muchos de los indios, y más de 20 sucumbieron, entre ellos el cacique, antes de desembarcar. La flota tomó tierra en el cabo de San Vicente, y, prosiguiendo su viaje, llegó a Cádiz el 11 de junio.

En vano se quiso hacer ostentación de riqueza y de exotismo. El hambre y la pobreza de los expedicionarios hablaban con elocuencia harto ruidosa para callarla con la exhibición de los indígenas y de una cadena de oro, del peso de 600 castellanos, que llevaba al cuello el hermano del cacique Caonaboa. Cuando el Almirante llegó a Burgos, en donde estaba la corte, no encontró la recepción cordial de Barcelona.

Entretanto, un acontecimiento inesperado se producía en las islas. De pronto, las minas comenzaron a producir oro en abundancia. Los colonos que no habían desesperado se congratulaban de su constancia. En la parte meridional de la isla estaba el centro de la producción aurífera. Bartolomé Colón trasladó el asiento principal de la colonia a la margen del río Ozema, fundando la nueva Isabela, que no tardó en ser la ciudad de Santo Domingo, por honra al padre del Almirante.

Así, mientras Colón, abatido y descorazonado, llegaba a los pies de los Reyes, y éstos lo recibían fríamente, en la orilla del río Ozema se establecía, a mediados de 1496, el núcleo del Imperio Colonial.

CAPÍTULO VIII

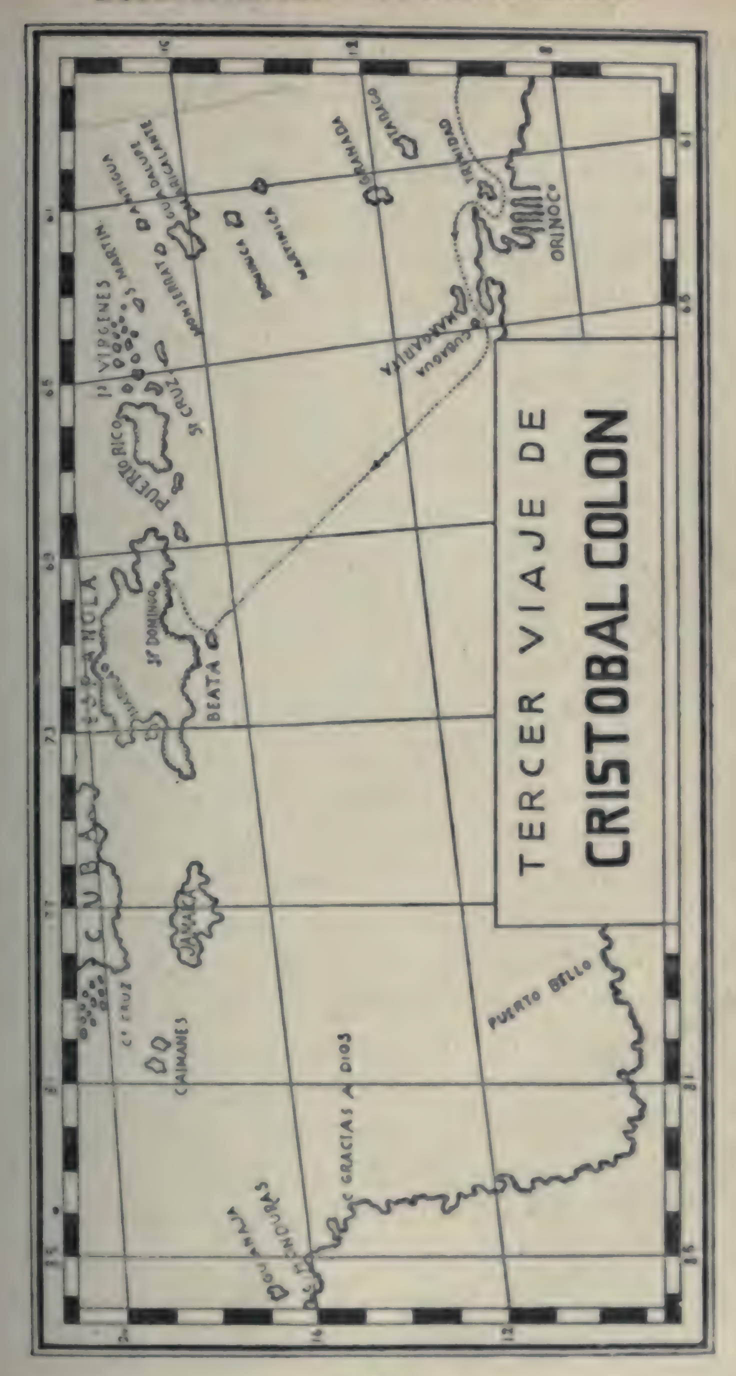
El Paraíso terrenal.

El Almirante sostiene que Salomón, Rey de Jerusalén, se procuró de allí (la Española), por el Golfo Pérsico, aquellos inmensos tesoros de que se habla en el Antiguo Testamento. Si ello es verdad o no, a mí no me toca decidirlo, pero me parece que dista mucho de serlo» (1). Así se expresa Pedro Mártir, comentando la opinión que sustenta el Almirante sobre las minas últimamente descubiertas en la Española. El espíritu de Colón iba tendiendo ya demasiado manifiestamente a la exaltación religiosa y al lirismo del Antiguo Testamento. Su tercer viaje es la obra de un poseído.

Salió de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498. En el año anterior había obtenido que se revocara la disposición por la cual quedaban abiertos a la libre exploración los mares de las Indias; pero la revocación era impotente para impedir que el impulso alcanzado por los descubrimientos geográficos durante aquellos meses, dejase a Colón fuera de concurso, nulificado por su propia incapacidad. En efecto, aquella obra exigía precisamente las condiciones que a él le faltaban y que reunían sus competidores.

La expedición salida de Sanlúcar de Barrameda estaba formada por seis embarcaciones. En la isla de Hierro dispuso Colón que partiesen directamente tres de ellas para la Española, y él, con un navío de puente y dos carabelas, emprendió una travesía de descubrimiento, pasando primero por las islas de Cabo Verde. Salió el 4 de julio, y

(1) Pedro Mártir: Primera década, lib. IV, cap. II.


TERCER VIAJE DE
CRISTOBAL COLON
CUBA
JAMAICA
BEATA
PUERTO RICO
MARGARITA
CUBAGUA
TRINIDAD
ORINOCO
GRANADA
MARTINICA
DOMINICA
ANTIGUA
VIRGENES
PUERTO BELLO
GRACIAS A DIOS
HONDURAS

se encaminó a la línea equinoccial, para llegar a ésta, y tomar después el rumbo de occidente, dejando la Española al norte. Tales son los planes de Colón, según sus propias palabras. Efectivamente, a los ocho días de navegación se hallaba a 5º del Ecuador, en la zona de las grandes calmas. ¿Con qué propósito introdujo aquella modificación en la ruta? En primer lugar, Colón tenía presente el consejo de Jaime Ferrer: Había que buscar el oro y las piedras preciosas en las tierras cálidas habitadas por negros como los del África Ecuatorial. Confirmando esta opinión del astrólogo lapidario, los indios señalaban siempre hacia el sur cuando el Almirante les pedía noticias sobre los lugares auríferos. Si seguía esa ruta, completaría la exploración comenzada en el sur de Cuba, e interrumpida cuando vió que la costa del Marién y de Guaniguanico se inclinaba hacia el sur. El Almirante tomaba, pues, la dirección que lo llevaría directamente al extremo de Champa, es decir, a lo que nosotros llamamos Cochinchina, y de allí al Quersoneso Áureo, o sea a Malaca.

Del 13 al 18 de julio cruzó el Ecuador térmico. El aire quemaba; no había un soplo de viento; las barricas se resecaban, y el agua se perdía. Los marineros, agobiados por el calor, no tenían ánimo para la maniobra, y ninguno de ellos se atrevía a bajar a la bodega. Era la zona más angosta del Atlántico, y los navíos, llevados por la corriente ecuatorial, hubieran llegado sin esfuerzo a la Guayana. En el paralelo de los 7º, el viento dominante los empujó hasta el delta del Orinoco. El martes, 31 de julio, a las doce del día, un marinero llamado Alonso Pérez, de Huelva, descubrió tres montañas: eran los tres picachos de la isla, que por eso recibió el nombre de la Santísima Trinidad. Como de ordinario en casos tales, se cantó el *Salve Regina*. Había casas habitadas, sembrados y árboles, pero no había puerto cerca del promontorio llamado de la Galera por el Almirante. Siguieron, pues, hacia el occidente, y el día 1.º de agosto anclaron cerca de la punta del Alcatraz. Después, aproximándose a la punta de los Icacos, o punta de las Arenas, hicieron provisión de agua, el 2 de

agosto. Vieron venir hacia ellos una canoa con 24 jóvenes indios de color más claro que los habitantes de las otras islas descubiertas hasta entonces. Eran altos y gallardos; vestían una túnica corta de algodón; llevaban una especie de turbante morisco formado de telas de colores, y tenían el pelo recortado, como el de los españoles. Sus armas consistían en arcos, flechas y escudos. Aquellos indígenas pertenecían a la misma raza que en 1799 contemplaba el barón de Humboldt, cuando muy cerca de ese paraje veía por primera vez el Nuevo Mundo (1).

Al sur había tierra también. Colón la bautizó con el nombre de isla de Gracia. Era el que llamamos continente sudamericano. Con espíritu absolutamente inhistórico, se considera este hecho como el acontecimiento capital en el conjunto de las exploraciones del Almirante. Washington Irving, que representa la historia en su forma de mayor frivolidad, llega hasta decir estas palabras absurdas: «Colón había encontrado sin sospecharlo aquel continente, aquella *Tierra Firma* (así), objeto de su empeñada solicitud» (2). Pero Colón no buscaba la *Tierra Firma*. Creía haberla encontrado en Cuba. Buscaba todo lo contrario de la *Tierra Firma*: buscaba el fin de ella; el fin de Champa, continuación de Mango y Cataya; quería pasar al Golfo Índico, poner el pie en el Quersoneso Áureo y visitar la Trapobana. Pero se ha deformado la historia de las ideas de Colón, tejiéndola con los datos de la moderna geografía americana, o más bien dicho, se ha hecho un enredo lamentable de esa geografía y de esa historia.

Entre la isla de la Gracia, es decir, entre el continente y la Trinidad, observó el Almirante una corriente que entraba con ímpetu formidable por el canal. ¿Qué clase de corriente era aquélla? De pronto vió que venía hacia las embarcaciones una colina tan alta como ellas. Sobre la colina formada por la masa del agua llegaba otra corriente

(1) Carlos Pereyra: *Humboldt en América.*
(2) Washington Irving: Obra citada, tomo II, pág. 140.

que se precipitó sobre los navíos (1). Iban éstos a ser tragados por el agua; pero la corriente pasó, y siguió la línea del canal. Al día siguiente se procedió a hacer el sondeo de la boca de ese canal, que Colón llamó de la Serpiente. Los pilotos encontraron que había fondo suficiente para cruzar, pero que las aguas formaban corrientes contrarias. Dada la orden para avanzar, lo hicieron las embarcaciones, favorecidas por un viento fresco. Una nueva sorpresa esperaba a los expedicionarios. ¡El agua era dulce!

¿Cómo explicar ese fenómeno? Siguió avanzando la exploración. A lo lejos se levantaba una gran montaña. Después aparecieron dos cabos, y una nueva boca como la de la Serpiente: la del Dragón. Los dos cabos eran la punta de Peña Blanca, en la Trinidad, y el largo promontorio de Paria. El agua de la mar se hacía más y más dulce hacia occidente, cerca de la isla de Gracia.

No cabía ya duda para Colón. Estaba en la desembocadura de un río, cuyo caudal potentísimo le revelaba la existencia de un continente. «Era el mayor río del mundo», diría Las Casas más tarde. Había encontrado, pues, un continente; un nuevo continente, es decir, una tierra desconocida de los geógrafos. Si seguía hacia el sur del canal de la Serpiente, difícilmente encontraría paso. Debería, por lo tanto, costear el continente desconocido, hasta encontrar un paso en-

(1) «... y fallé que venía el agua del Oriente fasta el Poniente, con tanta furia como hace Guadalquivir en tiempo de avenida y esto de contino noche y día, que creí que no podría volver atrás por la corriente, ni ir adelante por los bajos; y en la noche, ya muy tarde, estando al borde de la nao, oí un mugir muy terrible, que venía de la parte del Austro hacia la nao, y me paré a mirar, y ví levantando la mar de Poniente a Levante, de manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima della venía un filero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito; con aquella furia de aquel rugir que de los otros hileros que yo dije que me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo della, y pasó y llegó hasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio.» (Navarrete: Obra citada, I, pág. 249.)

tre esa tierra y la Juana. «Y digo... que viene este río y procede de tierra infinita, ques al Austro, de la cual fasta agora no se habia noticia.» ¿Era un Mundo Nuevo? ¿Qué mundo? (1). Toda la cuestión para el Almirante era saber si este gran continente, no señalado en los mapas clásicos, continuaba la costa de Cuba, o si estaba separado de ella y presentaba un paso hacia el Quersoneso del Oro.

Es de la mayor importancia citar textualmente el razonamiento de Colón: «Yo siempre leí que el mundo —dice en la carta que se acaba de citar—, tierra e agua, era esférico, e las autoridades y experiencias que Tolomeo y los otros escribieron deste sitio, daban e amostraban para ello, así por eclipses de la Luna y otras demostraciones, que hacen de Oriente fasta Occidente como de la elevación del polo de Septentrión en Austro, agora vi tanta disformidad, como ya dije, y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma que escriben: salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda, y en un lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte deste pezón sea la más alta e más propincua al cielo, y sea debajo la línea equinoccial, y en esta mar Océana, en fin del Oriente: llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra e islas, y para esto allego todas las razones sobre escriptas, de la raya que pasa al occidente de las islas de los Azores, cien leguas, de Septentrión en Austro, que en pasando de allí al Poniente, ya van los navíos alzándose hacia el cielo suavemente, y entonces se goza de más suave temperancia y se muda el aguja del marear por causa de la suavidad de esa cuarta de viento, e cuanto más va adelante e alzándose, más noruestea, y esta altura causa el desvariar del circulo que escribe la estrella del Norte con las guardas, y cuanto más pasare junto a la línea equinoccial, más se su-

(1) Carta de Colón a los Reyes. Copia de Las Casas en el Archivo del Duque del Infantado. Navarrete: Obra citada. I, pág. 162.

birán en alto, y más diferencia habrá en las dichas estrellas y en los círculos dellas. Y Tolomeo y los otros sabios que escribieron de este mundo creyeron que era esférico, creyendo queste hemisferio que fuese redondo como aquel de allí donde ellos estaban, el cual tiene el centro en la isla de Arin, ques debajo la línea equinoccial, entre el Sino Arábico y aquel de Persia, y el círculo pasa sobre el cabo de San Vicente, en Portugal, por el Poniente, y pasa en Oriente por Cangara y por las Seras, en el cual hemisferio no hago yo que hay ninguna dificultad, salvo que sea esférico, redondo como ellos dicen; mas este otro digo que sería como la mitad de la pera bien redonda, la cual toviese el pezón alto, como ya dije, e como una teta de mujer en una pelota redonda, así que desta media parte non hobo noticia Tolomeo ni los otros que escribieron del mundo por ser muy ignoto» (1).

Así era que saliendo de las costas de África, en donde la gente es negra, y negrísima abajo de las islas de Cabo Verde, en la costa de Sierra Leona, del otro lado del Atlántico, «la suavísima temperancia» de lugar «propincuo al cielo», hallaba gente de otro aspecto, y tierras y árboles frescos que semejaban los de abril en las huertas de Valencia. Los antiguos creían que la parte más elevada del planeta se encontraba en uno de los polos: el boreal o el austral; pero bien se veía por la mayor altura que ese lugar estaba en el Ecuador. Había llegado, sin duda, al Paraíso terrenal, que, como lo enseñan los teólogos, está en el Oriente. «Yo no tomo que el Paraíso terrenal sea en forma de montaña áspera, como el escrebir della nos amuestra, salvo quél sea en el colmo allí donde dije la figura del pezón de la pera, y que, poco a poco, andando hacia allí, desde muy lejos se va subiendo a él; y creo que nadie podría llegar al colmo, como yo dije, y creo que puede salir de allí esa agua, bien que sea lejos y venga a pasar allí donde yo vengo, y faga este lago. Grandes indicios son estos del Paraíso terrenal, porquel sitio es conforme a la opinión de

(1) Carta citada. Navarrete: Obra citada, I, págs. 255-256.

estos santos y sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni vi que tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro e vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia, y si de allí, del Paraíso, no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo» (1).

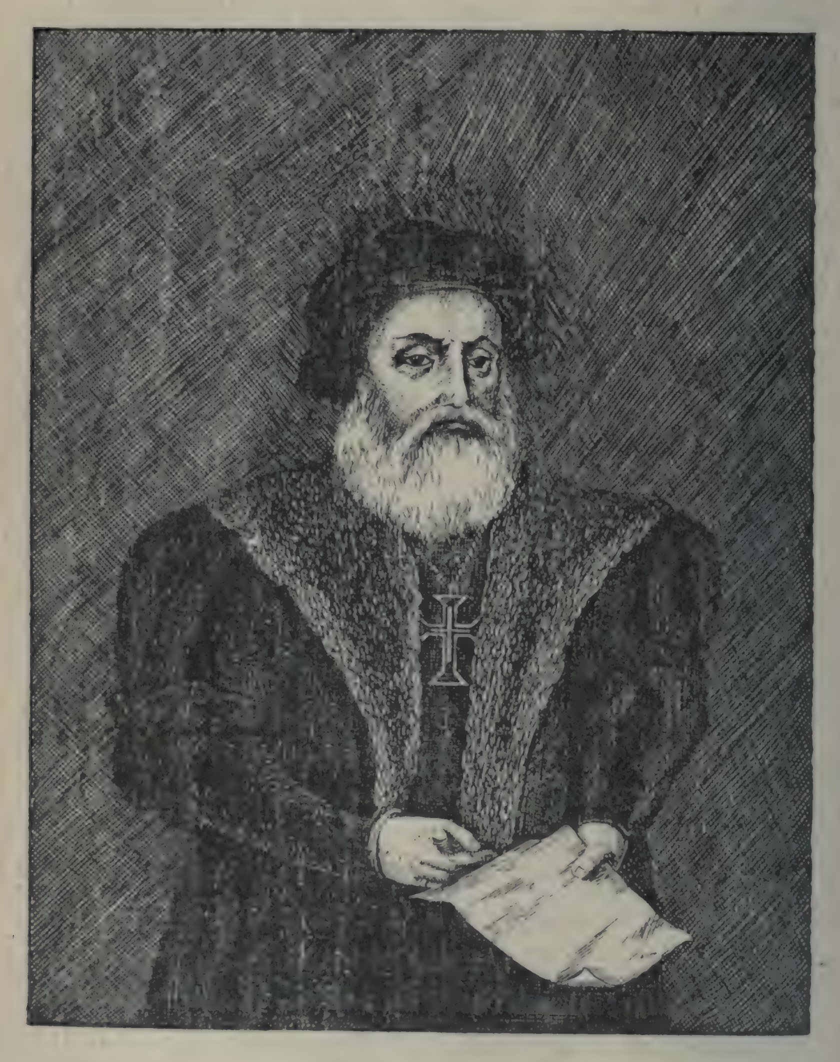
¿Cómo ha podido creer la historia tradicional y sentimental en un Colón que, cuando proponía su idea de un viaje a través del Océano, era escarnecido por la ignorancia monacal, que le hablaba de la dificultad de subir la cuesta del mar si bajaba por ella para ir a las Indias? ¿Cómo no leían los biógrafos este pasaje, y no se daban cuenta de que, antes de Copérnico, tan empíricos eran los razonamientos de Colón como los de cualquiera otro de sus contemporáneos? Pero en Colón ese empirismo se coloreó siempre por las proyecciones de la fantasía, y a mediados de 1498 la fantasía llegaba a la saturación de la quimera mística. Como siempre, en Colón el visionario cerraba el camino al explorador; pero nunca como entonces se vió un feliz hallazgo tan entenebrecido por razones de procedencia subjetiva, ni se negó un hombre a sí mismo en tal grado las ventajas de su situación privilegiada.

Sigue la línea de una montaña poblada de simios. Hay huellas de hombres. Efectivamente: los encuentra y se pone al habla con ellos, al oeste de la punta de Cumaná. Los habitantes llevan adornos de oro y sartas de perlas. Colón hace algunos rescates, que le demuestran la existencia de grandes riquezas. «Pero son mayores las que hay al norte y al poniente, dicen los indígenas; por más que allí hay el peligro de que los hombres sean devorados.» No sabe Colón si lo dicen por las fieras o por los caribes.

Sale, al fin, del golfo de Paria, y, al encontrarse fuera de la Boca del Dragón, una rápida corriente lo arrastra mar afuera. ¿No es manifiesto que va descendiendo del pezón de la pera? Descubre dos is-

(1) Véase carta en Navarrete: Obra citada, I, pág. 250.

las: la Asunción, que ha sido identificada con la de Tobago, y la Concepción, o Granada. Baja por la costa septentrional de Paria, y



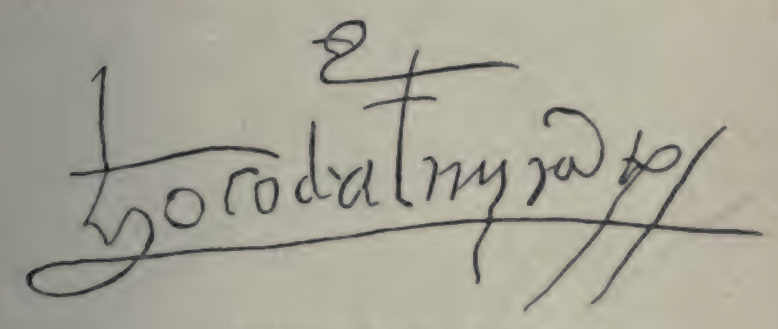
Vasco de Gama

descubre la Margarita y Cubagua, en donde los indígenas se dedicaban a la pesca de perlas. En el rescate, obtuvo fácilmente tres libras.

Parecía haber encontrado el más seguro indicio de su ruta fantás-

tica. Pero, una vez más, la expedición interrumpía súbitamente su curso. El Almirante estaba enfermo; es verdad. Sus dolencias llegaron a tal punto en aquellos parajes, que fué preciso abandonar la empresa y dirigirse hacia la isla Beata, al occidente de la desembocadura del río Ozema, en donde Bartolomé Colón había fundado el nuevo puerto de la Española.

En la entrevista de los dos hermanos, tuvo el Almirante la evidencia de que la situación política era desesperada. Ni Bartolomé ni él,

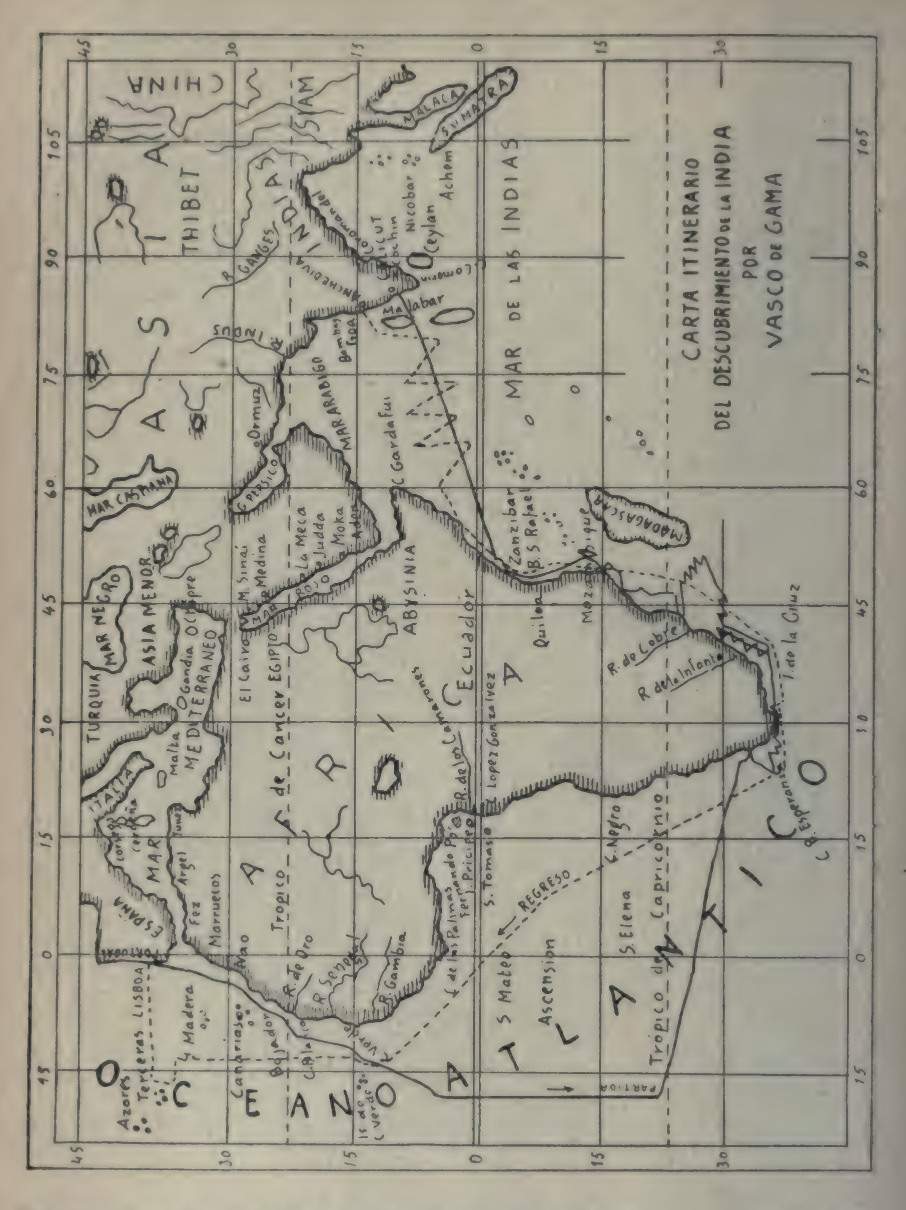


Autógrafo de Vasco de Gama

ni los dos juntos, podían dominarla. El 18 de octubre envió una flota a España con la noticia de su tercera exploración, dejada a medias, y con la del estado deplorable de los negocios en la Española. La anarquía siguió, y el 23 de agosto de 1500 desembarcaba el comendador Francisco Bobadilla, con facultades omnímodas para relevar a Colón. No sólo fué relevado el Almirante, sino que se le prendió, se le pusieron cadenas y fué remitido a España, junto con sus hermanos.

Es indudable el exceso cometido por Bobadilla, pero también lo era la urgencia de relevar a Colón de un mando que no desempeñaba con acierto (1). Alonso de Vallejo, encargado de la custodia de Co-

(1) Es tan común la ligereza, y tan ausente está el sentido histórico en casi todos los juicios emitidos acerca de Colón, que aun el concienzudo hispanista Havelock Ellis considera uno de los grandes errores de España no haber dejado el gobierno de las Indias en manos del Almirante.



lón, quiso quitar a éste las cadenas; pero el Almirante se empeñó en llevarlas durante toda la travesía.

Mientras el Almirante pretendía la restitución de sus cargos,

preeminencias y honores, los navegantes se ilustraban y comunicaban un impulso colosal a las exploraciones marítimas. Alonso de Ojeda, Pedro Alonso Niño, Diego de Lepe, Vicente Yáñez Pinzón, Juan de la Cosa, Rodrigo de Bastidas y otros capitanes, pilotos y maestres daban nueva fisonomía a la ciencia geográfica.

Colón, fuera de la realidad, amargado por el despecho, lamentando la ingratitud humana, se exaltaba con el pensamiento de la cruzada a Jerusalén, que llegó a ser su idea fija.

Entretanto, un acontecimiento, que alteraba radicalmente la geografía económica, sacudió todas las imaginaciones, y entre ellas la de Colón, tan sensible a los reclamos de la emulación apasionada. Vasco de Gama acababa de realizar una de las empresas más emocionantes de la gran epopeya que formaban los marinos de Europa. Su viaje a las Indias dió a la Humanidad la Odisea moderna.

El Almirante, viejo león, caduco y triste, se sintió dominado por un impulso a la acción. Completaría su obra. Iría a dar la mano a los portugueses de Calcuta, buscando el paso entre Cuba y la Margarita (1).

(1) Las Casas: *Historia*, lib. II, cap. IV.

CAPÍTULO IX

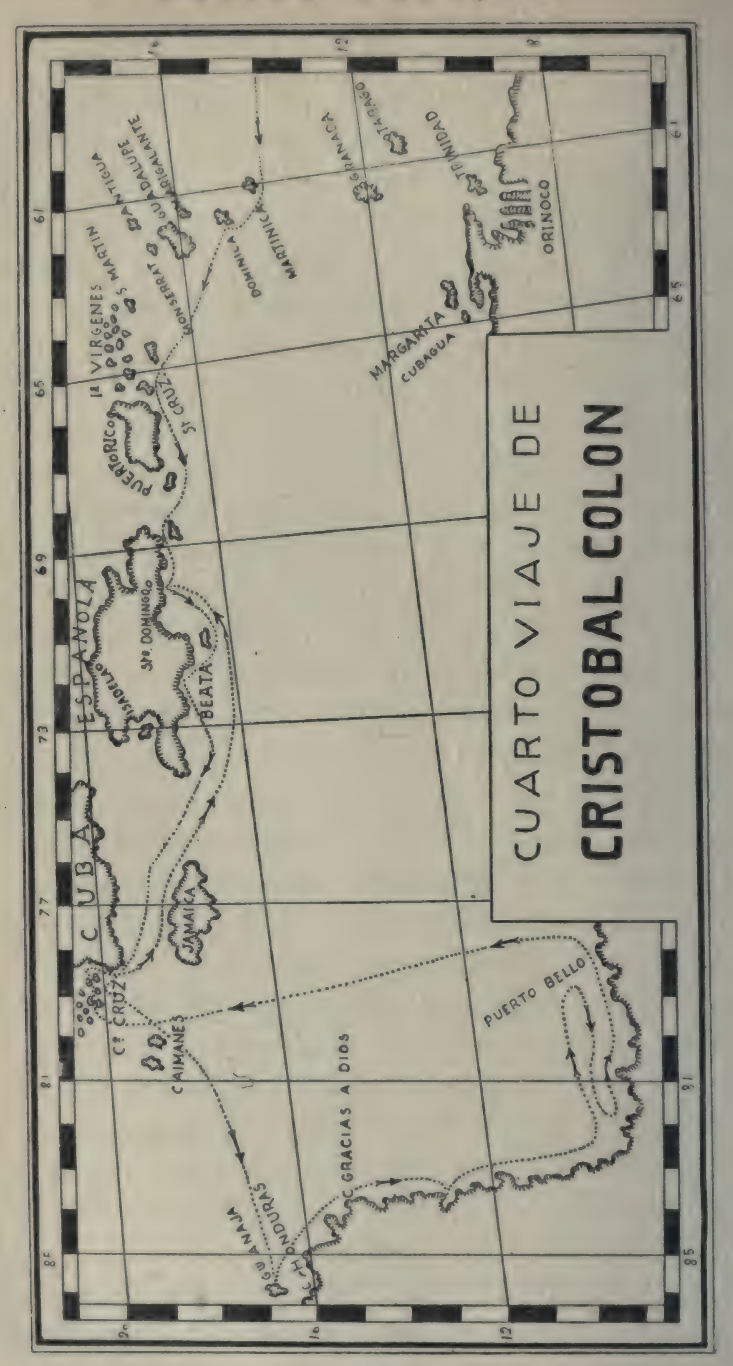
Veragua.

Colón tenía un problema geográfico perfectamente definido como objeto de su cuarto viaje a las Indias. Había encontrado una masa continental, Cuba o la Juana, que se extendía de oriente a poniente, y que a la altura de la isla Evangelista, o sea la de Pinos, formaba violentamente una inflexión en el sentido del sur, cuya línea recorrió él en su segundo viaje, hasta dar por establecido que la tierra era continental. Después, en el tercer viaje había encontrado otro continente, el del ápice del mundo, de donde bajaba el río más caudaloso y hondo del planeta, y había recorrido este continente hasta la altura de las islas de la Margarita y Cubagua. Su tarea tenía que consistir, por lo tanto, en buscar el paso que hubiese entre el Nuevo Mundo meridional y la tierra del término de Oriente, o sea de Cuba. Tres partidos se le presentaban: el primero ir a Cuba, y empezar un reconocimiento de la costa en donde se interrumpió la línea de exploración del segundo viaje; el segundo partido era ir a la isla de la Margarita y comenzar la exploración en donde la había abandonado en su tercer viaje; por último, se le presentaba otro partido: navegar la alta mar entre esos dos puntos, y buscar el paso en un punto intermedio, o en una zona intermedia. Parece que lo más indicado era ir a Cuba, y ese fué, efectivamente, su propósito. Reprodujo casi con exactitud el itinerario del segundo viaje. Salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502, con cuatro carabelas y 150 hombres; se dirigió a las islas Caribes, por las Canarias, y el 15 de junio desembarcó en Santa Lucía o en la Martinica. Después de tocar en la Dominica, en

la Santa Cruz y en San Juan de Puerto Rico, el 29 de junio se presentaba delante de Santo Domingo; pero el gobernador Ovando le negó la entrada. Permaneció en la costa de la Española, y continuó su viaje, dirigiéndose al archipiélago del Jardín de la Reina. Salió de este archipiélago con rumbo al sudoeste. Adoptaba, pues, el tercero de los partidos enumerados arriba: no continuaba la exploración de la costa meridional de Cuba, como parecía más indicado, dada su presencia en esa banda de la isla, y buscaba la zona intermedia.

Si Colón hubiera seguido la costa de Cuba, habría encontrado la insularidad de esta tierra, y siguiendo hacia adelante, en la indicada exploración del paso que se le ofrecía, necesariamente se le presentarían como obstáculo las tierras de Yucatán y de Culúa. Toda su existencia hubiera tenido un cambio súbito, y su ocaso, que ya se aproximaba, habría sido iluminado por la luz esplendorosa del Anáhuac. Tal vez no habría sido conquistador como Cortés, pues le faltaban todas las cualidades activas y creadoras del héroe extremeño, pero habría vivido para encontrar en su carrera hechos que rivalizaran con los de Vasco de Gama.

El 30 de julio, Colón descubría la isla de Guanaja, y el 14 de agosto llegaba a la tierra firme en el cabo de Honduras. Continuando a lo largo de la costa, el 14 de septiembre doblaba el cabo de Gracias a Dios. El 16, anclaba en la desembocadura del río que se llamó del Desastre. Estuvo en Cariari desde fines de septiembre hasta principios de octubre. Siguió su ruta, y el 2 de noviembre llegaba a Portobelo. Avanzó a la punta de Nombre de Dios, se detuvo en el puerto de Bastimentos, y a fines de noviembre se encontraba en la bahia del Retrete. Allí tuvo dificultades con los indígenas, y la tripulación lo obligó a retroceder. Después de pasar a Portobelo, la tempestad lo arrastró al río de Belén, cerca de Veragua. Allí surgió en el espíritu de Colón y de su hermano Bartolomé el ensueño de una fundación. Había oro, había indígenas, y se creía en otro Santo Domingo; pero faltaba todo para una colonia. En primer lugar, la expedición


CUARTO VIAJE DE
CRISTOBAL COLON
CUBA
ESPAÑOLA
JAMAICA
PUERTORICO
Sto. DOMINGO
BEATA
CAIMANES
Ce. CRUZ
St. CRUZ
11 VIRGENES
S. MARTIN
ANTIGUA
GUADALUPE
MARIGALANTE
MONSERRAT
DOMINICA
MARTINICA
GRANADA
TABAGO
TRINIDAD
ORINOCO
MARGARITA
CUBAGUA
PUERTO BELLO
GRACIAS A DIOS
HONDURAS
GUANAJA

carecía de fuerzas y de víveres, y, además, no podía establecer contacto con España. A fines de abril se abandonó la empresa, y el Almirante resolvió iniciar el viaje de regreso a España, sin concluir su exploración, abandonada por una empresa de colonización poco juiciosa. No volvió hacia Cuba, sino que continuó por la ruta de Portobelo, del Retrete y de las islas Mulatas, que descubrió entonces. Pasó la punta de San Blas, y entró en el golfo de Darién. El 1.° de mayo, las dos carabelas que le quedaban, pues había perdido una en el río de Belén, y otra en Portobelo, daban la vuelta a la Española.

El 10 de mayo llegó la expedición a las islas Caimanes, y, arrastrada por la tempestad, se encontró el 30 en medio del Jardín de la Reina. Logró poner el pie en el cabo Cruz de Cuba, y, por último, echó anclas en Jamaica, donde sus dos carabelas quedaron reducidas a pontones. Eran los últimos días de junio. Su expedición y su carrera náutica habían terminado.

¿Qué clase de viaje es este que por sus lineamientos aparece de resultados nulos? El Almirante lo ha descrito en una carta famosísima, traducida y reimpresa por los italianos, quienes la comentaron, presentándola a toda la Europa sabia. Humboldt se expresa de este modo, hablando de la carta que los contemporáneos llamaban rarísima, y que lo era más por su contenido extraño que por su poca difusión: «El estilo de esta carta —dice Humboldt— tiene el sello de una profunda melancolía. El desorden que la caracteriza delata la agitación de una alma altiva, lacerada por larga serie de iniquidades y desengañada de la realización de sus más vivas esperanzas» (1). ¿Pero no habrá algo más que la expresión de una alma doliente en esa *Lettera rarissima?* Estudiándola es imposible dejar de hacer una cotejación entre el resultado objetivo del viaje y el que Colón le asigna. Este examen presenta un problema de psicología histórica muy deli-

(1) Alexandre baron de Humboldt: *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*. 4 volúmenes. (1814-1834.)

cado, que no puede resolverse sin una exploración minuciosa y una ponderación exacta de los motivos del Almirante. Los Reyes habían expedido la autorización para el viaje, con fecha del 14 de marzo de 1502, diciendo en ella que Colón debía ir a las Indias y descubrirlas, sin detenerse en la Española. La expedición no iba, pues, a la tierra de Gracia, ni a Cuba, sino a las que se hallaban situadas más allá, en la ruta de Marco Polo cuando navegó la vuelta al occidente. Para alcanzar este fin, era necesario encontrar el paso o punta de la tierra firme al sur de Champa, y hemos visto que Colón avanzó hasta el golfo de Darién sin encontrar ese paso. A pesar de esto, informa a los Reyes que su expedición había sido coronada por el éxito más feliz, a lo menos en cuanto a la identificación de las Indias. «Llegué a tierra de Cariay —dice— adonde me detuve a remediar los navíos y bastimentos, y dar aliento a la gente, que venía muy enferma. Yo, que, como dije, había llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas del oro de la provincia de Ciamba, que yo buscaba. Dos indios me llevaron a Carambaru, adonde la gente anda desnuda, y al cuello un espejo de oro, mas no le querían vender ni dar a trueque. Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decían que había oro y minas; el postrero era Veragua, y, lejos de allí, obra de veinte y cinco leguas; partí con la intención de los tentar a todos, y, llegado ya al medio, supe que había minas a dos jornadas de andadura; acordé de inviarlas a ver víspera de San Simón y Judas, que había de ser la partida; en esa noche se levantó tanta mar y viento, que fué necesario de correr hacia adonde él quiso; y el indio adalid de las minas siempre conmigo. En todos estos lugares adonde yo había estado, fallé verdad todo lo que yo había oído; esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare, que, según ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al poniente; allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales en las cabezas, manillas a los pies, y a los brazos dello, y bien gordas; y dél sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran. También dijeron que las mujeres de allí traían colla-

res colgados de la cabeza a las espaldas. En esto que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto, que yo sería contento con el diezmo. También todos conocieron la pimienta. En Ciguare usan tratar en ferias y mercaderías; esta gente así lo cuenta, y me amostraban el modo y forma que tienen en la barata. Otro si dicen que las naos traen bombardas y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas. También dicen que la mar boxa a Ciguare, y de allí a diez jornadas en el río de Ganges. Parece que estas tierras están en Veragua, como Tortosa con Fuenterrabía, o Pisa con Venecia. Cuando yo partí de Carambaru, y llegué a estos lugares que dije, fallé la gente en el mismo uso, salvo que los espejos del oro quien los tenía los daba por tres cascabeles de gabilán, bien que pesasen diez o quince ducados de peso» (1).

Habia encontrado las dos cosas que buscaba: oro y las Indias. La existencia del oro era evidente, y aun habia intentado fundar un establecimiento que por la falta de elementos de todo género se vió obligado a abandonar, dejando, además, una carabela de las dos que perdió primero. Las Indias están allí, a unas cuantas jornadas. No ha encontrado el paso, pero poco importa. El paso se halla, tal vez, al norte, entre la Evangelista y Guanaja. Tal vez la tierra que él recorre es una punta avanzada de la de Grácia, del Paraíso terrenal. En todo caso, es confinante de la tierra bañada por el mar de las Indias, en donde hay naos con bombardas, y hombres con ricas vestiduras, y caballos, y pimienta. Es el mismo Colón del primer viaje. Su actitud ante lo maravilloso es invariable. Para sus contemporáneos, la realidad ha sido poderosamente eficaz. Los otros marinos suspenden sus juicios y aplazan la formación de un sistema geográfico global, en espera de las revelaciones del hecho objetivo. Para Colón, la sis-

(1) Carta de Colón a los Reyes. En Navarrete, obra citada, I, páginas 298-299.

tematización es tiránica e inexcusable. «Tolomeo asienta Catigara a doce líneas lejos de su Occidente, que él asentó sobre el cabo de Sant Vicente en Portugal dos grados y un tercio. Marino, en quince líneas constituyó la tierra e términos.» Pero ¿y si se engañaron los antiguos? No; los antiguos no se engañaron. «Marino en Etiopía escribe al Indo la línea equinoccial más de veinte y cuatro grados, y ahora que los portugueses lo navegan lo fallan cierto. Tolomeo diz que la tierra más austral es el plazo primero, y que no abaja más de quince grados y un tercio. E el mundo es poco; el enjuto de ello es seis partes; la séptima solamente cubierta de agua; la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura en el sitio del Paraíso terrenal, que la Santa Iglesia aprueba; digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinoccial está cincuenta y seis millas y dos tercios; pero esto se tocará con el dedo. Dejo esto, por cuanto no es mi propósito de fablar en aquella materia, salvo de dar cuenta de mi duro y trabajoso viaje, bien que él sea el más noble y provechoso» (1).

Hemos visto que a fines de abril de 1503, el Almirante resuelve abandonar la empresa, después de perder su segunda carabela en Belporto, que del golfo de Darién se dirige a la Española, y que, maltratado por las tormentas durante el mes de mayo, se refugia en el Jardín de la Reina y en el cabo Cruz de la costa meridional de Cuba. ¿Cómo llama a esta costa en su carta? «Llegué a trece de mayo en la provincia de Mago —escribe— que parte con aquella del Catayo, y de allí partí para la Española...» Mango y Catayo, Catigara; todo el Oriente de Marco Polo está en sus derroteros. Las dificultades más insuperables para una explicación satisfactoria no lo encuentran dispuesto a la vacilación. Era natural, se dice, que buscase el Oriente, puesto que el Oriente caía en aquellas regiones, se-

(1) Carta.—En Navarrete: Obra citada, I, págs. 299 300.

gún los datos geográficos que consideraba como más seguros. Esto no es lo extraño; lo extraño es que diese por descubierto y comprobado lo que estaba más distante de las apariencias visibles para cualquiera otro menos emboscado que él en sus invenciones de «soñador fabuloso», como le decían años antes en Castilla. Tiene respuesta



para todas las objeciones. Él mismo las anticipa, y aclara los puntos dudosos a su modo. Ha visto en todas partes indios desnudos; no hay palacios; no hay rastro alguno de grandes imperios. «La gente de que escribe Papa Pío, según el sitio y señas, se ha hallado, mas no los caballos, pretales y frenos de oro, porque allí las tierras de la costa de la mar no requieren, salvo pescadores, ni yo me detuve porque andaba apriesa» (1).

Vemos, pues, que el sistema geográfico de Colón es rígido y de

(1) Carta a los Reyes.—Navarrete: Obra citada, I, págs. 304-307.

una sola pieza. Vemos que resiste a todos los choques de una realidad elocuente. Pero llega un momento en que dudamos si Colón es un iluso en las fronteras de la obsesión o si es un astuto que, cuando fracasa, oculta sus desaciertos bajo el oropel de su fraseología geográfica. En la carta a los Reyes no menciona el fin determinado y concreto de la expedición, que es buscar el estrecho para pasar a los términos del Oriente. Sin embargo, Diego de Porras, testigo veraz y narrador puntualísimo de la expedición, dice que Colón «iba requiriendo puertos e bahías, pensando hallar el estrecho». No hallar el estrecho era fracasar, y fracasar, no en lo que se buscaba por esperanza, sino en lo que se ha ofrecido como cosa existente. Colón daba por seguro algo que los hechos desmintieron, y ocurre preguntar si en esa situación la fantasmagoría de las naos con bombardas, de la pimienta, de los caballos y de las ricas vestiduras era un embuste bien amañado para cubrir su derrota. ¿No fué hombre habituado a la mentira? ¿Y qué cosa más fácil que hacer decir todo lo imaginable a la mímica de los indios? ¿Se engañó él al interpretar sus noticias, o añadió un noventa por ciento de salsa personal en el guisado?

Hay un hecho que pone de relieve los procedimientos ordinarios de Colón. Dice el mismo Diego de Porras: «Los marineros no traían ya carta de navegar, que se las había el Almirante tomado a todos; se decía que el yerro que se hizo al principio había causado gran desconcierto en el descubrir» (1). Diego de Porras era enemigo de Colón; pero, aparte de que en todo se produjo con verdad este hombre, hay el hecho de que el Almirante confirma cuanto dice el testigo. Diego de Porras habla de un error incial que causó desconcierto, y Colón atribuye al temporal el no haber tomado el rumbo que se proponía, aunque, según su costumbre, sin decir cuál era ese rumbo. Luego Diego de Porras dijo la verdad en este punto. El testigo afir-

(1) Relación de Diego de Porras.—En Navarrete, obra citada, I, páginas 284 y 287.

ma que Colón recogió las cartas de sus compañeros y subordinados, acto atentatorio, y aun criminal, por los peligros que implicaba para muchos de ellos, pero que, a más de ser un hecho injustificable, fué inútil para los fines de ocultación que el Almirante se proponía, puesto que el mismo Diego de Porras formó un derrotero de la expedición con rumbos y distancias muy aproximados. Colón se jacta de conservar el secreto de la expedición, hecho que muestra su falta de sentido moral, y también su indiscreción, pues refiere a los Reyes como una gallardía lo que constituye la mayor de las faltas en un servidor del Estado.

«De mi viaje, digo: que fueron ciento y cincuenta personas conmigo, en que hay hartos suficientes para pilotos y marineros; ninguno puede dar razón cierta por dónde fuí yo ni vine. La razón es muy presta: yo partí de sobre el puerto del Brasil (1); en la Española no me dejó la tormenta ir al camino que yo quería; fué por fuerza correr adonde el viento quiso. En ese día caí yo muy enfermo; ninguno había navegado hacia aquella parte; cesó el viento y mar dende a ciertos días, y se mudó la tormenta en calmería y grandes corrientes...» ¿Cómo iban sus compañeros de expedición a conocer el derrotero? El secreto era suyo, sólo suyo. «Seguí la costa de la Tierra Firme; ésta se asentó con compás y arte. Ninguno hay que diga debajo cuál parte del cielo, o cuándo yo partí de allí para venir a la Española. Los pilotos creían venir a parar a la isla de Sant Joan, y fué en tierra de Mango, cuatrocientas leguas más al poniente de adonde decían. Respondan si saben de adonde es el sitio de Veragua. Digo que no pueden dar otra razón ni cuenta, salvo que fueron a una tierra adonde hay mucho oro, y certificarle; mas para volver a ella, el camino tienen ignoto. Sería necesario para ir a ella descubrirla como de primero. Una cuenta hay y razón de Astrología, y cierta: quien la entienda, esto le abasta» (2).

(1) *Brasil*, donde se cargaba palo de ese nombre.
(2) Colón: Carta a los Reyes.—Navarrete: Obra citada, t. I, pág. 306.

Asalta una duda muy racional: ¿Puede ser verdaderamente hombre de mala fe un candoroso que, cuando todo el mundo conoce al dedillo las islas, es el único que vive todavía en el limbo de la geografía fantástica? Evidentemente, como luego veremos, Colón se queda rezagado, con un lamentable atraso geográfico respecto de sus contemporáneos. Pero quien así se ha desviado por una honda perturbación de sus facultades, al mismo tiempo es un convencido de la posesión de dones esotéricos. La causa que lo lleva a desbarrar sobre la identificación de los puntos que recorre, lo lleva a secuestrar las cartas de los pilotos y a creer que sólo él conoce la ruta a Veragua, ruta que, con los ojos cerrados, podían seguir cuantos le acompañaron, según aparece claramente del derrotero de Diego de Porras.

La perturbación mental de que habla Humboldt es más seria de lo que se dice. Podremos dudar si la han causado los sufrimientos y los rigores de la ingratitud, o si es el resultado natural de un espíritu falso, inclinado a la ensoñación y a la quimera. Véase este pasaje característico de su carta a los Reyes: «Los señores de aquella tierra de la comarca de Veragua cuando mueren entierran el oro que tienen con el cuerpo, así lo dicen: a Salomón llevaron de un camino seiscientos y sesenta y seis quintales de oro (1) allende lo que llevaron los mercaderes y marineros, y allende lo que se pagó en Arabia. De este oro fizo doscientas lanzas y trescientos escudos, y fizo el tablado que había de estar arriba de ellas de oro, y adornado de piedras preciosas y fizo otras muchas cosas de oro, y vasos muchos y muy grandes y ricos de piedras preciosas. Josefo en su Corónica de *Antiquitatibus* lo escribe. En el Paralipomenon y en el libro de los Reyes se cuenta de esto. Josefo quiere que este oro se hobiese en la Aurea: si así

(1) **Nótese lo ilógico y absurdo de la prosa en el primer inciso y la transición pueril a otro tema, no menos reveladora del estado mental de quien así escribe. Hasta la puntuación es significativa.**

fuese digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con estas de Veragua, que como yo dije arriba se alarga al Poniente veinte jornadas, y son en una distancia lejos del polo y de la línea. Salomón compró todo aquello, oro, piedras y plata, e allí le pueden mandar a coger si les aplace. David en su testamento dejó tres mil quintales de oro de las Indias a Salomón para ayuda de edificar el templo, y según Josefo era el destas mismas tierras» (1).

La *Biblia* entra en todas las preocupaciones de Colón, pero más aún desde el tercer viaje. En éste descubrió el Paraíso terrenal, y por aquel mismo tiempo halló que las minas de Santo Domingo eran las de Ophir. Identificado el oro de Salomón en Veragua, se confirma la misión que le incumbe. Antes de partir para el cuarto viaje, escribió al Papa una carta, en la que se ofrecía como paladín de la cristiandad para la conquista del Santo Sepulcro. La obsesión de la misión divina se une a la obsesión geográfica. «Hierusalem y el monte Sion ha de ser reedificado por mano de cristianos; quién ha de ser, Dios por boca del profeta, en el décimo cuarto salmo lo dice. El abad Joaquín dijo que éste había de salir de España. San Jerónimo a la santa mujer le mostró el camino para ello. El Emperador del Catayo ha días que mandó sabios que le enseñen en la fe de Cristo. ¿Quién será que se ofrezca a esto? Si Nuestro Señor me lleva a España, yo me obligo de llevarla, con el nombre de Dios, en salvo» (2).

Durante el viaje había tenido una revelación divina. Fué en el momento de peligro más grave para él. He aquí cómo cuenta el extraño suceso: «En enero se había cerrado la boca del río. En abril los navíos estaban comidos de broma y no los podía sostener sobre agua. En este tiempo hizo el río una canal, por donde saqué tres de ellos vacíos con gran pena. Las barcas volvieron adentro por la sal y agua. La mar se puso alta y fea y no les dejó salir fuera; los indios fueron muchos

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 309.
(2) Navarrete: Obra citada, págs. 309-310.

y juntos y las combatieron, y en fin, los mataron. Mi hermano y la otra gente toda estaba en un navío que quedó adentro; yo muy solo de fuera en tan brava costa, con fuerte fiebre en tanta fatiga; la esperanza de escalar era muerta; subí así trabajando lo más alto, llamando a voz temerosa, llorando y muy aprisa, los maestros de la guerra de Vuestras Altezas, a todos los cuatro vientos por socorro; una voz muy piadosa oí diciendo: ¡Oh estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moysés o por David su siervo? Desque nasciste, siempre él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la Mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el Más Alto por el pueblo de Israel cuando lo sacó de Egipto? ¿Ni por David que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate a él, y conoce ya tu yerro; su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá a toda cosa grande; muchas heredades tiene él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró a Isaac, ¿ni Sara era moza?... Yo así, amortecido, oí todo; mas no tuve yo respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de fablar, quienquiera que fuese, diciendo: No temas, confía; todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa» (1).

No es un geógrafo que busca países nuevos, «asentándolos, como él dice, con compás y arte.» Sus viajes se asemejan más bien «a razón profética», según otra expresión que él empleaba. Es en todo un hombre extraño, diferente de los demás, naturaleza complicada y desigual. Viéndolo bien, no es un meridional, ni por sus cualidades ni por sus defectos. Es uno de esos hombres del Norte —Lutero, Cromwell,

(1) Navarrete: Obra citada, I, págs. 303-304.

Lincoln—, realistas místicos, en quienes la proyección obsesionante de las inspiraciones judaicas, unida a las preocupaciones del egoísmo, forma ese conjunto incomprensible para los espíritus formados en otras disciplinas que se llama la hipocresía, o también judaísmo y protestantismo. Pero Colón es, ante todo y sobre todo, un poeta. Es el primero y más grande de los poetas del Nuevo Mundo; el que mejor ha pintado los aspectos de su naturaleza. Humboldt tenía por Colón una admiración muy justificada, pues él, que sintió tan hondamente las bellezas de la América equinoccial, medía la altura de las inspiraciones poéticas de Colón. Y nunca se elevó éste a una magnificencia tan grande como la que empleaba para describir la tempestad frente a Veragua: «Nueve días anduve sin esperanzas de vida; ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia un cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso; un día con la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si no había llevado los másteles y velas; venian con tanta furia espantables, que todos creían que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que resegundaba otro diluvio» (1).

(1) Navarrete: Obra citada, I, pág. 301.

CAPÍTULO X

La quimera de Cristóbal Colón.

PODEMOS llegar a las siguientes conclusiones:

I.—Colón alcanzó el término de su carrera como explorador en 1504, y murió en 1506, creyendo que Cuba era la tierra firme del Oriente, en Mango, confinante con Cataya; que la tierra de Gracia, o sea la desembocadura del Orinoco y el norte de la actual Venezuela, era el Paraíso terrenal, y que formaba una masa continental desconocida de los antiguos; por último, que Veragua estaba próxima a Catigara, y que existía una barrera entre el Océano y el Seno Índico.

II.—Ignoró, o quiso ignorar, la insularidad de Cuba y la existencia del estrecho de Yucatán.

III.—No dió importancia geográfica al descubrimiento del continente sudamericano.

IV.—Después de haber estado en el golfo de Paria y en las costas de las Perlas, siguió buscando un continente distinto del de la tierra de Gracia, y que continuase la tierra firme de Cuba, con un paso al mar de las Indias, y convencido de que no existía ese paso, se aferró en la creencia de que, andando un breve espacio por tierra, llegaría a Catigara y encontraría las ciudades de Marco Polo.

V.—No hizo ningún esfuerzo mental para desprenderse de representaciones geográficas tradicionales, falsas y desmentidas por los hechos, y antes bien procuró demostrarlas por los hechos mismos que las negaban.

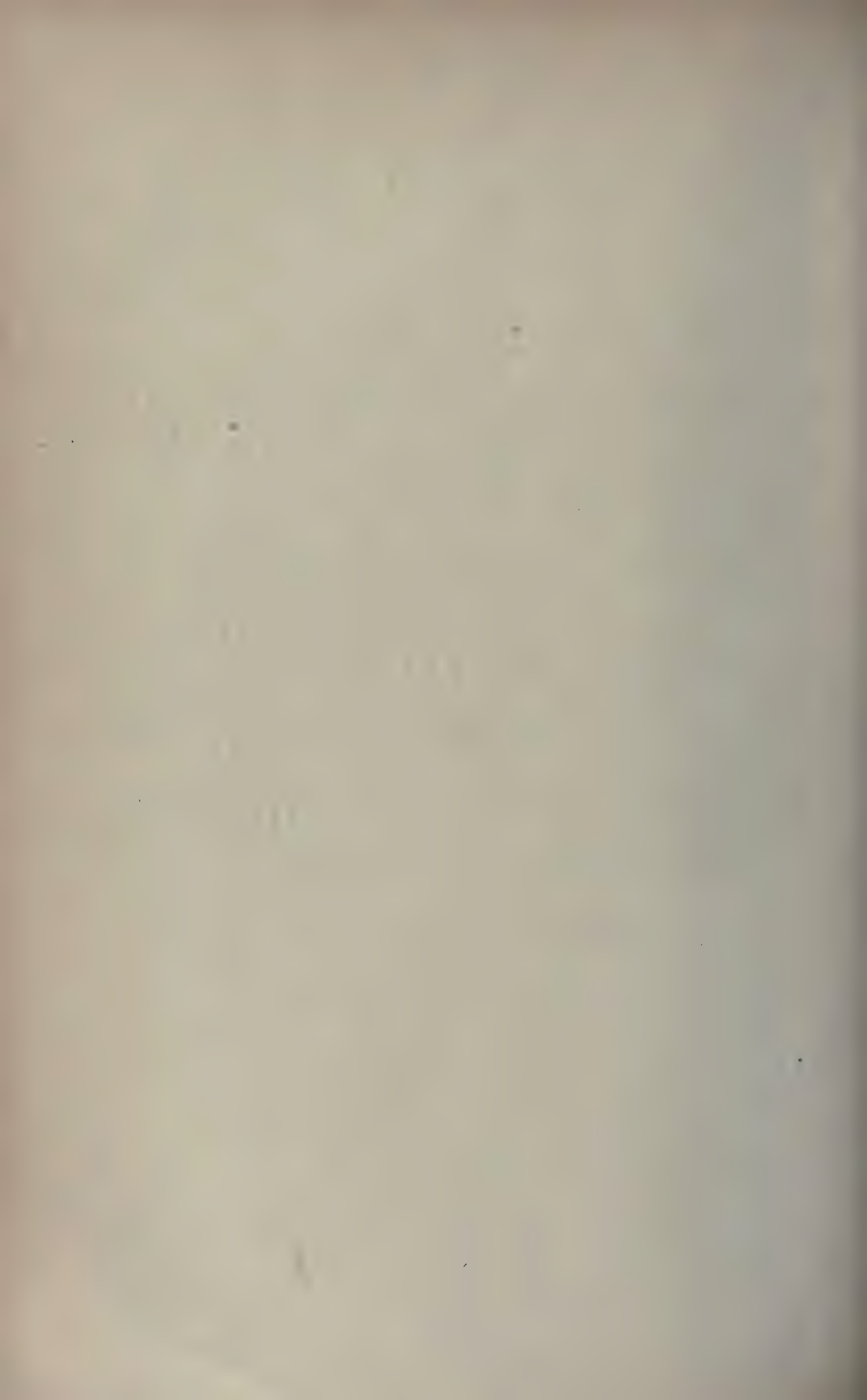
VI.—Daba una importancia capital a la inexacta medida de la tierra, en que fundaba la interpretación de sus viajes.

VII.—Murió en la creencia de que el descubrimiento de las minas de Veragua marcaba el ápice de su gloria como explorador, tanto por la riqueza de esas minas como por encontrarse en la inmediata vecindad de las tierras fabulosas de Marco Polo.

VIII.—Los descubrimientos geográficos de Colón, por el carácter que éste les imprimía en sus informes, llenos de inexactitudes fantásticas, eran vistos con poco interés por sus contemporáneos, y salvo el primer viaje, todos los demás no despertaron una atención profunda ni constante en la Europa sabia.

IX.—Desde el punto de vista material, fueron muy lánguidos los movimientos con que el público de España siguió los pasos de Colón después de la desilusión producida por los primeros fracasos de la colonización en Santo Domingo, y si bien fué en aumento el interés que despertaron las minas, las nuevas esperanzas debidas a la actividad en que entró el laboreo, estaban completamente desvinculadas de las quimeras de Colón.

X.—La relación en que el Almirante describió su cuarto viaje, debía por fuerza contribuir más que nada a desacreditarlo como explorador.



SEGUNDA PARTE

EL ENIGMA DE AMÉRICO VESPUCIO

CAPÍTULO PRIMERO

Planteamiento del problema vespuciano.

AL hablar de Américo Vespucio, queremos que se entienda, ante todo, cuál es el objeto de esta exposición, y después, cuál es el método que se adopta para incluir en ella los resultados de la investigación histórica.

¿El nombre de América es el que debe llevar el Nuevo Mundo?

La respuesta que se dé a esta pregunta implica todo un programa en el investigador o en el expositor.

Ahora bien, la única respuesta que cabe dentro del criterio con que escribe el autor de estas líneas, es la siguiente:

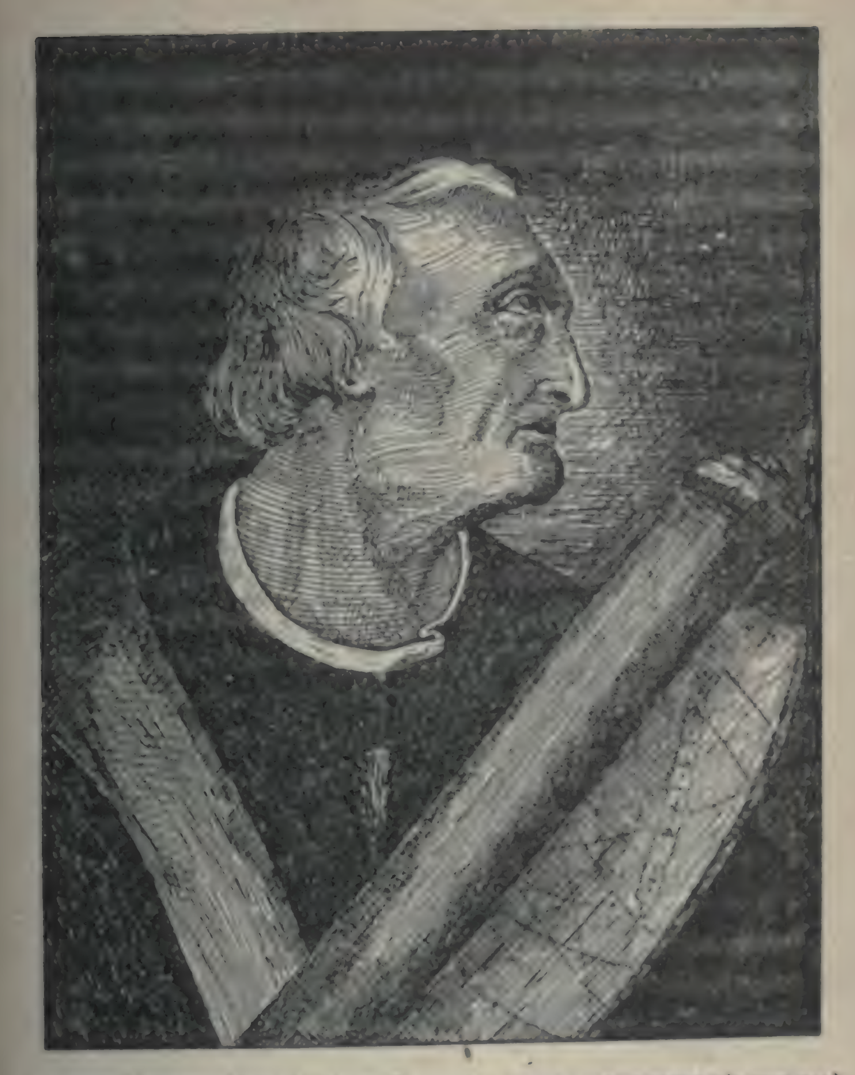
A un espíritu formado en las normas racionales no le interesa la toponimia sentimental. ¿Qué más da el nombre? La identificación de las aldeas, de las ciudades, de las provincias, de las naciones o de los continentes, con actos llamados de justicia histórica, es perfectamente pueril. Puede preocupar eso a los espíritus convencidos de que la historia es resultado de actos individuales o, por lo menos, conscientes y voluntarios. Para quien así piense, es una desgracia que América no se llame Colombia, si es devoto de Colón, o Pinzonia, o Isabelia, o Toscanellia, o como lo indique una idolatría. Pero,

sabiendo que no hay acto memorable sin la convergencia de múltiples factores, ¿vamos a plantear litigios tan fútiles como son los que implican la exclusión de la diversidad de esos factores? La historia es azar en gran parte, y aun las imposiciones de nombres por glorificación deben ser considerados como un resultado accidental. Los mejores nombres, si puede haber criterio comparativo, son los más claros, los más exactos y los más eufónicos. Y llámese Colombia o llámese América, el Nuevo Mundo está muy mal designado con un nombre que abarca dos continentes y pueblos que no admiten una designación general comprensiva. Prácticamente, nos vemos obligados a laboriosísimas combinaciones para evitar oscuridades, y más aún por el hecho de que la palabra América, que es demasiado escasa para cubrir dos continentes, por un curioso tropo ha pasado a ser la designación de un pueblo de esos dos continentes que quiere ser dueño de ellos.

Nos entenderíamos mejor si no hubiera un solo nombre para los dos continentes, y muchísimo mejor si uno de los pueblos de esos dos continentes no se encontrase, por una parte, sin nombre que lo designe, y, a la vez, con el deseo de ser el americano por antonomasia.

En otro orden, ¿quién no encuentra mejor el nombre de América que el de Colombia? El de América es más grato al oído que el otro. Pero esto sea dicho sin ánimo de abogar. Lo que es fué porque sí. Y si nada lo justifica, salvo el azar mismo, nada lo condena.

Dado el desinterés respecto al supuesto acto de justicia o injusticia que implique el llamar a una tierra con este o con el otro nombre, y dado, por otra parte, el hecho de que el primero de los exploradores del denominado Nuevo Mundo que puso el pie en la tierra continental fué Juan Caboto, ¿tiene importancia una pugna para decidir si fué Colón o fué Vespucio quien autentifica la prioridad en el arribo al continente? Aun suponiendo que sólo entre los dos hubiera de decidirse la cuestión, y que no hubiera un tercero, Caboto, que



Américo Vespucio (retrato por el Bronzino, que se supone hecho del natural)

llegó antes a la tierra firme americana, el cálculo de merecimientos basados en el hecho exclusivo de tiempo, distancia y continentalidad, parece más bien una reyerta sobre carreras de caballos que una discusión relativa a materias de exploración geográfica. Es verdad que en las exploraciones entran el tiempo y la distancia, pero

no son los únicos elementos para decidir puntos de historia geográficos, como lo son para decidir sobre carreras de caballos, de asnos o de atletas. Hay muchísimos otros hechos que entran en consideración y que son precisamente los que se olvidan a la hora de las disputas sobre Colón y Vespucio.

¡Si sólo se tratara de valores mensurables! Pero la frivolidad de las vidas paralelas se convierte en disparate cuando las vidas no son paralelas. Todo lo que hay de humano, de sugestivo y espiritual en la historia, desaparece cuando un juez de pista nos obliga, con imperiosa interpelación, a decirle quién es mejor, si César o Alejandro, Darwin o Pasteur, Karl Marx o Adam Smith. Esos rigores de materialidad grosera, no sólo desconciertan, sino que entristecen. Es como si se nos obliga con un látigo en la mano a que declaremos nuestra preferencia entre el pasaje de Nausica y la Quinta Sinfonía. ¿Cómo adivinar cuál será la respuesta que nos puede valer la furia del interpelante, y cuál la que nos puede hacer acreedores a su simpatía?

Si es necesario por fuerza decidirse entre Colón y Vespucio, ¿en dónde ponemos todo lo que no hay de común y comparable entre ambos? O, en otros términos, ¿adónde va a parar precisamente lo que nos fascina en la historia, esto es, la sensación compleja de la individualidad?

Hemos visto a Colón. Representa un ideal y un objeto. Vespucio es otro hombre representativo de otro ideal y de otro objeto en la vida.

Pero también hay que estudiar lo que liga a los dos hombres, pues la historia no es sólo biografía. Antes que de Colón y de Vespucio, la epopeya que se analiza es obra de una colectividad. Y esa colectividad es lo más interesante de la historia.

Extraña cómo algunos espíritus, y son acaso la mayoría, identifican a Colón con una causa patriótica, y a Américo Vespucio con una tesis antinacional. Si os declaráis conformes con el nombre de



Américo Vespucio (según el célebre grabado de Montano).

América,, sois antiespañoles. Sois españoles si decís que a Colón, genovés o gallego, se le arrebató la gloria de que «el continente por

él descubierto» llevase su nombre. ¿Pero un pleito entre estos dos hombres realmente es un pleito entre España y un enemigo de ella? La verdad está sobre todo; pero, en el caso, la verdad y la tesis patriótica nada tienen que ver. Si el litigio se hubiera entablado entre Américo Vespucio y un español, se comprendería el prejuicio. ¿Pero cuál es la tesis antiespañola de Varnhagen y de los que defienden a Vespucio? Su tesis es que el continente del Nuevo Mundo fué visto por dos españoles, antes que por un genovés, ya que Américo Vespucio no era, en último caso, sino el piloto de Vicente Yáñez Pinzón y de Juan Díaz de Solís.

Pero ya he dicho, y lo repito, que la prioridad de llegada al continente nada significa, y que, resuelta en cualquier sentido que lo sea, la de nombre es también indiferente.

Lo que nos apasiona es algo más grande que estas cuestiones de erudición, necesarias para la historia, pero que no la integran, y más interesantes que las cuestiones de abyecto personalismo.

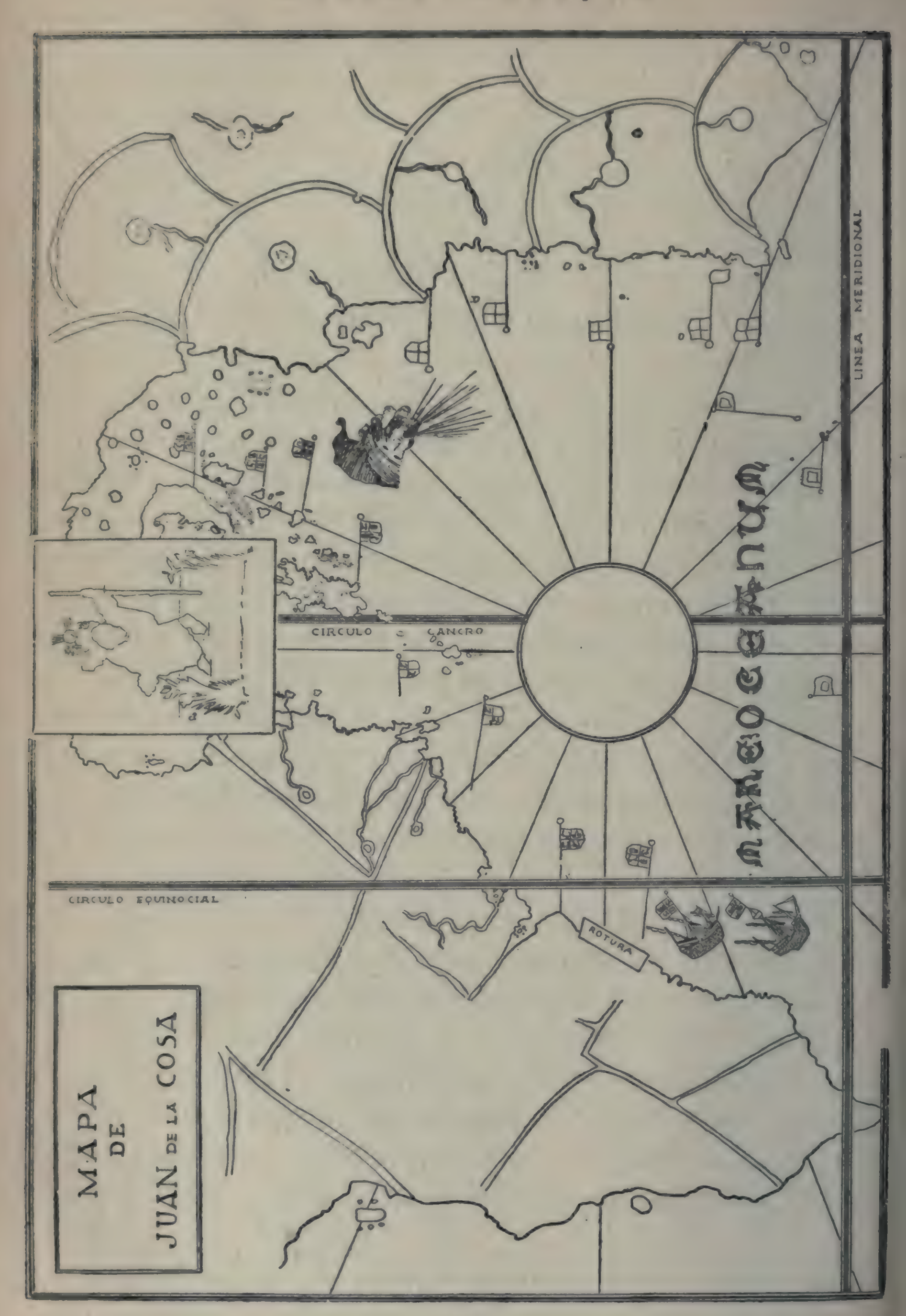
CAPÍTULO II

Los viajeros anónimos en los últimos años del siglo XV.

Si nos preguntamos por qué Colón en su cuarto viaje, después de llegar a la Martinica o a una isla vecina de ésta, no siguió directamente su trayecto para emprender la exploración desde la costa de Paria, y en vez de hacerlo se dirigió a la Española; si nos preguntamos por qué cuando las corrientes lo llevaron de la Española al Jardín de la Reina no continuó el bojeo de Cuba, desde el punto en que lo interrumpió, a mediados de 1494, encontramos dos respuestas de una verdad objetiva, no sujetas a la caución de lo conjetural.

Colón se abstuvo de costear el norte de la Tierra Firme cuando arribó a las Caribes, yendo de Europa, y cuando, yendo de Veragua, arribó al golfo de Darién no fué necesario que continuara su exploración de la costa, porque todo lo que él dejó de ver en esa costa, el 1.º de mayo de 1503, estaba explorado por otro descubridor. En efecto, Rodrigo de Bastidas, notario de Sevilla, salió de Cádiz como por octubre de 1500, y en una exploración de la Costa Firme llegó hasta el puerto del Retrete y del Nombre de Dios. «En este puerto —dice Navarrete— entró posteriormente el Almirante Colón, el día 26 de noviembre de 1502, con noticia que ya tenía de los descubrimientos de Bastidas, según dice Oviedo en el libro III, capitulo IX, de su *Historia general de Indias*, y se indica en la relación que hemos publicado en el tomo I de esta *Colección*, pág. 285 y siguientes» (1). Dice

(1) Navarrete: Obra citada, III. pág. 26. Nota.


MAPA
DE
JUAN DE LA COSA
CIRCULO CANCRO
CIRCULO EQUINOCIAL
LINEA MERIDIONAL
ROTURA
MARE OCEANUM

Diego de Porras en la *Relación* inserta por Navarrete, y citada por éste mismo: «... y en algunas cartas de navegar de algunos de los marineros, juntaba esta tierra con la que habían descubierto Hojeda y Bastidas, ques la costa de las Perlas; será en suma la tierra que agora descubrió trescientas e cincuenta leguas.»

Esto por lo que respecta a la Tierra Firme; pero, ¿por qué estando en el Jardín de la Reina no hizo la exploración completa de la costa cubana? ¿Y por qué, cuando el tiempo lo permitió, tomó el rumbo hacia la isla Guanaja? Porque así como le constaba, de acuerdo con los datos de la expedición de Rodrigo de Bastidas, que no había paso hacia las Indias entre Paria y el puerto del Retrete, le constaba también que Cuba no era tierra firme, sino isla; que, pasado el canal de Yucatán, se abría la costa, dilatándose en un profundo seno, y que, terminado este golfo, seguía la línea continental indefinidamente hacia el norte. Esto lo sabía Colón, como todos los marinos de España, por noticias de carácter público, incorporadas desde 1500 en el mapa de Juan de la Cosa. Ahora bien, para que Juan de la Cosa, que era el mejor cartógrafo y uno de los mejores navegantes de su tiempo, se aventurase a asignar como dato seguro la insularidad de Cuba, tenía que apoyarse en fundamentos de reconocida solidez. Juan de la Cosa había jurado en junio de 1494 que Cuba era tierra firme; lo había jurado y se obligó a no contradecir esa afirmación, bajo pena de multa y de que se le cortara la lengua. ¿Cómo consagraba con su autoridad de cartógrafo y de navegante un mapa en el que se desentendía del juramento arrancado por el Almirante? Otro mapa célebre, el llamado de Cantino, que se dibujó para el italiano de este nombre, y que Cantino llevó a su patria en 1502, es decir, mientras Colón hacía su cuarto viaje, establecía con una notable exactitud gráfica, no sólo la insularidad de Cuba, sino la forma peninsular de la costa del norte, o sea de lo que se llamó después Florida.

Los cartógrafos de España tenían que haberse basado en una prueba suficiente de los hechos consignados así, que alteraban una

noción geográfica, vinculada estrechamente por el Almirante en su sistema. Esa prueba no podía ser sino la de una expedición, cuando me-



Mapa de Cantino

nos, y de una expedición hecha por marinos dignos de crédito. ¿Quién había explorado el canal de Yucatán y el golfo de Méjico antes de 1500? Ninguna de las grandes expediciones históricas independientes de Colón había tenido por fin y objeto la exploración del oeste de Cuba,

ya en el norte, ya en el sur de esa tierra. Ni la del 16 de mayo de 1499, hecha por Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa a la Costa Firme, y terminada en septiembre de 1500, ni la de Vicente Pinzón Yáñez, efectuada entre el mes de diciembre de 1499 y el de septiembre de 1500, ni la de Diego de Lepe, que se hizo entre enero y junio de 1500, ni la de Pero Alonso Niño, ni la de Rodrigo de Bastidas, pasaron el canal de Yucatán o el de Bahama para penetrar en el golfo de Méjico. Es más: algunas de esas expediciones no pudieron servir como ministradoras de datos para La Cosa, por el tiempo en que se llevaron a término.

Pero necesariamente hubo un viaje anterior al cuarto de Colón, que limitó para éste la zona de sus exploraciones a la línea de costa comprendida entre el golfo de Honduras, adonde se dirigió desde el Jardín de la Reina, y el golfo de Darién, donde terminó sus descubrimientos. ¿Cuál puede haber sido ese viaje anterior, y cuándo se efectuó? Hemos visto que en la primavera de 1495 los Reyes declaraban abiertas las rutas del Océano para el descubrimiento, en vista de las noticias que llegaron sobre la desaparición del Almirante y sobre los resultados insuficientes del segundo viaje. Se despachó a Juan Aguado para que abriese una averiguación. Se contrató con Juanoto Berardi, mercader florentino de Sevilla, en cuya casa servía Américo Vespucio, el fletamiento de doce embarcaciones, de las cuales partieron cuatro en agosto de ese mismo año de 1495. Berardi murió en diciembre, y Vespucio, que era representante de la casa, envió en febrero de 1496 otras cuatro de las embarcaciones contratadas. A los dos días de haber salido, naufragaron, si bien se salvó casi toda la tripulación. La tercera expedición de cuatro carabelas salió en 1479.

Ya se ha dicho (1) que había tráfico entre España y la Española, con tendencia a la regularidad; pero este tráfico no puede en rigor

(1) Navarrete: Obra citada, II, págs. 159-169. Irving, III, 397.—Fiske: *Discovery of America*, II, 85-86.

identificarse con expediciones de descubrimiento, y menos aún con las de libre descubrimiento.

De vuelta en España, lo que se efectuó por el mes de junio de 1496, Colón empezó a hacer gestiones para que se revocase el permiso de libre exploración, y, efectivamente, el 2 de junio de 1497 obtuvo la revocación del permiso dado el 10 de abril de 1495 (1). Pero, según ciertos historiadores, no se hizo esto sin que antes hubiese salido, entre otras, una expedición en la que iban Vicente Yáñez Pinzón, que acababa de llegar de Levante con una misión de confianza de la Corona, y Juan Díaz de Solís, futuro piloto mayor de España, sucesor que había de ser más tarde de Américo Vespucio en ese cargo. Era, pues, una expedíción en la que tomaban parte los dos marinos más caracterizados de la época como exploradores. Ahora bien, se asegura que estos dos marinos descubrieron por la vía del norte, desde la isla Guanaja, y entraron en el golfo de Méjico.

Esta es acaso la causa de que Colón empezara los descubrimientos de su cuarto viaje en la isla de Guanaja. Así, el mismo dato que sirvió a Juan de la Cosa para su mapa, sirvió a Colón para su derrotero inicial.

Dice el Almirante en la *Relación* de su cuarto viaje, que llevaba consigo a los mejores pilotos. Es verdad que lo dice para jactarse de que él podía navegar en compañía de los mejores pilotos, y tenerlos, sin embargo, a oscuras del derrotero, al grado de quedar como ignoto lo navegado por él, si deseaba que así fuera. Ya vimos por la *Relación* de Porras que a pesar de la arbitraria incautación de las cartas de marear, todo el mundo sabía a bordo el derrotero. Pero no es de poca importancia el dato de Colón en cuanto a que, efectivamente llevaba consigo buenos pilotos, por el hecho de que uno de ellos pudo haber indicado la ruta inicial. Pedro de Ledesma, piloto de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, en la expedición hecha por

(1) Navarrete: Obra citada, II, pág. 201.

éstos, iba como simple marinero en el navío *Vizcaíno*, uno de los de Colón en su cuarto viaje (1). Por lo demás, poco nos importa que Pedro de Ledesma haya hecho o no indicaciones sobre la ruta. Baste con que él fuera compañero de los descubridores del golfo de Méjico, y de Colón en su cuarto viaje, y que el Almirante haya tomado como punto inicial de su exploración hacia el sur el que atestiguaba Pedro de Ledesma haber sido de la exploración al norte hecha por Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, para que establezcamos una relación muy significativa entre ambas expediciones.

El examen de este viaje de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís es fundamental, por dos razones:

1.ª Porque con él quedaba destruida, al efectuarse el cuarto viaje de Colón, la quimera geográfica del Almirante, base de todo su sistema.

2.ª Porque, como veremos, serviría posteriormente para que la erudición y la crítica dilucidaran el enigma de Américo Vespucio.

(1) Véase *Relación* de Diego de Porras, citada. Lista de los individuos de la expedición. Véase también: *Declaración de Pedro de Ledesma*, en Navarrete: Obra citada, III, pág. 558.

CAPÍTULO III

Los humanistas del Renacimiento y los viajes de Américo Vespucio.

En torno del nombre y de los hechos de Américo Vespucio se han librado, sucesivamente, dos grandes batallas: una de erudición, y otra de interpretación. La primera, indecisa en algunos de sus puntos capitales, no ha impedido que la segunda se haya resuelto con una brillante victoria para la alta crítica.

El siglo XVII abrió una campaña violenta contra Américo Vespucio, calificado de impostor. Acusábasele de haberse propuesto usurpar la gloria del Almirante, descubridor del continente, que por sorpresa y engaño recibió el nombre de América. Tal es, en resumen, la sentencia que dicta la pasión de Las Casas, cuya obra, inédita en un archivo, recogió el cronista Herrera en sus *Décadas:* «Y es bien aquí de considerar la injusticia y agravio que aquel Américo Vespucio parece haber hecho al Almirante, o los que imprimieron sus *Cuatro Navegaciones*, atribuyendo a sí, o no nombrando sino a sí, el descubrimiento de la tierra firme... Y maravíllome yo de D. Hernando Colón, hijo del mismo Almirante, que, siendo persona de muy buen ingenio y prudencia, y teniendo en su poder las mismas navegaciones de Américo, como lo sé yo, no advirtió en este hurto y usurpación que Américo Vespucio hizo a su muy ilustre padre.»

Y después de esto, los historiadores dicen que si Vespucio fué al continente del Nuevo Mundo con Ojeda en 1499, y, sin embargo, da una fecha anterior en dos años a este viaje, su propósito no pudo

haber sido otro que el de presentarse falsamente como descubridor del Nuevo Mundo; Europa creyó a Vespucio, y, cuando llegó el desengaño, ya era tarde: el nombre de América estaba consagrado.

La acusación y la sentencia contra Américo Vespucio se fundan en una premisa cuya falsedad es ya evidente: Américo Vespucio se dijo maliciosamente partícipe de un viaje anterior al tercero de Colón, cuando, en realidad, es posterior, y esta supuesta prioridad, aceptada por los cosmógrafos, fué causa de que se diese al continente el nombre del impostor en daño del verdadero descubridor.

Mientras la contienda tuvo por objeto esta simple cuestión de prioridad, parecía que lo decisivo era una fecha, y que se trataba de un pleito meramente personal. Ahora bien, el tercer viaje de Colón, que dió por resultado el descubrimiento de la Trinidad, Paria y la Costa de las Perlas hasta Cubagua, se efectuó, como queda dicho, entre el 30 de mayo de 1498 y el 25 de noviembre de 1500. Y el viaje de Vespucio, con Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, que, como veremos, llegó a algún punto de la costa del Brasil, y siguió a Paria y Maracaibo, hasta pasar el cabo de la Vela, comenzó el 16 de mayo de 1499 y terminó en junio de 1500. Américo Vespucio no era sólo un falsario, sino el más vulgar de los falsarios.

Pero si el siglo XVII y el siglo XVIII se limitaron a la compulsa de textos, el siglo XIX, hipercrítico por excelencia, hizo de la estéril contienda personal una materia de alta erudición, que empezó por la discusión de las fuentes originales. La cuestión erudita, que, como digo arriba, presenta todavía puntos dudosos, se convirtió en un hermoso problema de interpretación, y este problema no sólo ha servido para esclarecer la vida de Colón y la de Vespucio, sino para comprender toda la historia de los descubrimientos geográficos.

Nadie niega la importancia que puede tener la prioridad en el descubrimiento de la Costa Firme; pero ni este descubrimiento influyó en el nombre que lleva el Nuevo Continente, con sus islas, ni la designación implica pugna entre Colón y Vespucio. El nombre de Amé-

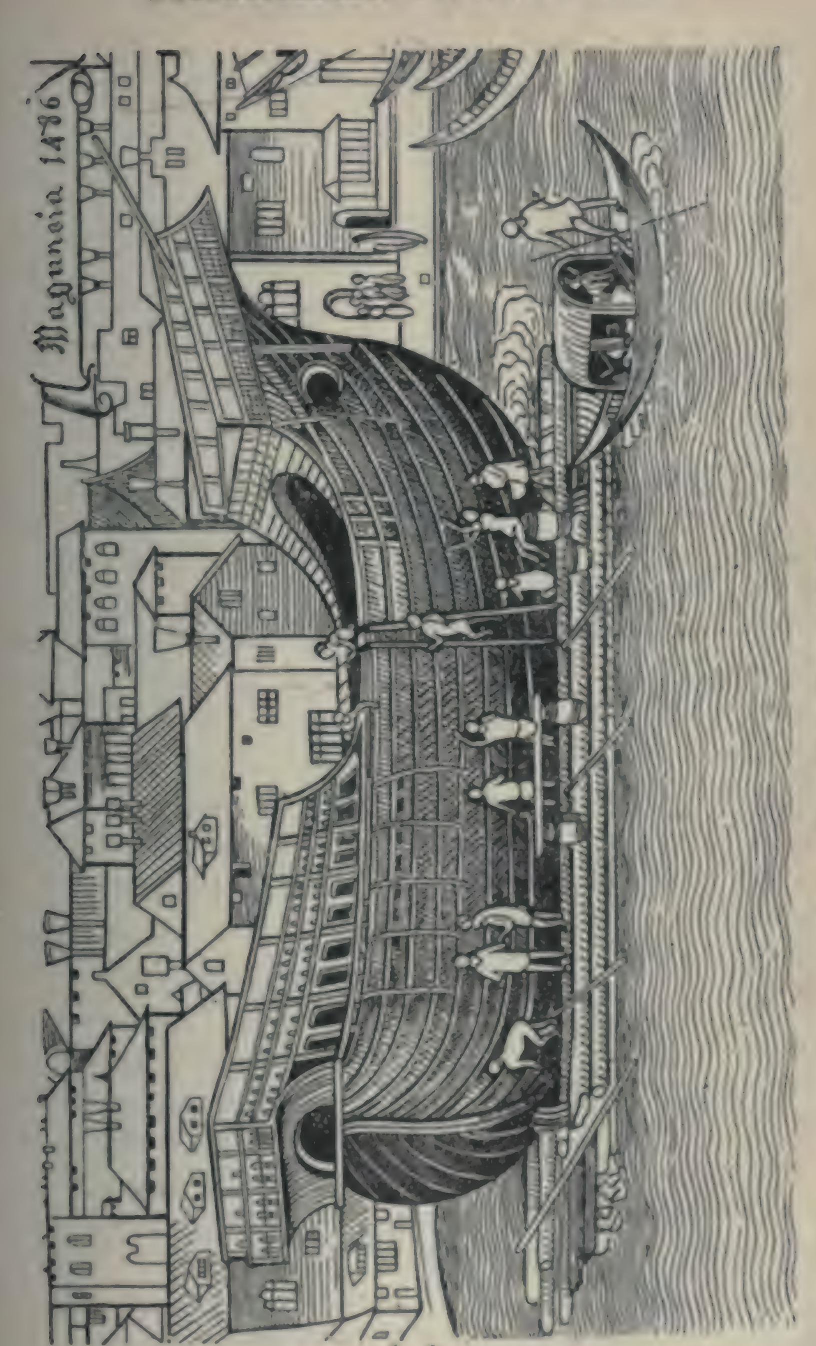
rica deja intacta la fama de Colón, en el concepto que le corresponde por sus cuatro viajes, cuyo mérito no estriba en las costas de que haya sido explorador, sino en la primera travesía, y, por otra parte, aquella designación, obra de azares independientes de la justicia histórica, no es resabio de una tentativa criminal para desposeer al viejo Almirante de su gloria. Ya una de las autoridades que descuellan con mayor prestigio en las investigaciones colombinas, aunque no siempre tenga el acierto del buen criterio, Mr. Harrisse, decía en 1866: «Después de un estudio diligente de todos los documentos originales, nos vemos obligados a decir que no existe la prueba más insignificante, directa e indirecta, para acusar a Américo Vespucio de haber procurado imponer su nombre en la designación de este continente.»

Y el mismo Las Casas, en el pasaje arriba transcrito, emplea términos bien poco categóricos: «La injusticia y agravio que aquel Américo Vespucio parece haber hecho al Almirante.» Y todavía quita acritud a la sentencia: «Vespucio o los que imprimieron sus *Cuatro Navegaciones*.» No era así como se expresaba habitualmente Las Casas al acusar o condenar.

El episodio de la designación de América, considerado fuera del aspecto antipático con que prevalecía, tiene un delicioso tinte novelesco, que recuerda las páginas del más emocionante libro de aventuras. Voy a referirlo.

El nombre de Amerigo Vespucci, que latinizado Americus Vespucius, pasa al español como Américo Vespucio, según las reglas adoptadas en nuestro idioma para la equivalencia de los nombres latinos, aparece de mil modos en documentos, libros y cartas de marear: Amerrigo, Merigo, Almerico, Alberico, Alberigo; Vespuche, Espuchi, Despuchi, etc., etc.

Nació en Florencia, patria de Verrazzano, el 18 de marzo de 1452, y estudió bajo la dirección de un tío paterno suyo, dominico, en cuyas aulas estuvo, al mismo tiempo que Américo, el futuro gonfaloniero de



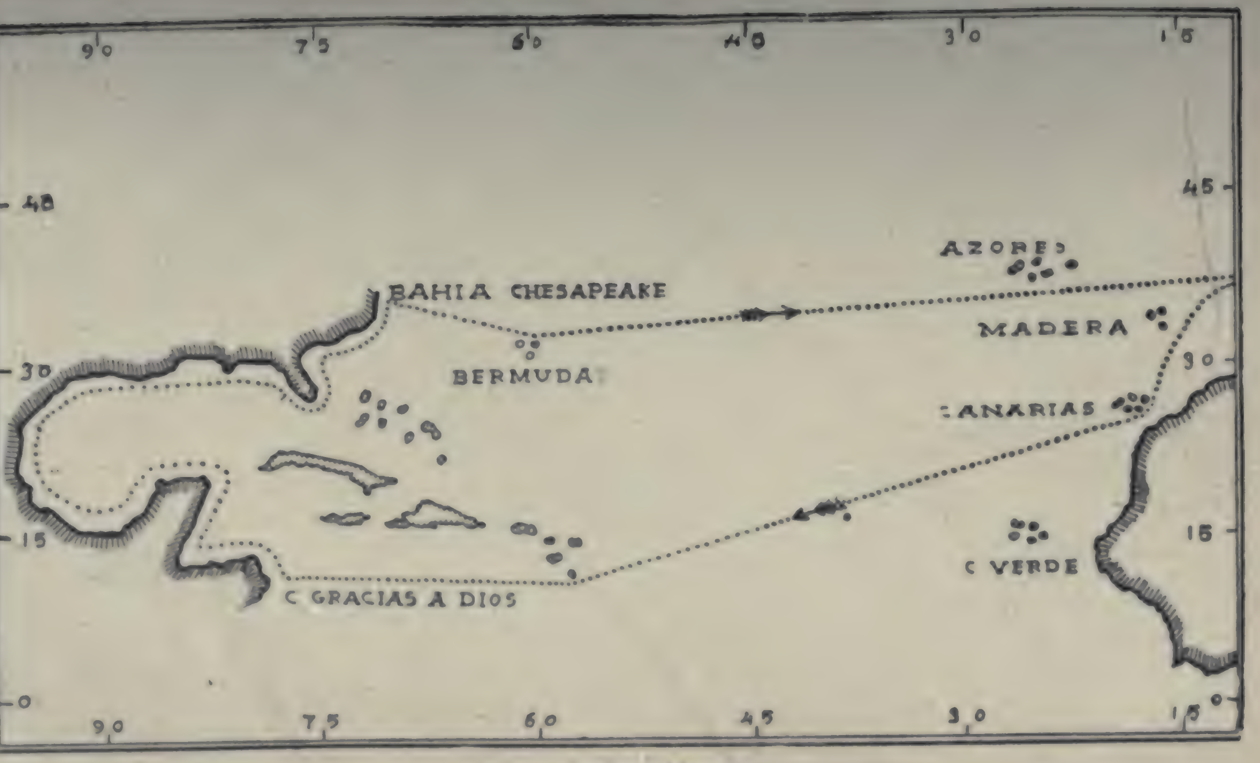
Construcción de una carabela

Florencia, Pedro Soderini. Dedicado al comercio, Américo Vespucio alcanzó los cuarenta años trabajando en la casa de los Medicis, y por cuenta de ellos pasó a España en el tiempo del primer viaje de Colón.

Con el asombroso autodidactismo de los italianos, Vespucio llegó a sobresalir en la cartografía. Era de aquellos extranjeros «que debujaban esfera», o, lo que es igual, que hacían cartas geográficas y que ganaban la admiración de los marinos por su pericia en el cálculo y en el manejo de los instrumentos empleados para dirigirse en alta mar. Asociado a la célebre casa de Juanoto Berardi, establecida en Sevilla, que por cuenta de la Corona debía proveer de naves a los jefes de las expediciones marítimas, quedó al frente de la negociación cuando murió el jefe de ella, y no tardó en sentirse contagiado por el anhelo de las aventuras.

Hizo seis viajes al continente que lleva su nombre: dos navegaciones autorizadas por los Reyes Católicos; dos en expediciones portuguesas, y, las dos últimas, como las dos primeras, bajo los auspicios de España. No hay acuerdo entre los investigadores sobre los dos primeros viajes de Américo Vespucio. Hugues, erudito italiano (1), identifica el primero con el primer viaje de Alonso de Ojeda, en el que se exploró la tierra continental desde los 6° de latitud hasta pasar el cabo de la Vela, viaje del que luego se tratará. En una probanza habla efectivamente Ojeda del piloto Merigo Vespuche. El segundo viaje, no identificado con seguridad por Hugues, sería, o bien el de Diego de Lepe, comprendido entre los meses de enero y junio de 1500, o bien el de Vicente Yáñez Pinzón, efectuado entre diciembre de 1499 y septiembre de 1500. Pero de uno u otro modo, Vespucio pasó la línea equinoccial y tomó la altura del cabo de San Agustín, señalándolo en 8° hacia el sur. «E desto tengo escritura de su mano propia», decía su sobrino Juan Vespucio.

(1) Véase *Raccolta Colombiana*. Parte I, tomo II. (Amerigo Vespucci.)



Primer viaje de Vespucio

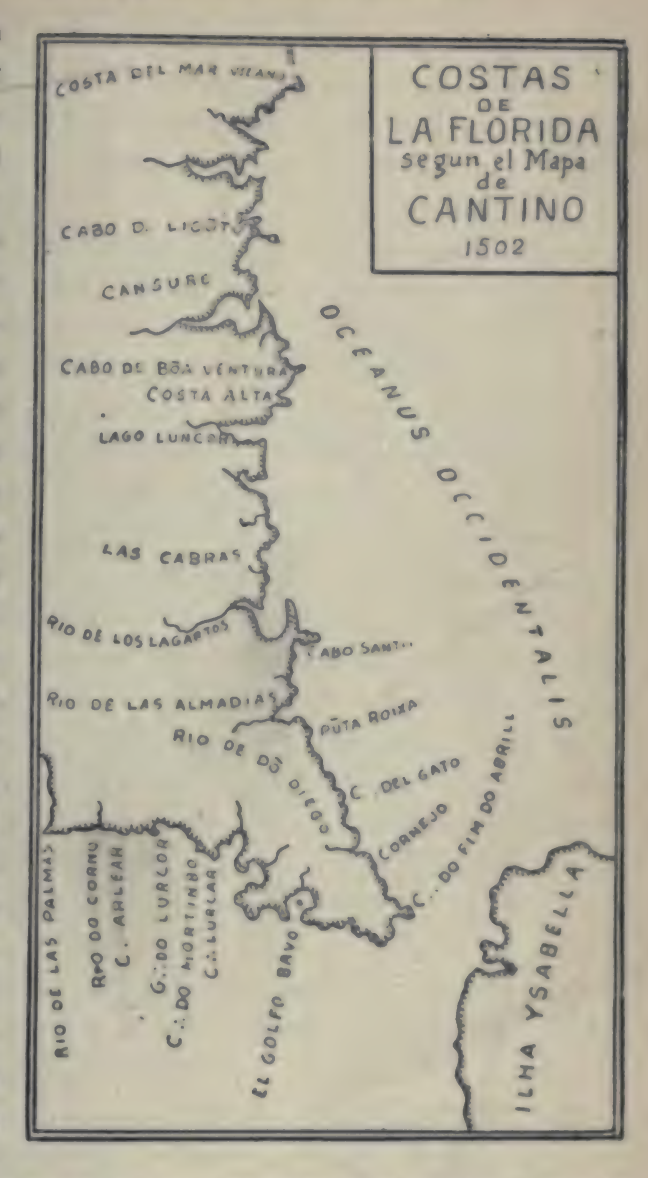
Varnhagen (1), historiador brasileño, seguido y apoyado por John Fiske, afirma audazmente que el p:imer viaje de Vespucio no sólo fué anterior al de Ojeda y La Cosa, pues se efectuó, según disquisiciones muy eruditas, entre el 10 de mayo de 1497 y el 15 de octubre de 1498, sino que Vespucio, con Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, estuvo en el golfo de Honduras, costeó por Yucatán, penetró en el golfo de Méjico, desembarcó cerca de Tampico, pasó a lo largo de la Florida y navegó en el Atlántico hasta la bahía de Chesapeake, de donde volvió a Europa por las Bermudas. A este viaje se debería, pues, el conocimiento de la Florida, que aparece ya en la carta de Cantino, y el de la insularidad de Cuba, que se advierte en el de Juan de la Cosa.

Como quiera que sea, el interesantísimo problema de geografía histórica relacionado con este viaje nada tiene que ver con «la injusticia y agravio que aquel Américo Vespucio parece haber hecho al Almirante». Y, efectivamente, la expedición de Vespucio es tan ajena a los derechos y al mérito de Colón, como puede serlo el viaje de Juan Caboto, quien, de un modo indudable, visitó tierras continentales del que llamamos Nuevo Mundo en 1497. Para el criterio histórico moderno, la palabra *continente*, aplicada a los descubrimientos del tiempo de Colón, carece del sentido supersticioso y anacrónico que ha tenido en los escritos de polémica.

El papel de Américo Vespucio comienza a desligarse de Colón desde su segundo viaje, y, con el tercero, realizado bajo pendón portugués, Vespucio cobra individualidad independiente del todo ante sus contemporáneos, que no lo celebran por haber hecho lo mismo que Colón antes que Colón, sino como autor de una empresa totalmente diversa de la realizada por el Almirante.

En su segundo viaje, «divide con Vicente Yáñez Pinzón y con

(1) J. A. de Varnhagen: *Amerigo Vespucci. Son caractère, ses écrits, sa vie et ses navigations.*



Diego de Lepe la honra de haber descubierto el Brasil y la boca del gigantesco Marañón». Si seguimos a Hugues, o si seguimos a Varnhagen, el segundo viaje de Vespucio es el mismo en que Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa hicieron la primera de las exploraciones importantes de la Tierra Firme. Pero el tercer viaje de Vespucio es el que, perfectamente identificado por los historiadores, sirve de origen a la conmoción intelectual de que fué objeto la Europa de principios del siglo XVI. Ante todo, ese viaje plantea el problema resuelto heroicamente veinte años después por el admirable Magallanes. La expedición de Vespucio sale el 14 de mayo de 1501, «para buscar estrecho en aquella costa de San Agustín por do ir a las Molucas»,

dice Gommara: «Ya me arman tres navíos para que vaya nuevamente a descubrir... Quiera Nuestro Señor darme salud y buen viaje, pues parto con la esperanza de traer otra vez grandísimas nuevas y descubrir la isla Trapobana (Ceilán), que está bajo el Mar Indico y el Mar Gangético.»

Este viaje, que sigue de cerca al de Vasco de Gama, iniciando la ruta magallánica, y que lleva en sus barquichuelos las inquietudes que agitan al mundo occidental cuando éste ve los tesoros traídos del Oriente por Alvarez Cabral, que también había encontrado, aunque casualmente y por una desviación, las costas del Brasil; este viaje de Vespucio a la zona del Atlántico austral es, después del primero de Colón, que empieza a palidecer y esfumarse, y antes del de Magallanes, remoto aún, el sacudimiento intelectual más profundo de que guarda memoria la historia del Renacimiento.

¿Por qué no siguió Vespucio la línea de la costa? Las intenciones de Vespucio y de sus compañeros no aparecen claras. ¿Creyó que entre Lisboa y Trapobana se levantaba un muro continental unido a las regiones antárticas? De todos modos, nos encontramos ya muy lejos del mundo geográfico de Colón: de Cipango y Catahya, en la fantasía; de la Costa de las Perlas y de la Isabela, en la realidad. Ya no es sólo una nueva tierra, sino un cielo, del que han desaparecido la Estrella Polar, la Osa Mayor y el Cisne. Es la zona de «los antípodas».

Una rápida y audaz navegación lo había llevado a los 54° de latitud, frente a una tierra inhospitalaria, de mar brava. No era posible desembarcar, y decidió volver inmediatamente, lo que se hizo, llegando a Lisboa el 17 de septiembre.

¿Qué había descubierto Vespucio? Su carta dice: «Un Nuevo Mundo, que no es Europa, ni Asia, ni Africa.» ¿Era acaso el primero que pronunciaba estas dos palabras: *Nuevo Mundo*? ¿No había dicho Colón *Nuevo Mundo* y cielo? En todo caso, Vespucio era el primero que escribía rectificando a los antiguos. Parecía la voz del Rena-

cimiento que decía: «Al sur de la línea equinoccial, en donde los antiguos declararon que no habia continente, sino sólo un mar llamado Atlántico, pues si alguien afirmaba que allí había tierras, todo el mundo se levantaba para objetar que esas tierras no estaban habitadas, yo he encontrado paises más templados y amenos, de mayor población que cuantos conocemos. Es la *Cuarta Parte* de la tierra.»

Lettera di Amerigo vespucci delle isole nuouamente trouate in quattro suoi viaggi.



La narración de Vespucio corrió por toda Europa; de Lisboa a Florencia y Sevilla; de Florencia a París; de París a Saint-Dié, Estrasburgo, Colonia y Londres. Corría en latín, en francés, en italiano, en alemán. Reproducida por todas las prensas y comentada en todos los libros, parecía tener alas, y, efectivamente, las dos palabras *Nuevo Mundo*, aplicadas después por Pedro Mártir a todo el ciclo de los descubrimientos geográficos, eran las dos alas de aquel mensaje.

¿Quimera? Efectivamente, era una quimera; pero era la quimera renacentista frente a la quimera de los antiguos; era la aspiración de

un Nuevo Mundo científico, más bien que el descubrimiento de un Nuevo Mundo geográfico.

Un joven humanista, de veintidós años, Matías Ringman, como tantos, edita la narración de Vespucio, y en un movimiento lírico, encarándose a la antigüedad, exclama: «Más allá de la Etiopía y de la Marítima Basa, se extiende una tierra que tú, ¡oh Tolomeo! no indicaste en tus cartas. Muy lejos, bajo el Polo Antártico, hay una región habitada por un pueblo de hombres desnudos (Brasil). Este país fué descubierto por el rey que gobierna al ilustre Portugal, mandando una flota a través de los escollos del mar.» Ringman habla con la agitación de un delirante.

Vespucio había resumido sus cuatro navegaciones en una carta, escrita el 4 de septiembre de 1504, y dirigida al gonfaloniero de Florencia, Piero Soderini, su antiguo condiscípulo. Esta carta, traducida al francés, fué enviada al duque Renato de Lorena, *rey de Sicilia y de Jerusalén*, que tenía en Saint-Dié (San Deodato), entre las gargantas de los Vosgos, una extraña corte intelectual, cuyo esplendor maravillaba a Pico de la Mirondola. Ringman era uno de los que más se destacaban en el grupo reunido por el duque de Lorena. Interesado ese Ringman en los descubrimientos geográficos, que le debían el culto de su lirismo, veía con regocijo los trabajos de uno de sus colegas, Martín Waldseemüller, quien, ayudado por él, publicó, el 25 de abril de 1507, su eternamente memorable *Cosmographiae Introductio*, para un nuevo *Tolomeo*.

La carta de Vespucio a Soderini, traducida al francés, había sido enviada al duque Renato, y se tradujo al latín por el canónigo Basin de Sandecour, a ruego de Gualterio Lud, para la obra de Waldseemüller.

El traductor, traductor al fin, creyendo, tal vez erróneamente, que se trataba de una carta dirigida por Vespucio al duque Renato, o con propósito deliberado, la presentó como tal a Waldseemüller, y éste la aprovechó en su obra con un encabezamiento falso, que no altera

la significación de los hechos, pero que ha dado lugar a enconados personalismos.

Waldseemüller fué siempre un admirador de Colón, y hablaba con

COSMOGRAPHIAE
INTRODVCTIO
CVM QVIBVS
DAM GEOME
TRIAE
AC
ASTRONO
MIAE PRINCIPIIS AD.
EAM REM NECESSARIIS

Insuper quattuor Americi
Vespucij nauigationes.

Vniuersalis Cosmographiæ descriptio tam
insolido ꝙ plano/ eis etiam insertis
quæ Ptholomæo ignota a nu
peris reperta sunt.

DISTHYCON

Cum deus astra regat/& terræ climata Cæsar
Nec tellus/nec eis sydera maius habent.

entusiasmo de los descubrimientos, señalándolos de un modo exacto. Esto aclara todavía más, si fuera necesario aclarar, que en la mente de Waldseemüller, Vespucio no es un descubridor de tierras occidentales. Para el Renacimiento, la trascendencia del viaje de Vespucio estaba en haber llegado a una tierra situada en el hemisferio austral,

donde el cenit corresponde al horizonte racional de Lisboa. Esto era haber identificado la *Quarta Pars* de los antiguos; la *Terra Incognita*, de Tolomeo; la *Antichthonia* o *Tierra Antípoda*, de Pomponio Mella (1).

Así precisada la intención de Waldseemüller, se comprende lo que él dijo al escribir: ...«et alia Quarta Pars per Americum Vespucium inventa est: quam non video cur quis jure vetet ab Americo inventore sagacis ingenii viro Amerigen quasi Americi terram, sive Americam dicendam...»

Europa respondió a esta moción de Waldseemüller, sin que Waldseemüller ni Europa entendiesen por ello la designación aplicable a un continente que no existía en las concepciones geográficas de aquel tiempo.

(1) Véase el Mapa de Tolomeo y el Mapa Catalán, reproducidos en las páginas 24 y 41 de este libro.

CAPÍTULO IV

La América de Waldseemüller.

La historia no ha sido posible sino cuando los genios de la interpretación se sobrepusieron a los eruditos de la investigación. La historia es resurrección, decimos corrientemente. ¿Pero de qué modo se puede presentar el pasado redivivo? He aquí la cuestión. Hay que rehacerlo todo en el hombre que fué: el traje y la habitación, el espíritu y el medio social. Muchas veces el teatro y la novela nos dan personajes vestidos a la antigua con ideas a la moderna. El siglo XVIII, por ejemplo, que fué el siglo más fundamentalmente negador del sentido histórico, nos presenta a Hernán Cortés con armas de conquistador, pero hablando como Condorcet.

La geografía histórica, puesto que de ella se trata, no es la geografía moderna, con huecos en blanco para las regiones desconocidas y un relato de la incorporación gradual de todo lo que se fué descubriendo sucesivamente. Este método funesto procede, según Freeman, de «la esclavitud que nos impone el mapa moderno».

Para entender a Colón hay que verlo con sus libros, con sus mapas, con sus instrumentos y con sus carabelas. Creemos que para tener «color de época» basta representárselo en traje histórico, y no es así: sólo podremos comprender sus viajes —el primero y los otros tres— siguiéndolos en las mismas cartas geográficas que concretaban la concepción de Toscanelli, como el mapa, restaurado, del físico florentino, cuya parte occidental aparece en el globo de Martín de Behaim.

¿Qué vemos allí? Si el lector desdeña esos viejos testigos de las ideas geográficas del siglo XV —más viejos que las armaduras del Gran Capitán—, será imposible que imagine un mapa global del mundo sin América; pero no porque América sea una región inexplorada en la concepción geográfica de los antiguos, sino porque no hay cabida para esa masa continental. Y esta concepción es la herencia del mundo medioeval, que el Renacimiento encontrará insuficiente.



Carabelas de A. Vespucio

Lo que llamamos viejo continente está repartido en los dos hemisferios de Toscanelli y Behaim. A la derecha, Rusia se prolonga en una zona indefinida: Tartaria. La Península de la India es demasiado grande para un mundo tan pequeño: no figura, pues, allí, ni hay sitio para ella. El Océano Índico es un seno que el África, doblando su punta austral y prolongándola hacia el oriente, tiende a cerrar por completo. Este mar interior está casi del todo obstruído por tres grandes islas que corren de norte a sur, y son: Taprobana, Madagascar y

Zanzibar, las tres muy cerca del Africa, y la última —Zanzibar—, en una latitud más austral que el cabo de Buena Esperanza.

A la izquierda, en el lugar de la América de nuestros planisferios, encontramos estos nombres, de norte a sur: Tartaria, Cathaya, Thebet, Mango, Chamba y Moabar. Un archipiélago, ligado al continente, va también de norte a sur en este orden: Cipango, Java Mayor, Candin, Anguana, Java Menor y Ceilán.

Hay otra masa continental, que es la «tierra donde se cogen los alcones blancos», al norte del círculo polar ártico, desde la longitud de Laponia hasta el extremo último de Tartaria.

Este es el mundo —todo el mundo de Colón—. Entre Europa y Cathaya hay un solo Océano. El Pacífico no tiene dónde situarse en aquel mapa, ni en la imaginación.

Cerca de Irlanda (Hibernia), y al occidente, está la isla de Brazil. Y entre las Azores, Canarias e islas de Cabo Verde, muy cerca del archipiélago de que es centro Cipango, están las dos islas quiméricas de Toscanelli: la famosa ANTILIA, a la altura del norte de Cipango, en la línea tropical, y *San Brandán*, casi a la altura de la parte sur de Cipango, que llega muy cerca del ecuador.

Frente a datos tan desconcertantes, nos preguntamos cómo es posible entender la historia de los descubrimientos geográficos del siglo XV y del siglo XVI estudiándolos en un mapa moderno. Ahora bien, si hacemos una superposición del mapa moderno de América sobre el mapa de Martín de Behaim, encontramos que Cipango (Japón) cubre el territorio de Méjico, que las islas Azores casi se meten por el estrecho de Davis, que Antilla queda al oriente de la Florida y en la longitud de la Guadalupe, y que San Brandán, por último, coincide con la Nueva Granada. La América del Norte y Cathaya se aproximan tanto, que casi se tocan. Y el archipiélago situado entre Cadin y Cipango está más próximo a la América del Sur que las Azores a Portugal.

Después de este examen comparativo, podemos comprender aquel

célebre pasaje de Cristóbal Colón, citado en un capítulo anterior. «El Aristótel dice que este mundo es pequeño, y es el agua muy poca, y que fácilmente se puede pasar de España a las Indias, y esto confirma el Avenryz (Averroes), y lo alega el cardenal Pedro de Aliaco (Pierre d'Ailly), autorizando este decir y aquel de Séneca...» Y lo que cita de Esdras: «del tercer libro suyo, adonde dice que de siete partes del mundo las seis son descubiertas y la una es cubierta de agua, la cual autoridad es aprobada por santos...»



Título de Juan Lambert

Mientras los descubrimientos de Colón y los posteriores confirmaron la pequeñez de la tierra, y pudieron señalarse en los mapas del mundo, según la idea tradicional, fueron recibidos con curiosidad, simpatía y entusiasmo por los hombres de ciencia; pero éstos no habían sentido aún la extraña per-

turbación que les produjo el tercer viaje de Américo Vespucio, narrado en una carta a Lorenzo Francesco de Medici.

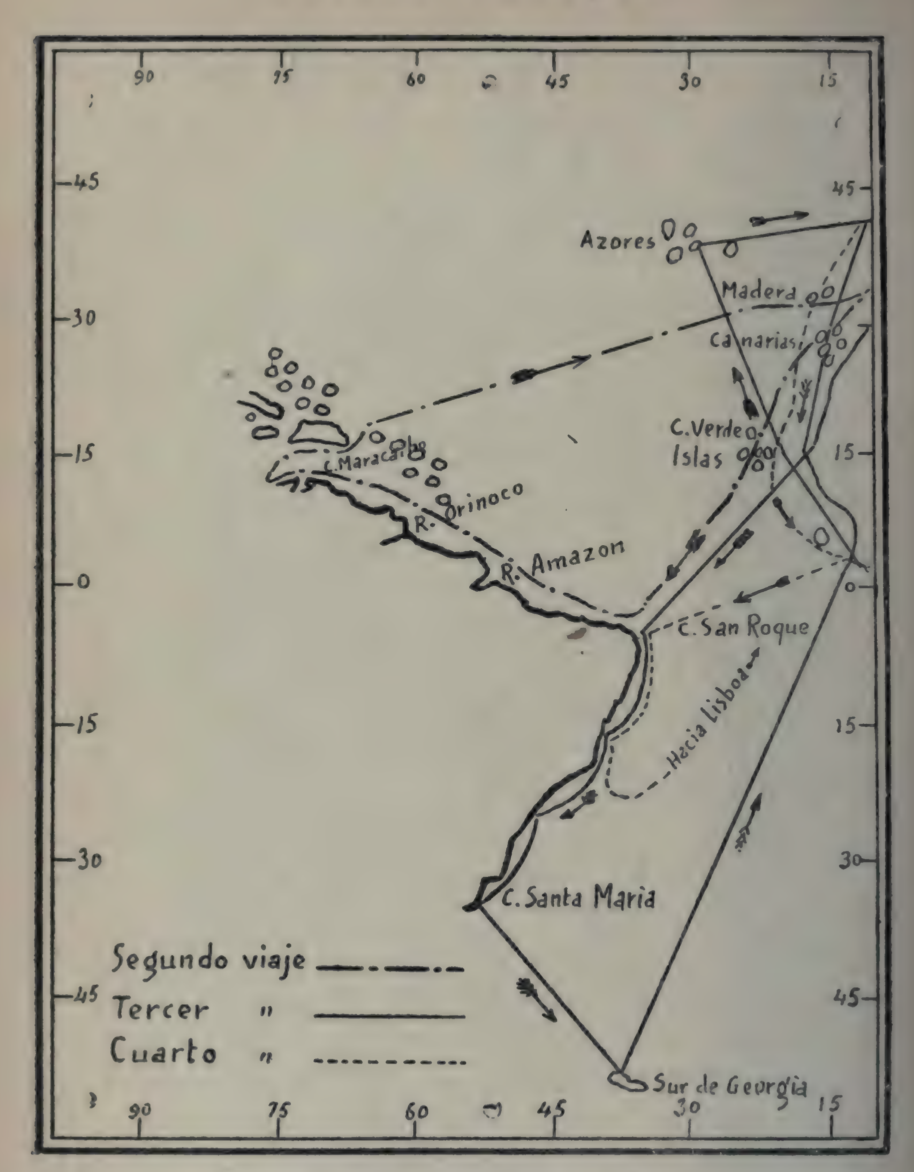
La flota, que partió de Lisboa el 14 de mayo de 1501, encontró, como se ha dicho, a la de Álvarez Cabral, que volvía de las Indias, cargada de canela, jengibre verde y seco, pimienta, clavos, nuez moscada, macías, almizcle, algalia, estoraque, benjuí, concha de Venus, casia, almástica, incienso, mirra, sándalo rojo y blanco, linaloe, alcanfor y ámbar. De joyas, vió Vespucio muchos diamantes, perlas y rubíes, «y un rubí de los más bellos colores, pesaba siete quilates y medio».

Más de dos meses tardó la expedición en ir de Cabo Verde al Brasil, pasando la desesperante zona de las calmas, y tocó tierra en un cabo a 5º de latitud sur, el día de San Roque, nombre que esa punta lleva desde entonces. El país era un país de ensueño, de atmósfera balsámica, de árboles gigantescos, de aves de muchos colores y de hierbas aromáticas que prolongaban la vida humana hasta ciento cincuenta años. ¡El mismo Edén que veía Colón en la costa de las Perlas, y que produjo vértigos al propio barón de Humboldt!

El día de Todos los Santos encontraron la bahía que lleva este nombre, y que, por una errata, se designaba como *Abadía de Todos Santos* en las cartas de marear. El 1.º de enero entraron en Río de Janeiro, y el 15 de febrero abandonaron la costa, en el cabo de Santa María, tomando hacia el sudoeste.

¿Qué significación tiene ese viaje? Ninguna para las generaciones posteriores, deslumbradas por las conquistas de Cortés y de Pizarro. La locura que puso en movimiento las prensas de Europa durante varios lustros para popularizar el nombre y las narraciones de Américo Vespucio, se presentaba como un enigma para los siglos que sólo pudieron ver un insignificante fracaso marítimo en el tercer viaje del piloto florentino.

Para comprender a los humanistas de los primeros años del siglo XVI,



SEGUNDO, TERCERO Y CUARTO VIAJE DE VESPUCIO.

y para explicar satisfactoriamente su entusiasmo por Vespucio, era necesario que se produjese una revolución completa en el sistema de nuestras concepciones históricas.

CAPÍTULO V

La quimera geográfica en el mapa de Leonardo de Vinci.

Antes de que los nuevos descubrimientos oceánicos se desprendiesen de la masa caótica primitiva, concretándose en un cuerpo de nociones geográficas exactas, fué necesario que se produjeran estos cuatro hechos capitales: 1.°, el descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa; 2.°, la travesía del Pacífico por Fernando de Magallanes; 3.°, la conquista de Méjico por Hernán Cortés, y 4.°, la conquista del Perú por Pizarro. Sin embargo, todavía después de estos acontecimientos, que no considero aquí sino bajo el aspecto de su trascendencia geográfica, el concepto de un Mundo Occidental, homogéneo, distinto, individualizado del uno al otro círculo polar, no se incorporaba en el conjunto lógico de nociones a que parecía constreñirlo la serie, lógica también, de los descubrimientos y conquistas. Parece que el espíritu del hombre sigue de preferencia las propensiones aberrantes, y que para llevarlo por el carril de la razón hacen falta imposiciones que no pertenecen a un orden racional.

Antes de los descubrimientos de Balboa, de Magallanes, de Cortés y de Pizarro, la quimera, en verdad, no podía menos de ser imperiosa. Así, por ejemplo, en la *Universaltor Cognitt Orbis Tabula*, de Johann Ruysch, que se publicó el 13 de agosto de 1508, aparecen Groenlandia y Terranova como península de la Gran Tartaria. Cuba se halla en el *Sinus Plisacus*, formado por Terranova. Cathaya,

Bangala y Cimba. Al nordeste de la isla Española está la fantástica Antilia, y al sur de Cuba y de la Española está la Dominica, y toda-



PARTE OCCIDENTAL DEL GLOBO DE LENOX.

vía más al sur, y al oriente de *Java Mayor* y de *Candyn*, se encuentra la *Terra Sancte Crucis*, *sive Mundus Novus*.

Las explicaciones de este mapa contienen muchos elementos instructivos para conocer el estado de confusión mental producido por los nuevos descubrimientos. Cuba aparece con límites no fijados en el poniente, y la explicación dice: «Hasta aquí han llegado las naves

de Fernando, rey de España.» Otro punto, entre Cuba y *Java Mayor*, da lugar a esta explicación: «Marco Polo dice que 1.400 millas al oriente del puerto de Zaitón, hay una grande isla llamada Cipango, cuyos habitantes son idólatras, y tienen su propio rey, y no son tributarios de ningún otro. Aquí hay una gran abundancia de oro y de toda clase de piedras preciosas. Pero como las islas descubiertas por los españoles ocupan este lugar, no nos aventuramos a colocar aquí dicha isla (Cipango), pensando que lo que los españoles llaman Española es lo mismo que Cipango, puesto que las cosas que, según se dice, hay en Cipango, se encuentran en la Española, además de la idolatría.»

La *Terra Sancte Crucis* es un cuadrilátero cuyas líneas occidental y austral son puramente ornamentales, para indicar que se trata de contornos desconocidos: «Los marinos españoles han llegado hasta este lugar, y llaman al país *Mundo Nuevo* por su magnitud, pues en verdad no lo han visto en totalidad, ni han pasado de este punto. Lo dejamos, pues, incompleto, tanto más cuanto que ignoramos la dirección que sigue la tierra.» Y continuando su explicación, añade el cartógrafo: «Esta región que muchos creen que es otro mundo *(alter terrarum orbis)*, está habitada en diferentes puntos por hombres y mujeres totalmente desnudos, o cubiertos de ramas entretejidas, y adornados con plumas de diversos colores. Viven casi todos en común, y no tienen religión ni rey. Pelean constantemente unos contra otros, y devoran la carne de sus prisioneros. Gozan de un buen clima, y viven más de ciento cuarenta años. Rara vez enferman, y, en caso necesario, se curan sólo con yerbas. Hay leones y serpientes y otros animales feroces muy horribles. Hay montañas y ríos, y la mayor abundancia de oro y perlas. Los portugueses han traído de allí palo del Brasil y cuasia.»

En la línea recta que corta por el sur la *Terra Sancte Crucis*, leemos: «Los marinos portugueses han examinado esta parte del país, llegando hasta el grado 50 de latitud sur sin encontrarle fin.»



Las Islas del Nuevo Mundo en el Globo de Lenox.

El globo llamado de Lenox —por haber pertenecido a la bibliote-ca de Mr. James Lenox, de Nueva York— data de 1510 o de 1511. Este globo presenta una interpretación muy curiosa de los descubri-mientos. La *Tierra de Caboto* está en el círculo polar; la isla *Isabe-*

lla, un poco al norte del trópico de Cáncer, y, sobre esta misma línea, trescientas leguas al oeste, se halla Cipango. Pero lo más notable en este globo es la *Terra do Brazil*, *Mundus Novus* o *Terra Santae Crucis,* representada como un continente casi de la misma figura que tiene la América del Sur, pero colocada de tal modo —en una posición oblicua de noroeste a sudeste— como si desprendiésemos de un mapa moderno la América del Sur y la colocásemos en un mapa antiguo, llevando la Tierra del Fuego frente al Japón y poniendo Guayaquil a la derecha y en la proximidad del circulo polar antártico.

El primer mapa en que aparece el nombre de América, y que data de 1514, fué encontrado, hará poco más de medio siglo, entre unos papeles de Leonardo de Vinci, a quien se atribuye este notable documento. En el Atlántico del Norte sólo figuran dos islas, y no hay ningún continente. Las dos islas son, la llamada Terra Florida y la de Bacalar. Lo que en este mapa lleva el nombre de América, es la masa continental del globo de Lenox, pero situada sobre el ecuador, de oriente a poniente, en toda su extensión.

Sobre este fondo de quimera, que un cuarto de siglo de actividad explotadora, lejos de disminuir, había extendido, se fué formando poco a poco la noción moderna de lo que nosotros llamamos Nuevo Mundo.

Llegamos a 1531. Europa sabe que existe un Mar del Sur y sabe que existe un Mar de Magallanes. Se ha deslumbrado con la epopeya de Cortés. ¿Y cómo traduce gráficamente las nuevas conquistas de la exploración? En el mapa de Oronce Fine (1), la América, es decir, lo que para nosotros es la América del Sur, tiene forma, situación y posición aceptablemente correctas. En el archipiélago antillano leemos estos nombres: Cuba, Hispaniola, Jamaica, Dominica, Grana-

(1) Oronce Fine (no Finé como se dice generalmente), conocido por su nombre latinizado Orontio Fineo. Adelante se verá su carta geográfica.

da. Yucatán es isla. La Florida, representada como península, prolonga rígidamente hacia el norte la línea de su costa oriental. El río de Alvarado aparece con este nombre, y en la región mejicana que le corresponde; pero no hay mención de la Nueva España, pues Temisteta (la ciudad de Méjico), pertenece a *Mangi. Cathaya* está en el golfo de Méjico, y Combaluc (Pekín) se encuentra al sur del río Pánuco. Después de esto, no tiene nada de extraño que Cattigara se halle en la América del Sur, entre Lima y Ríobamba.

Estas confusiones son el resultado de un conflicto en que la adaptación de los descubrimientos a la enseñanza tradicional toma todas las formas posibles, desde las invenciones más quiméricas hasta las adivinaciones más luminosas y racionales.

De este último género es la carta de Mercator, el célebre geógrafo flamenco Gerardo Kaufmann, conocido por su nombre latinizado. Mercator, a lo que sabemos, fué quien primero señaló el Nuevo Continente con su forma, exacta en el contorno general. Y él fué quien primero llamó América al conjunto del Nuevo Continente o Mundo Occidental, en su mapa de 1541. Pero esto no quiere decir que el nombre de América fuera, como es hoy, un nombre fijo y de rigor para el hemisferio occidental. El cosmógrafo Girava Tarracones, en una obra publicada hacia 1556, pone como único nombre, en la parte del norte, *Nueva España*, y en la parte del sur, estos tres: *Perú, Chile, Brasil*. Por último, como ejemplo del capricho en las designaciones, puede citarse una traducción de Las Casas, impresa en Amsterdam el año de 1596, con una carta en que el nombre de América sólo se aplica a la parte septentrional, y se dice, sin embargo: *America an. 1492 a Christoph. Colombo inventa*. En la parte meridional sólo hay escrito: *Caribana, Brazil*.

Las Casas, vuelto a España definitivamente en 1547, se indignó, «generosa y justamente» —dice con razón Fiske— viendo el gran número de libros en que se daba el nombre de Américo Vespucio a las tierras que Colón había descubierto. Y ya hemos visto que, no

sólo se indignaba, sino que se maravillaba de que Fernando Colón, «persona de muy buen ingenio, no advirtiese en este hurto y usurpación.»

¿Pero por qué no había advertido aquel hurto y usurpación el hijo



Parte del mapa de Leonardo de Vinci.

del Almirante? Primeramente, porque los que escribieron antes de que apareciera la carta de Mercator, es decir, antes de la muerte de Fernando Colón, aplicando el nombre de América a ciertos descubrimientos geográficos, eran hombres que por su erudición clásica, absortos en lo antiguo, perdían de vista lo moderno, y todo lo confundían y al-

teraban. Fernando Colón estaba en el centro de aquella actividad, y por su competencia sin igual en el conocimiento de todos los detalles geográficos, no podía indignarse, sino reírse de los monstruosos errores de sus contemporáneos; pero en la esfera de la comprehensión general de los hechos, Fernando Colón era víctima de la misma ilusión, y más aún que los otros, pues la piedad filial lo ligaba con lazos más fuertes a la tradición del siglo XV.

CAPÍTULO VI

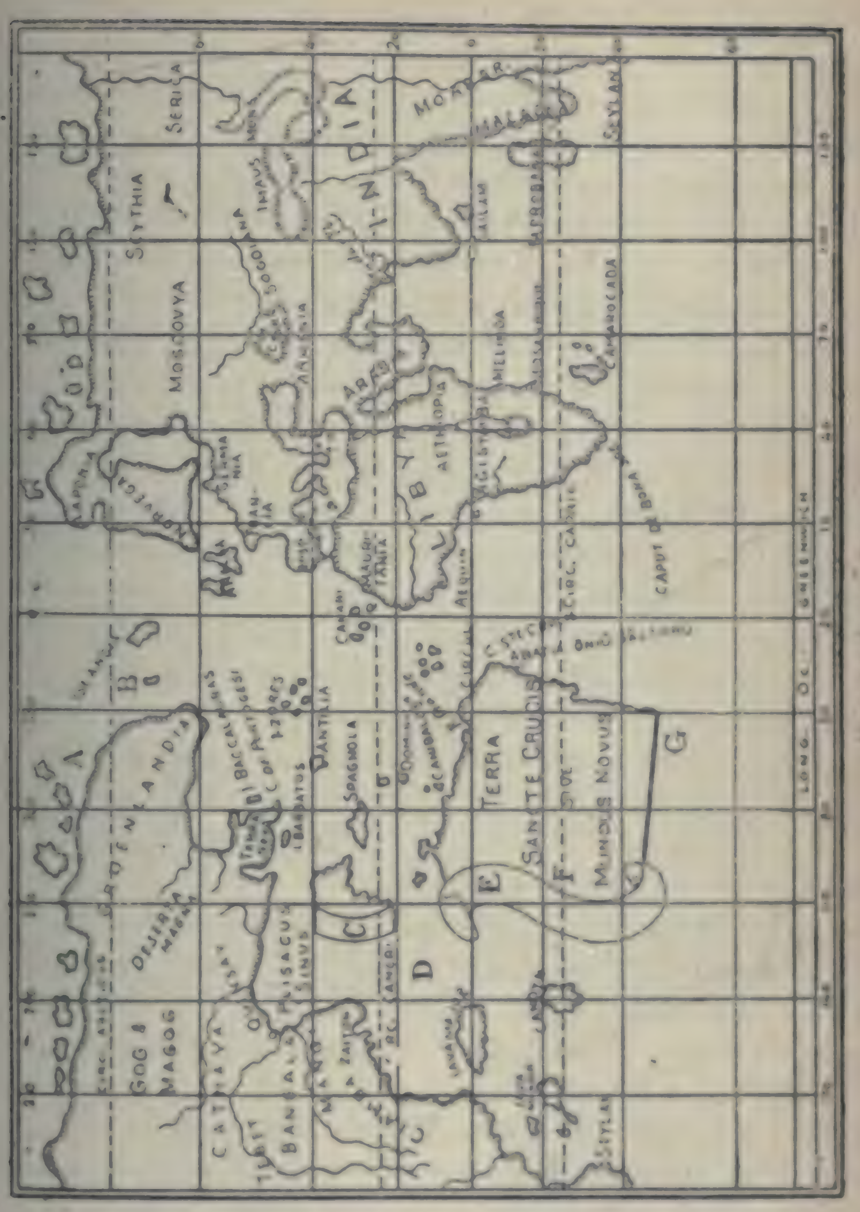
La noción geográfica continental.

Se ha formulado un cúmulo de objeciones contra el primer viaje de Vespucio; pero todas esas objeciones reconocen un solo origen: el viaje es falso porque lo refiere Vespucio. Se quiso ver en esa expedición una mera anticipación fraudulenta del viaje de Ojeda y Juan de la Cosa, en el que efectivamente tomó parte Vespucio. Éste fué a la Tierra Firme con el célebre aventurero y con el gran cartógrafo; de España pasó a Lisboa, y en Lisboa escribió sus *Cuatro navegaciones*, refiriendo en ellas que antes de la expedición hecha a Tierra Firme de 1499-1500, él había hecho otra a la misma Tierra Firme, de 1497 a 1498. Hubo una circunstancia que parecía dar plena justificación a la tesis de los acusadores, tanto más cuanto que la acusación no se formuló sino pasados muchos años: el texto original italiano de la carta a Soderini era conocido de muy pocas personas, y el texto de la traducción latina, hacía plena fe en lo que se refiere a las afirmaciones de Vespucio. Ahora bien, Vespucio dijo que estuvo en *Lariab* durante su primer viaje, y este nombre geográfico se convirtió en el *Paria* de la traducción latina. Si Vespucio hablaba de *Paria*, hablaba de la tierra de *Gracia*, y si hablaba de la tierra de *Gracia*, quería robarle su primacía a Colón y el descubrimiento del *continente*.

Esta palabra es el origen de todas las confusiones, pues en 1504, al escribir Vespucio, no se tenía noticia de una masa continental continua, de norte a sur, y a nadie podía ocurrirle que más tarde habría

de revestir un interés místico la fecha de arribo a esa masa continental. La época de Vespucio conocía otras puerilidades, pero ésta era desconocida entonces. En 1504, se suponía que Colón había descubierto el continente asiático por una nueva ruta durante su primer viaje. La intención dolosa de Vespucio contra Colón no podría haber sido, por consiguiente, la que hoy anacrónicamente se le atribuye. Entonces, hay que suponerle otro crimen: atentó directamente contra el descubrimiento concreto de la Tierra Firme, entendiendo por tal la tierra de Gracia, la tierra de Paria, la de la costa de las Perlas; no del Nuevo Continente, como lo supone la ignorancia del ambiente geográfico en que fué escrita la carta. Fiske ha expuesto este criterio histórico: «Así, *a pesar de las latitudes y longitudes distintamente señaladas por Vespucio en su carta*, Lariab y la Venecia (1) sobre pilotes, fueron trasladadas del golfo de Méjico, a la costa boreal de la América del Sur.» Ahora bien, nadie duda que en su segundo viaje, Vespucio navegó a lo largo de aquella costa, teniendo por capitán a Ojeda, y que visitó los golfos de Paria y Maracaibo. Esto fué en el verano de 1499, un año después de que Colón hubiera visitado parte de aquella costa. He aquí por qué, mucho tiempo después, cuando ya los actores de aquellas escenas habían vuelto a la eternidad, y se habían reunido con sus padres, y cuando las gentes se maravillaban de que el Nuevo Mundo tuviese el nombre de América y no el de Colombia, se insinuó que el primer viaje descrito por Vespucio había sido un burdo y ficticio duplicado del segundo, y que lo inventó y situó en un período anterior a 1499, es decir, en 1497, para ser *el descubridor del continente* un año antes de Colón. Se suponía que había escrito la carta a Soderini con la baja intención de suplantar a su amigo, y que la vil intriga había tenido buen éxito. Esta explicación parecía tan sencilla e inteligible, que se

(1) O Venezuela, nombre que Vespucio dió a un pueblo de habitaciones construídas sobre maderos hundidos en el agua, y que se supone sería algún punto de Tabasco, en Méjico, designado por Vespucio como *Veneziola*.



Mapa de Johann Ruysch

adoptó generalmente, y pudo mantenerse hasta que el asunto pasó al dominio de *la crítica*, y Alejandro de Humboldt demostró, hace

sesenta años, que el nombre de América no tuvo el origen que se ha supuesto.

«Tan pronto como dejamos de proyectar hacia el pasado nuestro conocimiento moderno de la geografía, y tan pronto como consideramos el acontecimiento situándonos en el punto de vista de los que en él tomaron parte, queda evidenciado lo absurdo de la acusación contra Vespucio. Se nos dice que pretendió falsamente reclamar la prioridad sobre Colón en el descubrimiento *del continente*. ¿Qué continente? Cuando Vespucio escribió la carta a Soderini, en el año 1504, ni él ni nadie sospechaba que se hubiese descubierto lo que llamamos América. Sólo podría tratarse del continente de Asia, si el propósito era suplantar a Colón; pero en 1504 se suponía generalmente que en su viaje de 1492, Colón había descubierto el continente asiático por una nueva ruta. En ese año, y en el de 1492, si tomamos ambos viajes como uno solo, Colón había navegado más de mil millas por la costa de Cuba sin encontrar su insularidad. Tal como se ha escrito la historia de aquel tiempo, casi hasta nuestros días, era cosa corriente decir que la insularidad de Cuba fué primeramente revelada por Sebastián de Ocampo, quien hizo la circunnavegación en 1508. Si aceptamos esta opinión, Américo no podía haberse anticipado a Colón al hablar de un descubrimiento realizado en 1497. Habría tenido que fingir un viaje anterior a 1492» (1).

Se podría dar mayor fuerza al argumento de Fiske, poniendo una disyuntiva. O sabía Vespucio, en 1504, que Cuba era isla, o no lo sabía. Si no lo sabía, el argumento de Fiske tiene un valor decisivo. Si lo sabía, aun independientemente de su experiencia personal, por testimonios tan irrecusables como los que ministraban las cartas geográficas de La Cosa y Cantino, tenía el conocimiento pleno de que Colón no descubrió un continente en sus dos primeros viajes, pero también la convicción de que la tierra encontrada por el Almi-

(1) Fiske, II, págs. 44-46.

rante en su tercer viaje no era la que buscaba, sino otra desconocida para los antiguos: una tierra, entiéndase esto, distinta de la que se encontraba al occidente de Cuba.

En casos de dolo, hay que estudiar los móviles del acto. ¿Qué se

Quomodo Hiſpani alio quodam in loco excepti fuerint
ubi incolæ ſerpentibus veſcuntur



Comentario gráfico de los viajes de Vespucio, según Bry.

proponía Vespucio con una supercherla? Supongamos lo peor. Dijo falsamente que había estado en la tierra situada al occidente de Cuba. Colón jamás había estado en esa tierra, pues afirmaba la continentalidad de Cuba. Luego la supercherla de Vespucio era menos falsa que la afirmación juramentada de los compañeros de Colón en su se-

gundo viaje. Si Vespucio quería destruir una falsedad con otra falsedad, no hizo agravio a Colón, ni desvió la historia. Para suponer otra cosa; para suponer que Vespucio afirma su viaje a la tierra de Paria antes que Colón, hay que violentar los textos de Vespucio, hay que marcarle una ruta inconciliable con los términos de su relación, y después de esto, hay que atribuirle la insensatez de una mentira sin objeto.

¿Qué podía proponerse Vespucio diciéndose autor de un descubrimiento hecho ya por Colón? O gloria geográfica, o lucro material. No hay huellas de que haya intentado siquiera lo segundo. Queda la emulación de gloria. Este es el argumento de los *continentalistas;* pero para atribuirle tal propósito a Vespucio, habría sido necesario que Vespucio tuviera una concepción geográfica tan distante de las de su tiempo, aun en el caso de los marinos más versados en el conocimiento de las nuevas regiones, que sería milagrosa su visión. En efecto, los *continentalistas* no abandonan el punto de vista anacrónico del honor que se tributó a Colón más tarde, cuando ya habían muerto el Almirante y Vespucio, como descubridor de un continente desconocido. Pero a Colón, según el mismo Colón, de ningún modo le correspondía ese honor, sino ese fracaso, ese desengaño y ese mentís a sus postulados geográficos. ¿Buscaba Colón un *Continente Nuevo?* No; Colón buscaba todo, menos eso. Había encontrado tierra firme asiática (Cuba) en 1492 y en 1494. En 1498 encontró el Paraíso terrenal, o sea una tierra desconocida de los antiguos, pero que se interponía en su paso hacia las Indias. En 1502 y 1503 volvió a visitar las tierras asiáticas de 1492 y 1494. Se creyó muy cerca de los centros de gran comercio, que eran su punto de atracción desde el primer viaje, y no realizó su deseo. Éste le finge ilusiones de que no participaban sus contemporáneos. Un émulo de Colón hubiera querido utilizar lo que éste pretendía o lo que podría aprovecharle.

El fantasma continental no existía en los ensueños de Colón, y no puede existir, por lo tanto, en la supuesta impostura de Vespucio.

¿Se trataría de privar a Colón de las perlas de Paria y del oro de Veragua? Si Vespucio quiso en alguna ocasión cometer ese delito, debemos confesar que hizo todo lo necesario para no realizar el propósito del despojo. ¿No los mismos *continentalistas* ponderan como inoficiosas las razones de Vespucio? Dicen que el abogado de la Corona jamás hace mérito de ellas en el pleito de los sucesores del Almirante contra el Rey para decidir sobre los derechos de aquél como descubridor de la costa de las Perlas y de Veragua. En efecto, nadie pensó que los escritos de Vespucio fuesen un argumento contra Colón, y no se creyó así porque fuesen un mal argumento, sino porque no lo eran de ningún modo. Las afirmaciones de Vespucio caen o se sostienen por sí mismas, pero no en relación con los descubrimientos de Colón. Forman una serie independiente que sólo una ilusión histórica pudo hacer objeto de complicaciones artificiales.

CAPÍTULO VII

La voz de los contemporáneos.

DIEGO Colón había ido a la corte de los Reyes Católicos en calidad de paje cuando el Almirante se embarcó y salió de Palos para la primera travesía histórica del Océano Atlántico. Después de la muerte de su padre, D. Diego contrajo matrimonio con D.ª María de Toledo, sobrina del Rey Don Fernando. Al año siguiente de su matrimonio, D. Diego se embarcó para la isla Española, a fin de encargarse de la gobernación de las Indias, de acuerdo con los títulos de que era heredero. Habia, sin embargo, una diferencia entre la Corona y D. Diego Colón sobre la extensión de los derechos que éste pretendía tener en la percepción de beneficios del rendimiento de las Indias, según las capitulaciones de Santa Fe. La Corona y don Diego convinieron en que se abriera un litigio para que la cuestión fuera resuelta en términos de justicia. El pleito duró muchos años, pues habiendo comenzado en 1518, no terminó sino en 1527. Una y otra parte presentaron pruebas para sostener sus respectivas pretensiones.

El hijo del Almirante se proponía demostrar:

1.º Que su padre había sido origen y causa de los descubrimientos que no hizo personalmente, pues abrió la ruta a las Indias, y fué, además de iniciador, maestro de los otros descubridores.

2.º Que había sido especialmente descubridor personal de la costa de las Perlas y de la de Veragua.

Por su parte la Corona sostenía:

1.° Que en el descubrimiento de la ruta, Colón había recibido el valiosísimo concurso de los marinos españoles.

2.° Que las zonas no descubiertas por Colón sino por otros, no habían requerido la acción directa o indirecta del Almirante.

Don Diego Colón intentó cuatro probanzas en cuatro interrogatorios; pero como muchas de sus preguntas eran iguales entre sí, o muy semejantes al menos, y otras de importancia secundaria para el conocimiento histórico de los hechos, D. Martín Fernández de Navarrete hizo una refundición metódica de los interrogatorios, a fin de presentar las cuestiones en el ambiente propio del interés que tuvieran para la posteridad (1).

Según el análisis de Navarrete, D. Diego Colón intenta dejar establecidos así los hechos que sirven de fundamento a sus pretensiones:

1.° El Almirante D. Cristóbal Colón descubrió las Indias, y en especial unas islas situadas al norte de Cuba.

2.° Descubrió la isla de Cuba y la Española, Jamaica, el Jardín de la Reina y otras muchas islas.

3.° Descubrió las de los Caníbales.

4.° Descubrió la costa de Paria.

5.° Descubierta Paria por el Almirante, él es, por lo tanto, descubridor de toda la Tierra Firme, formada de Paria, Urabá, el Darién y Veragua.

6.° En el cuarto viaje, el Almirante descubrió una tierra dicha Maya, desde la punta de Cajinas y la isla Guanaja, hasta Veragua, y de Veragua pasó al cabo de Gracias a Dios y después a Cariay, Cerabaro y Aburena.

7.° Las personas que navegaron con el Almirante en aquella última expedición, entendían que Colón había descubierto doscientas leguas al oriente de Veragua.

(1) Navarrete: Tomo III, págs. 597 y siguientes. Navarrete siguió los extractos de D. Juan Bautista Muñoz.

8.° Veragua es la más occidental y Paria la más oriental de las provincias de Tierra Firme, y entre Veragua y Paria están comprendidas las de Urabá y el Darién.

9.° Si otros hicieron descubrimientos, fué por haberlos iniciado el Almirante y después de que éste llegó a la provincia de Paria. Si Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Juan de la Cosa, Pero Alonso Niño y su compañero Cristóbal Guerra, Bastidas y otros muchos descubrieron lo que descubrieron, fué a imitación del Almirante, por industria de éste y por lo que de él aprendieron.

10. En los descubrimientos no hechos por el Almirante, iban muchas personas que lo habían acompañado, y, señaladamente, los descubridores habían aprendido de él muchas cosas de marinería.

11. Antes de que se descubriesen las Indias por el Almirante, muchos sabios, letrados y marineros decían que no era posible que hubiese tierras en aquellas partes, y que por esa causa, en el primer viaje muchos marineros se querían volver diciendo que los llevaba perdidos, y que se tenía por cosa cierta que si el Almirante no descubriera «que se estuviesen fasta hoy por fallar, según que lo estaban de antes que por él fuesen descubiertas».

Las probanzas del fiscal comprenden más de veinte preguntas, que reduciremos a los siguientes puntos:

1.° Cuando el Almirante dijo que había descubierto la tierra de Paria, no tocó sino en la isla de la Trinidad, en la parte que da hacia el mar, que es desviada de la costa de la Tierra Firme, y como de esa isla se apartó a la Española, no vió ni descubrió la Margarita.

2.° Cristóbal Guerra y Pero Alonso Niño descubrieron la tierra de Paria, la isla Margarita y el rescate de las perlas.

3.° Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa descubrieron hacia el poniente, desde los Frailes y Gigantes hasta Coquibacoa.

4.° Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa descubrieron, por su industria y saber, más al poniente, la parte que llaman Urabá, «donde es la provincia del Darién».

5.º Vicente Yáñez Pinzón y los que con él descubrieron, lo hicieron hasta la Punta de Santa Cruz y de San Agustín, y Vicente Yáñez Pinzón no fué a Paria con el Almirante, ni aprendió de él ese camino.

6.º Diego de Lepe y sus compañeros descubrieron desde el Cabo de San Agustín hasta el extremo de lo que fué entonces conocido.

7.º El Almirante hizo el descubrimiento de Veragua.

8.º Vicente Yáñez y Juan de Solís fueron después, por mandato de S. A., y por su industria y solos, a descubrir, adelante de la tierra de Veragua, todo lo hasta entonces descubierto.

9.º Cuando el Almirante fué a su primer viaje, Martín Alonso Pinzón estaba para descubrir aquellas mismas tierras, a su costa, con dos navíos suyos, por noticia cierta y escritura de la tierra, que se le había dado en la librería del Papa.

10. Martín Alonso estimuló a Colón y le facilitó elementos para que negociara en la corte las regias provisiones.

11. Después de ir Colón a la corte, no hubiera encontrado medios para hacerse a la mar sin la intervención de Martín Alonso.

12. El Almirante quería volverse del camino después de andar ochocientas leguas de la isla de Hierro, y Martín Alonso le dijo que debería seguir adelante.

13. Martín Alonso rectificó la vía, y gracias a esto encontraron tierra antes de lo que lo hubieran hecho por el camino del Almirante.

14. Martín Alonso descubrió la isla Española siete semanas antes que el Almirante llegase a ella, y Colón no hubiera hecho este descubrimiento sin la industria de Martín Alonso, quien le envió a llamar.

15. Martín Alonso halló y rescató el oro de la Española antes que el Almirante.

Cada una de las partes afirmaba verdades y afirmaba mentiras. Había algo peor: cada parte afirmaba muchas de esas verdades que lo son a medias. Para la historia nada hay tan funesto como la tesis de un litigante, porque supone actitudes anticríticas, de un exclusi-

vismo crudo y de una hostilidad violenta contra el principio fundamental de toda investigación objetiva.

Llevado por la naturaleza de su pretensión, el fiscal hizo dos o tres afirmaciones que coinciden esencialmente con el criterio histórico. Por su parte, D. Diego Colón se situó en una posición central, que es la negación misma de la historia. Así, por ejemplo, el fiscal decía que si Colón no hubiera hecho el descubrimiento, otro lo habría realizado, y D. Diego Colón se anticipaba a la tesis romántica que hace de Colón el agente indispensable del descubrimiento. A no ser el Almirante —decía D. Diego—, América estaría sin descubrir. ¿Pero no la descubrió Álvarez Cabral en 1500? Los viajes africanos de Bartolomé Díaz y Vasco de Gama, hacian perfectamente indispensable el descubrimiento de América, aun cuando Colón hubiera fallecido antes de salir para las partes del Océano en donde encontró las Lucayas. En este punto, el fiscal de la Corona se anticipaba al sentido de la interpretación crítica.

Otra afirmación indiscutible del fiscal era la relativa a la acción común de los marinos españoles. El fiscal extremaba su posición, y le daba un carácter tan pueril respecto de Martín Alonso, como lo era la de D. Diego Colón respecto de su padre. En todo caso, la posición del fiscal fué el punto de partida de la crítica histórica, cuando se revisó y cotejó con los hechos del descubrimiento de América a fines del siglo XIX.

Por su parte, las afirmaciones de D. Diego Colón sobre el carácter central de los descubrimientos de su padre son inatacables, siempre que las despojemos del fondo místico que revistieron posteriormente. Encontrar la ruta era el todo; lo demás, simple derivación. Es verdad que D. Diego avanzaba hasta decir que sólo Colón hubiera encontrado esa ruta. Pero abandonando esta extralimitación de la intervención del Almirate, y situándola en el plano de las contingencias históricas, el papel de Colón se destaca con gran relieve. Nada, sin embargo, tan falso como el empequeñecimiento de los otros des-

cubridores, ya de los que acompañaron a Colón, ya de los que acometieron empresas independientes. Hay que distinguir, en efecto, entre la importancia de los viajes de Colón, y la influencia personal del Almirante sobre los otros descubridores. La importancia de los viajes, sobre todo del primero y del tercero, es muy grande; la influencia del hombre, muy pequeña. ¿Cómo puede pretenderse que Colón impartiese una enseñanza de nociones a las que era extraño, y de una habilidad práctica en que le superaban muchos de sus contemporáneos españoles?

De las preguntas pasemos a las respuestas. Hay quienes atribuyen un valor muy alto a las probanzas. Lo tienen escasísimo en relación con las verdades que pudieron haberse obtenido. Se dice que concurrieron a ellas con sus luces los marinos más notables de la época, y esto es verdad; pero quedó lamentablemente perdido en gran parte el caudal de noticias que esos marinos hubieran podido allegar; primeramente, porque no se les llamaba para dilucidar puntos históricos, sino a través de posiciones viciosas y absurdas de los que articulaban las preguntas; en segundo lugar, porque aun las preguntas que hubiesen podido conducir al esclarecimiento de un punto histórico, no estaban formuladas de acuerdo con los métodos de la prueba, y los testigos contestaban *ad libitum*, sin que sus indicaciones fueran encarriladas por las vías que abre el rigor de las repreguntas. Tantos y tales testimonios hubieran podido formar la más valiosa de las contribuciones a la historia de la geografía, en vez de ser como fueron un conjunto de fuerzas disipadas, semejante al río que se dispersa en los arenales de un desierto.

Por lo que respecta a Vespucio, se ha querido que las *Probanzas* tengan un valor positivo y otro negativo. El valor positivo consistiría en demostrar la primacía de Colón como descubridor de la Tierra Firme, no obstante los esfuerzos del fiscal en contrario. Es verdad; pero esa prueba nada tiene que ver con Vespucio, puesto que él no pretendió haber estado en *Paria*, es decir, en la *Tierra de Gra-*

cia, antes que Colón, y puesto que la *Tierra Firme* de las *Probanzas* no es sino la comprendida entre *Paria* y *Veragua*. El valor negativo que se quiere ver en las *Probanzas*, consiste en suponer que si el fiscal hubiese creído a Vespucio, lo habría presentado como autor del descubrimiento de Paria, a fin de destruir la primacía de Colón, que él atacaba fundándose en que el Almirante sólo descubrió la isla de la Trinidad en su tercer viaje. Pero la carta de Vespucio, que era conocida en España, no daba lugar a las confusiones de siglos posteriores, puesto que para todos aquellos que conocían la materia, las relaciones del primer viaje de Vespucio no podían identificarse sino con expediciones dirigidas al norte del paralelo 16, es decir, al canal de Yucatán y al golfo de Méjico.

Hay un punto especial que es necesario esclarecer. El fiscal dice en su pregunta 10: «Item: Si saben, etc., que después desto Vicenti-añez e Juan de Solís fueron a descubrir por mandato de S. A., adelante de la dicha tierra de Veragua, todo lo que hasta hoy está descubierto, en lo quel dicho Almirante no tocó ni descubrió cosa alguna, lo cual descubrieron por industria y saber, e que todo lo que los susodichos descubrieron es apartado de lo quel dicho Almirante descubrió por mucha cantidad» (1). De aquí resultaría que el viaje de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís con Vespucio, fué posterior al último de los viajes del Almirante.

¿Qué quiere decir *después desto?* La pregunta anterior dice también *después desto*, y se refiere al descubrimiento de Veragua por el Almirante. Luego el descubrimiento de Vicente Yáñez Pinzón y de Juan Díaz de Solís fué posterior a 1503, pues Vicente Yáñez Pinzón contesta afrmativamente. ¿Pero se sabe lo que es una pregunta compleja para un testigo que no advierte tal o cual de los elementos de ella? Los cánones de la prueba testimonial prescriben la división de los elementos de la investigación, a fin de que cada pregunta comprenda un solo

(1) Navarrete: Tomo III. Pág. 518.

hecho, y de que la respuesta no lleve englobados otros hechos que no hubiesen sido objeto de la atención, y, por lo tanto, de la reflexión del testigo. No sólo, sino que cada hecho debe ser considerado en todas las circunstancias que lo alteren o modifiquen. Nada de esto se hizo en las *Probanzas*, como lo advertirá quien las examine dentro de las reglas del testimonio humano.

¿Pudo haber ido Vicente Yáñez Pinzón a hacer su descubrimiento en 1506 o en 1507, como lo refiere Herrera, época que señalamos por haberla dejado incierta el fiscal? El cronista dice: «Sabido en Castilla lo que había descubierto de nuevo el Almirante, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón determinaron de ir a proseguir el camino que dejaba hecho, y fueron a tomar el hilo desde las islas de los Guanajos y volver de ellas a levante; pero navegaron desde las dichas islas hacia el poniente, hasta el paraje del Golfo Dulce, aunque no lo vieron, porque está escondido; reconocieron la entrada que hace la mar entre la tierra que contiene el golfo y la de Yucatán, que es como una gran ensenada o bahía, que así llaman los marineros... Y como vieron aquel rincón grande que hace la mar entre dos tierras, la una que está a la mano izquierda, teniendo las espaldas a oriente, que es la costa que contiene el puerto de Caballos, y adelante de él el Golfo Dulce, y la otra de mano derecha, la costa del reino de Yucatán, parecióle gran bahía, y por esto la llamaron la gran bahía de Navidad, desde donde descubrieron las sierras de Caria; volvieron al norte, y descubrieron mucha parte del reino de Yucatán, pero como después no hubo nadie que prosiguiese aquel descubrimiento, no se supo más hasta que se descubrió todo lo de Nueva España, desde la isla de Cuba, y estos descubridores principalmente pretendían descubrir tierra por emulación del Almirante, y pasar adelante de lo que él había descubierto» (1).

Fiske estima que Herrera confundió en este pasaje, sacado de las

(1) Dec. Lib. VI, cap. XVII.

Probanzas (1), los descubrimientos emprendidos para continuar los del segundo viaje de Colón, con otros que el cronista supone, según las palabras de Yáñez Pinzón, para continuar las exploraciones del cuarto viaje. Pero como, según datos concluyentes, Vicente Yáñez Pinzón estuvo en España desde fines de 1504 hasta mediados de 1508, pues el viaje que quiso emprender a las costas del Brasil en la primavera de 1505 no se efectuó sino en el verano de 1508, la confusión de Herrera, derivada de la 6.ª pregunta del fiscal, tiene que retrotraer el viaje de Yáñez Pinzón y Díaz de Solís a una época muy anterior, esto es, a la del segundo viaje de Colón, porque después de la exploración del tercero, Pinzón se dirigió a la costa del Brasil.

Se ha querido fijar la expedición de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solis en 1502; pero en tal caso faltaría en ella la presencia del piloto Ledesma, quien viajaba entonces con el Almirante, y el testimonio de Ledesma quedaría como una nueva dificultad para establecer la cronología de los descubrimientos (2). «Suponiendo, pues, dice Fiske, que el primer viaje de Pinzón (Vicente Yáñez), fuera consecuencia de las noticias recibidas de Colón en 1494, y que éste hubiera sido el mismo viaje del que dice Vespucio que los expedicionarios se hicieron a la vela en 1494, podemos comprender varios pasajes de los primitivos historiadores del descubrimiento, ininteligibles hasta hoy. Tenemos, por ejemplo, uno de Pedro Mártir, escrito antes de 1508, que dice: «Muchas personas afirman que han hecho la cir»cumnavegación de Cuba. Sea o no así, sea que por envidia de la »buena fortuna de este hombre (Colón), busquen ocasiones de quere»lla contra él, yo no puedo juzgar. Pero el tiempo nos lo dirá, y él nos »revelará la verdad y la mentira» (3). En otro pasaje, dice Mártir que

(1) Fiske: Op. cit., II, págs. 67-69.

(2) Navarrete: Tomo I, y tomo III, lugares citados arriba.—Ispizua: *Historia de América*, vol. IV. Passin. La obra de Ispizua es muy concienzuda y encierra un copiosísimo repertorio de datos colegidos con extraordinaria asiduidad y pericia.

(3) Dec. I, lib. VI.

Vicente Yáñez se dirigió a Cuba, considerada hasta entonces como continente por sus dimensiones, y que habiendo encontrado que era isla, siguió adelante y descubrió nuevas tierras al oeste» (1).

¿Cuándo había ese espíritu de animadversión hacia Colón y ese deseo de contrariar su tesis de la continentalidad de Cuba? Antes de la muerte del Almirante, y en todo caso antes de 1508. Si en los dos años anteriores no podemos encontrar datos del viaje de Pinzón y Solís, y si de 1502 a 1504 no pudo haber estado con ellos Ledesma, acompañante de Colón en Veragua, preciso es que los tres hayan hecho una expedición anterior. Ahora bien, esa expedición está corroborada por los datos gráficos de La Cosa y Cantino, y es, por lo tanto, anterior a 1500.

(1) Fiske: Tomo II, págs. 69-70.—Pedro Mártir: Dec. II, lib. VII.

CAPITULO VIII

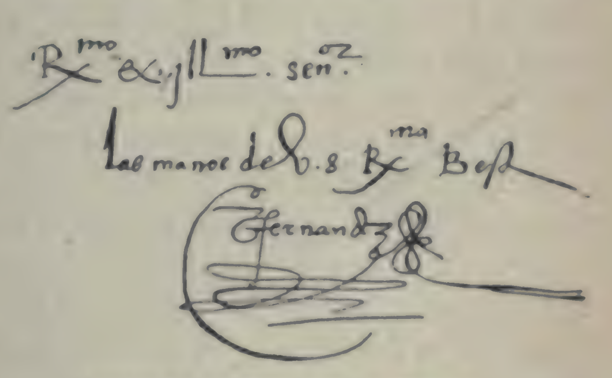
Paria y Veneziola.

HAY un pasaje de Gómara, digno de la mayor atención, que dice: «Entendiendo quán grandísimas tierras eran las que Christóbal Colón descubría, fueron muchos a continuar el descubrimiento de todas; unos a su costa, otros a la del Rey, y todos pensando enriquecerse, ganar fama y medrar con los Reyes. Pero como los más dellos no hicieron sino descubrir y gastarse, no quedó memoria de todos, que yo sepa» (1). Proyectamos hacia el pasado nuestro interés geográfico, nuestro deseo de exactitud cronológica y la ansiedad que sentimos por llenar lagunas en la narración de los acontecimientos. Creemos que los exploradores de fines del siglo XV y principios del siglo XVI emprendían expediciones con un fin que era totalmente extraño a sus miras. López de Gómara nos desengaña con dos palabras reveladoras, diciéndonos que muchos de aquellos exploradores no hacían sino «descubrir y gastarse». Los viajes de mero descubrimiento quedaron olvidados; para nadie tenían interés, ni para sus autores. Uno fué, sin duda, el de Yáñez Pinzón y Díaz de Solís. ¿Qué resultados directos podía haberles dado una expedición al golfo de Honduras y al de Méjico sin ánimo de penetración y sin los datos de conocimiento que se acumularon hasta la expedición de Cortés en 1519? Pero se objeta que el viaje no se efectuó en 1497, sino en 1506, o en todo caso a principios del siglo XVI. El propio Gómara

(1) Francisco López de Gómara: *Historia de las Indias*, cap. L.

agrega: «Descubrió el mismo Colón trescientas y setenta leguas, que ponen de Río Grande de Higueras al nombre de Dios, el año de mil quinientos dos; dicen empero algunos que tres años antes lo habían andado Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís» (1). Poco nos importa quiénes lo dijeron, y esos decires serían materia conjetural sin los mapas de La Cosa y Cantino; pero en presencia de los datos contenidos en estos mapas, hay que tener el viaje como indudable.

Existe otro testimonio: el de Oviedo. Este historiador escribe, hablando del golfo de Honduras: «Algunos atribuyen al Almirante primero, D. Cristóbal Colón, diciendo que él lo descubrió. Y no es así; porque el golfo de Higueras lo descubrieron los pilotos Vicente Yáñez Pinzón e Johán Díaz de Solís e Pedro Ledesma, con tres carabelas, antes que el Vicente Yáñez Pinzón descubriese el Marañón» (2). El viaje en que Vicente Yáñez Pinzón descubrió el Marañón o Amazonas, se efectuó entre diciembre de 1499 y septiembre de 1500. Tres años antes, o sea, en 1497, Pinzón y Solís estuvieron en el golfo de las Higueras. La expresión de Oviedo no es dubitativa, sino muy afirmativa, y niega la de los que atribuyen a Colón el descubrimiento de aquel golfo. El texto de Oviedo nos da un precioso auxilio para explicar la ruta de Colón en el cuarto viaje. Llega el Almirante a las islas Caribes, y somete a sus compañeros el punto de la línea de ex-



Autógrafo de Fernández de Oviedo.

(1) Gómara, cap. IV.

(2) Oviedo: Lib. II, cap. CXL.

ploración. Ellos optan por dirigirse a Santo Domingo. Allí resuelve Colón tomar la dirección del sudoeste, y si se encamina hacia el Jardín de la Reina, es llevado por las fuerzas de la naturaleza, pero cuando puede, corrige la dirección, y sin continuar la ruta de 1494, en la costa cubana, toma el rumbo que antes había pretendido seguir, es decir, hacia la isla de Guanajas.

Se supone que la expedición de Yáñez Pinzón y Díaz de Solís salió de Cádiz el 10 de mayo de 1497, que llegó a las islas Canarias el 16 del mismo mes, y que continuó el 25. Ancló en Honduras el 1.º de julio, o, para hablar con más precisión, llegó a una costa situada en 16° de latitud norte y distante 1.000 leguas de las Canarias, cuenta poco exacta a causa de las corrientes no conocidas. El meridiano del punto en que se halló tierra continental fué el 75° de latitud oeste de la Gran Canaria. La expedición siguió la línea de la costa hacia el noroeste, y dos días después se estacionaba en un puerto. Reanudado el viaje, y costeando siempre, la expedición se detuvo en un punto que la narración llama *Veneziola,* situado tal vez en el golfo de Campeche. El otro punto que menciona la narración, después de *Veneziola*, es *Lariab*, a 23° de latitud. Después de una larga permanencia en *Lariab*, los viajeros partieron hacia el noroeste, y siempre a la vista de la costa. Avanzando 870 leguas, entraron en un magnífico puerto, a mediados de 1498. Localizado *Lariab* en un punto próximo a Tampico, el puerto se supone situado entre el Cabo del Cañaveral y la bahía de Chesapeake. Después de permanecer treinta y siete días en aquel puerto, partieron en dirección este-nordeste, y, deteniéndose en un archipiélago, desembarcaron en una isla llamada *Ity*. Capturaron 258 indígenas, y se llevaron 22 para venderlos en Cádiz como esclavos. La expedición terminó el 15 de octubre de 1498 (1).

Tal es la primera de las expediciones referidas por Américo Ves-

(1) Henri Vignaud: *Améric Vespuce.* París, 1917, págs. 124-127.

pucio. Es por demás oscura, a lo que pueden haber contribuído las erratas de copia y de imprenta, frecuentisimas en esa clase de documentos, donde la menor de las confusiones consiste en poner nordeste por noroeste y sudeste por sudoeste. Esto ya por sí solo basta para que una relación de viaje a paises desconocidos, a costas deshabitadas o habitadas por salvajes, y, en todo caso, a lugares de imposible identificación, sea tan incomprensible como un logogrifo. ¿Qué hubiéramos hecho con páginas como las que forman la relación del cuarto viaje de Colón, si ese viaje no se hubiera articulado con otros, y si sólo tuviéramos el elemento informativo que nos suministran las noticias del propio Colón? Más de un geógrafo ha declarado ninteligible la relación del Almirante, quien, por otra parte, se proponía precisamente impedir qué otro explorador llegase adonde él había ido.

Dice Vignaud: «Al trazar este itinerario del primer viaje de Vespucio, creemos haber seguido lo más cerca que era posible el texto italiano de la *Lettera*, único que merece crédito. Los autores que han procedido de otra manera, ateniéndose a textos de dudosa autenticidad, y esto diciendo de ellos lo menos que podría decirse, asignan a Vespucio rutas que difieren singularmente entre sí. Bandini, por ejemplo, le hace recorrer toda la costa de la América del Sur, al este y al oeste del golfo de Paria; Canovai le conduce hasta el lugar actualmente llamado Pánuco, en la costa oriental de Méjico; Bartolozzi, lo lleva hasta el extremo de la peninsula de Yucatán; Humboldt estima que los límites de su exploración están comprendidos entre el 5° de latitud boreal y el cabo de la Vela; D'Avezac le señala como único recorrido las costas septentrionales de la América del Sur, y de acuerdo con Navarrete, sitúa cerca de Cumaná «el mejor puerto del mundo» de que habla la relación de Vespucio.

«Por nuestra parte, creemos que no es lícito alterar los textos originales, bajo el pretexto de corregirlos, a menos que se trate de algún caso excepcional, y cuando haya para ello razones muy poderosas.

Procediendo como procedemos, la relación de Vespucio es más inteligible, y está más de acuerdo con los hechos conocidos» (1).

Como a este viaje de Yáñez Pinzón y Díaz de Solís no se le llama viaje de Yáñez Pinzón y de Díaz de Solís, sino primer viaje de Américo Vespucio, surgió una objeción formidable. Vespucio, el impostor, pretende haber visto antes que Colón la tierra de Gracia, haber estado antes que él en la Tierra Firme, haber sido el descubridor de la tierra de Paria. En esos términos, la afirmación de Vespucio tenía que presentarse como una monstruosidad. Y así lo vieron todos los historiadores desde Las Casas. Era necesario releer a Vespucio sin la ofuscación del pleito de Colón y de las *Probanzas*, para saber lo que había dicho realmente el piloto florentino. ¿Pretendió haber estado antes que Colón en la Tierra Firme? Vespucio menciona el paralelo de los 16° como punto de partida de la exploración costera; menciona el paralelo de los 23° como otro de los puntos que tocó, y sigue su camino más hacia el norte. Hay en las palabras de Vespucio mucha oscuridad y mucha imprecisión; casi no constituyen una relación geográfica. Pongámonos en el peor de los casos. Supongamos que quiso engañar a sus contemporáneos respecto de la verdadera ruta seguida en la expedición, como pasó cuando Colón tuvo la idea de ocultar la ruta de su cuarto viaje. Y supongamos que al deseo de ocultación se añaden erratas de copistas e impresores. Todavía adelantemos más, y digamos que Vespucio no hizo tal viaje. ¿Qué nos importa que Vespucio no haya formado parte de la expedición? La suposicion es excesivamente violenta. Si hizo cinco viajes a los nuevos países, ¿por qué no ha de haber hecho seis? Todas las probabilidades indican que Vespucio tomó parte en ese llamado primer viaje. Pero supongamos, como digo, que no fué así. Lo interesante es llegar a este punto: ¿hubo un viaje de exploradores enviados por la Corona, tres años antes de que Yáñez Pinzón estuviese en la desem-

(1) Vignaud: Obra citada, pág. 128.

bocadura del Amazonas? He ahí lo que nos interesa. ¿Por qué Oviedo habla de ese viaje con tanta seguridad? ¿Las palabras de la pregunta del fiscal en las *Probanzas*, dentro de su lamentable imprecisión, serán realmente el trasunto de la opinión contemporánea? Algunos creen —dice Oviedo— que Colón descubrió el golfo de las Higueras; pero la verdad es que quien hizo el descubrimiento fué Yáñez Pinzón. Tal vez el fiscal quiso desmentir el rumor de los partidarios de Colón y establecer la verdad afirmada por Oviedo. Se comprende que a la luz de este pasaje de Oviedo, la pregunta del fiscal, torpemente formulada, y la respuesta de Vicente Yáñez Pinzón, a pesar de su imprecisión cronológica, encerraban la confirmación más palmaria de lo que en Vespucio no era sino una vaguedad. Y se comprenderá que el fiscal no parara mientes en la relación impresa de Vespucio, teniendo la palabra viva y más autorizada de Vicente Yáñez Pinzón.

Todas las acusaciones contra Vespucio descansan en su empleo de la palabra *Paria*. Pero el texto italiano dice *Lariab*, transformada arbitrariamente en *Paria* por la traducción latina. *Traduttore, traditore*. Ahora bien, *Lariab* es terminación muy común en la toponimia de los pueblos de la Huasteca. Se cita la autoridad respetabilísima de D. Manuel Orozco y Berra (1) para demostrar que hay lugares como Tanlajab y Tancualayab, cuyos nombres prestan fisonomía y color local a la palabra *Lariab* de Vespucio (2).

¿Y *Veneziola?* Si Vespucio dijo Venezuela, se arguye, es porque estuvo en la Venezuela del mapa de Juan de La Cosa. ¿Y por qué ha de ser la misma? La repetición simétrica de los nombres geográficos impuestos a los nuevos países, forma uno de los rasgos del descubrimiento y ocupación del continente. Los nombres se debían unas veces a la fecha del descubrimiento, y se ponían según el santo del

(1) Manuel Orozco y Berra: *Geografía de las Lenguas y Carta etnográfica de México*, pág. 288.

(2) Fiske: Obra citada, tomo II, pág. 43.—Varnhagen: *Le premier voyage de Vespuce*, pág. 20.

día o la solemnidad que celebraba la Iglesia; en otras ocasiones al deseo de conservar vinculada la memoria del descubrimiento o fundación con los nombres de reyes, virreyes, conquistadores o navegantes, y, por último, se daba a los reinos, provincias, ciudades, y también a los puertos, montañas y ríos, los nombres de reinos, provincias, ciudades, puertos, montañas y ríos de España o de otros países. Si en Tabasco encontraron Yáñez Pinzón, Díaz de Solís y Vespucio una *Veneziola*, ¿por qué al encontrar otra cosa semejante en la América del Sur, Ojeda, La Cosa y Vespucio, no darían el mismo nombre a la misma apariencia de población levantada sobre pilotes?

Suponiendo que *Lariab* no haya sido *Lariab*, sino *Paria* o *Parias,* sucedería lo mismo que con *Veneziola,* confirmada como Venezuela. Los hombres disponen de elementos verbales limitados para designaciones analógicas, y estas designaciones son tanto más caprichosas cuanto menos canalizadas se encuentran las experiencias a que las aplican. La toponimia de los primeros tiempos de la exploración americana era muy vaga e indistinta; muy cambiante por lo mismo. Así se ha visto en el primer viaje de Colón sobre todo. Y lo encontramos en cada ocupación de nuevos territorios. Hay un caso extraño, y es precisamente el de *Paria*, que repite la experiencia de la *Veneziola* del primer viaje de Vespucio y *Venezuela* del segundo. El nombre de *Paria* no era propio de la Tierra Firme. Dos años antes de que Colón emprendiera su tercer viaje, cuando apenas había regresado a España después de terminar el segundo, Pedro Mártir escribía de Burgos al cardenal Bernardino de Carvajal, con fecha 3 de octubre de 1496, el curiosísimo pasaje que voy a transcribir:

«Dice (el Almirante) que los indígenas llaman *Paria* a aquellas regiones muy llenas de pueblos.»

Si el Almirante decía que los indígenas llamaban *Paria* a aquellas regiones llenas de pueblos, ¿no habría un indicio más de que Vespucio anduvo por donde había andado Colón en 1494, y no de que pretendió haber descubierto en 1497 lo que el Almirante descubrió

en 1498? En efecto, una simple alteración en las cifras de las leguas o en el rumbo, muy posibles dada la negligencia con que se hacían las copias, traducciones e impresiones, permitiría atribuir otra ruta a Vespucio. ¿No pasaría del golfo de Honduras a Cuba y a las Lucayas? Y si así fué, y si el nombre alterado es, en realidad, *Paria*, ¿no se referiría a las mismas tierras de que habla Pedro Mártir en 1496?

Pero la cuestión crucial es la malicia que se le supone a Américo Vespucio. ¿Por qué dijo que había ido a *Paria* en 1497? Para suplantar a Colón en la gloria del descubrimiento de *Paria*. No sólo, sino que tiene que haber sido para suplantarlo en los derechos que le correspondían como descubridor del rescate de las perlas. Es necesario suponer que, por don profético, Vespucio anticipa en Portugal la contienda que años después se suscitará sobre los beneficios y prerrogativas inherentes al descubrimiento de la Tierra Firme.

Lo curioso es que sólo Colón ignora estas intenciones pérfidas de Vespucio. Los dos son amigos; los dos se encuentran en Sevilla después del regreso de Vespucio a España y después de la publicación de sus *Relaciones*. Colón está desencantado, enfermo y próximo a morir. Esto no obstante, ve a Vespucio con interés, y le da una carta para su hijo Diego, recomendándolo como hombre que ha trabajado mucho con poca fortuna. A Las Casas le extraña que D. Fernando Colón jamás hubiese dicho una palabra contra Vespucio. ¿Cómo había de decirla si todas las acusaciones de Las Casas eran exaltación producida por un crimen ilusorio?

CAPÍTULO IX

El mapa de Cantino.

El viaje de Pero Alonso Niño fué notabilísimo en España, por haber llevado los expedicionarios noventa y seis libras de perlas. Según la expresión de Pedro Mártir, los marineros las tenían en tanta abundancia como si fueran paja. Este viaje —también llamado de Cristóbal Guerra por ser el capitán que impuso el socio capitalista— se hizo en una sola carabela de cincuenta toneladas, y no contribuyó mucho a las noticias geográficas de los descubrimientos, pero sirvió de estímulo para darles un impulso muy considerable.

La expedición de Alonso Niño y Cristóbal Guerra se efectuó entre el mes de junio de 1499 y el de abril de 1500, y su resonancia provino de que Alonso Niño fué acusado y juzgado como defraudador de las rentas de la Corona, pues se dijo que había ocultado muchas de las riquezas con que llegó a Galicia (1).

Después de haber estado en el golfo de Paria, y de haber desembarcado para cortar brasil, tomó hacia el oeste de la punta de Paria hasta llegar a la isla Margarita. Fué el primero que desembarcó en ella, como había sido el primero que bajó a tierra en el golfo de Paria. De la isla pasó a la costa de Curiana, que está enfrente, y que después se llamó de Cumaná, en la que también está comprendida Maracapana. Avanzó hasta Canchieta, y se detuvo en un fondeadero que hay entre el cabo Codera y La Guaira. La vista de dos mil hombres de guerra, primer ejército verdaderamente organizado que se

(1) Pedro Mártir: Dec. I, lib. VIII.

presentaba a los ojos de los españoles en aquellos países, le indicó la imposibilidad de llevar adelante sus exploraciones con tan poca gente como él mandaba, y retrocedió para efectuar nuevos rescates en Curiana (1).

Si el viaje de Pero Alonso Niño quitó notoriedad contemporánea al de Alonso Ojeda y Juan de la Cosa —que es el segundo de los referidos en las *Cuatro Navegaciones* de Américo Vespucio—, para la posteridad el de Pero Alonso Niño desaparece, eclipsado totalmente por el de Ojeda y La Cosa.

Según se dice, la expedición de Ojeda fué instigación y obra personal del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, a quien los tradicionalistas de la leyenda colombina presentan como la bestia negra del sublime Almirante (2). Fonseca se desvela para privar a Colón de riquezas, honores y mando. En su maldad, Fonseca llega hasta procurar anticipaciones pérfidas de la historia.

La expedición de Ojeda salió de Cádiz el 16 de mayo de 1499, y se dirigió a las islas de Cabo Verde. De allí emprendió la travesía del Océano cruzando el ecuador, y descubrió tierra entre los 4° y 5° de latitud meridional. Bajó hacia el sudoeste, pero encontrando dificultades a causa de la corriente ecuatorial, volvió hacia el nordeste, y, por último, tomó la dirección del noroeste. Pasando por Paria, avanzó hasta Maracaibo y el Cabo de la Vela. Este fué el punto extremo de la expedición, y Ojeda se dirigió de allí a la isla Española con parte de las embarcaciones. Llegaron éstas a la isla el 5 de septiembre del mismo año (3).

(1) Navarrete: Obra citada, tomo III, págs. 12-18.

(2) Para los historiadores anglosajones (tipo Irving), Rodríguez de Fonseca es un clérigo sombrío, perverso, acosado por la envidia, meditando eternamente alguna infame combinación para dañar a Colón en su persona, en su fama o en sus intereses. Es el traidor indispensable para el novelón romántico del descubrimiento.

(3) Debe prevenirse al lector contra el peligro de lamentables confusiones en lo que respecta a este viaje. Algunos escritores, como Washington Irving, hacen

Dos carabelas que salieron para España en octubre, llevaron a la corte la noticia de los nuevos descubrimientos, e inmediatamente se fletó la armada de Vicente Yáñez Pinzón, que salió en diciembre de 1499, y llegó a la costa brasileña, cerca del sitio en donde está Pernambuco. El viaje de Pinzón es muy notable, porque, al atravesar la línea ecuatorial de sur a norte, a una gran distancia de la costa, encontró que el agua era dulce, y procurando averiguar la causa de ese hecho extraordinario, descubrió la boca del gigantesco Amazonas, de más de treinta leguas de ancho, que arroja al mar sus aguas por una distancia no menos grande, sin que se confundan con las del Océano. Pinzón visitó la costa de las Perlas, y con pérdida de dos de sus naves en una tempestad, se dirigió a la isla Española. En septiembre de 1500 había terminado su viaje y llegaba a España.

Entre la salida y la vuelta de Pinzón, Diego de Lepe hizo un rápido viaje, que comenzó en enero y acabó en junio de 1500. Llevaba sólo dos carabelas. Dobló el cabo de San Roque, y siguió la costa, aproximadamente hasta los 10° de latitud sur.

Rodrigo de Bastidas, notario en Triana, capituló para el descubrimiento en 5 de junio de 1500, y se concertó con Juan de la Cosa que, según Las Casas, «era por entonces el mejor piloto». Salió de Cádiz en octubre, y llegó a la isla Verde, entre la Guadalupe y la Tierra Firme. Después de reconocer el golfo de Venezuela y las tierras situadas al sur y oeste de Coquibacoa, pasó del cabo de la Vela punto terminal del viaje de Ojeda, y recorrió una línea de ciento cin,

una mezcla del primero y segundo viaje de Vespucio. La existencia del Vespucio apócrifo de la carta a Pier Francesco de Medici, publicada por Bandini en 1745, es otro factor de errores que han llevado la confusión a espíritus de primer orden. Por último, el voluntario silencio de Ojeda, debido a consideraciones de orden político, contribuyó a desviar el criterio de los historiadores. Efectivamente, a Ojeda se le había castigado por entrar en la zona portuguesa, y prefería callar para que sus palabras no atrajesen dificultades diplomáticas a la Corona y una pena rigurosa sobre la cabeza del explorador. Hay que tomar, pues, como base la relación de las *Cuatro Navegaciones*.

cuenta leguas al sudoeste. Bajó por las costas de Santa Marta, estuvo frente a las costas del gran río de la Magdalena, descubrió la bahía de Cartagena y las islas de Bará y San Bernardo, la Fuerte y la Tortuguilla. Después de pasar por la desembocadura del río Sinú, penetró en la gran Caleta de Urabá, y doblado al cabo del Tiburón, llegó al de San Blas, de donde tomó la dirección del oeste, hasta tocar en el puerto del Retrete y Nombre de Dios. Taladrados los navíos por la broma, la expedición tuvo que encaminarse a la isla Española, suspendiendo sus descubrimientos, y tomó, en efecto, aquel rumbo, pero se detuvo en Jamaica. Después de muchos contratiempos y peligros, y de perder todos los navíos que llevaba, el jefe de la expedición fué aprehendido en la isla Española, acusado de tratos mercantiles ilícitos con los naturales. En septiembre de 1502, volvió a España para la sustanciación de su causa, que le fué favorable (1).

Aunque no relacionados con estos viajes, los de Juan Caboto tienen una importancia capital para la inteligencia del tercer viaje de Américo Vespucio, considerándolo como punto de partida en la revolución de las ideas geográficas a que se ha hecho referencia. Juan Caboto nació en Génova, y vivió quince años en Venecia, donde se casó y tuvo cuatro hijos, uno de los cuales fué el célebre Sebastián. Sabemos que en 1476, Juan Caboto era ciudadano de Venecia, y que en 1490 era vecino de Bristol, Inglaterra, centro de las pesquerías que operaban en Islandia. Diez años antes de que Juan Caboto se trasladara a Bristol, ya expedicionaban los navegantes ingleses en busca de la fabulosa isla del Brazil, que se creía situada al oeste de Irlanda. Según Pedro de Ayala, embajador de España en Londres, se habían reanudado esas expediciones a instancias de Caboto, no sólo en busca del Brazil, sino de la Antilia (2).

Después del primer viaje de Colón y de haber llegado éste a las

(1) Navarrete: Obra citada, tomo III, págs. 4-28.

(2) H. Harrisse: *Jean et Sébastian Cabot.* París, 1882; pág. 213.—Fiske: Obra citada, tomo II, págs. 2 y siguientes.

costas de China, según las noticias dadas por los contemporáneos, se propuso al rey de Inglaterra un viaje semejante. En marzo de 1496, los Reyes Católicos dieron instrucciones a su embajador en Inglaterra a fin de que expresase la oposición de los Soberanos a toda empresa que cediese en detrimento de los derechos de España y Portugal; pero ya el rey de Inglaterra, Enrique VII, había autorizado a Juan Caboto y a sus tres hijos para que saliesen hacia el oriente, el norte o el occidente, en cinco barcos, y descubriesen «islas, países, regiones o provincias de paganos en cualquier parte del mundo» (1). Fiske supone que si se excluyó el sur fué precisamente para evitar conflictos con los reyes de España y Portugal. La expedición se hizo en una sola embarcación, con diez y ocho tripulantes, y salió de Bristol en mayo de 1497. Volvió en julio, y en agosto Enrique VII daba diez libras a Caboto para celebrar el descubrimiento de la nueva isla. ¿Qué isla? ¿La del Brasil y Siete Ciudades? O no era isla acaso, sino la tierra del Gran Khan. El diplomático veneciano Lorenzo Pasqualigo escribía, con fecha 23 de agosto de 1497, que los ingleses habían hecho gran Almirante a Caboto, y que estaban locos por él.

La segunda expedición de Caboto, salió de Bristol en abril de 1498. Constaba de cinco o seis navíos, y exploró una parte de la costa, acaso en busca de Cipango. Lo único que se sabe de esta expedición es que se esperaba el regreso de Juan Caboto para septiembre, según carta del embajador de España escrita, en julio. Una de las embarcaciones, muy maltrecha por las tempestades, se refugió en Irlanda. A falta de noticias ciertas, es de suponer que Juan Caboto murió en alta mar, y que su hijo Sebastián volvió a Inglaterra con el mando.

La ruta y las tierras descubiertas por Caboto en su primer viaje, son conocidas sólo de un modo conjetural, y todos los datos relativos se reducen a una carta que escribió en Londres Raimundo de Sancino, dirigida al duque de Milán, con fecha 18 de diciembre

(1) Harrisse: Obra citada, pág. 322.

de 1497. Según esta carta, Caboto salió de Bristol, y apartándose de las costas de Irlanda, tomó rumbo hacia el norte. Una vez tocado el paralelo que se proponía seguir, emprendió la travesía directa, según se acostumbraba entonces. Así descubrió la tierra firme, probablemente el Labrador. Para el regreso, probablemente bajaría hasta el paralelo del canal de la Mancha, y de allí se encaminaría hacia el oriente. El veneciano Pasqualigo informaba que Caboto anduvo setecientas leguas para llegar a tierra firme, y que en ésta visitó trescientas leguas de la costa del Gran Kan.

Sobre el segundo viaje de los Cabotos, nos queda el testimonio del mapa de Juan de la Cosa. No se sabe, sin embargo, si la costa que figura en ese mapa es la del continente dentro del golfo de San Lorenzo, o la parte sur de Terranova (1).

El rey de Inglaterra creyó conveniente suspender los descubrimientos, considerando tal vez negativos los resultados. Caboto no había encontrado el oro de Cathay. Además, las pesquerías, de las que se dió cuenta, presentaban entonces atractivos acaso menores que las de Islandia. Pero fuera de esto, Inglaterra no se atrevía a entrar en conflicto con España, y pasaron tres cuartos de siglo antes de que los viajes de Caboto fueran un título en manos de los reyes de Inglaterra para iniciar la lucha secular de los anglosajones contra España en las costas del continente que todavía en tiempo de Caboto carecía de existencia como unidad geográfica.

Portugal, entretanto, había vuelto a ser de nuevo centro de las más activas empresas. Al rey Don Juan II sucedía, en 1495, el rey Don Manuel. Ya hemos visto que Vasco de Gama encontró la ruta de las Indias en 1499, y que Álvarez Cabral, alejándose de las costas de Guinea, según las indicaciones de Gama, atravesó el Océano Atlántico en su menor extensión y llegó casualmente al Brasil por apartarse de las calmas africanas. Los dos hermanos Gaspar y Mi-

(1) Fiske: Obra citada, tomo II, págs. 9-16.

guel Corterreal hicieron varias expediciones hacia el noroeste, que llamaba la atención de los portugueses. Gaspar Corterreal visitó dos veces por lo menos las costas del Labrador, y en el último de sus viajes sólo volvieron dos de las embarcaciones que llevaba. El jefe se perdió, y su paradero quedó ignorado. Miguel Corterreal salió en busca de su hermano, el 10 de mayo de 1502, y tuvo la misma suerte, pues volvieron dos de las embarcaciones y él se perdió con la otra.

En una carta de Alberto Cantino, agente del duque de Ferrara, Hércules de Este, escrita con la fecha del 17 de octubre de 1501, se habla de las expediciones de Gaspar Corterreal. Tan interesado estaba Cantino en las exploraciones, que ordenó la formación del mapa a que se ha hecho referencia, y lo llevó consigo a Italia en el otoño de 1502 (1). Tiene de notable este mapa el trazo del meridiano de la división decretada por el Sumo Pontífice para señalar las respectivas esferas de influencia de los tronos de España y Portugal; pero, sobre todo, es digno de atención el conocimiento que se tenía de la costa floridense, lo que indica una actividad asombrosa en las exploraciones, no recogida por la historia oficial.

La costa de Terranova aparece con el nombre de *Tierra del Rey de Portugal*. Groenlandia, ubicada también dentro de la zona portuguesa, tiene un contorno de extraordinaria exactitud. En ese mapa se encuentra por primera vez el nombre genérico de Antillas, para la designación del gran grupo de islas oceánicas.

Las tierras del sur, visitadas por Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe, están asimismo divididas por el meridiano de la demarcación pontificia.

Tales eran las expediciones que se habían hecho a los nuevos países y la constancia cartográfica que de ellos quedaba en los días del tercer viaje de Américo Vespucio, viaje que, como ya se ha dicho, fué el punto de partida de una nueva concepción.

(1) El dibujante cobró doce ducados de oro por su trabajo.

CAPÍTULO X

El estrecho meridional.

El arribo de Álvarez Cabral a las costas del Brasil el 22 de abril de 1500, y su toma de posesión de la tierra en Porto Seguro, a los 16° 30′ de latitud meridional, fué un acontecimiento fortuito, pero preñado de consecuencias históricas. Lisboa se estremeció con la noticia de que era portuguesa la *Tierra de los Pericos* o de *Santa Cruz* (1). El rey Manuel quiso explorar un país cuya costa se hallaba sólo a diez grados de las islas de Cabo Verde, y que parecía indicado como escala segura para la ruta de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. El rey buscaba hombres capaces para esta exploración, y uno de los solicitados fué Américo Vespucio. En los últimos meses de 1500, Vespucio entró al servicio de Portugal.

Es notable su viaje del 14 de mayo de 1501 al 7 de septiembre de 1502:

1.° Como una proeza de navegación.

2.° Porque fué la primera gran exploración geográfica que alteró las nociones tradicionales.

3.° Por su resonancia.

(1) Robertson y Harrisse han hecho ya la observación de que Álvarez Cabral no debe figurar entre los sucesores o continuadores de Colón, y que su viaje demuestra la necesidad histórica del descubrimiento de América. Fiske observa, además, esto: Cabral no figura en la serie iniciada por Colón, sino en la de Bartolomé Díaz y Vasco de Gama, de Lanzarote y Gil Eneas. América tenía que ser un descubrimiento africano.



Carta de Lorenz Friess (1504).

La carta de Vespucio a Lorenzo de Piero, hijo de Pier Francesco de Medici, debe de haberse escrito entre el 7 de septiembre de 1502 y el 20 de mayo de 1503, día de la salida de Vespucio para el cuarto viaje, pues cuando volvió de este último, el día 18 de junio de 1504, ya Medici tenía más de un año de muerto. Vignaud cree que esa carta se publicaría probablemente durante el mismo año de 1503, o, a más tardar, en los primeros meses de 1504. Harrisse fija como límites los años de 1502 y 1508 (1).

Hay otra narración auténtica de este viaje en las *Cuatro Navegaciones*. La primera es más minuciosa en los datos etnográficos; la segunda, en los geográficos. Hay ciertas diferencias entre los datos de uno y otro documento, pero esas diferencias son de poca importancia, y se explicarían tal vez por errores de copia o traducción (2). El último punto de África que tocaron los expedicionarios fué el cabo Verde, a los 14° 43′ 5″ de latitud norte. Después de una penosísima navegación de sesenta y siete días hacia el sudoeste, encontraron la *Tierra de Santa Cruz*, el 17 de agosto, o el 7, punto que deja oscuro la diferencia, acaso de copia, entre ambos textos. Los expedicionarios tenían por seguro que Santa Cruz no era isla sino continente. Estaban a 5° de latitud sur, o sea por el cabo de San Roque. De allí se dirigieron a otro punto que llamaron cabo de San Agustín, y que está a 8°. Era el cabo que en las relaciones de Vicente Yáñez Pinzón lleva el nombre de Santa María de la Consolación. La costa que entre San Roque y San Agustín se inclina hacia el sudeste, después de San Agustín se inclina hacia el sudoeste. El 1.° de noviembre se tocó la que designaron con el nombre de *Bahía de Todos los Santos*, convertido por el traductor italiano en *Abadía de Todos los Santos (Vadia di tucti e Sancti)*. Siguiendo por el mismo rumbo, cruzaron el trópico de Capricornio, bajaron hasta los 33° de latitud, y es de su-

(1) Vignaud: Obra citada, pág. 6.

(2) Así, la fecha de la salida es del 10 de mayo en la *Lettera* y del 14 en el *Mundus Novus*.

poner que en los primeros días de enero —el primero dicen algunos— llegaron a la profunda y hermosísima bahía que, tomada por estuario, fué designada y es conocida con el nombre de *Río de Janeiro*.

¿Hasta dónde siguieron la costa? ¿Sería hasta el 41° o hasta el 50°? ¿Descubrieron el Río de la Plata? Cuando vemos las incertidumbres que dejan las narraciones de todos los viajeros, no nos maravilla esta imprecisión. En todo caso, Vespucio se desvió de la costa, y tomó el rumbo del sudeste. Una de dos: o bien quería sólo salir de la zona de los reyes de España, a la que entraba por la inclinación de la costa, o se proponía descubrir el Continente Antártico —el *Nuevo Continente*.

El 15 de febrero se apartó de la costa, y el 7 de abril, después de cuatro días de tempestad, descubrió una tierra inhabitable, a causa de su aridez y de su clima. Los geógrafos no están de acuerdo para la identificación de esta tierra. Alguno de ellos cree que era tal o cual de las islas Malvinas; otros, que era la Georgia. No falta quien asegure que era la Patagonia (1).

De esa costa indeterminada e indeterminable, los expedicionarios se hicieron a la vela para la de África. El 10 de mayo llegaron a Sierra Leona, y el 7 de septiembre, a Lisboa.

Vespucio termina la narración de este viaje en la versión del *Mundus Novus*, diciendo: «Me propongo hacer un cuarto viaje. Estoy en tratos para esto, y ya tengo la promesa para dos navíos con sus respectivos armamentos para ir a buscar nuevos países en el sur, aprovechando el viento llamado de África que sopla del oriente. Pienso hacer en ese viaje muchas cosas para la gloria de Dios, para bien del Reino y para ganar honores en mi vejez. Sólo espero la venia de nuestro serenísimo Rey.»

Y en la narración del cuarto viaje se expresa de este modo: «Partimos del puerto de Lisboa con seis buques de conserva, llevando el

(1) Vignaud: Obra citada, págs. 154-157.—Fiske: Obra citada, tomo II, Passim.

propósito de descubrir una isla llamada Malaca, que está hacia la parte del oriente, que, según se dice, es muy rica y forma el reparo de todos los buques del mar Gangético y del mar Índico, así como Cádiz sirve de escala a todos los navíos que pasan del levante al poniente, y del poniente al levante por la vía de Calicut. Esta Malaca está más al occidente que Calicut, y alcanza una latitud meridional mucho más elevada, pues sabemos que se halla en una región situada a 33° del polo antártico.»

La expedición —que se cree identificar con la de Gonçalvo Coelho— partió el 10 de mayo o el 10 de junio de 1503, y se dirigió hacia el cabo Verde, en donde el comandante quiso hacer el reconocimiento de Sierra Leona. Esto trajo conflictos con los que pensaban ir a Malaca, y resuelta la dificultad mediante la renuncia del plan de reconocimiento de Sierra Leona, la expedición atravesó el Océano. Llegó a una isla muy fértil y poblada de pájaros, situada a 3° 50′ de latitud meridional. El hombre no había puesto el pie en aquella isla, o había estado muy pasajeramente en ella, pues los pájaros no demostraban temor. Descubierta por Vespucio, o por otro antes que él, ha sido identificada con la de Fernando de Noronha. Dividida la flota, una parte de ella llegó a Bahía (12° 58′), lugar ya descubierto en el viaje anterior. Después de esperar en Bahía dos meses a su capitán, Vespucio partió con las dos embarcaciones que llevaba, y surgió en un puerto, que se cree el de Cabo Frío. Allí permaneció cinco meses, construyó un fuerte, y dejó en él 24 hombres con 12 piezas de artillería. Vespucio se dió a la vela para Lisboa, y llegó a este puerto el 10 de junio de 1504, con un cargamento de madera de brasil. Coelho, par su parte, volvió también a Lisboa con madera, monos y loros (1).

Como se ve, el cuarto viaje de Vespucio es una mera repetición truncada del tercero. Para la historia de la geografía no tiene la im-

(1) Según Hugues, Vespucio partió de Lisboa el 15 de agosto de 1503, y regresó al mismo puerto el 18 de junio de 1504. Véase *Raccolta Colombiana: Fonti*, vol. II. pág. 128.

portancia del anterior sino en el dato inicial del deseo de buscar la vía hacia las Molucas o Malaca.

Dos eran las concepciones geográficas de Vespucio que nos interesan particularmente para la historia del movimiento de las ideas:

1.ª La existencia de un continente desconocido de los antiguos, o sea de una tierra meridional que constituía la Cuarta Parte del mundo.

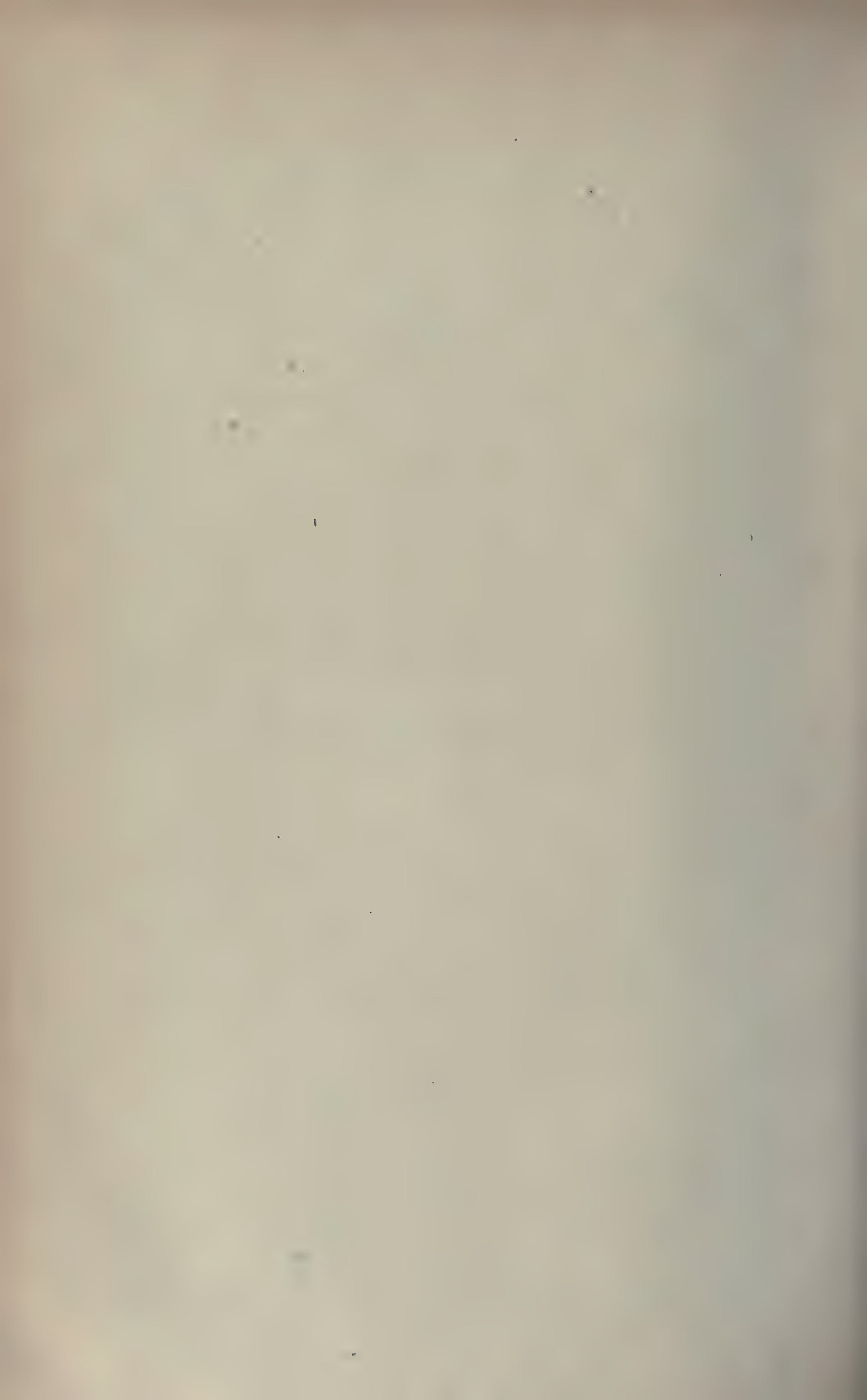
2.ª El aislamiento de esta Cuarta Parte respecto del continente antártico y la existencia consiguiente de una vía para la parte meridional del Asia.

Esto último no implicaba por fuerza, ni podía implicar la adivinación del Océano Pacífico, tanto más cuanto que la tierra de la Santa Cruz se encuentra en un plano muy anterior con relación a las costas de Méjico. Decir paso a las Indias, no era forzosamente reconocer, anticipar o adivinar —que a esto último habría equivalido— la existencia de una extensión oceánica entre el plano de las tierras descubiertas por Colón y el plano de las islas que buscaba Vespucio. Éste se proponía únicamente dar vuelta por el sur a la tierra que acaso cerraba el paso por el norte.

¿Pero efectivamente creía Vespucio que era un obstáculo la prolongación boreal de la Tierra de Santa Cruz? ¿O creía simplemente que el paso estaba más indicado por el sur? A lo que parece, Vespucio no se dejaba llevar de una mera curiosidad geográfica, sino de ideas esencialmente utilitarias. Conocía la Tierra de Gracia y la había recorrido, llegando hasta el cabo de la Vela. No podía prejuzgar sobre un hecho que sólo revelaría más tarde la cotejación exacta del viaje de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa con el cuarto viaje de Colón, es decir, si había o no había paso a las Indias al occidente del cabo de la Vela. Pero aun suponiendo que, prolongada la línea de navegación al occidente del cabo de la Vela, apareciese expedita la vía a Malaca, Vespucio no podía continuar bajo bandera portuguesa los descubrimientos que había hecho en su segunda navegación

para los Reyes Católicos. Yendo por el sur, en la línea del cabo de Buena Esperanza, no sólo se obtenía la dirección recta hacia tierras que él situaba muy al sur, sino que en el contorno del Nuevo Continente aprovecharía un mar libre. Evidentemente, podría plantearse la cuestión jurídica de la prolongación del meridiano de separación de la zona española y portuguesa. ¿Era lícito para el rey de Portugal navegar por el sur de la tierra de Santa Cruz? Tal vez surgiría la cuestión a consecuencia de la navegación directa entre el cabo de Buena Esperanza y la Malaca que buscaba Vespucio en el mismo paralelo, siguiendo el viento de África. Pero la cuestión sería en todo caso la de la duda interpretativa y no la del atentado, como en el hecho de un navegante portugués que entrase en el mar interior situado al norte de la Tierra Firme.

Este era el orden de ideas del rey de Portugal. Pronto siguió otra expedición a la de Vespucio; pero el viaje del explorador portugués Jaques ha dejado escasísimos datos. Sólo se sabe que costeó la Patagonia hasta los 52°, y se supone que vió el estrecho de Magallanes.



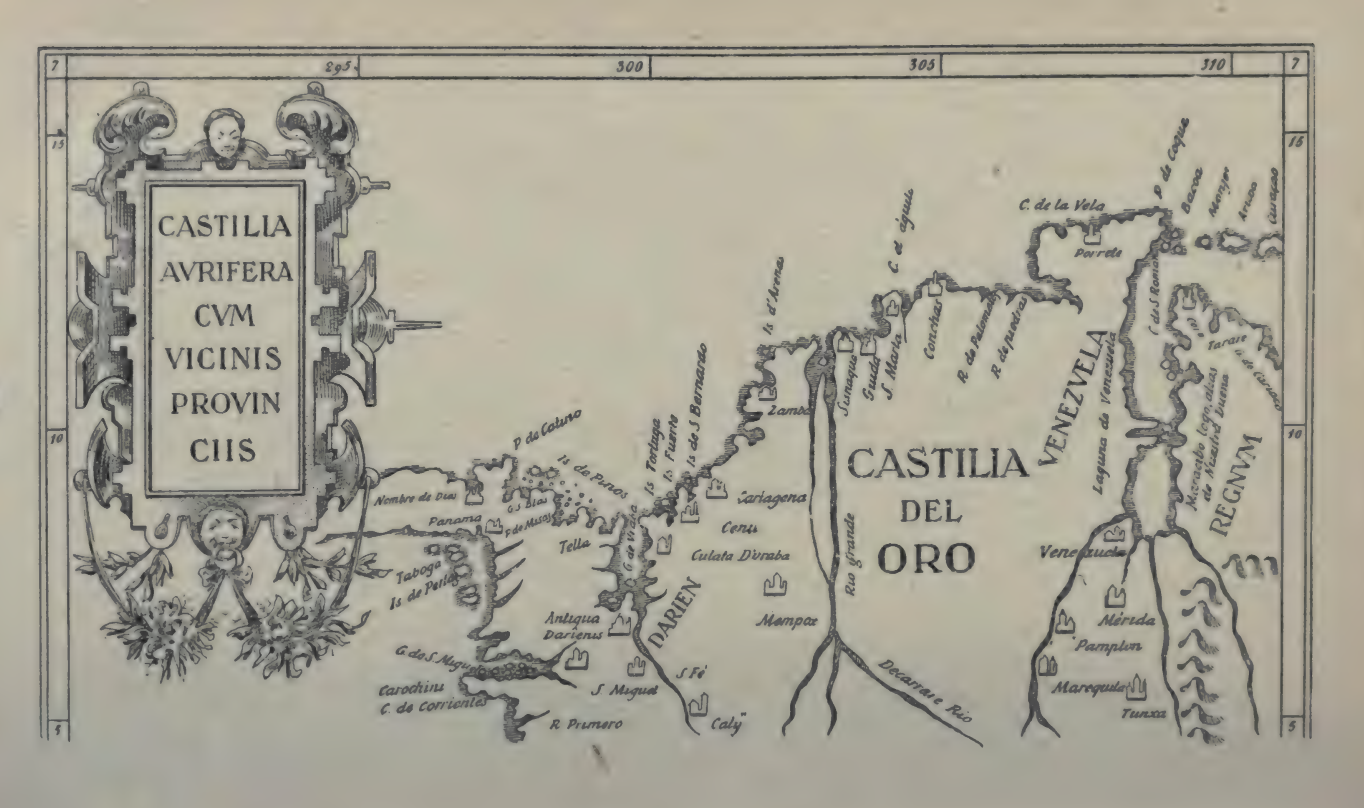
TERCERA PARTE

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA Y EL MAR DEL SUR

CAPÍTULO ÚNICO

Castilla del Oro.

Se dijo ya que Vespucio volvió de Portugal a España en diciembre de 1504. También queda dicho que en diciembre vió a Colón en Sevilla. De allí pasó a la corte. Entre los meses de mayo y diciembre, hizo su quinto viaje, acompañado de Juan de la Cosa. Buscaba la vía para Malaca, o llegar a los países de que Colón creyó estar tan cerca durante su cuarto viaje. La Cosa y Vespucio subieron por el río Atrato, y encontraron oro, así en las arenas arrastradas por la corriente como en los lugares próximos. El oro del Darién y las perlas de la costa del mismo nombre, tentaron a los dos expedicionarios para otro viaje, que realizaron entre marzo y noviembre de 1507. Fué tan fructuoso como el anterior; pero Vespucio pensaba siempre en las tierras de la Especería. No salió de nuevo en busca de ellas, por haber sido nombrado piloto mayor de España, en tanto que La Cosa recibia el título de alguacil mayor de la provincia que habia visitado con Vespucio en dos ocasiones, y que debia llamarse Castilla del Oro.


CASTILIA
AVRIFERA
CVM
VICINIS
PROVIN
CIIS
CASTILIA
DEL
ORO
VENEZVELA
DARIEN
REGNVM
Laguna de Venezuela
C. de la Vela
Rio grande
Cartagena
Nombre de Dios
Panama
Tella
Culata D'uraba
Mompox
Zamba
Conchas
S. Marta
Mérida
Pamplon
Marequita
Tunxa
Venezuela
Decarrae Rio
R. Primero
C. de Corrientes
S. Miguel
Is de S Bernardo
Is Tortuga
Is Fuerte
Is d' Arena
P de Catino
Is de Pinos
Antiqua Darienis
Taboga
Is de Perlas
Porrete

Los otros dos grandes navegantes de España, Pinzón y Solís, hicieron un viaje en cierto modo estéril, pues pasaron frente al Río de la Plata sin verlo, aunque llegaron hasta el Colorado, a 40° de latitud. Pinzón desaparece entonces de la historia geográfica, y Solís, sucesor de Vespucio en el puesto de piloto mayor, a la muerte del cosmógrafo florentino, emprende su último viaje en octubre de 1515, para ir a perecer oscuramente en el Río de la Plata, a manos de los naturales. La Cosa había acabado trágicamente su carrera en el Darién, como después veremos, y el superviviente de una época de actividad y gloria, Pinzón, ennoblecido en 1519, vivía ya sólo como representante olvidado de otra generación.

* * *

Había pasado el segundo de los períodos en que se divide el descubrimiento del Nuevo Mundo. El primero fué abierto por Colón al difundirse en Europa la noticia de su primer viaje, y quedó cerrado cuando Vespucio anunció en el *Mundus Novus* la existencia de la *Quarta Pars*, desconocida de los antiguos. El segundo período, que llenan las últimas exploraciones de Pinzón y Solís, Vespucio y La Cosa, es de transición, de incertidumbre, y más bien de germinación de nuevas ideas que de revelación de hechos nuevos. El tercer período se abre cuando, muertos Colón y La Cosa, y en el mismo año de la desaparición de Vespucio, faltando ya poco para que Juan Díaz de Solís también abandonase la escena, de la que se apartaba fatigado o decepcionado Vicente Yáñez Pinzón, un aventurero desconocido, un emigrante famélico, va a hacer la revelación de un mar desconocido como él, y sea dicho sin retórica, grande como él; la revelación de un mar que pocos años después, abriendo el cuarto período, cruzaría el más audaz de los navegantes en el más extraordinario de los viajes que refiere la historia. Esos dos hombres representativos de esos dos períodos

son Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, y Fernando de Magallanes que surcó la extensión del mar ignoto en una travesía estupenda.

* * *

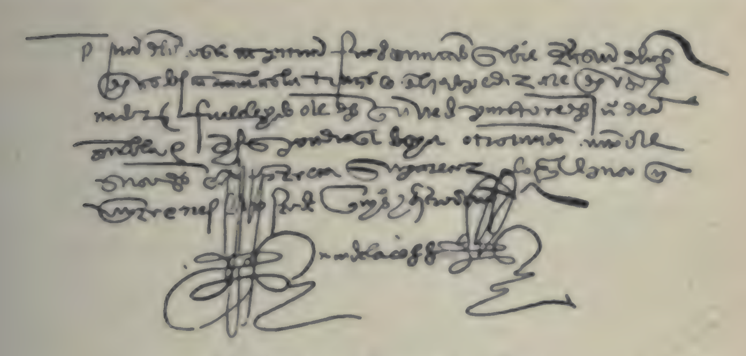
Como consecuencia de los descubrimientos de La Cosa y Vespucio en el istmo, la Corona resolvió colonizar esa región aurífera. El territorio fué dividido en dos provincias: una era la de Veragua, cuya gobernación se encomendó a Diego de Nicuesa; la otra, Castilla del Oro, puesta bajo el cuidado de Alonso de Ojeda. La expedición unida de los dos gobernantes debía salir de la isla Española en el otoño de 1509; pero Ojeda emprendió el viaje sin su rival y compañero, que había quedado detenido por deudas.

Una de las causas del fracaso de esta tentativa colonizadora, que no será estudiada aquí sino en su aspecto de ocasión para nuevas exploraciones, era la falta de una base de aprovisionamiento. ¿Lo sería la isla de Jamaica, o la Española? En todo caso, D.ª Diego Colón tenía que contrariar a los dos fundadores, y levantar su autoridad parasitaria, absurda, de heredero, frente a la de los hombres que intentaran una creación original, para la que habían menester todas las facilidades posibles. Don Diego Colón se levantaba, sobre todo, contra la concesión de Nicuesa, cuyo territorio llegaba hasta el cabo de Gracias a Dios, en violación evidente de los derechos de su padre el Almirante.

Alonso de Ojeda partió, como se dice arriba, e hizo un desembarco imprudente con 70 hombres. Casi todos fueron heridos por los indígenas. Ojeda escapó milagrosamente al efecto de las flechas envenenadas que le atravesaron el cuerpo, y más milagrosamente aún, al peligro de caer en manos del enemigo, ocultándose en la espesura de la selva. Después de permanecer abandonado largo tiempo, y ya sin esperanza de sobrevivir, fué recogido y llevado a bor-

do (1). La Cosa quedó entre los muertos, y cuando se encontró su cadáver, ya estaba horriblemente desfigurado por el veneno de las flechas con que fué herido en el combate.

Nicuesa pasó por Castilla del Oro, y ayudó a Ojeda, no obstante los odios que había entre ambos. La fundación de Ojeda en Urabá no



Autógrafo de Juan de la Cosa

prosperó, ni era posible que prosperara teniendo muchos elementos en contra y bien pocos que lo favorecieran. Valiéndose del navío de un pirata llamado Bernardino de Talavera, Ojeda se dirigió a la isla Española para buscar nuevos recursos. Pasó muchos contratiempos, y, dominado por las fuerzas de la adversidad, le fué imposible recuperar su perdido ascendiente. Cinco años después, moría en la isla Española, pobre, amargado por los desengaños y desautorizado. Su colonia, que al partir él quedó bajo el mando de Francisco Pizarro, futuro descubridor y conquistador del Perú, fué un fracaso lamentable.

Mientras Ojeda se dirigía de Castilla del Oro a la Española, y naufragaba al pasar por Cuba, dos embarcaciones que mandaba el bachiller Fernández de Enciso se dirigían a San Sebastián, centro de la colonia de Ojeda, para hacer una entrega de provisiones. Fernán-

(1) En el libro de las conquistas se narrará lo relativo a la resistencia física y moral de Ojeda, que parecería inverosímil en una novela.

dez de Enciso era socio de Ojeda, y con ese carácter iba a Castilla del Oro. En la expedición de Enciso, oculto dentro de un fardo o de un barril, viajaba un joven insolvente, que, como tal, no reunía las condiciones necesarias para formar parte de la nueva colonia. Este joven era Vasco Núñez de Balboa, futuro descubridor de la Mar del Sur. Se dice que cuando salió Balboa de su escondite, Enciso estuvo a punto de abandonarlo en un paraje desierto. La anécdota es acaso legendaria.

Enciso encontró a Pizarro y a sus compañeros en el sitio donde está actualmente Cartagena, y supo que los colonos habían salido de San Sebastián en un pequeño bergantín, desesperados por falta de noticias de Ojeda, y, sobre todo, por no recibir elementos de vida para sostenerse. Unidos los de Pizarro y los de Enciso, se dirigieron todos hacia el golfo de Urabá. Por consejo de Balboa, la colonia se trasladó a la parte occidental del golfo, y así fué fundada Santa María del Darién, que estaba evidentemente dentro del territorio de Nicuesa.

Fernández de Enciso era hombre de letras, notable posteriormente como autor de una *Suma Geográfica*, primera obra de ese género que se publicó acerca del Nuevo Mundo. El culto jefe carecía tal vez de la energía necesaria para sobreponerse a la gente de su mando, y ésta lo desposeyó. Tuvo que pensarse en elegir un sucesor. ¿Sería Nicuesa? La elección de Nicuesa parecía la única legal, puesto que, fracasados los intentos de colonización en el territorio de Ojeda, ausente éste, desposeído su socio Enciso y refugiados todos los colonos en el territorio de Nicuesa, a nadie sino a él debería corresponder el mando. Pero Nicuesa no estaba en aquel sitio, y era preciso que alguien, no como sucesor de Ojeda y de Enciso, sino como teniente de Nicuesa, asumiese la dirección y la responsabilidad de la colonia. No fué Pizarro, jefe anterior del grupo, quien tomó a su cargo el primer puesto. Se confió la jefatura de los colonos al joven que formaba parte de ellos por un acto tan irregular como era el de

haberse metido furtivamente a bordo de una de las embarcaciones de Enciso.

Entretanto, Nicuesa fracasaba más lamentablemente que Ojeda y que Pizarro. Había salido de la isla Española con 700 hombres, y no le quedaban sino 70 en el fortín del Nombre de Dios. Las regiones bajas y tropicales eran implacables devoradoras de carne española. La situación de aquellos 70 infelices llegó a ser desesperante. El arribo de Rodrigo de Colmenares con víveres, no la alivió, sino muy temporalmente, y los desalentados colonos del Nombre de Dios resolvieron partir para el Darién aceptando la invitación de que era portador el mismo Colmenares. Lo hicieron, en efecto, a bordo de dos carabelas. Una de ellas, la que llegó primero a Santa María, hizo saber a los colonos del Darién, que el primer acto de Nicuesa seria intervenir en la administración del tesoro adquirido por los de Balboa, pues tenía el mando supremo en calidad de gobernador. Naturalmente, cuando llegó Nicuesa, refugiado y con pretensiones de jefe, los colonos se negaron a reconocer una autoridad que había desaparecido por el fracaso de su empresa. Lejos de acatar las órdenes



San Cristóbal. Viñeta lateral del mapa de Juan de la Cosa.

del refugiado, resistencia que bien podía legitimarse, le impidieron que desembarcara, y aun le obligaron a partir con 17 individuos que reconocían en él al primero y único jefe de la colonia. La carabela de Diego de Nicuesa se perdió, y no volvió a tenerse noticia de los desdichados que viajaban en ella. Vasco Núñez de Balboa fué posteriormente juzgado por la conducta que observó con Diego de Nicuesa, y el tribunal encontró justificada su conducta.

La situación se presentaba con carácter más delicado en lo relativo a Fernández de Enciso, como lo habría sido en el caso de Nicuesa, si éste no hubiera perecido. Enciso era letrado, estaba en la corte y hacía personalmente las gestiones de su causa. Balboa envió a un amigo suyo apellidado Zamudio, para que se oyese la voz de la defensa; pero prevalecieron las imputaciones de Enciso en el ánimo del rey Fernando.

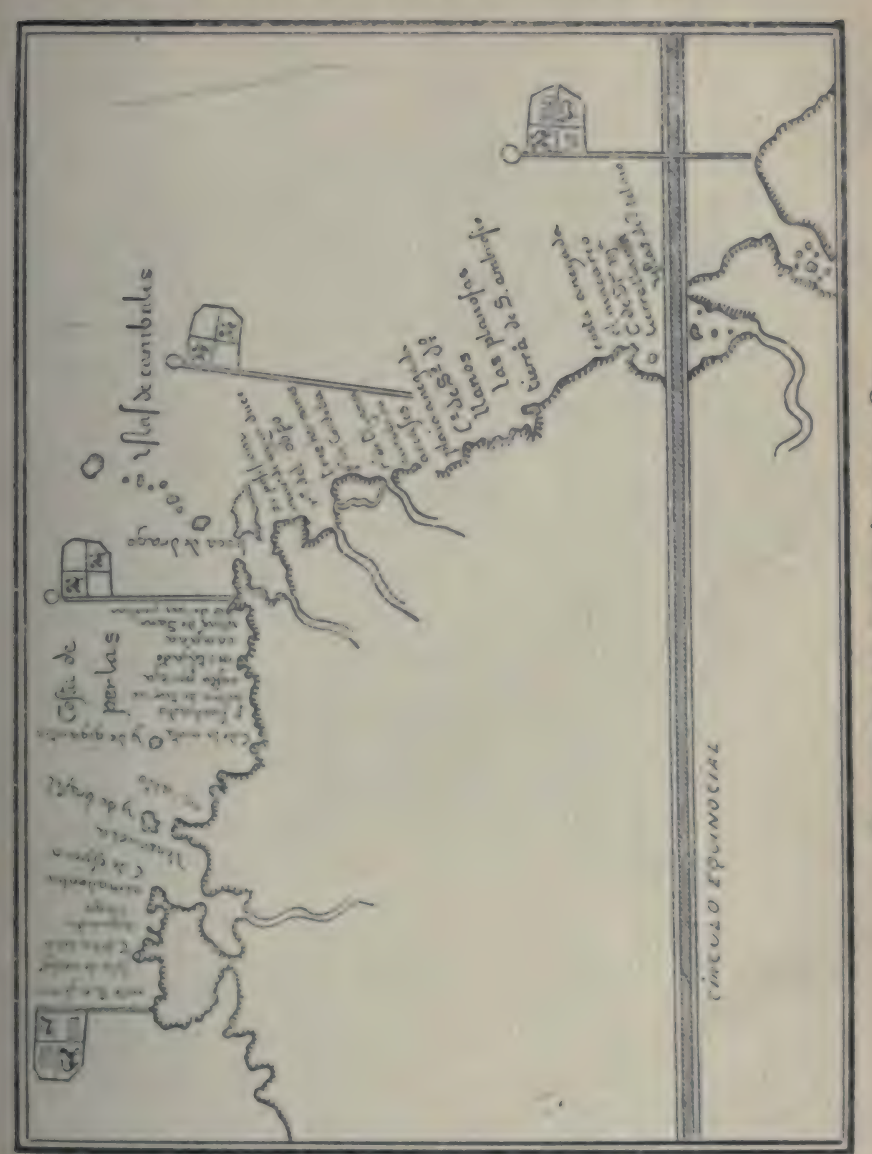
Fué una desgracia para la Corona que se ordenase la destitución de Balboa. El sucesor, Pedrarias Dávila, era hombre muy mediocre, en tanto que Balboa se destaca como una de las figuras más pujantes por el extraordinario relieve de su genio para la organización.

Balboa había formado un pacto con el cacique Careta, y tomó la hija de éste bajo apariencias que el cacique podía considerar como una alianza de matrimonio.

Después procuró y obtuvo la amistad de otro jefe llamado Comogre, cuyas tierras visitó. En la casa de éste encontró algo que semejaba un palacio. Pedro Mártir lo describe, y habla de pavimentos y artesonados, de graneros y bodegas, de alcobas y de una especie de capilla real, en la que se conservaban las momias de los antepasados. De toda esta magnificencia queda como realidad que Comogre tenía oro y que los españoles recibieron riquísimos presentes del cacique.

Viendo que disputaban por el oro, el hijo de Comogre dijo a Balboa y a Colmenares:

—Reñís por bien poco. Si es tanta el ansia que tenéis, y si por



Un fragmento del mapa de Juan de la Cosa.

la codicia habéis desamparado vuestra tierra, viniendo a inquietar las ajenas, provincia os mostraré donde podáis contentar este deseo.

Les habló de un cacique muy rico que residía a distancia de seis soles y del mar que estaba hacia el mediodía. En ese mar navegaban

mercaderes en barcas de remo y vela, poco menores que las de los españoles. Era el espejismo de Colón, y llevados por ese espejismo, los españoles descubrieron el Mar del Sur.

Balboa continuó sus exploraciones y conquistas por el istmo, hasta que el 25 de septiembre de 1513 apareció a su vista el mar de que le había hablado el hijo del cacique. El día 29, «Balboa, armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en otra una bandera en que estaba pintada una imagen de la Virgen, con las armas de Castilla a los pies, levantóse y empezó a marchar por medio de las ondas, que le llegaban a la rodilla, diciendo en altas voces:

—¡Vivan los Altos y Poderosos Reyes de Castilla! Yo, en su nombre, tomo posesión de estos mares y regiones...»

En la corte, como se ha dicho, tendían a prevalecer las acusaciones de Enciso contra Balboa. Sin embargo, la opinión empezó a ser favorable para el nuevo caudillo cuando se supo que había llegado más cerca que ningún otro de los aventureros al centro de las regiones auríferas. El último de los argumentos, el del oro, iba a ser decisivo en favor de Balboa; pero, desgraciadamente, naufragó el navío en que el nuevo capitán enviaba el quinto de la Corona. Sin ese naufragio, tal vez no se habría organizado con tanta solicitud la expedición de Pedrarias Dávila, destinada a entorpecer las empresas de Balboa.

Geográficamente, ver el Mar del Sur era sólo un primer paso. Había que buscar los secretos de ese mar en el golfo de San Miguel. Balboa, lleno de recursos geniales, construyó para ello las piezas de cuatro bergantines; las transportó a través del istmo; vió que no servían, y emprendió la obra de nuevo, hasta que el improvisado naviero queda satisfecho de ella. Organizó después una fuerza de trescientos hombres, y creía poder darse a la mar y descubrir los misterios de la costa que se extendía hacia el sur, cuando se vió detenido y aprehendido por Francisco Pizarro, en nombre del rey y de acuerdo con las órdenes del gobernador Pedrarias Dávila.



Viñeta central del mapa de Juan de la Cosa.

Juzgado como reo de infidelidad, Balboa fué sentenciado a muerte y decapitado en la plaza pública de Acla.

* * *

Indudablemente, Vasco Núñez de Balboa era un grande hombre. Como casi todos los grandes hombres, su obra ha sido ahogada en frases de admiración incomprensiva. Considerar valiosa la obra de Balboa no implica desvirtuarla, como lo ha sido. Para interpretarla

bien, debe subrayarse el hecho de que el Océano Pacífico no fué descubierto en un solo acto. No lo fué al ver Balboa desde una altura ese mar desconocido. No lo fué en el acto simbólico de la toma de posesión. Iba a serlo cuando Balboa emprendió su expedición, cuando fué detenido por el incapaz Pedrarias Dávila.

Es falsa toda simplificación de la historia que reduce sus acontecimientos a fechas. Entre Vasco Núñez de Balboa, que ve el Pacífico desde una altura del istmo, hasta Magallanes que lo cruza en toda su anchura, hay una gradación que tampoco se detiene en Magallanes, y que continúa hasta después de aquel momento célebre en la historia de la geografía, de que habla Oviedo: «... pues en lo que se sabe hay de tierra continuada desde el estrecho que descubrió el capitán Fernando de Magallanes, que está de la otra parte de la línea equinoccial, banda del polo antártico, hasta el fin de la tierra que se sabe, la qual la llaman del Labrador, que está a la parte del polo ártico o septentrión, andando lo que es dicho, costa a costa, son más de cinco mil leguas de tierra continuada, lo cual parecerá al lector cosa imposible aviendo respecto a lo que boja o tiene de circunferencia todo el orbe» (1). Ya veremos, en efecto, cuánto iba a tardar en ser tan conocida la parte occidental del continente como lo era la oriental, y cómo no podía darse por descubierto el Océano Pacífico, ni viéndolo desde la sierra del istmo, ni cruzándolo desde el estrecho de Magallanes hasta el mar de la China, sino cuando fuese conocida toda la costa occidental del Nuevo Mundo y encontrados los secretos de vientos y corrientes. La obra fué de tres siglos.

Hay que repetir esto, porque frecuentemente se tiene por descubierto el Grande Océano con todas sus consecuencias de claridad geográfica en el momento que lo vió Balboa desde una altura del istmo. No debemos omitir algo muy curioso. Antes de que fuese encontrado en el proceso de la exploración, ese Océano había llega-

(1) Oviedo: *Historia de las Indias,* lib. II, cap. I.

do a ser una necesidad para el espíritu de algunos geógrafos perspicaces, y tuvo existencia como concepción ideal. El mapa de Stobnicza, publicado en 1513, es un acontecimiento geográfico. Acaso en él

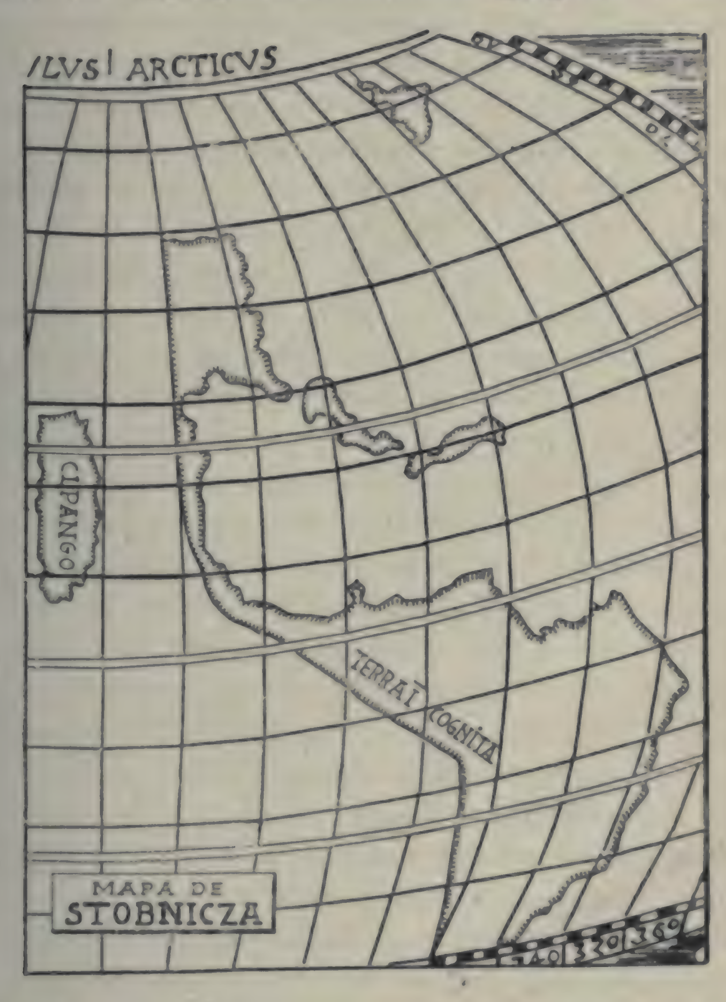


figura por primera vez la representación de un continente que se extiende desde las tierras descubiertas por Caboto hasta las que había visitado Vespucio en su tercera navegación. El continente aparece, es verdad, cortado en su parte occidental por líneas rectas que indican lo desconocido; pero hay un mar entre ese continente y Cipango.

El mapa es notable, sobre todo, por la coexistencia de una continuidad continental americana y de una continuidad marítima occidental que desprende totalmente el Nuevo del Viejo Mundo. Esta concepción geográfica no es, sin embargo, un progreso en las ideas dominantes. Aparece como una inspiración puramente individual que no ejerce influencia sobre los espíritus. Estos se inclinaron cada vez más a la concepción contraria de la dependencia geográfica del Nuevo Mundo, es decir, a la negación de la existencia de un Mundo Nuevo, en el sentido de la carta de Stobnicza. Para demostrar esto, anticiparé una explicación que será desarrollada ulteriormente. A medida que fué siendo conocido el Nuevo Mundo, se confirmó el hecho del aislamiento de la parte meridional, respecto del continente asiático, y se notó a la vez que en su parte septentrional, menos conocida y menos poblada, había una dirección de la línea continental que era de segura aproximación entre las tierras asiáticas y las nuevamente descubiertas. De allí que cuando ya estaba perfectamente establecida la continuidad de los dos continentes americanos, el del norte era con frecuencia considerado a su vez como una mera prolongación del de Asia. La concepción de Cristóbal Colón arraigó y tuvo una larga supervivencia, señal de que correspondía al conjunto de las ideas generales. ¿No en el siglo XVIII había quien asignara como límites de la California las tierras de esa Gran Tartaria de que hablaban Colón y el cura de Los Palacios en el siglo XV?

La obra de objetivación no se hizo siempre de oriente a poniente. Fiske llama la atención respecto de las exploraciones dirigidas en sentido contrario, es decir, en la misma Asia. «No fué tanto —dice Fiske— la breve ojeada de Balboa, cuanto el continuo avance de los portugueses hacia el este, lo que debemos considerar como principio de la revelación del carácter y extensión del mar situado al oeste del *Mundus Novus*. La llegada de los comerciantes portugueses al Océano Índico, fué la señal para la iniciación de una lucha encarnizada, a fin de lograr la conquista de la supremacía comercial. En todos

los puertos había árabes, o moros como decían los portugueses, confundiéndolos con los enemigos tradicionales. Además, los árabes eran dueños de todos los puntos de entrada y salida al Océano, y los portugueses comprendieron la necesidad de apoderarse de esos puntos. Desde el principio hubo hostilidad, y las guerras entre ambos pueblos constituyen uno de los capítulos más románticos de la historia. No sería fácil encontrar dos capitanes de percepción más rápida, de imaginación más fértil y de voluntad más indomable que Francisco de Almeyda y Alfonso de Alburquerque. El resultado de su obra fué la ruina del poderío arábigo en las Indias, y la fundación del gran imperio comercial que conservaron los portugueses hasta que les fué arrebatado por los holandeses. En la costa africana, desde Sofala hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb, los portugueses eran dueños de todas las escalas de comercio. Se apoderaron de la isla de Socotora, tomaron a viva fuerza las costas de Omán y de Makrar, capturaron la opulenta Ormuz y aseguraron la boca del Eufrates. Eran dueños de la costa occidental en la Península Índica, desde Bombay hasta el cabo Comorín, y se apoderaron de Maylapur y Negapatán en el Coromandel. Almeyda hizo una visita a Ceilán, en 1506, y la isla fué anexada después al Imperio portugués. En 1508, Sequeira avanzó hasta Sumatra, y en 1511 Alburquerque conquistó la famosa Malaca, puerta del Oriente. Esto abrió las *Tierras de la Especería*, y apenas se vió Alburquerque dueño de Malaca, envió a Antonio de Abreu y a Francisco Serrano para que visitasen amistosamente las Molucas, que eran las *Islas de las Especerías*, así designadas por antonomasia. La pequeña flota estuvo en Ambonia y en Banda, bajó por Java y pasó entre las Célebes y Flores. Al regresar, llevó un cargamento de clavo y nuez moscada. Seis años después, en 1517, Fernando de Andrade condujo el primer buque europeo que fué a China. Llegó a Cantón, y entró en relaciones comerciales con la ciudad amiga.

Estas expediciones acumulaban pruebas de que el continente asiático no se extendía hacia el oriente tanto como se había supues-

to, según Toscanelli y Colón. Una comparación de longitud entre las Molucas y la costa del Brasil, tenía que dejar establecida la gran distancia entre esas islas y ese país. Sin embargo, la teoría no avanzaba



El Tolomeo en 1513.

rápidamente y de un modo tan definitivo como lo suponemos, ateniéndonos a la representación de un mapa moderno. Había muchos hechos extraños y desconcertantes, y la extensión del Océano Pacífico escapaba a una comprensión que no fuese resultado de la experiencia» (1).

La gloria de esta prueba experimental debía corresponder al intrépido Magallanes.

(1) Fiske: Obra citada, tomo II, págs. 181-183.

CUARTA PARTE

LA EMPRESA DE MAGALLANES

CAPÍTULO PRIMERO

La ruta del Estrecho.

El portugués Fernando de Magallanes intentó al servicio de España lo mismo que Américo Vespucio había intentado al servicio de Portugal; pero Magallanes, reanudando la empresa del tercer viaje de Vespucio, había modificado el plan de éste. Vespucio buscaba un Oriente ignoto por un Occidente ignoto. Para Magallanes, el punto de llegada era conocido, y sólo desconocía el punto de partida. Magallanes, en efecto, no buscó el paso al sur de la tierra de Santa Cruz sino cuando ya le era conocido el término remoto adonde se dirigía. Por eso tal vez fué más admirable su proeza.

La vida de Magallanes no tiene oscuridades como la de Colón; es diáfana, pero de carácter novelesco. Su tipo es el de Ojeda; un Ojeda grave. Fué siempre un aventurero, en el sentido heroico. Nació en Porto, de padres nobles, pues eran *fidalgos de cota e armas*. Desde niño, Fernão Magalhaes, o Fernando Magallanes, como se le llamó por su nombre hispanizado, perteneció a la casa de la reina Leonor, esposa de Don Juan II. Tenía reputación de hombre instruído en las ciencias matemáticas y en la cosmografía. Muy joven aún, en marzo de 1505, formó parte de la expedición organizada bajo la



HERNANDO DE MAGALLANES
Cavallero Portugues. descubridor del
Estrecho de su nombre.

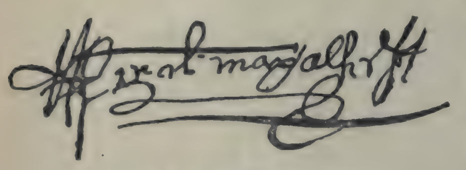
autoridad del virrey de las Indias, D. Francisco de Almeyda, y asistió al saco y destrucción de Quiloa. Un año después pasó a Sofala con Vaz Pereira. Sirvió a las órdenes de Alfonso de Alburquerque en la conquista de Malaca. En 1510 fué, en unión de Francisco Serrão, o Serrano, a servir de auxiliar en los planes de Sequeira, y tomó par-

te principal con Antonio Abreu y Serrano en el descubrimiento de las Molucas, empresas de que se ha hecho ya mención en un capítulo anterior. Abreu, que marchaba con Serrano, quedó separado de su compañero, y abordó en Banda; Serrano naufragó cerca de la isla de Lucopino, y de allí se dirigió a Amboina, en donde prestó servicios considerables a su patria. Invitado por el rey de Ternate, que estaba en guerra con el de Tidor, Serrano se estableció en la corte de aquél, donde permaneció más de nueve años, es decir, más del tiempo que habría de emplear Magallanes en la realización de su magna empresa geográfica.

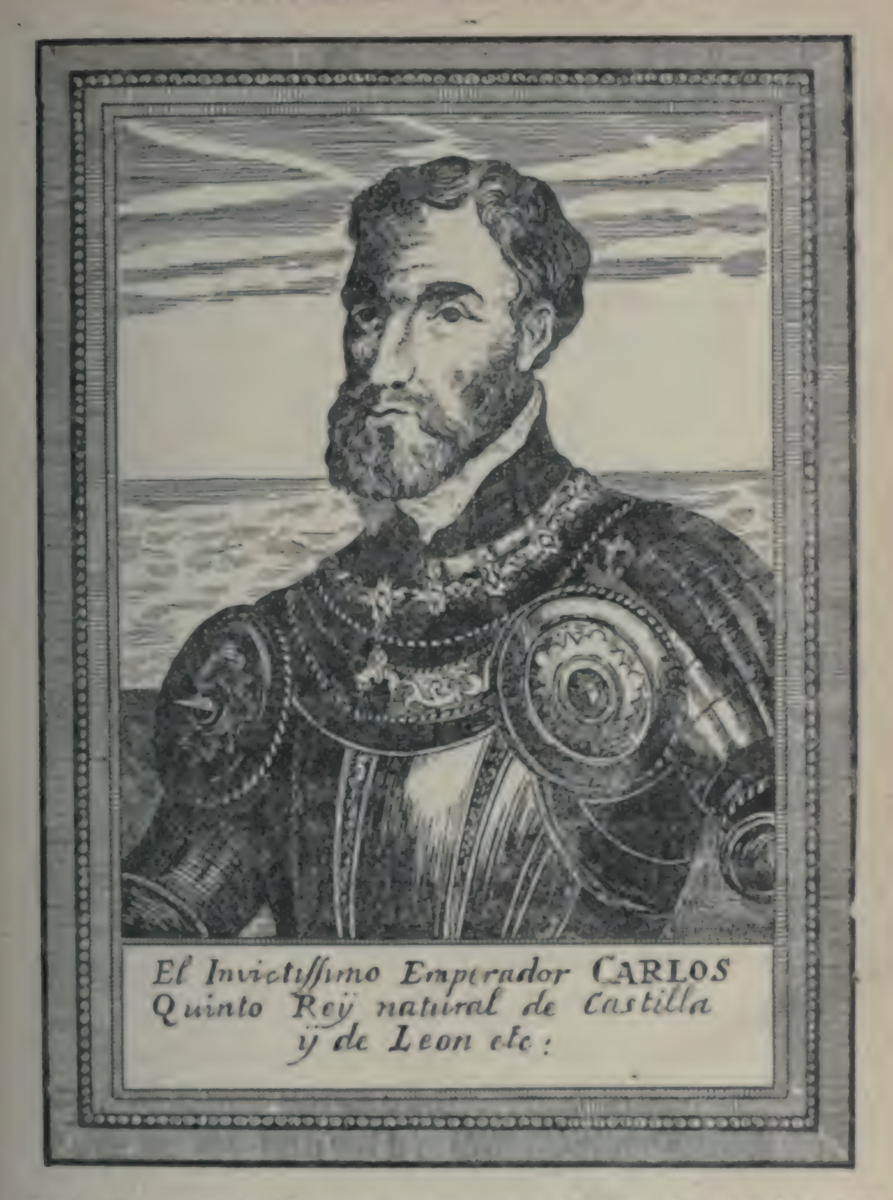
Magallanes había llegado a unas islas no identificadas, que están a seiscientas leguas de Malaca, y desde allí seguía en correspondencia con su amigo Serrano. El espíritu de Magallanes tenía constantemente fija la idea de las Molucas. Comerciar con ellas, y hacerlas el punto terminal de las operaciones de los europeos en el Oriente, era el objeto de todas sus meditaciones. Dícese que pretendía establecerse en ellas, y aun se asegura que tenía oculto el pensamiento de entregarlas a España. Todas estas son meras suposiciones. El único hecho indiscutible es que más tarde, Magallanes hizo de la entrega de las Molucas 'a España el fin de una empresa singularmente aventurada.

En 1512 regresó a Portugal, y partió para África, en donde sirvió a las órdenes de Johan Soarez. Durante la campaña de Azamor, fué herido en una rodilla, y quedó cojo. Nombrado *moço fidalgo*, tuvo mezquinas dificultades por el rango o recompensa. El rey Don Manuel fué agrio con Magallanes, y le obligó a que partiese para África, con pretexto de reclamaciones judiciales a que debía responder. Partió, en efecto; pero al regresar no encontró disposiciones más favorables en el ánimo del rey, cuya voluntad le era manifiestamente contraria. De allí surgió el propósito, que realizó con una voluntad enérgica. Se trasladó a España, y entró en el servicio del rey Carlos.

Es puerilidad preguntarse si Magallanes fué un traidor. Lo evidente es que no fué un buen portugués, puesto que se desentendió de los intereses de su patria por los suyos y los de un país extraño. Se nacionalizó castellano, si cabe la expresión, y aunque lo hizo con la reserva de no servir contra Portugal, el hecho es que todos sus actos fueron antiportugueses por esencia. Acompañaba a Magallanes un matemático, astrólogo de mucha reputación por su saber, pero sin autoridad, por considerársele loco; era portugués, como Magallanes, y se llamaba Ruy Faleiro, o Falero. Los dos se habían ligado estrechamente, y parece que se comprometieron a una solidaridad perfecta en la expedición. Otro portugués, Christovão de Haro, comerciante establecido en Amberes, y a quien se asociaron en Portugal Magallanes y Falero, formó también parte de la sociedad, pues Haro era otro descontento que creía tener causas de queja contra la corte de Lisboa.


Autógrafo de Magallanes.

Magallanes se anticipó a sus compañeros, y llegó a Sevilla en octubre de 1517. El rey Carlos estaba recién venido de Flandes, y visitaba a su madre en Tordesillas. No fué necesario que se le instara para que concediese favor a los planes de Magallanes y Falero, pues los aceptó desde el primer momento y los fomentó a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para disuadirlo. Diego Barbosa, portugués que vivía en Sevilla, y que prestaba sus servicios a la Corona de Castilla, no sólo recibió bien a Magallanes, sino que, dándole a su hija Beatriz en matrimonio, avecindó en cierto modo al pretendiente portugués. Otro auxiliar de éste fué Juan de Aranda, factor de la Casa de Contratación, quien hizo los esfuerzos más grandes para que se dispensase favor a los planes de Magallanes, para que se pusiesen en práctica y para que se le diese a él una participación en los provechos de la expe-

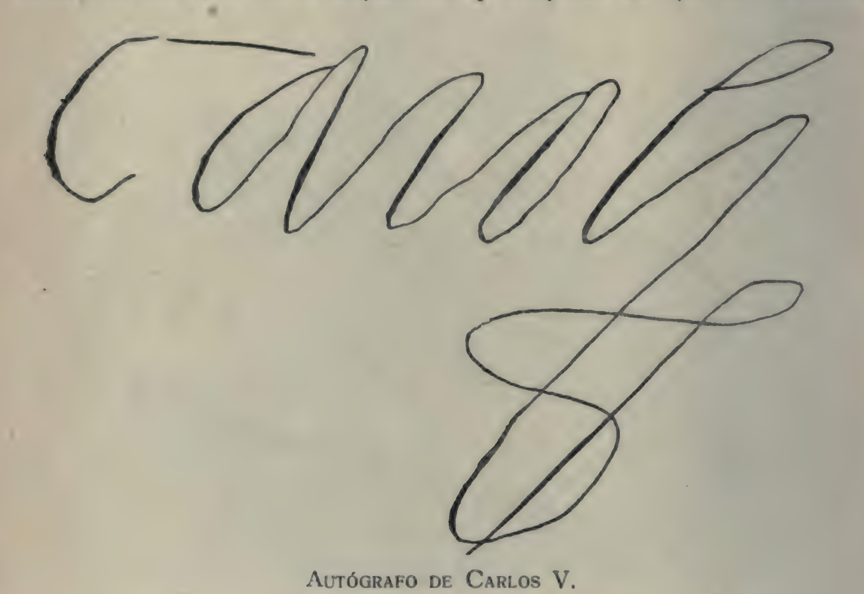


El Invictissimo Emperador CARLOS Quinto Reÿ natural de Castilla ÿ de Leon etc:

dición. La capitulación para la empresa se firmó en Valladolid, el 23 de febrero de 1518.

No es de extrañar la premura con que se firmaron las capitulaciones de Valladolid, pues Magallanes ofrecía la resolución del problema

de las Indias. ¿Para qué se había hecho el primer viaje de Colón y los tres que le siguieron, sino para encontrar la ruta hasta las islas de la Especería? El quinto viaje de Vespucio era una reanudación de la tentativa del cuarto viaje de Colón para encontrar el estrecho. El continente americano era un obstáculo, y el descubrimiento del Océano Pacífico, por Núñez de Balboa, era la comprobación de que ese obstáculo tenía una prolongación en el mar. Magallanes había estado en las islas de la Especería, y después de fijar en términos



Autógrafo de Carlos V.

de irrebatible exactitud geográfica la situación de aquel punto terminal de la carrera de las Indias, presentaba los elementos para la resolución de dos problemas:

1.° El de la ubicación de las Molucas, es decir, del tráfico de las especias dentro de la zona del dominio español.

2.° La vía expedita para llegar a ellas por occidente, es decir, por donde España podía traficar sin violar los derechos del reino portugués.

Magallanes era, según esto, una adquisición preciosa para la

Corona de Castilla; lo era como cosmógrafo, y lo era más aún como viajero, navegante y soldado. Reunía, pues, todas las condiciones para la consumación de la obra que desde 1492, al parecer, venía confinando cada vez más con lo imposible. América no era nada, no conociéndose aún la Nueva España de Cortés ni el Perú de Pizarro. Cortés se hallaba entonces en Cuba y Pizarro en el istmo.

¿Sobre qué datos se fundaban los ofrecimientos de Magallanes? La tradición responde que Magallanes llevaba consigo un mapamundi, y que, ocultando lo esencial de sus razones geográficas, aseguraba conducir la expedición por un estrecho, de donde pasaría directamente a las Molucas. Créese que tenía los datos de Martín de Behaim, y que disponía también de las copias de dos célebres cartas guardadas en el Monasterio de Alcobaca. Una de ellas contenía la figura del estrecho...

Saber conjetural, que no era valioso sino como expresión de la audacia del hombre, rodeado del prestigio de una leyenda.

Nadie ignoraba en España que Portugal hizo todo lo posible para impedir que Magallanes llevase a ejecución su proyecto. Pero después de haberse desprendido tan imprudentemente del aventurero, el rey de Portugal quería evitar las consecuencias de lo irreparable. El enviado portugués, Álvaro da Costa, se propuso disuadir al rey Carlos, disuadir a Magallanes, intimidar al primero y hasta matar al segundo.

El enviado de Portugal daba una razón que no dejaba de ser buena en casos normales, y cuando no hay interés, para impedir que un soberano otorgue sus favores al súbdito emigrado y descontento de un soberano amigo. ¿Pero vale esta razón cuando precisamente el súbdito emigrado y descontento lleva ventajas para el soberano que lo recibe en su corte? La cuestión era gravísima, y para resolverla no quedaba sino un medio: la ruptura. Ahora bien, el rey de Portugal, que arreglaba en aquel momento sus esponsales con una hermana del rey de España, no creyó que el plan de Magallanes valiese una ruptura de relaciones y un cambio total de política. Pero en España se

temía que Carlos cediese y que llevase su complacencia hasta la renuncia de la expedición que cifraba el problema de la Especería. No fué así, y el rey mantuvo su decisión.

Después de recibir solemnemente a Magallanes y a Falero, les otorgó el título de Comendadores de la Orden de Calatrava. Entretanto, Portugal parecía no ceder, y hasta el último instante negoció, intrigó y maquinó contra la expedición. Ésta se hizo, a pesar de los portugueses y a pesar de la burocracia de Sevilla. La *Casa de Contratación* oponía obstáculos y objeciones de todo género. Hubo contra Magallanes hasta un movimiento tumultuoso de jenofobia. Al botar el explorador una de sus embarcaciones, la vista del escudo de armas del navegante, confundida por el pueblo con el de las armas de Portugal, provocó una algazara, en la que no corrió sangre, pero en la que salieron a lucir las espadas. Los sevillanos se indignaban de que se hiciese aquella expedición organizada por un portugués, y a la vez Portugal consideraba como un gran quebranto de honor e intereses el que España aprovechase los servicios de ese portugués.

El último obstáculo para la empresa estaba dentro de la empresa misma; su dualidad era un peligro, y el rey lo apartó, apartando a Falero. Éste, en realidad, no podía ser un elemento útil. Con el juicio más que a medias perdido, se le dejó en Sevilla, mediante la promesa de confiarle otra expedición si su salud le consentía mandarla.

La flota se componía de cinco embarcaciones: *Trinidad, San Antonio*, *Concepción*, *Victoria y Santiago*, que eran de 120 toneles (1) las dos primeras, de 90 la tercera, de 85 la cuarta y de 75 la quinta. El capitán general iba en la *Trinidad;* Juan de Cartagena, su segundo y sustituto, en la *San Antonio;* Gaspar de Quesada, en la *Concepción;* Luis de Mendoza, en la *Victoria*, y Juan Serrano man-

(1) Diez toneles equivalían a doce toneladas.

daba la *Santiago*. En la mañana del lunes, 10 de agosto de 1519, una salva de artillería anunciaba que la flota de Magallanes bajaba el Guadalquivir. Esa flota había sido perfectamente organizada hasta en sus menores detalles, tanto como puede serlo una flota moderna, y llevaba 237 hombres a bordo. Acabados los últimos preparativos en Sanlúcar de Barrameda, Magallanes salió de este puerto el 20 de septiembre. Una sola de las embarcaciones que llegaron al Oriente, la *Victoria*, volvió al mismo puerto con diez y ocho hombres, el 6 de septiembre de 1522, después de haber andado 14.460 leguas en el primer viaje de circunvalación de la tierra.

Los expedicionarios hicieron escala en la isla de Tenerife, el 26 de septiembre; el 29 entraban en el puerto de Montaña Roja, y se ponían en camino el 2 de octubre, ya de noche. Navegaron hacia el sur, y, alcanzado el paralelo de los 27°, tomaron una ligera inclinación al sur cuarta del sudoeste. Esto implicaba un cambio en las instrucciones que había dado Magallanes por escrito a Juan de Cartagena, capitán de la nao *San Antonio*, veedor de la Armada y «conjunta persona de Magallanes». La providencia absurda de bilocar el mando produjo serias dificultades, pues Cartagena pretendía que nada se proveyese sin él. Magallanes, desentendiéndose de la disposición de Sus Altezas la Reina Juana y el Rey Carlos, dispuso que todos le siguiesen, «como estaban obligados, de día por la bandera y de noche por el farol. Y no le pidiesen más cuenta».

Pasando entre Cabo Verde y las islas de este nombre, siguió la expedición hasta el paralelo de Sierra Leona. Detenida allí por las calmas, surgieron desavenencias más graves aún entre Magallanes y Cartagena, quien fué preso y puesto en custodia bajo la responsabilidad de Luis de Mendoza. Antonio de Coca fué designado para sustituir a Cartagena.

Hecha por fin la travesía del Atlántico, el 29 de noviembre estaba la expedición a veintisiete leguas del cabo de San Agustín, continuó hacia el suroeste, y el 8 de diciembre se avistaba la costa del

Brasil en los 19º 59′ de latitud sur. El 13 de ese mismo mes entró en Río de Janeiro. De allí se hizo a la vela el 27, y el 10 de enero de 1520 Magallanes enfrentaba el cabo de Santa María, de donde la costa corre hacia el oeste. La tierra, que parecía llana y arenosa, tenía una altura en forma de sombrero, a la que llamaron *Monte Vidi*. Navegando por agua dulce, creyeron reconocer «hasta lo más interior del río». Magallanes, personalmente, pasó a la otra banda, y encontró que el río tenía «veinte leguas de ancho». Pasando por el cabo de Santón, llegó el día 8 de febrero al de Santa Polonia, y el 24 de febrero, a la altura de 42º 54′, vió una entrada que corre hacia el noroeste y que fué reconocida para saber si era estrecho. Le dió el nombre de San Matías. Entretanto, los tiempos se hacían cada vez más inclementes, y las naves se dispersaban con frecuencia. Muchas veces pasaban tres o cuatro días antes de que lograsen reunirse. Las tierras no tenían gente, ni agua, ni leña. Eran de «lindos campos sin árboles». No había medio de hacer provisiones, y los peligros arreciaban.

Después de pasar a fines de marzo por una *Bahía de los Trabajos*, el último día de ese mes, víspera del Domingo de Ramos, Magallanes llegaba al puerto de San Julián, escogido desde luego para invernar. La gente, desalentada por la esterilidad y por el frío de aquel país, intentaba volver atrás, y lo pedía así, a menos que se alargasen las raciones. «Magallanes contestó que estaba pronto a morir o cumplir lo que había prometido; que el rey le había ordenado el viaje que debía llevar, y que había de navegar hasta hallar el fin de aquella tierra, o algún estrecho, que no podía faltar; que, en cuanto a la comida, no tenían de qué quejarse, pues había en aquella tierra abundancia de buen pescado, buenas aguas, muchas aves de caza y mucha leña, y que el pan y el vino no les habían faltado, ni les faltarían si quisiesen pasar por el arreglo de raciones. Y, entre otras reflexiones, les exhortó y rogó a que no faltasen al valeroso espíritu que la nación castellana había manifestado y mostraba cada día en

mayores cosas, ofreciéndoles del rey correspondientes premios, con lo cual se sosegó la gente» (1).

Sin embargo, había serias prevenciones contra el capitán general, y en la noche del 1.º de abril estalló un movimiento sedicioso. Gaspar de Quesada era el guardián de Juan de Cartagena, y Álvaro de Mezquita, pariente de Magallanes, había sustituído a Antonio de Coca en el mando de la nao *San Antonio*. Ahora bien, Quesada y Cartagena, acompañados de Luis de Mendoza, se apoderaron de las naos *San Antonio*, *Concepción* y *Victoria*. Con esto, a Magallanes le quedaban sólo dos: la *Trinidad* y la *Santiago*. Por otra parte, los sediciosos tenían la ventaja de haberse hecho con los bateles de las cinco embarcaciones. Magallanes, con astucia, tacto y extraordinaria audacia, contuvo el movimiento, mandando dar muerte por sorpresa al tesorero Luis de Mendoza. Reteniendo el batel de la *San Antonio*, con el que los sediciosos le enviaban un recado, Magallanes, a su vez, dispuso que el alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa, acompañado de seis hombres, pasase a la *Victoria*, y entregase una carta de requerimiento a Luis de Mendoza. Mientras éste leía la carta, con sonrisa de burla, Espinosa le dió una puñalada en la garganta, y uno de los marineros una cuchillada en la cabeza, que lo dejaron muerto. Magallanes envió al instante el batel y quince hombres, que izaron la bandera en la *Victoria*. Juntas así la capitana, la *Victoria* y la *Santiago*, Magallanes se apoderó de la *San Antonio*, que estaba más adentro, y presos Quesada, Antonio Coca y los sobresalientes que habían pasado a la *San Antonio*, envió por Juan de Cartagena a la *Concepción*, y lo puso junto con los otros. Magallanes ordenó entonces que fuese llevado a tierra el cadáver de Mendoza, y allí se le descuartizó. Degollado Gaspar de Quesada, se le descuartizó también, y, por último, dispuso Magallanes dejar abandonados en la tierra a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la

(1) *Diario de la expedición*. 1520. Marzo. En Navarrete: *Viajes*, tomo v.

Reina. Hechos estos castigos, «perdonó a más de cuarenta hombres, dignos de muerte, por ser necesarios para el servicio de las naos y por no malquistarse con el rigor».

Enviado Juan Serrano para que descubriera la costa adelante, la nao *Santiago*, en que iba, que era la menor de las carabelas, quedó deshecha en una tempestad, y la gente tuvo que volver a la armada por tierra, desde el río de Santa Cruz. Todos los tripulantes se salvaron, con excepción de un esclavo, y pudieron recuperar los aparejos y mercancías, para utilizarlos en las otras naos.

La armada permaneció hasta el 24 de agosto en la bahía de San Julián, donde se había construído una casa de piedra para la herrería, y el tiempo pasó recorriendo los buques, muy necesitados de reparaciones.

En junio se presentaron seis indios, llamados *patagones* por sus enormes pies, «no desproporcionados a su estatura». De allí nació la creencia de que eran gigantes (1).

Una tentativa de colonización que había hecho Magallanes, enviando treinta hombres al interior para que se quedasen si la tierra les proporcionaba medios de subsistencia, dejó demostrado que en aquella latitud no era factible la formación de un centro de población. Sólo como castigo y sin esperanza, quedaban allí los dos sentenciados: Cartagena y Sánchez de la Reina.

Continuando la expedición, llegó el 26 de agosto al río de Santa Cruz, descubierto por Juan Serrano, sitio peligroso por las tormentas. Una nueva detención para esperar el buen tiempo, aplazó la salida hasta el 18 de octubre. Las instrucciones que dió Magallanes fueron que se continuase hasta la altura de los 75°, y que si, después de desaparejadas dos veces, las naos tenían que retroceder, se dirigirían a las Molucas por el estenordeste, tomando la vía del cabo de

(1) Véase Oviedo: *Hist.* Lib. xx, cap. vi. Gómara, cap. xcii. Lo que más sorprendió a los castellanos fué que los indios comieran una caldera de mazamorra, «que hartaría a veinte hombres».

Buena Esperanza y de la isla de San Lorenzo, sin tocar estos puntos.

Emprendido, pues, el viaje, se descubrió el cabo de las Vírgenes a los tres días, o sea el 21 de octubre. Creyendo que la profunda bahía era estrecho, Magallanes resolvió pasarlo. Mandó que las naos *San Antonio* y *Concepción* reconociesen la bahía en cinco días, y él, entretanto, quedó aguardando con la *Trinidad* y la *Victoria*. Una nueva tempestad estuvo a punto de acabar con la escuadra. La borrasca duró día y medio.

Vueltas las dos naos exploradoras, sus informes diferían. La una decía que había hallado golfos con altísimas riberas; la otra aseguraba que había estrecho, pues en tres días no se encontró el término de aquel brazo. Magallanes se inclinaba a la última opinión, y dispuso que la *San Antonio* saliese de nuevo. La operación fué inútil, pues la nao anduvo cuarenta leguas, y tampoco halló término. Magallanes resolvió embocar el brazo de mar con toda la armada, dando aquel resultado negativo como plenamente confirmatorio de su opinión. Llamó a consejo, y, reconocidos los víveres, suficientes para tres meses, los capitanes resolvieron seguir a su general. Esteban Gómez, portugués, piloto de la nao *San Antonio*, dictaminó que, «pues se había hallado el estrecho para pasar a las Molucas, se volviesen a Castilla para llevar otra armada, porque había gran golfo que pasar, y si les tomasen algunos días de calmas o tormentas, perecerían todos». Magallanes contestó que, «aun cuando tuviese que comer los cueros de vaca de que estaban forradas las antenas, había de pasar adelante, y descubrir lo que había prometido al Emperador» (1). Magallanes dió inmediatamente una de aquellas órdenes en que imponía su voluntad por el terror, y empezó el tránsito. «Esteban Gómez era tenido por gran marino, y la gente mostraba hacer mudanza; pero Magallanes mandó pregonar por las naos que

(1) *Diario*. Noviembre de 1520. Herrera. Déc. II, lib. IX, cap. XV.

nadie, so pena de la vida, hablase del viaje», y sin más, anunció la partida para la mañana siguiente.

Esa noche, la tierra, «áspera y fría», se vió cubierta de fuegos en la parte sur. La bautizaron Tierra del Fuego. «Emprendida la navegación por el estrecho, halló en lo interior de aquella bahía una angostura como de una legua de ancho, por la cual entró, y habiéndola rebasado, se encontró en otra bahía menor. Después pasó por otra angostura, semejante a la primera, y se halló en otra bahía mayor que las anteriores, donde había más islas. Aquí tenía andadas más de cincuenta leguas de estrecho, y comisionó a la nao *San Antonio* a descubrir la salida de otro brazo de mar que se apartaba al S. E., entre unas sierras cubiertas de nieve, previniéndole volviese dentro de tres días» (1). Magallanes siguió adelante, y como tardase en reunírsele la *San Antonio,* pasados siete días envió a la *Victoria* en busca de aquélla. No fué encontrada, y se repitió la pesquisa por toda la armada. Esto hizo suponer a Magallanes que hubiese habido una desgracia, o que, habiéndose levantado la gente contra Álvaro de la Mezquita, su sobrino, navegara la vuelta a España. Así había sido, pues como no se encontrase a Magallanes en el surgidero, donde lo dejó la *San Antonio*, y no respondiendo la armada a los cañonazos ni a las humaredas, el piloto Esteban Gómez y Jerónimo Guerra, escribano, resolvieron volver a España. Hubo riña sobre esto entre Gómez y Mezquita, y los dos salieron heridos. Prendido Mezquita y nombrado capitán Jerónimo Guerra, la *San Antonio* tomó el rumbo de Guinea, y de allí el de España, llegando a Sevilla el 6 de mayo de 1521.

Después de buscar a la *San Antonio*, Magallanes se dirigió al S. S.E. y varió al S.O., hasta observar una latitud de 53° 40′. De aquí tomó hacia el noroeste, y andadas quince leguas se observó la latitud de 53°. Allí extendió Magallanes una consulta por escrito, di-

(1) *Diario*. Noviembre de 1520.

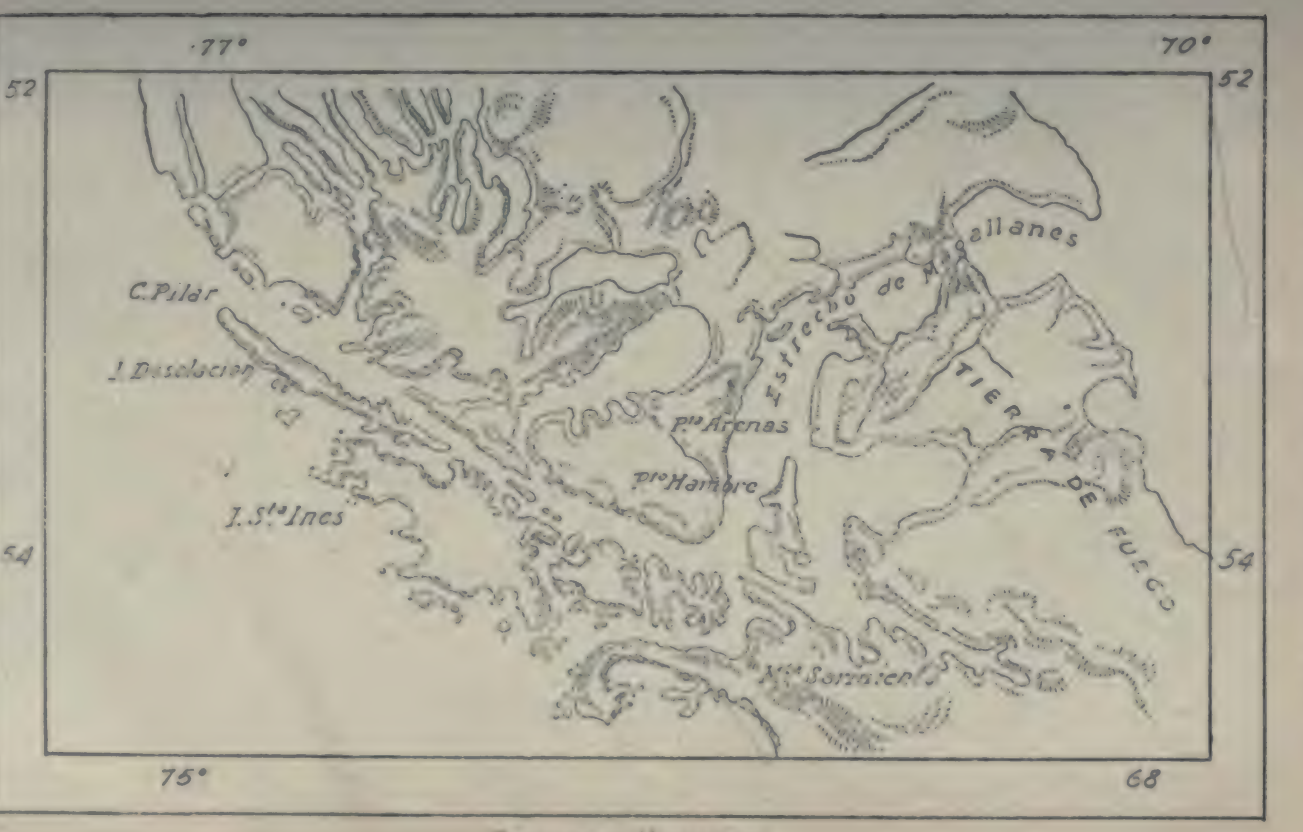

FRETUM
MAGALLANICUM
MAR DEL ZUR
CHI LE
TERRA FOGO.
Fretum Magel-
lanicum
Pinguyn

rigida a las dos naos, sin junta de capitanes y pilotos. Era una consulta muy singular. Todos le veían determinado a seguir; todos temían darle una opinión contraria a su resolución, por la muerte de Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada y el destierro de Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de Reina; pero, al parecer, estaban obligados a decir libremente lo que pensaban, y el general los requería para ello. Naturalmente, todos hablaron en un sentido favorable, o, por lo menos, dando a las objeciones una forma condicional. Magallanes, en efecto, tenía tomado su partido. Veía el terror que inspiraba su voluntad, y se proponía sólo motivar la resolución a que había llegado, presentándola como respuesta al voto favorable de los expedicionarios, artificiosamente consultados sin junta. Decía Magallanes en su respuesta, como final de las razones dadas para seguir adelante, «que si Dios los había traído a aquel lugar, y les tenía descubierto aquel canal tan deseado, los llevaría al término de su esperanza». Notificado este parecer y orden, «con grande fiesta de tiros, mandó levar el ancla, y dando la vela, se dirigió al noroeste cuarta del oeste, por un tramo en que hay muchas islas al desembocar el estrecho». El día 21 de noviembre, entre cabo Victoria y cabo Deseado, a la misma altura del cabo de las Vírgenes, la expedición «se halló en una mar oscura y gruesa, que era indicio de gran golfo» (1). Pero después lo llamaron mar Pacífico, «porque en todo el tiempo que navegaron por él no tuvieron tempestad alguna».

Desde la entrada hasta la salida habían empleado veinte días en pasar el estrecho, y les pareció que tenía cien leguas de boca a boca. Juzgaron que la tierra de la derecha era la continuación del continente, cuya línea habían seguido sin ninguna interrupción, y que la otra era una isla, pues oían los bramidos del mar en la parte opuesta.

Del cabo Fermoso, o Pilares, se dirigieron al noroeste, y después de dos días y tres noches vieron dos pedazos de tierra que corrían de

(1) *Diario*. Noviembre de 1520. Herrera: Déc. II, lib. IX, cap. XV.



Estrecho de Magallanes.

sur a norte, y que parecían mogotes. Hacia fines de diciembre la navegación se hizo penosa por falta de víveres; «comían por onzas, bebían agua hedionda y guisaban el arroz con agua salada» (1). Había pasado entre la isla interior de las dos de Juan Fernández y la costa de Chile sin ver las islas ni el continente.

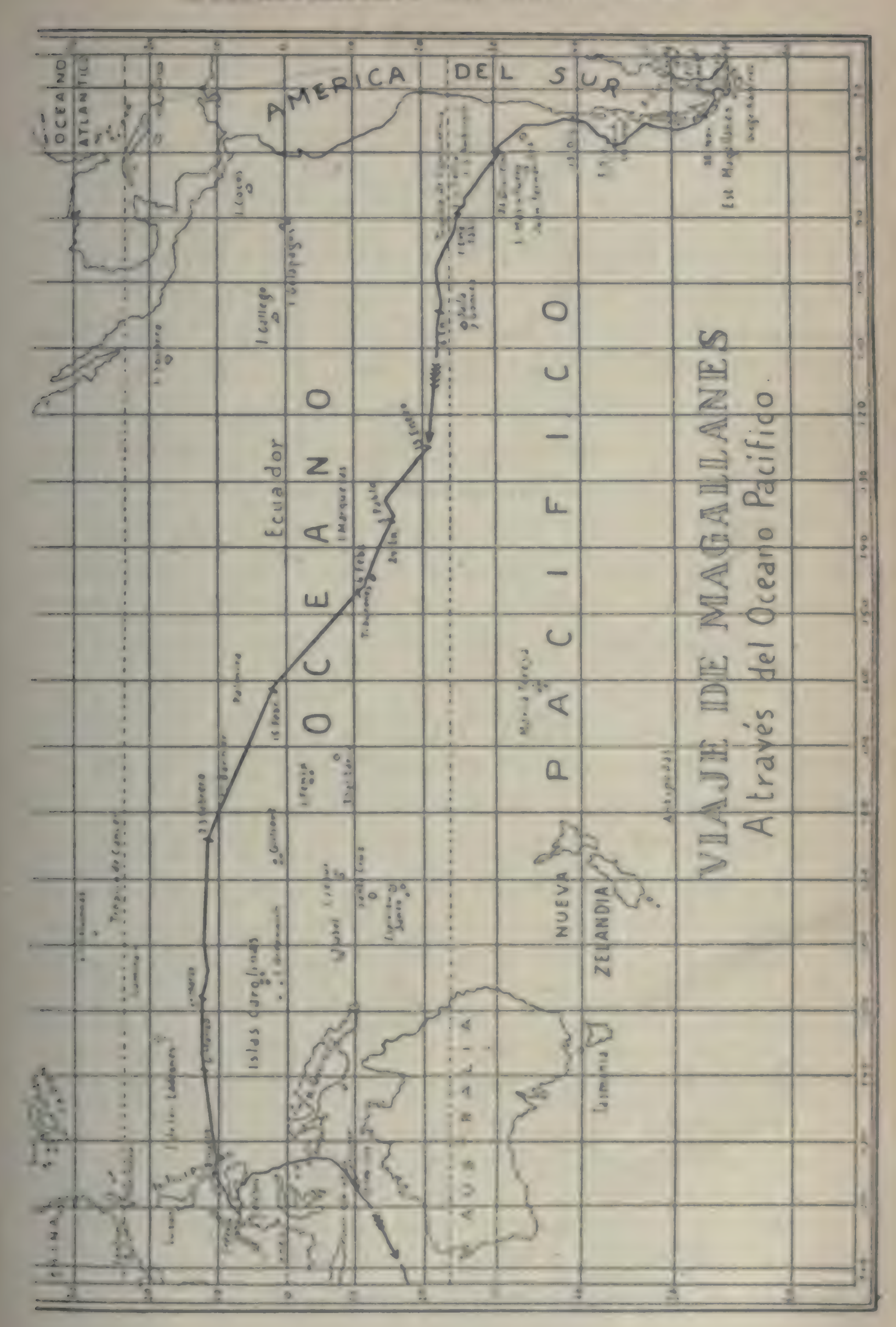
La primera tierra que descubrió después de los dos mogotes del 1.º de diciembre fué una isleta cubierta de arboleda, inhabitada, que apareció el 24 de enero, y que está a los 16° 15′. La llamó San Pablo, y pudiera identificarse con la isla Pilcairn. Continuando la ruta con los rumbos del noroeste cuarta oeste, oeste noroeste, oeste cuarta norte, y noroeste, el día 4 de febrero halló otra isla desierta, a la que puso por nombre de los Tiburones, y que está en latitud 13°. Tanto esta isla como la anterior eran también conocidas como las *Desventuradas*, pues los expedicionarios no encontraron en ellas ningún refresco.

Cortada la línea equinoccial, entre el 12 y el 13 de febrero, y variando del rumbo noroeste que llevaba la navegación, al oeste noroeste y al oeste, el día 28 llegaba a los 13° de latitud norte. En esta misma dirección del oeste, pasados seis días, se halló tierra, que eran dos islas, distantes ocho leguas una de otra. Tomaron rumbo hacia el sudoeste entre las dos islas, y vieron muchas velas pequeñas, triangulares, hechas de estera de palma, que daban grandísima velocidad a las embarcaciones.

Las islas fueron llamadas de las *Velas Latinas*, aunque prevaleció otro nombre, de los Ladrones, que también les dieron (2). Pos-

(1) Navarrete: Tomo IV, pág. 51. *Fernando Magallanes en el Mar Pacífico, en demanda de las islas Molucas.*

(2) «Los naturales eran ladrones, y hurtaban cuanto podían.» Pero esto no impidió que en el castigo usual impuesto por los europeos a los salvajes indóciles, la civilización borrase el delito inicial con sus actos. Después de saquearles su villorrio se lo quemaron, y antes mataron a los indígenas que no huyeron con presteza. Justa pena por el robo de un esquife, que se recuperó, y de algunos pedazos de hierro sin valor.


VIAJE DE MAGALLANES
A través del Oceano Pacifico
OCEANO PACIFICO
AMERICA DEL SUR
OCEANO ATLANTICO
Ecuador
AUSTRALIA
NUEVA ZELANDIA

teriormente, el archipiélago quedó oficialmente designado como islas Marianas.

Después de repartir víveres, que eran cocos, tubérculos y arroz, se encaminaron, el 9 de marzo, hacia el oeste cuarta del suroeste, y el 16 vieron tierra del archipiélago que años más tarde se llamó de las Filipinas. La primera isla encontrada fué la de Yunagán, y la que les dió fondeadero la de Puluán. De éstas tomaron a la de Gada, en el oeste, y de la de Gada, despoblada, pero con agua y leña, a la de Seilani, habitada y con oro. Llevados por un temporal, fondearon en la isla Mazaguá. Y, por último, de Mazaguá se encaminaron a las islas Cebú y Mactán, teatro de la tragedia en que perdió la vida Magallanes y quedó malograda su empresa.

El general llevaba consigo un esclavo, natural de Malaca, con cuya intervención pudo tener lengua de algunos habitantes de Mazaguá que habían estado en Malaca. El reyezuelo de Mazaguá se declaró dispuesto a dar de lo que tenía —bien poco, por cierto—, y a auxiliar a los expedicionarios con sus informes y consejos. Dijo, pues, que hacia el rumbo señalado por él, y que era el oeste suroeste, había mucho oro, cuyos granos eran como garbanzos y lentejas (1). El rey de Mazaguá acompañó a Magallanes como práctico, y guiados por él fué como llegaron los expedicionarios a Mactán y Cebú, pasando por Seilani. El rey de Mazaguá, pariente del de Cebú, intercedió para que éste recibiera de paz a los expedicionarios y les facilitase los víveres de que tenían urgentísima necesidad. El rey de Cebú asistió a la misa que se dijo en la playa, y declaró que estaba dispuesto a hacerse cristiano. Esta fácil decisión, y acaso el ejemplo de algunas de las recientes proezas de Cortés, fueron causa de que Magallanes, sin el genio político del conquistador de Méjico, diese una dirección extraviada a sus proyectos.

(1) *Diario o derrotero del viaje de Magallanes, desde el cabo de San Agustín, en el Brasil, hasta el regreso a España de la nao «Victoria», escrito por Francisco Albo.* Navarrete: Tomo IV, pág. 209.

La isla era rica en jengibre, oro y otros artículos de rescate. Además, y esto era lo más importante para su viaje, se le informó que, por la isla de Burneyo o Borneo, podía establecer la línea de comunicación con las Molucas (1). Cebú, por lo mismo, estaba destinada a ser una escala mercantil, y para ello pensó Magallanes que convendría dominar toda la isla, pues tenían mando en ella otros caciques, aparte del que se había hecho cristiano. Aquí fué donde se mostró el corto alcance político de Magallanes. En vez de buscar la sumisión de todos los caciques, y de dividir a éstos, como Hernán Cortés en Méjico, los unió contra el que se había hecho cristiano, pues quiso que éste fuese reconocido por jefe de los otros, y, no habiéndolo conseguido, castigó la resistencia con el incendio de una villa y el saqueo de cuantos víveres halló en ella.

Pasando adelante con sus imprudentes atentados, anunció al rey de la isla de Mactán que le quemaría su villa si no prestaba obediencia al rey cristiano de Cebú. Ahora bien, «este rey de la isla de Mauthán, que está cerca de la susodicha isla de Sabuth, que era más poderoso, y tenía más gente de guerra y más copia de armas que los otros, y estaba más acostumbrado a ser señor absoluto y mandar, no quiso venir al llamamiento del señor de Sabuth, diciendo que en ninguna manera lo había de adorar ni reconocerle superioridad. Pues como el capitán Magallanes supiese que el rey de Mauthán no quería venir a dar la obediencia al rey de Subuth, queriendo llevar adelante lo que en aquello había determinado y acordado de hacer, mandó armar cuarenta españoles de los más escogidos y valientes de su compañía, y tomándolos consigo, y algunos tiros de artillería, entró con ellos en los bateles de las naos, e dióle el rey de Zubuth cierta copia de gen-

(1) *Relación escrita por Maximiliano Transilvano, de cómo, y por quién y en qué tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas, donde es el propio nascimiento de la especieria, las cuales caen en la conquista y mar cación de la Corona Real de España.* Párrafo XII.—Navarrete: Tomo IV, página 269.

te de indios, para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y para que, si menester fuere, le ayudasen si hobiese necesidad de pelear con el rey de Mauthán, e assí se fué para la isla de Mauthán (que, según se dijo), no está muy lejos de la isla de Subuth. Sintiendo, pues, el rey de Mauthán que Magallanes iba contra él, juntó hasta tres mil indios de sus súbditos, y vínose con ellos a la ribera del mar de aquella parte de su isla de Mauthán, donde Magallanes había ya saltado en tierra. E como Magallanes vido que aquel bárbaro se quería poner en resistencia, determinó de no le volver las espaldas, sino pelear con él, no embargante que la gente que consigo llevaba era, sin comparación, mucha menos que la que su contrario traía, porque ellos no eran, segund dicho es, más de cuarenta españoles, y los indios contrarios eran más de tres mil. E hizo luego sacar de los bateles los tiros de artillería, y ponerlos en tierra a la ribera del mar, y, animando a sus españoles, les dijo así: «No os espante, hermanos míos, la multitud de estos indios nuestros enemigos, que Dios será en nuestra ayuda, y acordaos que, pocos días ha, vimos y oímos que el capitán Hernán Cortés venció por veces, en las partes del Yucatán, con doscientos españoles, a doscientos y a trescientos mil indios». E dicho esto a los españoles, dijo a los indios de Subuth que consigo llevaba, que le dejasen a él y a sus españoles con aquellos mauthanos, porque no los había traído consigo para que peleasen, sino para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y que él y aquellos pocos españoles bastaban para vencer a sus enemigos. Después que el capitán Magallanes hobo animado a los suyos para la batalla, fueron con grand ímpetu a dar en los enemigos; y peleando valientemente, hacían grand estrago en ellos. Mas como eran los nuestros pocos, y grand número de los contrarios, fatigaban en grand manera a Magallanes y a sus españoles, especialmente con unas astas de lanzas luengas de que aquellos indios usan. E, finalmente, andando así, trabada la batalla, fué muerto en ella el capitán Magallanes y siete españoles, lo cual visto por los otros, y que era imposible vencer a tanta multitud de indios tan beli-

cosos y tan bien armados, se comenzaron a retraer, juntándose todos y poniéndose en ordenanza» (1).

Reembarcados los españoles mediante el auxilio del rey cristiano, que temió perecer con ellos, fué elegido general Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes. Una nueva catástrofe aguardaba a los españoles en Cebú. El rey cristiano pensó que su alianza con los extranjeros le costaría la vida, y, poniéndose de acuerdo con el rey de Mactán y con los cuatro de Cebú, sacrificó a Duarte Barbosa, en compañía de más de veinte españoles que asistieron a un banquete ofrecido por el cacique para destruirlos. Sólo escapó de la matanza el capitán Juan Serrano, quien, conducido a la playa, maniatado y desnudo, pedía a los de las naves que lo rescatasen; pero ellos, temiendo otra celada, dejaron a aquel infeliz, y partieron con las tres naos restantes hacia la isla de Bohol.

Desde el 27 de abril, día de la muerte de Magallanes, hasta el de la partida en 1.º de mayo, las bajas eran de treinta y cinco individuos. Ocho habían muerto de enfermedad en las islas. Antes de llegar a éstas, y en el camino, desde la salida del estrecho, hubo once defunciones. Desde la salida de Sanlúcar hasta la salida del estrecho, las bajas fueron diez y seis por muerte y dos por destierro de los castigados en San Julián. Quedaba, pues, muy poca gente para la maniobra de las tres naos, y se acordó quemar la *Concepción*, por más vieja, dejando la jarcia, pertrecho y armamentos para las otras dos. Fué elegido general Juan Caraballo, portugués, piloto de la *Concepción*.

Buscaban una isla que produjese arroz, pues había gran falta de mantenimientos, y como no encontrasen ese grano en Quipindo, puerto de Mindanao, se dirigieron a Puluán, pasando por Cuguayá. Allí rescataron arroz, puercos, gallinas y cabras en abundancia. Iban todos contentos, sanos, llenos de esperanza. Creían que en Borneo

(1) Maximiliano Transilvano: Párrafo XII.

se les darían noticias exactas para llegar a las Molucas. Fondearon el día 8 de julio, y encontraron una gran ciudad. La isla producía arroz, azúcar, canela, jengibre, mirabolanos, alcanfor y otras drogas, y tenía abundancia de camellos, puercos y cabras. El rey lo era de verdad, pues los ocho españoles que desembarcaron fueron recibidos por dos mil guerreros vestidos de seda, con arcos, flechas, cerbatanas, alfanjes y corazas de conchas de tortuga. Para el jefe de los españoles dispusieron un elefante con castillo de madera. En la bahía maniobraban juncos y cañamices de proa dorada. Sin embargo, aquel rey era desconfiado, y no fué posible trabar buenas relaciones con él, pues, lejos de eso, empezó a oponer dificultades, por haber cautivado tres de los ocho españoles que desembarcaron.

Bajo la jefatura de Gonzalo Gómez de Espinosa, depuesto del mando Caraballo, las dos naves continuarón en busca de las Molucas. Se dirigieron por el norte de Borneo y el sur de Cagayán hacia Joló, Basilán y la punta austral de Mindanao. Con gran dificultad para guiarse, pues no hallaban pilotos seguros, tomaron de Mindanao hacia el sur por Sarangani, Sangi y Siau, hasta llegar a Tidore, en las Molucas, el 9 de noviembre de 1521.

Las nueve islas de Terrenate, Tidore, Mare, Motil, Maquián, Cayoán, Laboán, Bachián y Latalata, tendidas entre el paralelo de 1° latitud norte y el de 1° 15′ de latitud sur, junto a la gran isla de Gilolo, forman con ésta el soñado archipiélago que buscaban los españoles por la ruta del oeste desde el 3 de agosto de 1492.

El clavo abundaba en Terrenate, Tidore, Motil, Maquián y Bachián. Vieron, por fin, aquel árbol corpulento, de corteza como de oliva, de hoja parecida a la del laurel. Lo vieron envuelto en el manto de nieblas que cubren los collados de las islas. Comparaban la flor con la del azahar, y veían en los racimos una apariencia del espino o enebro. Visitaron los silos donde se guarda la rica especia, en espera de los mercaderes que van a comprarla.

Vieron los árboles de la nuez moscada, altos como los nogales de

Castilla, y comparados por muchos a la nudosa carrasca, con sus frutas como bellotas.

El árbol de la canela se les antojó granado, y examinaron la corteza desprendida del tronco por la fuerza de los calores.

Los sembrados de jengibre se extendían en grandes vegas, como el azafrán de España, y lo encontraron también silvestre.

El oro de los archipiélagos, las perlas de Jagima y de Joló, la pimienta larga de Malua, que se abraza como hiedra a los árboles, el sándalo de Timor, los tejidos de Ambón, y en los centros populosos los productos industriales de China y Japón, todo esto les daba la revelación de las verdaderas Indias, que durante cerca de treinta años habian buscado los españoles en los paraísos antillanos y en las selvas pantanosas de Darién y Veragua.

Los reyes de Tidore, Terrenate, Bachián, Maquián y Gilolo se dieron por amigos y vasallos del emperador. Se había conquistado, pues, el mundo de la quimera de Colón. Ya sólo faltaba que en Castilla se supiese el resultado de la expedición. Cargadas las naos; recibidas las cartas de sumisión de los reyes; metidos a bordo los papagayos y los presentes de miel labrada por las abejas-moscas, y acomodados los jóvenes de las islas que iban a España como embajadores de los nuevos vasallos, se encontró que la *Trinidad* no podría hacer el viaje sin reparaciones, que tomarían por lo menos hasta marzo de 1522. Era el mes de diciembre de 1521, y se acordó que Juan Sebastián Elcano partiese con la nao *Victoria* por la ruta índica de los portugueses, y que la *Trinidad*, convenientemente reparada, siguiese después el rumbo de Panamá, para que allí se transbordase la especería al mar del Norte.

Como hemos dicho arriba, el 6 de septiembre de 1522 llegaba Juan Sebastián Elcano a Sanlúcar de Barrameda. Había salido el 21 de diciembre de 1521, con sesenta compañeros, incluso trece indios de Tidore. Recorrió, según su cuenta, catorce mil leguas en aquellos diez meses. De la tripulación llegaron diez y ocho a España, pues quince fallecieron durante la navegación, dos desertaron en Timor y



Juan Sebastián de Elcano.

doce fueron detenidos por los portugueses en Santiago de Cabo Verde. De los indios, algunos murieron también. La salud de todos los viajeros era mala, y su aspecto, lastimoso.

CAPÍTULO II

El abandono de las Molucas.

¿El viaje de Magallanes resolvía prácticamente el problema planteado en 1492, o sea el de la navegación al oriente por poniente?

La expedición salió de Sevilla el 10 de agosto de 1519, y llegó al archipiélago de San Lázaro, después Filipinas, en marzo de 1521. Dejando a un lado todo el tiempo que se empleó para buscar las Molucas, demora innecesaria una vez encontrada exactamente la ubicación de éstas, ¿era posible reducir a una explotación regular la vía del estrecho?

Se hizo una nueva expedición, la de García Jofre de Loaysa, cuyo viaje comenzó el 24 de julio de 1525, saliendo ese día de la Coruña, y que no llegó al archipiélago de San Lázaro (1) sino en octubre de 1526.

En tiempo, Loaysa aventajó a Magallanes; pero si éste perdió cuatro naves de seis con que salió, y una quedó en tal estado que no pudo volver a España, la suerte de la nueva expedición fué más desastrosa. El comendador García de Loaysa murió en el Océano Pacífico. Durante la misma travesía del estrecho a las Molucas murió Juan Sebastián de Elcano, que lo acompañaba. En el trayecto de la Coruña al estrecho quedaron separadas de la flota la *San Gabriel*, que volvió a España después de muchos lances, y la *Anunciada*, que

(1) Filipinas.



VIAJE DE LA «VICTORIA.»

se perdió. Pasado el estrecho, el galeón *Santiago*, viéndose aislado y sin mantenimientos, que iban en otra nave, se dirigió a la Nueva España, y allí desembarcó su tripulación. El *San Lesmes* se perdió el día de la separación del *Santigo*, que fué a 157 leguas del cabo Deseado, y en latitud sur 47º 30. Se cree que sus náufragos llegaron a Otaiti, y que allí perecerían. La nao *Parral* hizo escala en Sanguín, donde los tripulantes se amotinaron, dieron muerte a su capitán y demás jefes y destruyeron la carabela. Por último, la capitana, *Santa María de la Victoria*, que llegó a Tidore el 1.º de enero de 1527, encontró que las Molucas eran disputadas a los castellanos por los portugueses. Ya desde noviembre un esclavo de los portugueses, con quien hablaron los castellanos en Gilolo, les dijo que aquéllos tenían una fortaleza de cal y canto en Terrenate, y que hicieron guerra a ese rey y lo destruyeron, por haber dado mercancía de clavo a Juan Sebastián de Elcano y a Gonzalo Gómez de Espinosa.

Verdad era que de cinco, tres reyes de las Molucas estaban con los castellanos, como decia Hernando de la Torre, con fecha 11 de junio de 1528, informando al emperador; ¿pero qué podian hacer cien españoles contra doscientos o más portugueses? Y, sobre todo, aun teniendo mayoría numérica, ¿qué situación sería la suya sin contar con las bases de que disponía la potencia rival?

Habia llegado Álvaro de Saavedra con socorros de la Nueva España; ¿pero la Nueva España estaba lo suficientemente próxima para que su apoyo no faltase a los colonos de las Molucas? El emperador había ordenado a Hernán Cortés que de los navíos que tenía en Zacatula enviase algunos para que averiguasen el paradero de la *Trinidad*, perteneciente a la armada de Magallanes, para que viesen lo que pasaba con la de Loaysa, y para que asimismo le dijese cuál era el paradero de otra salida con Sebastián Caboto. Cortés dispuso sin tardanza la salida de la nao *Florida*, con doce hombres de mar y treinta y ocho de guerra; la *Santiago*, con cuarenta y cinco hombres, y la *Sancti Spiritu*, con quince hombres. Llevaban todas treinta piezas

de artillería, víveres en abundancia y artículos para rescate. Mandaba la expedición Álvaro Saavedra Cerón, pariente de Cortés. La flota de Saavedra levaba anclas en Zihuatanejo, el 31 de octubre de 1527. En la noche del 15 de diciembre, la *Santiago* y la *Sancti Spiritu* desaparecieron, y el 30 de marzo de 1528, Saavedra y Hernando de la Torre se avistaban en Tidore. La mitad de la experiencia estaba hecha; faltaba la otra mitad para dar por establecido el contacto entre las Molucas y la Nueva España.

Aparejada la embarcación de Saavedra, y cargada con setenta quintales de clavo, salió para la Nueva España en junio de ese mismo año; pero «la vuelta del oeste», como se decía en la Nueva España, era un problema cuya resolución estaba fuera del alcance de aquellos hombres, y cuya incógnita no fué despejada sino muchos años después por uno de ellos, el insigne Andrés Urdaneta, de la expedición de Loaysa.

En efecto, Saavedra se dirigió hacia el nordeste, anduvo más de 250 leguas, y llegó «a la isla de Oro, que es una de las papúas, al este del Maluco». Allí se le desertaron algunos portugueses de la tripulación, llevándose la barca. Saavedra siguió su camino hasta los 14°; pero no pudiendo luchar contra los vientos del nordeste, y viéndose inhabilitado para tomar puerto y hacer aguada, por la falta del batel, regresó a Tidore, cinco meses después de su salida, e 19 de noviembre.

Volvió a salir Saavedra de Tidore, en mayo de 1529, y navegó hasta los 26°, donde murió. Poco antes de expirar, llamó a los tripulantes y les recomendó que continuasen su ruta hasta los 30°, para que si allí encontraban vientos favorables siguiesen a la Nueva España, o, de lo contrario, volviesen a Tidore, y entregasen el barco a Hernando de la Torre. Muerto Saavedra, continuó la navegación, como él lo había indicado, y aun alcanzó los 31°; pero viéndose los tripulantes siempre con vientos contrarios, retrocedieron de un punto que calculaban «a 1.200 leguas de los Malucos y 1.000 de la Nueva

España». El 9 de diciembre, estando De la Torre en Zamafo, llegó la *Florida* con veintidós personas, o sea cinco menos de las que habían salido. La carabela estaba completamente carcomida, y fué entregada a Hernando de la Torre.

En resumen: ni los tripulantes de la *Trinidad,* de Magallanes, ni los de la *Santa María de la Victoria*, de Loaysa, ni los de la *Florida,* de Saavedra, volvieron a sus puertos de partida, Sevilla, la Coruña y Zihuatanejo. Aisladamente, después de mil azares, perseguidos por los portugueses, y a bordo de naves enemigas, se restituyeron a su patria algunos de ellos.

Véase, por ejemplo, cómo llegaron a Europa Andrés de Urdaneta y Macías del Poyo. Partieron de las Molucas el 15 de febrero de 1535; el 5 de marzo llegaron a Banda, en junio a Java, y en los últimos días de julio a Malaca; el 15 de noviembre salieron en el junco de un portugués, y, pasando por Ceilán, llegaron, mediado diciembre, a Cochin, donde encontraron a Hernando de la Torre. Urdaneta y Poyo partieron el 12 de enero de 1536, y el 30 de marzo pasaban el cabo de Buena Esperanza. Por último, después de hacer aguada en Santa Elena, donde tomaron refrescos, salieron para Portugal, y desembarcaron en Lisboa, el 26 de junio de 1536.

Esto era cuando llegaban los repatriados. Lo probable era no volver, sino morir en alta mar, consumirse de fiebre en las islas o quedarse voluntariamente en alguna de ellas, para sustraerse a los peligros y penalidades que les aguardaban, sin esperanza de socorro.

En efecto, Carlos V se había desinteresado de las Molucas, y después de sostener una disputa más académica que activa en las juntas de Badajoz, hizo temporal abandono del archipiélago a los portugueses, por una insignificante cantidad que necesitaba para sus guerras.

La ruta de Magallanes no tenía objeto, después de tanto luchar para encontrarla. Y en todo caso, geográficamente, la vuelta a España parecía muy azarosa por el mismo camino. Siguiendo un movi-



miento natural, se buscaba desde entonces el contacto indirecto a través de la Nueva España, ruta que posteriormente hubo de prevalecer para el tráfico de las Filipinas.

QUINTA PARTE

LAS LÍNEAS DE LA EXPLORACIÓN CONTINENTAL Y MARÍTIMA

CAPÍTULO PRIMERO

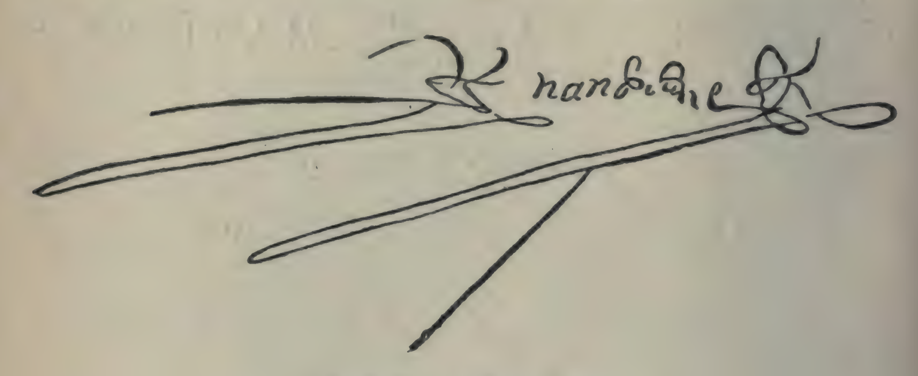
La fuente de la eterna juventud.

HAY que distinguir el descubrimiento de América de los descubrimientos dentro de América; los viajes que dieron como resultado la gradual identificación de un continente nuevo, sin relaciones de contigüidad con el antiguo, y la exploración de ese nuevo continente. Para el descubrimiento de América, el viaje de los portugueses a las Molucas, y la comparación de longitudes entre estas islas y la costa del Brasil, son un acontecimiento importantísimo. Puede asegurarse que América, en cierto sentido, fué descubierta por los que descubrieron las Molucas. No será nunca suficientemente ponderado este acontecimiento geográfico. Magallanes, que vió su trascendencia, fué por eso quien estuvo más bien capacitado para reanudar los planes cuya realización había sido iniciada en el tercer viaje de Américo Vespucio.

Después de haber visto los trabajos memorables de Magallanes, conviene poner de relieve el movimiento que se hacía paralelamente para reconocer las tierras de los países revelados por Colón, en el

que los exploradores eran extraños, tanto al pensamiento de asimilar esos países a los de Asia, como al de diferenciarlos del Viejo Continente.

Parece increíble que, mientras los grandes viajes históricos llegaban hasta el extremo sur del continente, el seno del golfo de Méjico, Cuba y la Florida permaneciesen ignorados. Esto se explica. Evidentemente hubo exploraciones en esas partes desde los primeros años del establecimiento de los españoles en la isla de Santo Domingo; pero esas exploraciones no seducían la curiosidad, y las tierras descubiertas quedaron olvidadas. Cuba, por ejemplo, bojada en 1508 por Sebastián de Ocampo, lo había sido años antes sin que se consignase el hecho de un modo que dejase huellas para identificar la expedición descubridora. Lo mismo pasaba respecto de Yucatán, de la Florida y del seno que se abre entre las dos penínsulas. Parece increíble que Yucatán, la parte del Nuevo Mundo donde hay vestigios más asombrosos de una arquitectura autóctona, fuese recorrida durante años y años por los navegantes sin que les revelase su secreto. Lo mismo podría decirse de Méjico, en tanto que la Florida, poblada de tribus en estado salvaje, sin palacios ni ruinas que fuesen dignos de admiración, solicitaba la atención de los españoles que habitaban en las Antillas, al grado de singularizarse el país por el atrac-



AUTÓGRAFO DE HERNÁN CORTÉS.

tivo mágico de una leyenda. La Florida fué, por un azar subjetivo, la tierra del agua de Juvencio.

El célebre charlatán inglés Mandeville, viajero imaginario, habla de este modo:

«Junto a una selva estaba la ciudad de Polombe, y junto a esta ciudad, una montaña, de la que toma su nombre la ciudad. Al pie de la montaña hay una gran fuente, noble y hermosa; el sabor del agua es dulce y oloroso, como si lo formaran diversas maneras de especería. El agua cambia con las horas del día; es otro su sabor y otro su olor. El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya no se enferma y es siempre joven. Yo, Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua con mis compañeros, y desde que bebí, me siento bien, y supongo que así estaré hasta que Dios disponga llevarme de esta vida mortal. Algunos llaman a esta fuente *Fons Juventutis*, pues los que beben de ella son siempre jóvenes» (1).

Ahora bien, esta fuente de Juvencio, traída del relato medioeval de Mandeville, y trasladada a las tierras descubiertas por Colón, se hallaba en Bimini, al norte de la isla Española (2). El pasaje de Mártir es curioso y característico:

«...a trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en el interior, que se llama Boyuca o Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que bebiendo de su agua rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que digan esto de burla o con ligereza. Tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que lo tiene por verdad, no sólo el pueblo, sino algunos de los que se han elevado a causa de su virtud o de los que ocupan lugar de rango eminente por su fortuna.»

Pero hay otro pasaje de Mártir en el que la fuente mágica no

(1) Roxburgh: *Buke of Mandeville*, pág. 84.
(2) Pedro Mártir: Déc., II, lib. X.



EL CAPITAN JUAN de GRIJALVA de Cuellar

está en la isla Boyuca o Ananeo, a trescientas veinticinco leguas de la Española, sino en la Florida. ¿Cómo se efectuó la traslación de este lugar quimérico?

«En mis primeras *Décadas* —dice el mismo Pedro Mártir—, que corren impresas por el mundo, se dió noticia de una fuente dotada

de tal virtud oculta, según se dice, que usando su agua bebida y en baños, hace rejuvenecer a los ancianos. Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré a consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de gran autoridad...» Éstos «declaran unánimemente que han oído la historia de la fuente que restaura el vigor, y creyeron, en parte, a los que contaban esa historia. Dicen que ellos no lo vieron ni lo comprobaron con la experiencia, porque los habitantes de aquella tierra florida tienen las garras muy afiladas y son acérrimos defensores de sus derechos. No quieren huéspedes, y menos cuando éstos pretenden quitarles la libertad. Pasando en flotas desde la Española, y con viaje más corto desde Cuba, se propusieron varias veces los españoles sojuzgar a aquellos indígenas, y establecerse en sus tierras; pero cuantas veces acometieron la empresa, otras tantas fueron rechazados, derrotados y muertos, pues, aun cuando los naturales andan desnudos, pelean con armas arrojadizas y con flechas envenenadas. De estos milagros de la fuente citó el deán un caso. Tienen de criado a un yucayo, que se llama Andrés Barbudo, porque entre los de su raza, que todos son imberbes, él es barbado. Dícese que fué engendrado por un hombre muy viejo. Éste, atraído por la fama de aquella fuente, y por el anhelo de alargar la vida, quiso ir desde su isla natal, como los nuestros van de Roma o de Nápoles a los baños de Puteoli, para recuperar la salud perdida. Y, hechos los preparativos, marchó a tomar las aguas de la deseada fuente. Fué, en efecto; se bañó y bebió del agua muchos días, haciendo todo cuanto le aconsejaban los del balneario, y se cuenta que llegó a su casa con fuerzas viriles. Se casó otra vez, y tuvo hijos...» (1).

Naturalmente, Mártir no cree una palabra de lo que le han dicho los letrados de las Indias, y si lo cuenta es porque le encantan las narraciones foclóricas que toman bajo su pluma el encanto de la belleza

(1) Mártir: Déc., VI, lib. VII.

literaria. Oviedo, testigo directo y hombre de juicio, que no escribe para divertir a papas y cardenales, sino para construir un monumento científico, cuenta las cosas de otro modo: «Johán Ponce acordó de armar, e fué con dos caravelas por la banda del norte, e descubrió las islas de Bimini, que están de la parte septentrional de la isla Fernandina. Y entonces se divulgó aquella fábula de la fuente que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos: esto fué el año de mil e quinientos y doce. E fué esto tan divulgado e certificado por indios de aquellas partes, que anduvieron el capitán Johán Ponce y su gente y caravelas perdidos y con mucho trabajo por más de seis meses por entre aquellas islas, a buscar esta fuente: lo cual fué muy gran burla decirlo los indios, y mayor desvarío creerlo los chrisptianos, e gastar tiempo en buscar tal fuente. Pero tuvo noticia de la Tierra Firme, e vídola, e puso nombre a una parte della que entra en la mar, como una manga, por espacio de cient leguas de longitud, e bien cincuenta de latitud, y llamóla la Florida» (1).

Este Ponce de León, que había sido compañero del Almirante en el segundo viaje, obtuvo permiso del rey Fernando para la conquista de Bimini. Salió de Puerto Rico en marzo de 1513, y el 27, día de la Pascua Florida, vió la costa que recibió entonces y que conserva todavía este nombre. El día 2 de abril desembarcó en un punto no lejano del sitio actual de San Agustín. Retrocedió, y siguió la costa de la península hasta el paralelo de los 27° 30′. Interrumpida la exploración, fué reanudada en 1521. Ponce de León fundó una colonia; pero, atacado por los indígenas, tuvo que retirarse, y se embarcó para Cuba, en donde murió a consecuencia de una herida de flecha.

Otro explorador, Alonso Álvarez de Pineda, había seguido, en 1519, toda la costa de la península, y continuó por la del interior del golfo de Méjico, hasta encontrar en Tampico a los compañeros de Hernán Cortés. Pineda tomó nuevamente, y en sentido contrario,

(1) Oviedo: *Hist. General y Natural de las Indias*, lib. XVI, cap. XI.

la ruta que acababa de andar, y encontró la desembocadura del río Mississippi, al que dió por nombre río del Espíritu Santo (1).

A Pineda se había anticipado Diego de Camargo en 1518, y antes, en 1517, Francisco Hernández de Córdoba, con Antón de Alaminos como piloto, había salido de la Habana. Visitó la isla de Mujeres, el cabo Catoche, y recorrió la costa de Campeche. La hostilidad de los naturales lo obligó a dirigirse hacia la Florida, de donde regresó a Cuba. Se organizó después otra expedición, mandada por Juan de Grijalva, con el mismo piloto Antón de Alaminos. Esta expedición salió de Matanzas el 20 de abril de 1518, e hizo una exploración más minuciosa por las costas mejicanas del golfo, preparatoria, verdaderamente, de la que realizó Cortés al siguiente año. Entre los recuerdos de esa exploración queda el nombre del río de Grijalva.

(1) Navarrete: Obra citada, tomo III, págs. 147-153.—Pedro Mártir: Déc. V, cap. I. Véase la Real Cédula en que se facultó a Francisco de Garay.

CAPÍTULO II

Del golfo de Méjico al golfo de California.

DURANTE los años que median entre el viaje de Magallanes y la renuncia a las islas Molucas, se habían producido acontecimientos que alteraron substancialmente la posición geográfica de España. Por una parte, Hernán Cortés salía de Cuba en el mismo año que Magallanes lo hacía de España, y tomaba la ciudad de Méjico un mes antes de que el explorador del Pacífico muriera en el archipiélago de San Lázaro. Por otra parte, mientras salía Loaysa de España, para seguir la ruta del estrecho, Francisco Pizarro se había empeñado en la conquista del Perú, iniciada desde mediados de noviembre de 1524. Ya dos años antes, casi al mismo tiempo que se recibía en Panamá, con todos sus pormenores, la relación de los hechos de Cortés, los habitantes del istmo se exaltaban con la expectación de un Birú superior en riquezas al que les habían prometido las esperanzas de Balboa.

La realidad presentada por Cortés y la anunciada por Pizarro parecían indiscutiblemente más esplendorosas que las fábulas del Moluco. ¿Vacilaría Carlos V en desprenderse por 350.000 ducados de las islas de las Especias? Tres meses después del tratado de Tordesillas, en que el emperador abandonó las Molucas, firmaba con Pizarro las célebres capitulaciones que iban a darle un imperio, por la promesa de 300.000 maravedís, 400 ducados, 25 yeguas y 25 caballos.

En 1535 y 1536, cuando volvían a España los supervivientes dela



EL MARQUEZ DON FRANCISCO PISARRO
de Truxillo,

expedición de Loaysa, ya la realidad peruana había superado en magnificencia a la de Méjico. De las Molucas sólo llegaba aquella voz desalentada de Hernando de la Torre con que en 1528 se quejaba del hambre que sufrían los castellanos y de la depreciación en que habían caído los objetos de rescate, por no tener los indios moneda, sino sólo clavo, inútil para los bloqueados españoles.

El *paso del estrecho* empezaba a desaparecer como interés apremiante y como preocupación central de la navegación. Pocos años antes, precediendo o siguiendo a la salida de Loaysa, el estrecho era todavía un problema, que todos procuraban resolver como en los tiempos de Juan de la Cosa. No bien había terminado Cortés su empresa de conquista, preparó expediciones marítimas para hacer nuevas exploraciones en el Mar Caribe, en el golfo de Méjico y en la prolongación boreal de la Florida. Pero los espíritus olvidaban insensiblemente el tema asiático, y por una fascinación incontrastable, buscaban los tesoros de Culúa y del Birú, tesoros americanos, allí donde creían ellos mismos ir en solicitud de una ruta para las islas magallánicas.

Siguiendo las huellas de Gaspar de Espinosa, Gil González Dávila emprendía en 1522 una expedición que partió de Panamá, tomó hacia el oeste y llegó a la bahía de Fonseca. Así, en 1524, dos tendencias divergentes impulsaban a los españoles de Panamá. Unos seguían a Pizarro y Almagro hacia el sur; otros se ilusionaban con la Cólquide, cuyas grandezas revelaba la formidable energía de Gil González Dávila. Cortés, siguiendo el espejismo de la antigua ilusión, clavaba sus ojos de águila en la parte ístmica del continente, no tanto para dar con el estrecho como para disputar a cualquiera de sus émulos el señorío de las tierras que él consideraba aledaños de Méjico. Pedrarias Dávila extendía codiciosamente la mano para apropiarse el fruto de los esfuerzos de Espinosa, y Gil González Dávila se aferraba en su reciente conquista, mientras Cortés enviaba a uno de los brillantes capitanes del Anáhuac, Cristóbal de Olid,



El Adelantado Don PEDRO de ALVARADO de Badajoz.

para que en su nombre ocupase los territorios a que da paso el golfo de Honduras.

Cristóbal de Olid, a su vez, sintiéndose del tamaño de sus ambiciones, quiso formarse un Estado. Cortés, sin tardanza, emprendió

aquella loca, aquella increíble aventura del viaje a las Hibueras, dejando a Méjico en poder de una gavilla de facinerosos, y perdiéndose durante largos meses en los misterios del Usumacinta. Políticamente, ese viaje fué un error; geográficamente, fué una de las grandes proezas del Nuevo Mundo. Nada quedaba por explorar desde el macizo montañoso del Popocatépetl hasta el río Atrato. Uno de los tenientes de Cortés, Pedro de Alvarado, figura sombría, secundaria sólo comparada con la de Cortés, se aislaba en Guatemala, afianzando allí una dominación de gran caudillo, aunque sin la quietud que pudiera cimentar su obra, pues no dejaba de mirar hacia el extremo asiático, con el anhelo de grandezas de una factoría índica, por más que pareciese olvidar ese sueño al precipitarse sobre el Perú, pidiendo participación en el botín de los Pizarros, y al volver hacia el norte para morir luchando en las serranías de la Nueva Galicia mejicana.

El plan de buscar el estrecho al norte de la Florida no había sido abandonado, sino aplazado, cuando el genio de Cortés, siempre activo, tuvo que concentrarse en otras empresas, limitado por la suspicacia de su rey. Lucas Vázquez de Ayllón, jurista avecindado en las islas antillanas, emprendió el reconocimiento de las llamadas tierras de Chicora y del río Gualdape, al norte del de San Juan. Aun intentó un establecimiento en la desembocadura del actual río James, a la entrada de la bahía de Chesapeake, en Virginia. La muerte del jefe de la expedición, y no su oficio de letrado, como dice Oviedo, fué la causa del fracaso de aquel proyecto, perfectamente orientado hacia fines que demuestran un gran sentido práctico y una previsión certera. Como el célebre marino inglés Gilbert, Vázquez de Ayllón, tan despreciado por su compatriota Oviedo, vió acaso que la riqueza de aquellas zonas, sus minas, su oro, estaban en el mar, y que una pesquería era una Nueva España. La colonia de San Miguel, fundada donde hoy está Jamestown, llevaba, pues, el sello de un gran pensamiento.

Descubrimiento del Nuevo Mundo

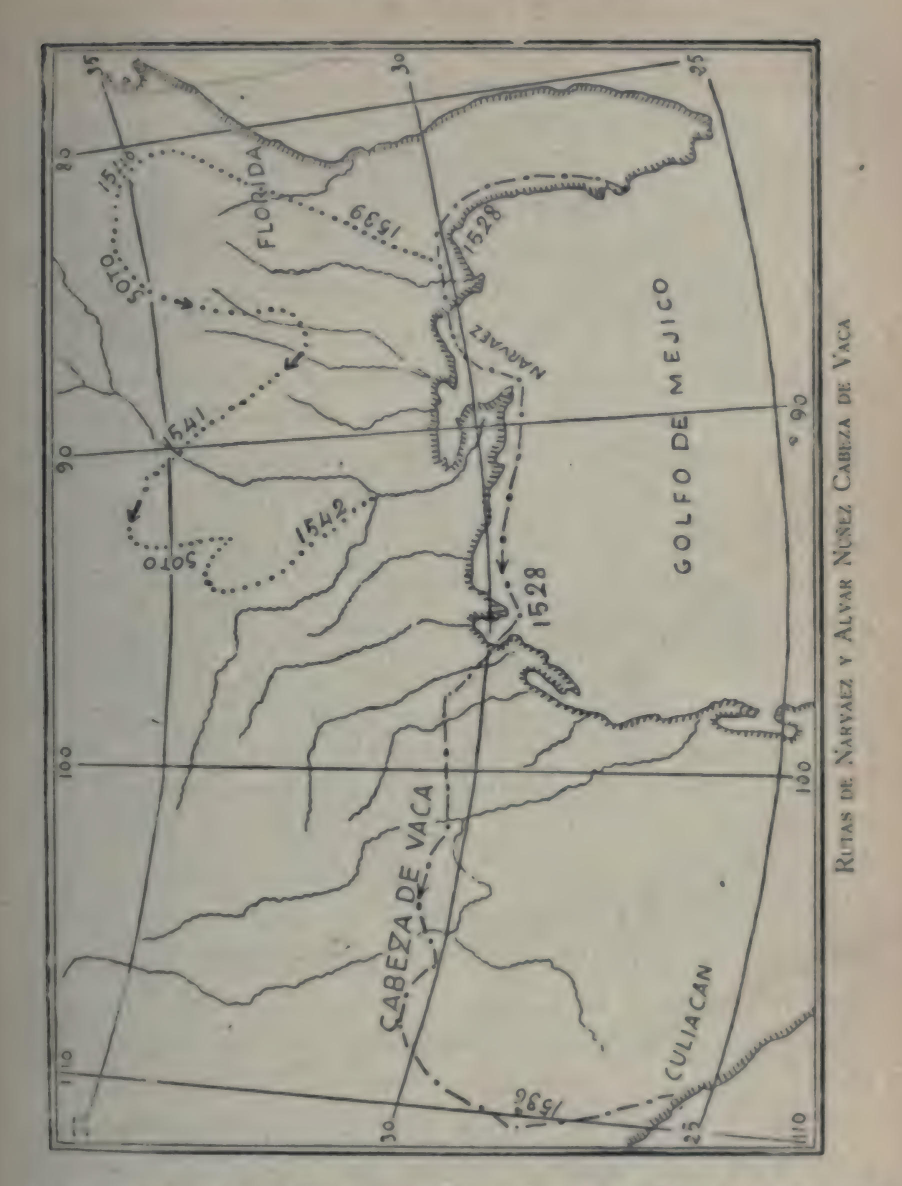


América Central

En 1525, es decir, el año anterior al de la empresa de Lucas Vázquez de Ayllón, Esteban Gómez, el desertor de Magallanes en el estrecho, recorría la costa desde el Labrador hasta la Florida, visitando las desembocaduras de los ríos Connectticut, Hudson y Delaware. Es verdad que Gómez buscaba *el estrecho de Cathaya*, y que volvió a España sin dar cuentas satisfactorias de su tentativa, por lo que su expedición fué considerada como un fracaso; pero todavía la parte oriental de los Estados Unidos lleva el nombre de *tierras de Esteban Gómez*, en recuerdo del explorador que rivaliza con el florentino Giovanni Verrazzano, como descubridor de la desembocadura del Hudson.

En 1529, otro explorador de las Antillas, enriquecido en ellas, Pánfilo de Narváez, intentaba penetrar en la Florida occidental por la bahía Apalache. Narváez no se distinguió nunca como hombre de previsión, e internándose en la tierra, dejó sus cuatro embarcaciones sin tomar las providencias necesarias para encontrarlas. Después de un mes, empleado en reconocer el país, sus naves habían desaparecido. Construyó cinco barcas, y siguió la costa del golfo hacia occidente, para acogerse a las poblaciones de la Nueva España, pero la corriente del Mississippi —o río del Espíritu Santo, como le llamaban los españoles— desbarató dos de las barcas, y los que las tripulaban se perdieron. Las otras continuaron, sin llegar a costas pobladas por españoles. El tesorero de la expedición, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que hizo más tarde la narración del viaje, fué uno de los cuatro expedicionarios que sobrevivieron al desastre, y que realizaron la primera travesía histórica del continente.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, sus compañeros Andrés Dorantes y Alonso del Castillo Maldonado, y el negro esclavo Esteban de Azamor, son famosos en la historia de los viajes. El libro escrito por Cabeza de Vaca refiere el naufragio, y cómo él y los otros tres supervivientes, después de ser esclavos de los indios de la costa, cruzaron desde los límites de la Luisiana, con lo que hoy es Tejas en los Estados Unidos, hasta Culiacán, en el golfo de California, gracias



Rutas de Narvaez y Alvar Nuñez Cabeza de Vaca

a la fe que inspiraba Cabeza de Vaca, en quien veían las tribus del tránsito un mago de poder infalible. Siete años después del desastre, los cuatro viajeros se ponían en contacto con los españoles, y llegaban a Méjico el 23 de julio de 1536.

Hernando de Soto exploró la cuenca del Mississippi en 1539. Antiguo conquistador de Costa Rica y del Perú, y gobernador de Cuba, llevaba elementos tan sólidos como los de Vázquez de Ayllón y Narváez, pero su expedición no fué menos desgraciada. Los quinientos setenta hombres de Soto y sus doscientos veintitrés caballos atravesaron desde la bahía de Juan Ponce, a cuya inmediación desembarcaron en los primeros meses de 1539, hasta Mobila y la margen occidental del Mississippi, que remontaron en la primavera de 1542, y donde murió el jefe, después de haber llegado a la altura de la actual Nueva Madrid. El resto de la expedición, muy mermada por los combates que había tenido con los indios, bajó el Mississippi, y continuó por la costa de Tejas, hasta llegar al río Pánuco, en donde estableció contacto con los españoles de la Nueva España.

Las noticias llevadas por Cabeza de Vaca eran confirmatorias de una leyenda geográfica que los indios comunicaron desde 1530 al conquistador de la Nueva Galicia, Nuño de Guzmán. La llegada de los cuatro héroes de aquella travesía fabulosa, llenó de exaltación las imaginaciones. Méjico no era entonces la ciudad melancólica cuyo aislamiento hizo de ella más tarde un valle de la luna. Servía a la vez de punto de arribo a los aventureros de España y de punto de partida para los mineros y conquistadores del interior. Hasta el virrey, don Antonio de Mendoza, hombre de una ecuanimidad perfecta, pareció conmovido por las sugestiones de una cierta Cíbola, de una Quivira, creaciones del ensueño y de la codicia, último refugio del espíritu que no quiere aceptar la inexistencia de los países fantásticos.

El padre fray Marcos de Niza, que había llegado del Perú, partió para ver las siete ciudades fabulosas. Las vió, en efecto, pues asomándose desde una altura para dominar la extensión, y a través de las calinas del desierto, fray Marcos distinguía formas de torreones y cúpulas, de murallas y catedrales. Eran las aldeas indígenas, fabricadas en las rocas, cuya apariencia extraña simula masas arquitectó-


El Adelantado Hernando de Soto.

nicas de extraordinario vigor y presenta perspectivas ilusorias. ¿Necesitaba más un espiritu exaltado por la fiebre de las aventuras, un testigo que había visto los esplendores de Cajamarca, de Pachacámac y del Cuzco?

«Habiendo subido a una altura de donde pude observar, vi que las casas estaban construídas como los indios me habían dicho: todas de piedra, de muchos pisos y con azoteas (1). Esta ciudad es más considerable que Méjico; muchas veces me vi tentado a entrar en ella, ya que no arriesgaba más de mi vida, que había ofrecido a Dios el día que comencé mi viaje (25 de noviembre de 1538); pero, considerando el peligro, temí que si me mataban se perdería el conocimiento de aquel país, que, según mi opinión, es el mejor y más grande de todos los que hasta hoy se han descubierto. Habiendo dicho a los jefes que me acompañaban que aquella ciudad me parecía muy bella, me aseguraron que era la más pequeña de las siete ciudades; que Totonteac es la más grande y más hermosa, y que tienen tantas casas y tanta población que no tienen límites.»

Esto era bastante. Fray Marcos levantó un monumento para recordar el sitio, llamó al país Nuevo Reino de San Francisco, y tomó posesión imaginaria de las siete ciudades y de los reinos de Totonteac, Acús y Marata.

Don Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España, hombre cuya ponderación y buen sentido vuelvo a encarecer, vió la relación escrita de fray Marcos, firmada el 2 de septiembre de 1539. ¿Dudaría? En Culiacán, a la entrada del mar de Cortés, había un capitán de toda confianza, Francisco Vázquez Coronado, el sagaz expedicionario de Topia. El virrey comisionó a Vázquez Coronado para la entrada en Totonteac, Acús y Marata. Con el fin de ganar tiempo, Vázquez Coronado envió por delante un explorador, Melchor Díaz, quien se puso en marcha el 17 de noviembre, y en carta del 20 de marzo de 1540 daba informes rebajando, atenuando, modificando las aseveraciones de fray Marcos, pero dejando en pie la existencia de las siete ciudades. ¿Cómo no salió de Méjico D. Antonio, y se puso

(1) Son las rocas vivas en cuyos acantilados tienen sus casas los pueblos del desierto.

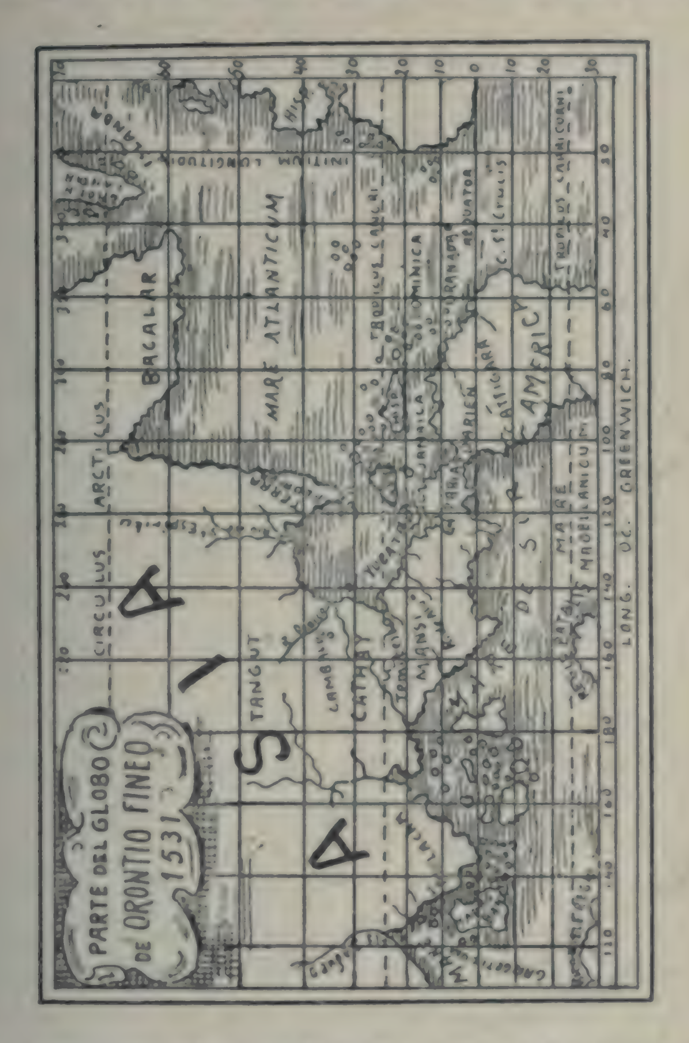

Tucayan
Tiguex
Rio Grande
SONORA
Golfo de California
PENINSULA DE CALIFORNIA
Punta Abreojos
Coronado
Sinaloa
SINALOA
Culiacan
NUEVA
ESPAÑA
Durango
Mazatlan
Chametla
S. Blas
C. S. Lucas
CARTA
DE LA EXPEDICION DE CORONADO
A CIBOLA Y QUIVIRA.

personalmente en marcha? Era necesario que D. Antonio de Mendoza tuviese en realidad temple de estoico para resistir a la tentación. No por inactivo, pues para expediciones peligrosas se le halló siempre dispuesto, sino por cauto, no tomó parte en la exploración. Organizó un Cuerpo, brillantemente dotado; y le prestó el auxilio de una flota, que debería reconocer la costa. El engaño se deshizo en presencia de la miserable realidad. Fray Marcos tuvo que huir a Méjico, para salvarse de la cólera de los soldados. El ejército de Vázquez Coronado, que empleó dos años en sus correrías por el norte, volvió a Méjico en 1542. No había encontrado las siete ciudades; pero atravesó el territorio del actual Nuevo Méjico, cruzó el cañón del Colorado y se acercó a los límites de Dakota y Nebraska. El engaño fué provechoso para el conocimiento de una vastísima zona continental.

Pasando del terreno a los libros, la geografía deliraba. Así Gómara colocaba a Quivira en 40° de latitud; Herrera decía lo mismo; pero situaba a Cíbola cerca de Culiacán, junto al mar de Cortés. Había un error todavía más comprensivo que el de puntos imaginarios, y era el de la estructura continental. En la relación del viaje a Cíbola, por Pedro Castañeda de Nájera, se lee que así como la Nueva España «forma un solo continente con las Indias y el Perú, lo forma también con las Grandes Indias y la China, de las cuales está separado por el estrecho; pero como este país es tan vasto, debe por precisión tener grandes desiertos. La costa de la Florida, volviendo sobre sí misma, sube hasta la tierra de Bacallaos, y de allí a la Noruega; la de la Mar del Sur forma una especie de semicírculo, y toca a la China» (1). La geografía era, sin embargo, campo de contradicción. Frente a la teoría de los continentes ártico y antártico, y de los océanos cerrados, había la teoría de los mares ártico y antártico, que

(1) *Apuntes para la historia de la geografía en Méjico*, por Manuel Orozco y Berra, pág. 134.

establecían la unión de los océanos y ofrecían paso libre para la navegación. Eco de esta voz era Gómara. Cuando las exploraciones



marítimas avanzaron cinco grados más en las costas americanas del Pacífico, decían esos exploradores que por allí se juntaba la Nueva España con la China; pero Gómara no lo creía (1).

(1) Gómara: *Historia de las Indias*, cap. CCXII.

CAPÍTULO III

El Río de la Plata.

En 1526 sale otra expedición marítima en seguimiento de la de Loaysa. Es la de Sebastián Caboto, cuyo paradero, como hemos visto, inquietaba a Carlos V, según su carta a Cortés.

Desde que Caboto llegó a Pernambuco, en junio de 1526, empezó a oír extraños rumores que, confirmados después, desviaron el rumbo de su viaje. A esto se debió que el navegante no fuera un explorador de las Molucas, sino un explorador americano.

De Pernambuco siguió Caboto hacia el sur, todavía en demanda del estrecho, pero cuando llegó a Santa Catalina, estación obligada para reformarse, vió a algunos marineros de la *San Gabriel*, de Loaysa, catorce o quince, y a dos de los supervivientes de la expedición de Díaz de Solís. Esos hombres le contaron pormenorizadamente la historia, sin duda en parte legendaria, de un Alejo García que había estado en la Sierra de la Plata y que había enviado de ella cargas de metal. Decíase que, acompañado de cuatro o cinco de sus camaradas de expedición y naufragio, Alejo García había partido de Santa Catalina, y después de cruzar la provincia de este nombre, el Paraná y el territorio del futuro Paraguay, se dirigió hacía el poniente para descubrir y reconocer las tierras del interior. Seguidos de dos mil indios, cuya lengua hablaban aquellos europeos, al cabo de muchas jornadas llegaron hasta las cordilleras y serranías del Perú. Los indios charcas de las inmediaciones de Chuquisaca salieron a detener la invasión de guaraníes, chaneses y hombres blancos, y

Alejo García tuvo que emprender la retirada en buen orden, según quiere su historiador, «en tan buen orden, que salieron de la tierra



El Rio de la Plata.

sin recibir daño alguno, dejándola puesta en gran terror y a toda la provincia de Charcas en armas». Volvieron al Paraguay, «cargados de despojos de ropa, vestidos y muchos vasos, vasijas y coronas de plata».

Todo esto lo sabían Melchor Ramírez y Enrique Montes, los informantes de Caboto en Santa Catalina, porque Alejo García y sus compañeros les habían enviado muestras del metal con doce esclavos. Los desertores de la *San Gabriel* confirmaban aquellas noticias, y decían que cuando en mayo del mismo año había estado allí con su nave, el capitán D. Rodrigo de Acuña dispuso que fuesen a tierra el contador y el tesorero para que rescatasen, y el clérigo para que bautizase a los hijos de los cristianos de Díaz de Solís. Ahora bien, cuando el tesorero y el contador volvían a la nao con más de veinte personas, bastimentos, dos arrobas de metal y dos marcos de plata, el batel se anegó, y perecieron quince hombres. La fama de riqueza de la tierra sembró la deserción entre los tripulantes, y por eso se habían quedado ellos con los europeos que allí vivían.

Caboto pidió muestras del metal, y se las dieron de lo que no enviaron a la *San Gabriel*. Eran «unas cuentas de oro y plata, que por ser la primera cosa que en aquella tierra habían habido, lo tenían guardado para dar a Nuestra Señora de Guadalupe, las cuales dieron al señor capitán, y las de oro eran muy finas, a más de veinte quilates» (1).

La expedición de Alejo García había durado probablemente dos años, y terminó de una manera trágica hacia fines de 1525, pues a cincuenta leguas de la Asunción, y a la altura de la villa de San Pedro, Alejo García y sus compañeros fueron exterminados por los guaraníes. Sólo sobrevivió un hijo de Alejo García, y por él se sabía lo relativo a esa expedición, la primera que atravesó casi toda la América meridional.

Enrique Montes ofrecía «cargar las naos de oro y plata, aunque fuesen mayores». Para ello no había sino entrar por el río de Solís,

(1) *La Sierra de la Plata*, por Manuel Domínguez. Capítulo III. La narración de los náufragos de Solís y de los desertores de la *San Gabriel* está confirmada por lo que refirieron los tripulantes de esta nave que volvieron con ella a España.

y subir por uno que se dice Paraná. Y al hablar de esto, lloraba: «Tan rico sería el paje como el marinero.» Caboto estaba predispuesto para recibir estas noticias, pues ya desde Pernambuco decía «que nunca de España salieron hombres para llegar a tierra tan rica». Y así, «mudó la voluntad y mandamiento de S. M.», y el viaje que debía llevar en el descubrimiento de las islas lo cambió por una nueva determinación, en la que no fué posible hacerle ceder.

Avanzó, pues, hacía el «río de Solís». En la costa del Uruguay encontró a Francisco del Puerto, grumete que sobrevivió a la pelea en que pereció aquel navegante. Francisco del Puerto también hablaba de grandes riquezas argentíferas, y con eso aumentaron las esperanzas de Caboto. Entró por el estuario, fondeó en la isla de San Gabriel, dispuso un reconocimiento del Uruguay, que llegó hasta la altura del río Negro, navegó en el Paraná, «que tenía veintidós bocas», según le habían informado, y fundó el Espíritu Santo, junto a la desembocadura del río Tercero. Allí le confirmaron los querandíes que subiendo el río Paraguay encontraría la Sierra de la Plata y la Mar del Sur. «Y no menos tiene este descubrimiento que el de la Sierra de la Plata.»

Saliendo del fuerte, y pasando las Tres Bocas, llegó al Pilcomayo. Allí dejó el eje fluvial, y tomó la corriente que lo encaminaba hacía el oeste. Todas sus tentativas serían inútiles, pues el Pilcomayo presenta la resistencia de su insegura corriente. El explorador ignoraba que la vía mejor era la indirecta del río Paraguay, que deja a un lado los obstáculos invencibles del Chaco. Dos veces retrocedió Caboto. La primera por haber visto caer a diez y siete de sus compañeros, muertos en una emboscada. La segunda vez, aunque prevenido de barcos ligeros para remontar el Pilcomayo, se sintió desalentado por el temor de los indios, que podrían destruir el fuerte del Espíritu Santo y dejar aislada la partida expedicionaria. En efecto, el fuerte quedó arrasado, y sin el fuerte la expedición se encontró en la imposibilidad de sostenerse por falta de base de operaciones.

Vuelto Caboto a España, con 20 hombres, de 200 que había sacado, y con una onza de plata, Oviedo, eterno censor de los aventureros, recapitula diciendo que los que no perdieron la vida perdieron el tiempo, «pues que tan mal lo emplearon, codiciando lo que no hallaron o deseando lo que no vieron, o, finalmente, acabando sin honra y sin provecho».

Pero el espíritu del tiempo no era el espíritu de Oviedo. Del fracaso de Caboto sobrevivía la proeza de Alejo García, y nació una nueva leyenda, la del capitán César, quien despachado por Caboto en busca de la sierra desde el Espíritu Santo, emprendió el camino por tierra, apartándose de la vía fluvial, y volvió con siete hombres, de los muchos que llevaba. Las regiones que abarcaba esta exploración encendían la codicia de los compañeros de Caboto, ya que César «había visto grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas». Esta leyenda se magnificó más tarde, hasta decirse que César había estado en el Cuzco y había hablado con los conquistadores del Perú. Más aún. La leyenda tuvo una derivación. Así como los conquistadores de la Nueva España se agitaron con los relatos de Fray Marcos de Niza, los del Río de la Plata sentían el anhelo de la *tierra de los Césares,* buscándola no en el oeste, puesto que esa tierra ya era de los conquistadores del Perú, sino en la inexplorada Patagonia.

Caboto volvió con su onza de plata en 1530. Las relaciones que hizo, y sobre todo las de Diego García, exaltaban las imaginaciones. Pizarro acababa de obtener sus capitulaciones para la conquista del Perú. Antes de que transcurrieran tres años, llegaban a España el oro de Cajamarca y la plata del Cuzco. ¿Pero no estaba acaso en territorio libre aún de conquistadores la sierra que buscó Caboto y que visitó Alejo García? La conquista del Río de la Plata tenía muchos pretendientes, y la obtuvo el de mayor valimiento, aunque de pobres condiciones personales y de suerte infeliz, D. Pedro de Mendoza. Alistó 2.000 hombres en 11 navíos, y salió de Sanlúcar el

24 de agosto de 1535. Pocos meses después había fundado la primera Buenos Aires, que no podía sostenerse, faltándole toda base. En efecto, rodeada de los querandíes, sin medios de fomentar cultivos, a una distancia enorme de la patria y de todo centro que la auxiliara, Buenos Aires no era viable. El hambre y el peligro inminente del incendio y del degüello paralizaban a los fundadores. Sin la esperanza del oro y la plata del interior, habrían desamparado la tierra desde el primer momento. Pero los hombres no viven de esperanzas, y cuando el hambre llegó hasta la antropofagia, el incompetente adelantado Mendoza, enfermo, desalentado, perdida la fortuna y el crédito, se reembarcó para volver a España.

Antes de emprender el viaje de regreso, que no le sería dado acabar, pues muerto durante la travesía, fué arrojado su cuerpo al agua, el adelantado Mendoza delegó facultades en Juan de Ayolas. Éste, con tres embarcaciones y 160 hombres, inició la navegación del río en busca del cerro y país de la plata. Su punto de partida no fué Buenos Aires, sino Buena Esperanza, lugar próximo al del Espíritu Santo, y después de tres meses de una lucha peligrosa contra los ríos y contra las tempestades, Juan de Ayolas llegó al punto que denominó, en febrero de 1537, Candelaria, arriba del ángulo de la actual frontera paraguaya con el Brasil y Bolivia, es decir, casi a los 20º. Allí dejó a Domingo Martínez de Irala con 30 hombres, y él emprendió la marcha hacia el oeste con una fuerza de 130. Llegó a la tierra de los charcas, rescató o robó 20 cargas de oro y plata, y volviendo en busca de refuerzos, regresó a la Candelaria trece meses después de su partida, es decir, por el mes de marzo de 1538. Martínez de Irala había desaparecido de la Candelaria, y estaba a algunas leguas, río abajo. Ayolas supuso que el único punto poblado de españoles, si lo había, era Buena Esperanza, y dominado por la preocupación de haber perdido todo contacto con los suyos, fué atacado y pereció a manos de los payaguaes. Sólo se salvó un niño indígena, Gonzalo Chaves, quien refirió después los pormenores de la expedición.

Martínez de Irala, gobernador sustituto, como teniente de Ayolas, salió de la Asunción en noviembre de 1539, y dejando 70 españoles en San Sebastián, emprendió la travesía con 210. Después de dos semanas de correr por el Chaco, en ocasiones con el agua hasta la cintura, y muchos días sin hallar un sitio seco para el vivac, Irala volvió a San Sebastián. Allí le esperaba la noticia de la suerte de Ayolas.

El gobernador formó un nuevo plan y emprendió una nueva tentativa de penetración a la sierra. Comenzó por despoblar Buenos Aires, que en realidad no existía, pues la gente estaba embarcada para no perecer en tierra, y concentrando todos sus recursos en la Asunción, centro definitivo de población y conquistas, hizo los apréstos necesarios para salir a la Sierra de la Plata en 1542.

En esos momentos llegaba un nuevo adelantado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que pasando de Méjico a España, y de España al hemisferio austral, acababa de ponerse de acuerdo con el nuevo gobernador del Perú conquistado, Vaca de Castro, para darse con él la mano por sobre la cordillera de los Andes. Alvar Núñez desembarcó en Santa Catalina, envió las mujeres por mar y río, y él hizo la travesía directa desde la costa hasta salir a la Asunción, con una maestría perfecta.

Sin perder instante, el adelantado organizó expediciones de reconocimiento previo por tierra y por agua. Finalmente, comenzó su avance hacia el oeste, en el puerto de los Reyes, a la altura que convenía para asegurar el buen éxito de la expedición.

Todo indicaba que su marcha seguiría las huellas de la expedición de Ayolas, y que, más feliz el adelantado, encontraría al regresar el apoyo de una fortaleza suficiente para que los indígenas no se sublevaran. Pero la expedición se malogró como la de Irala. No había provisiones, o no había confianza. Alvar Núñez llevaba consigo la rémora de los oficiales reales. Volvió, pues, a los Reyes. Allí reinaba la peste, y en la Asunción, adonde retrocedió, se encontró ro-

deado de rebeldes. Aprehendido, se le tuvo preso durante once meses y se le remitió, por último, a España.

La misma embarcación que llevaba a Alvar Núñez llevaba la noticia de una nueva expedición, preparada por el gobernador que levantaron los rebeldes. Toda la conjuración había favorecido a Domingo Martínez de Irala. Sin embargo, la gran empresa se iba aplazando: primero, por la rebelión de los indios; después, por las disensiones de los españoles. Entretanto, un explorador infatigable, uno de aquellos tipos de vigor pasmoso que produjo el siglo de las conquistas, Nuflo de Chaves, hacía reconocimientos previos, y durante uno de ellos remontaba en canoas el Pilcomayo, hasta tener a la vista las sierras de la Plata.

Habían pasado ya cerca de tres años desde la partida de Alvar Núñez cuando Irala se puso, por fin, en marcha, a principios de 1548, partiendo del puerto de San Fernando. Uno de los medios para asegurar el buen éxito era dar con los cuatro españoles que, según el indio superviviente de la expedición de Ayolas, Gonzalo Chaves, habían quedado entre los payzunoes; pero al llegar adonde estaban los payzunoes, dijeron éstos que días antes los cuatro habían muerto a manos de los combatientes de una tribu con la que ellos tenían guerra. Nuflo de Chaves se adelantó a los expedicionarios, que llegaron hasta donde está Santa Cruz de la Sierra, y, tocando en las riberas del Guapay, supo que toda aquella tierra era de los conquistadores del Perú (1).

(1) Además de la obra citada de Manuel Domínguez, véanse la relación de Martín González en *Cartas de Indias* y la relación de Irala (1555). El mejor guía para conocer las expediciones a la sierra es Domínguez, pues ha depurado todos los datos geográficos.

CAPÍTULO IV

Del archipiélago de las Perlas al de Chiloe.

GEOGRÁFICAMENTE, el Perú es una conquista marítima. Su descubrimiento fué para los españoles de Panamá un empeño tan arduo como para los de Palos el descubrimiento del archipiélago antillano.

América, y especialmente el continente meridional, no presenta medios de penetración directa. Hemos visto que el Chaco y sus indígenas se opusieron veintidós años a la apertura de una ruta entre el Alto Perú y la Asunción. Hemos visto que Buenos Aires no pudo sostenerse, que Irala tuvo que despoblar aquel punto, y que la Asunción vivió aislada.

Entre Panamá y el Perú, el mar oponía los obtáculos que oponían el Chaco y los guerreros indígenas. Menos invencibles los del mar, fueron salvados antes. Pero lo fueron a costa de infinitos trabajos. Por tierra la conquista del Perú hubiera sido imposible. El mar, que la abrevió, era, sin embargo, un obstáculo que sólo parecía pequeño comparado con los del pantano, de la selva, del ventisquero y del desierto.

«El navegar de Panamá para el Perú —dice Cieza de León (1)— es por el mes de enero, febrero y marzo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas, y no reinan los vendavales, y las naos, con brevedad allegan adonde van, antes que reine otro viento, que es el

(1) Este escritor, contemporáneo de la conquista, recorrió por tierra la prolongadísima ruta del Darién al Potosí.



sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú; y así, antes que viente el sur, las naos acaban su navegación. También pueden salir por agosto y septiembre, mas no van tan bien como en el tiempo ya dicho. Si fuera destos meses algunas naos partieren de Panamá,

irán con trabajo, y aun harán mala navegación y muy larga; y así, muchas naos arriban sin poder tomar la costa.»

Es fácil leer estas líneas, pero difícil calcular el número de penalidades y naufragios que costó escribirlas. Antes de que se conocieran los vientos reinantes, fué preciso hacer una experiencia trágica. Y además de los vientos había corrientes. ¿Cómo pueden grabarlas los geógrafos en los mapas modernos sino gracias a los impulsos de temerario arrojo que movieron a los navegantes del siglo XVI?

La conquista del Perú se hizo en veinte minutos. Pero poco se ha pensado en lo que significó realmente su descubrimiento. A las dificultades propias de la empresa se añadía el abandono en que tuvo España a sus exploradores. Una atención mínima para encauzar las empresas de estos hombres, una modesta cooperación para fomentarlas, habría ahorrado a españoles e indígenas mucha de la sangre que corrió en el Nuevo Mundo. Pero el Gobierno español parecía complacido en que sus héroes conociesen el *summum* de las dificultades posibles. Si el mar era bravo, las naves serían malas, y así se obtenía un máximo de sacrificio. Vasco Núñez de Balboa, por ejemplo, construyó sus cuatro bergantines en el mar del Norte, y tuvo que pasar las piezas una a una para armarlas en el otro lado del istmo. Esto parece un hecho insignificante, pero lo parece porque suponemos que el camino entre Acla y el río de la Balsa sería como hacer un viaje de Madrid a Segovia.

Preguntemos a un geógrafo moderno lo que es el istmo de Panamá, y nos dirá que la distancia más corta entre ambos mares es sólo de 78 kilómetros, y que la sierra tiene 300 metros de altura, pero agregará que necesitamos abrirnos paso a filo de acero por la selva, que no avanzaremos un kilómetro sin atravesar torrentes, y que en tiempo de avenidas sería temerario aventurarse por las cañadas. ¿Fueron menores las dificultades en el siglo XVI? «E los materiales bajamos con mucho trabajo hasta la mar, porque hallamos muchos raudales por donde hacíamos cavas para los pasar.»


290
295
300
305
Quito
Sierra del oro
Cuenca
Guaiaquil
Chavarra
Piura
Zamora
Loxa
Trujillo
Cachapoyas
Jaen
Cexamalca
Chachapoyas
Moyobamba
Malucha
P. de Salinas
Callao
Lima
Guamanga
OCCIDENTE
La Paz
Paria
Potosi
Arequipa
Tambopalla
EL CERRO DE POTOSI
PERVANI REGNI DESCRIPTIO 1597

Pero, prescindiendo de todas las dificultades para el transporte, ¿qué clase de navieros eran aquellos? Se lanzaban a un aprendizaje temerario. Hechos los navíos, éstos «se anegaban, porque como los carpinteros no conocían la madera, fué tal, que ella misma se comió, y se hicieron todas las tablas de palo de un panal. Y ansí, con harto trabajo, hubimos de pasar en ellos a la isla de las Perlas, donde se echaron al través, e hicimos otros, mayores y mejores, de buena madera» (1).

Cada unidad representaba doble trabajo. Y aun triple, si se tiene en cuenta aquel momento de la inundación en que los constructores suben a las copas de los árboles para no ahogarse dentro de su astillero. Pasado el peligro de la inundación, surge el del hambre, pues no hay sino raíces, y después, el de irse al fondo del mar en las naves-cribas que les sirven para visitar el archipiélago de las Perlas.

Muerto Balboa, le sucedió Francisco Becerra, descubridor del puerto de Piñas, que se situaba a ocho leguas de la punta de Garachine, situado a su vez por los contemporáneos a diez leguas de la Isla Grande. Ese puerto de Piñas, llamado así por ser «tierra alta, de grandes breñas y montañas y de espesos pinares junto al mar» (2), formaba una especie de término para las exploraciones. A Becerra siguió Pascual de Andagoya, quien refería más tarde que llegó a una *provincia del Birú*, que andando el tiempo él identificó diciendo que era la bañada por el río de San Juan, y que remontó este río veinticinco leguas, hasta el punto de Santa Ana de Ancerma (3).

(1) Relación de Pascual de Andagoya. En Navarrete: *Viajes*, tomo III.

(2) Pedro Cieza de León.

(3) Hay dudas sobre la altura que alcanzó Andagoya en este viaje. Lo importante para nuestro objeto, dejando a un lado la cuestión de distancias, es que tuvo noticias de la tierra de los incas, y que sus relaciones produjeron una gran agitación en Panamá. Véanse: Navarrete: *Viajes*, tomo III, págs. 457-459; Oviedo: *Historia general*, libro XXXIX, cap. I; Jiménez de la Espada: *Relaciones geográficas de Indias*, Introducción, pág. XLVI; Ispizua: *Los vascos en América*, tomo III, págs. 125-143.

«En esta provincia (del Birú) supe y hube relación —escribe Andagoya—, ansí de los señores como de los moradores e intérpretes que ellos tenían, de toda la costa y de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia y de la manera y gente de ella, porque éstos alcanzaban por medio de mercaduría mucha tierra.»

Hay que descontar todo lo que un conquistador frustrado suele añadir a la verdad para resultar no menos grande que el conquistador afortunado. ¿Pudo saber Andagoya todo lo que dice que supo? Sus noticias serían ya menos imprecisas que las de Balboa y las de Becerra. Esto no puede negarse, y tampoco puede negarse que sus relatos serían un estímulo para Pizarro y Almagro.

Andagoya había quedado tullido por un ataque de reumatismo, y dejaba campo libre, del que se apoderaron otros audaces. Francisco Pizarro emprendió la expedición en uno de los navíos que había construído Balboa, y su socio Diego de Almagro se ocupó en habilitar el otro navío de los dos que debían dirigirse a las costas desconocidas.

A mediados de noviembre de 1524 comenzaba, pues, la expedición que había preparado Balboa. Iban corridos once años, y faltaban todavía seis para que los españoles pisaran la playa de Túmbez como conquistadores. ¿Qué acontecimientos llenan esos seis años? No son vacilaciones de los hombres, ni impericia, ni guerras, sino resistencias de la naturaleza y falta de medios para dominarla.

Pizarro se había dado a la vela con ciento catorce hombres. Era en noviembre, y las tempestades no le permitieron avanzar. Llegó, sin embargo, al río Birú, y allí la selva amenazó tragárselo, envolviéndolo en la red mortal de sus emanaciones. Si Panamá era caluroso, el Birú era el mismo infierno. Buscó Pizarro un lugar menos inclemente, y lo encontró, pero allí el peligro era el hambre, nombre que dió a ese punto. En suma, todo se reducía a noticias de países distantes y ricos, divididos por guerras intestinas, y a la certi-


El Adelantado Don DIEGO de ALMAGRO capitan Liberalissimo.

dumbre de que el esfuerzo debía centuplicarse para llegar a aquella tierra.

Vuelto Pizarro, vuelto Almagro —que salió por su parte en el otro navío, y que siguió las señales dejadas en la costa por Pizarro—, los dos socios acordaron una nueva salida, con elementos menos aleatorios. Partieron, efectivamente, con dos navíos de mayor

porte. Llevaban ciento sesenta hombres y algunos caballos. Pero la ventaja indudable de este viaje era el concurso del piloto Bartolomé Ruiz, marino de Moguer. Mientras Pizarro y los suyos estaban a punto de perecer, intentando una entrada, pues el hambre, los insectos, la humedad y las flechas de los indios paralizaban todo impulso, el piloto siguió adelante, y, pasando la línea equinoccial, pudo traer a su jefe la confirmación de todos los prodigios en cuya busca habían salido de Panamá.

Ese fué el momento en que, ordenada la suspensión de la empresa por considerarla el gobernaoor de Panamá como un sacrificio criminal de vidas, Pizarro se levantó hasta la altura de lo épico, y, trazando en el suelo una línea, dijo que esa línea «separaba la debilidad del esfuerzo, la comodidad con pobreza, de los trabajos con el oro del Perú como premio».

El reconocimiento siguió, pues, y siguió hasta Santa, en 9° de latitud meridional, pasando por Túmbez, Paita, la Punta de Aguja y el arrecife de Trujillo. El Perú estaba descubierto; pero no era posible desembarcar, pues faltaba gente para ello. Vuelto Pizarro a Panamá, el gobernador, Pedro de los Ríos, que había concedido un plazo de seis meses para que le presentasen los frutos de la expedición, se negó a autorizar otra nueva. Fué preciso hacer el viaje a la corte, capitular con la Corona para la conquista y organizar la expedición que se creía definitiva.

Tres años habían tardado Pizarro y Almagro en descubrir el Perú, pero no estaban sino en el principio de sus trabajos. Pizarro salió para España en la primavera de 1528; en julio se le otorgaban las capitulaciones; en los primeros meses de 1530 se embarcaba para Nombre de Dios, y, por último, en enero de 1531 tomaba rumbo para el Perú, con ciento ochenta hombres y veintisiete caballos.

Desembarcados los conquistadores en San Mateo, todo fué hambre y penalidades, hasta que llegaron a Coaque. Allí cambió la fortuna, y la conquista del Perú se hizo como sobre un carril. Primero



GARCIA HURTADO de MENDOZA

tomaron descanso, comieron, se cargaron de oro, plata y esmeraldas en Coaque; después se reforzaron en Puerto Viejo con gente de Nicaragua, que llevaron Sebastián de Benalcázar y Juan Flores; más



tarde se les incorporó Hernando de Soto, en Túmbez; por último, llegaron a Cajamarca, en donde se adueñaron del tesoro de Atahualpa. Todo ello pasó rápidamente.

Es el año de 1532. No seguimos aquí guerras de conquista, sino líneas geográficas de exploración. La ocupación del Perú origina tres hechos memorables, en este orden: uno es el descubrimiento de Chile por Almagro; otro, la navegación de Francisco Orellana hasta la desembocadura del Amazonas; el tercero, la expedición de Sebastián de Belalcázar a Bogotá.

De la navegación de Orellana se hablará en el próximo capítulo, y la expedición de Belalcázar tendrá su lugar cuando se trate de los conquistadores de la Nueva Granada. Para cerrar estas líneas dedicadas al Perú, seguiremos la marcha de Almagro, quien salió del Cuzco el 3 de julio de 1535. Una expedición a Chile era, en cierto sentido, el remate de la conquista del Perú, ya que el poder incásico se extendía hasta aquel país. Almagro podía elegir entre dos rutas: la de la costa y los desiertos que interrumpen el cordón de las poblaciones tendidas en ella, o el de la flexión que sigue la línea orográfica hacia la zona



Pedro de Valdibia Governador de Chile.

altoperuana y la nueva línea que se desprende en el punto de la fractura del sistema andino. Esto lo ignoraba Almagro, pero era bien sabido por los indígenas. Se dirigió, pues, a Jujuy por el oriente del río Desaguadero y la orilla del lago de Aullagas, y de Jujuy entró en

Chile por Copiapó, de donde siguió hasta el río Maipú. En los últimos días del año 1536 emprendió el viaje de regreso al Perú, y tomó el camino de Atacama y Tarapacá.



Desaparecido Almagro, Pedro de Valdivia obtuvo una concesión para la conquista de Chile, y salió del Cuzco en enero de 1540, por Arequipa, Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama, para llegar a Copiapó, como Almagro. Después de la fundación de Santiago, que

hizo el 12 de febrero de 1541, Valdivia avanzó hacia el Biobio. Volvió al Perú en diciembre de 1547, y en enero de 1549 se batía con los indígenas en la orilla del Biobio. Dos meses después fundaba la Concepción; en 1551, Imperial; Valdivia, punto de su propio nombre, en febrero de 1552. El 1.º de enero de 1554 moría combatiendo (1).

Bajo el gobierno de D. García Hurtado de Mendoza se descubrió el archipiélago de Chiloe, en 1558, y en 1563, Juan de Ladrillaro exploraba los profusos canales de la costa y extendía su reconocimiento por el estrecho de Magallanes.

(1) Según la versión de Figueroa. En el lugar oportuno se dilucidará este punto.

CAPÍTULO V

Las Amazonas y Eldorado.

Conquistada la provincia de Quito por Sebastián de Belalcázar, como teniente de Pizarro, éste envió a su hermano Gonzalo para que tomase el mando. Pero Gonzalo Pizarro no pudo permanecer en Quito, pues empezó a sentir las seducciones de un país misterioso, «el país de la canela», rico no sólo en especias, sino en oro, y formando una expedición muy bien organizada, de 350 españoles y 4.000 indios, salió a su exploración el 31 de diciembre de 1538.

En las orillas del Coco, Pizarro comisionó a Francisco de Orellana para que practicara un reconocimiento fluvial a bordo de un bergantín con 50 hombres. Orellana descubrió el Napo a fines de diciembre de 1540, y llevado por la tentación de una conquista independiente, siguió adelante con algunos de los que quisieron seguirle. Entró en las aguas del gigantesco Marañón, y en siete meses recorrió la extensión enorme que lo separaba de la desembocadura. Una serie de prodigios lo salvó de los peligros de la navegación, del clima, del hambre y de los indígenas. Cuando llegó al Atlántico, siguió en su bergantín hasta el delta del Orinoco, y el 11 de septiembre de 1540 los expedicionarios, que habian salido por tierra de Quito hacia el interior, llegaban a Cubagua por mar en un bergantín construído en la cuenca del alto Amazonas. Pizarro, entretanto, emprendía una desastrosa retirada, y entró en Quito con un tercio de la gente que lo acompañaba al marchar.


NOMBRE DE DIOS
PANAMA
R. MAGDALENA
CARTAGENA
STA MARTA
CORO
BURBURATA
CUBAGUA
MARGARITA
TRINIDAD
DESEMBOCADURA DEL ORINOCO
OCEANO
ATLANTICO
R. ESEQUIBO
PAMPLUNA
CASANARA
NUEVA
BOGOTA
GRANADA
POPATAN
R. META
R. ORINOCO
CANAL
CASAQUIARI
R. PARIMA
R. BLANCO
R. RUPUMUNI
R. NEGRO
OCEANO PACIFICO
QUITO
TIERRA DE CINAMON
R. NAPO
R. MARAÑON
AMAZONAS
R. HUALLAGA
R. UCAYALA
MACHIPARO
DESEMBRA
DEL
AMAZONAS
PARA

ELDORADO.

Orellana solicitó en la corte una capitulación, y salió para el Amazonas, embarcándose el 11 de mayo de 1544 en Sanlúcar de Barrameda con cuatro naves y 400 hombres. La expedición fué de las más desgraciadas. Muchos de sus compañeros murieron durante la travesía por causa de las tempestades, y el jefe pereció miserablemente en Montalegre, después de haber perdido la última de sus carabelas.

Más de diez años antes, firmada apenas la capitulación con Pizarro para la conquista del Perú, en diciembre de 1529, la Corona concedía a Diego de Ordaz, uno de los victoriosos capitanes de la Nueva España, permiso para que descubriese y poblase desde el término de Venezuela hasta el río Marañón, tierra, decía el título, que se tenía por muy rica. Ordaz armó cinco embarcaciones, y salió con ellas de Sanlúcar de Barrameda el 20 de octubre de 1530, hacia la boca del Orinoco, río llamado Uyapari por los españoles, que habían ido hasta su cuenca desde Cubagua, guiados por el piloto Johan Barrio de Queixo, tomando ese nombre y otros, como Uriapari, Yuyupari, Viapari, del que le daban los caribes, si bien prevaleció el de Orinoco, con que lo conocían los tamanacos.

Diego de Ordaz salió de Paria a mediados de 1531, y en cuatro días remontó las 45 leguas que el conquistador calculaba hasta el afamado puerto de Uriapari. «Después vimos toda aquella tierra en dos meses, y hecho que fué en Uyapari cierto navío para subir caballos el río arriba, nos partimos con 200 hombres y 18 caballos en demanda de buena tierra, segúm los indios nos decían, donde se anduvieron por el río arriba 200 leguas largas, hasta que no pudimos pasar porque el río nos atajó con peñas.» Asi informaba el tesorero Jerónimo Dortal, con fecha del 6 de julio de 1532. Y la Audiencia de Santo Domingo decía en mayo del mismo año, con una expresión casi idéntica a la de Dortal, «que no se halló tierra para poblar». Agregaba la Audiencia que «casi toda la gente quedó en el río muerta y perecida de hambre y enfermedades», fuera de los que «se habían ido prefiriendo quedar perdidos entre indios». Era anticipadamente la

historia de Gonzalo Pizarro, quien diez años después perdía 200 hombres en las espesuras desesperantes de la selva tropical. Y era la historia de muchos que iban a fracasar en la empresa de buscar paraísos imaginarios.

Muerto Ordaz durante un viaje a España, siguieron Jerónimo Dortal y Alonso de Herrera. El primero acabó por desalentarse, y se retiró a vivir tranquilamente en la Española. Herrera llegó a la boca del Meta, y «navegó este río hasta donde ya no halló agua suficiente para navegar sus buques». Dortal intentó entrar en la cuenca del Meta por el Neverí, «pues por el río Aviapari no hovo lugar». Todos se precipitaban hacia el Meta. Así Sedeño, que gobernaba o peleaba en la Trinidad, juntó gente de Canarias y emprendió la conquista de la provincia de Meta, disputándosela a Dortal.

Algunos capitanes alemanes, servidores de la casa de los Welser, concesionaria de Venezuela, buscaban también desde Coro un paso a la provincia fabulosa. Uno tras otro iban entrando, y volvían sin encontrar aquello que buscaban.

En un movimiento convergente, los exploradores del Orinoco, los de la Vela de Coro y los de Santa Marta lograron subir finalmente a la zona donde nace el Meta.

Acaso los que mayor constancia habían puesto en la empresa eran los de Santa Marta. Desde Pedrarias Dávila y Rodrigo de Bastidas, la fascinación de las tierras interiores había dominado a Pedro de Badillo, Rodrigo Álvarez Palomino, García de Lerma y el adelantado Pedro de Lugo. Durante veinte años se hicieron tentativas de penetración, hasta que en 1533 el último de los gobernadores mencionados «determinó de enbyar a hazer una jornada caminando hacia el Quito, en la qual entró por su tenyente y capitán general un licenciado, Gonzalo Ximénez, que d'España llevó por su tenyente» (1). Ese

(1) *Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta*. En *Relaciones históricas de América*, VIII. Bibliófilos españoles. Madrid, 1916.


El Licenciado Gonzalo Ximenes de Quesada descubrio el nuevo Reyno de Granada

licenciado Jiménez de Quesada fué quien remontando el río Magdalena con 500 hombres, en barcos y por tierra, llegó hasta Bogotá, perdiendo en el camino la mayor parte de sus fuerzas. Cuando los expedicionarios acampaban en el valle de la futura capital, vieron de

pronto que a la vez llegaba un grupo conducido desde Quito por Sebastián de Belalcázar y otro salido de Coro, a las órdenes de Federmann. No sabían cómo explicarse aquella presencia de españoles, pero al investigar, «se supo cómo eran gente del Pirú, y venían debaxo de la governacion de D. Francisco Pizarro, y trayan por capitán a Sevastián de Benalcázar..... Buelta la gente a este pueblo nuestro con la nueva de chrisptianos y quiénes heran, dende a ocho días tovimos nueva cómo el dicho Sevastián de Venalcázar pasaba el rio y se venía a este valle de Vogotá; junto con esto a una sazón supimos cómo por la parte de los llanos, adonde no habíamos podido salir, que es hacia donde sale el sol, venían otros chrisptianos, que heran muchos cavallos, de lo qual quedamos no poco espantados, no pensando quiénes podrían ser, se enbió a saber quiénes eran, porque decían que estavan tan cerca de nosotros questarían hasta seis leguas, y supimos cómo era la gente de Veneçuela que avían salido con Nicolás Fedreman, al qual hayan por su tenyente y general. Y entre ellos venían alguna gente que decían ser de Cubagua, de los que se avían alçado a Gerónimo Artal, los quales venían tan travajados y fatigados, assí del mucho camino y mala tierra, como de ciertos páramos despoblados y frialdades que avian pasado que con poco travaxo más pudiera ser perecer todos; en nuestro campo hallaron todo el buen rrecogimiento, comida y vestidos que hubieron menester para reformar sus personas, de lo qual Vuestra Magestad será más ynformado».

Hubo un momento, pues, en que los que habían salido de Panamá al Perú, de Perú a Quito y de Quito a Bogotá, se encontraron con los de Santa Marta, Coro y Cubagua. «A esta sazón y tiempo estava el dicho Nicolao Fedreman con su rreal, y el dicho Sevastián de Venalcázar con el suyo, y nosotros en el valle de Vogotá en nuestro pueblo, todos en triángulo de seis leguas, sabiendo todos los unos de los otros; cosa es que Vuestra Magestad y todos los que lo supieren lo ternán a gran maravilla, juntarse yendo de tres governaciones,



1601 Mapa del Rio Grande de la Magdalena en el Nuevo Reino de Granada

como es la del Pirú, Veneçuela y Santa Marta, en una parte tan lejos de la mar, assí de la del Sur como de la del Norte. Plega a Nuestro Señor sea para más servicio suyo y de Vuestra Magestad» (1).

Fuera de los países reales, que los españoles descubrían y conquistaban, buscaban los de imposible descubrimiento y conquista, la Cibola y Quivira de Nuevo Méjico, la fuente rejuvenecedora de la Florida, el país de los Césares, que se extendía vagamente entre Cuyo y la Patagonia, la Meta fabulosa de Ordaz, y otro que iba a prolongar el reinado de la quimera geográfica, el famoso lago de los Omaguas, conocido como *Eldorado,* y que por singular apareamiento evocaba el país de las Amazonas.

¿Dónde estaban *Eldorado* y las *Amazonas?* Uno de los exploradores de Alvar Núñez, el émulo de Nuflo de Chaves, Hernando de Ribera, avanzó desde la Asunción del Paraguay hasta los 14° 45′ de latitud meridional. Ribera salió de los Reyes, en el *Golondrino*, el 20 de diciembre de 1543, y regresó el 30 de enero de 1544, contando que había sabido de un lago, situado a la espalda de una sierra, lago en donde el Sol tenía su casa de oro. ¿Era el lago de Titicaca y el templo de Curicancha? Todos querían el misterio de un lago para una tierra fabulosa. La provincia de los Césares, *Elelín*, que se situaba a la falda de los Andes, estaba al oeste de un lago, de márgenes muy pobladas de indios, y en las ciudades ribereñas se oía toque de campanas.

Eldorado estaba en el Marañón, o en uno de sus afluentes o subafluentes. De pronto se le creía situado al oeste del Madeira o al oriente del país de las Amazonas. Pero aquella geografía cambiaba incesantemente. ¿Estarían acaso Eldorado y las Amazonas en el Casiquiare? ¿O Eldorado se hallaba a la orilla del Esequibo y las Amazonas entre el Magdalena y el Cauca?

(1) Juan de San Martín y Alonso de Lebrija: *Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, años 1536 a 1539.*

De las Amazonas se supo cuando habló de ellas Francisco de Orellana. Después, todo el mundo, desde el Paraguay hasta Santa Marta y desde la Guayana hasta el Atrato, creía haberlas visto. ¿No recordaban aquellos hombres que los compañeros de Colón las vieron en las islas Caribes?

Pero de todas, la imagen más persistente es la de Eldorado. Ya en época tan apartada de los primitivos tiempos de la ilusión como es 1568, un documento relativo a Diego Fernández de Cerpa dice: «La gobernación de Cerpa, que llaman Nueva Andalucía, y en lengua de indios la Guayana, es desde la isla de Margarita hasta el río Marañón, que hay 300 leguas al oriente y otras tantas norte y sur la tierra adentro, e que se incluyen los indios Omaguas y Omegas, con las provincias de Eldorado...». Pero esto no impide que esa provincia corra con la fantasía adonde la lleve un deseo de fortuna.

Es la tierra de un rey. Mientras menos determinados estén los dominios de ese rey, más firme será la creencia en su realidad. «Preguntando yo por qué causa llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado y aquí a Santo Domingo han venido (y al presente hay en esta ciudad más de diez de ellos), que de lo que de esto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido, y tan menudo como sal molida, porque le parece a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso, y que ponerse piezas o ramas de oro, labradas de martillo o estampadas o de otra manera, es grosería y cosa común, y que otros señores o principales las traen cuando quieren; pero que pulverizarse de oro es cosa peregrina, inusitada, nueva y más costosa, pues lo que se pone un día, por la mañana, se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra, y esto hace todos los días del mundo. Y es hábito que andando como anda, en tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia, sin ponerse otro vestido ni

ropa alguna... Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no las grandes fundiciones de oro que ha habido en el Perú o que puede haber en ninguna parte del mundo.»

La verdad es que el Perú era real, como Méjico, y que la imaginación, buscando Moteczumas y Atahualpas de ensueño, creó esa ficción magnífica, guía que condujo a su perfeccionamiento las noticias geográficas del continente sudamericano.

CAPÍTULO VI

El piloto español en el Océano Pacífico.

Cruzado de parte a parte el Nuevo Mundo, y por eso mismo, el soldado explorador se veía nuevamente subordinado a la acción del piloto. El conquistador se hacía naviero y buscaba el apoyo del marino. Esto no sólo para completar los descubrimientos de los remotos archipiélagos, sino para la exploración misma del continente. Gran parte del Nuevo Mundo se abre hacia la mar del Sur, en ella tiene su frente principal y por ella es más accesible. Para la conquista del Perú, Vasco Núñez de Balboa construyó naves; para la conquista de las tierras occidentales, Gaspar de Espinosa utilizó dos de las naves de Balboa, la *Santa María de Buena Esperanza* y el *San Cristóbal*, y llevó como piloto a Juan de Castañeda. Otro de los exploradores de la América Central, Gil González Dávila, que dió un impulso tan enérgico a los descubrimientos, llevaba consigo al piloto Andrés Niño, quien examinó la costa más allá del término de lo visto por Castañeda, hasta la bahía de Fonseca, y de ésta al golfo de Tehuantepec, en la Nueva España, según se desprende de un mapa de Diego de Ribero. Por la parte opuesta, ¿quién sino Bartolomé Ruiz, el piloto de Pizarro, fué el verdadero descubridor del Perú?

Ya se ha visto la importancia que Hernán Cortés y Pedro de Alvarado dieron a las empresas marítimas. Los dos son armadores. Cortés, como se ha visto, habla del envío de tres carabelas y dos bergantines a la mar del Norte, para que descubrieran desde la Florida a Terranova; pone cinco naves y un bergantín a disposición de

Cristóbal de Olid para la expedición de Honduras; Diego Hurtado de Mendoza, enviado por él, busca el estrecho entre ese golfo y el Da-



Mapa del Castillo, hecho por mandato de Hernán Cortés

rién. El conquistador de Méjico establece su arsenal en Zacatula, en la mar del Sur. «Las empresas marítimas, decía, son la mayor cosa y de que más provecho redundará desde que las Indias se han descubierto» (1). Como se recordará, el emperador había ordenado, en carta del 6 de junio de 1523, que Cortés buscase el estrecho por am-

(1) Herrera: Déc. III, lib. III, cap. XVII.

bas costas (1). Pero Cortés no sólo busca el estrecho, sino que en esto, como en todo, se excede a lo que de él pide su soberano. Construye sus embarcaciones, e informando sobre ello, dice: «Tengo en



tanto estos navíos que no lo podría significar, porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios nuestro Señor servido, tengo de ser causa que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de

(1) Gómara: *Nueva España*, cap. CLX.

más reynos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia..., pues creo que con hacer yo esto no le quedará a Vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo». Una cosa faltaba, y era esencial: que el imperio tuviese por cabeza a Cortés. Pero ya sabemos cómo fué perseguido el grande hombre y cómo se esterilizó el genio político más fecundo que ha tenido España. En el astillero de Tehnantepec se trabajaba empeñosamente, de 1527 a 1528, para la construcción de cinco navíos; pero el gobierno interino de Méjico aprehendió al jefe del astillerro, Francisco Maldonado, y lo cohechó, a fin de que se frustrasen los esfuerzos de Cortés. Vuelto éste en 1530 a la Nueva España, después de la primera persecución de que fué víctima, llevó consigo, además de los nobles aventureros que buscaban fortuna, muchos artesanos y 400 marineros (1).

Después de la expedición de Álvaro de Saavedra a las Molucas, ya referida, y del incendio que había inutilizado parcialmente los esfuerzos de Cortés, el conquistador tuvo que emprender nuevos trabajos de construcción para sus tentativas marítimas. La primera expedición que pudo salir fué la de Diego Hurtado de Mendoza, quien se dió a la mar en Acapulco el 30 de junio de 1532, al mando de los navíos *San Miguel* y *San Marcos*. Esta expedición hizo el descubrimiento de las islas Marías, y avanzó hasta el paralelo 27°. Diego Hurtado de Mendoza llegó a Culiacán, y el descubrimiento quedó interrumpido por la pérdida de los navíos. Otra expedición, no menos desgraciada, en la que se descubrieron las islas de Socorro y de San Benedicto, abordó a la Baja California, de donde llevaron perlas los tripulantes; pero no pudo hacerse más, pues el piloto Jiménez había matado a su capitán, Diego Becerra, de la *Concepción*, y él fué muerto a su vez por los indios en California. Cortés resolvió enton-

(1) Véase el pleito seguido en la Audiencia de Méjico por los descubrimientos en el mar del Sur. Copia en la Academia de la Historia de Madrid, citada en la Relación de las goletas *Sutil* y *Mejicana*, de que se hablaré.

ces dirigir personalmente una nueva expedición, y el 5 de abril de 1535 se embarcó en Chiametla para la California, donde intentó



Mapa de Müntzer. 1540

fundar una colonia, que fracasó. El golfo existente entre la California peninsular y la costa de Méjico recibió el nombre de Mar de Cortés por aquella expedición.

Surgía la fabulosa Quivira del noroeste, y mientras el virrey ar-

maba una expedición marítima cooperadora de la de tierra para aquella conquista, Cortés enviaba a Francisco de Ulloa con tres navíos, que salieron de Acapulco el 8 de julio de 1539. Iban a reconocer las costas descubiertas en el Mar de Cortés, y a avanzar hacia el norte. Dos de las naves se perdieron con el capitán Ulloa en región desconocida. La exploración no fué inútil, pues se practicó un examen minucioso en el Mar de Cortés.

El conquistador tuvo que abandonar sus empresas marítimas, en las que no tenía libertad ni todos los medios de acción que necesitaba. Entonces fué cuando el piloto Domingo del Castillo, que bajo las órdenes de Hernando de Alarcón iba para servir de auxiliar a la expedición de Francisco Vázquez Coronado a las Siete Ciudades, avanzó cuatro grados los descubrimientos de Cortés y penetró en un batel por el río Colorado. La importancia de este viaje es cartográfica, pues utilizando los apuntes de los otros marinos y los propios, Castillo hizo un mapa que se cree mandado dibujar por Cortés (1).

El emperador había hecho una capitulación con Pedro de Alvarado, «para que descubriese con dos galeones y un navío sutil las islas del Poniente, y para que asimismo descubriese por la costa de esta Nueva España, que llaman de la mar del Sur, a la parte del norte, con dos navíos». Muerto Alvarado trágicamente en Jalisco, muerta su esposa trágicamente en Guatemala, y sin herederos el adelantado, por temor a las deudas de la sucesión, el virrey de Nueva España escogió dos navíos de los que el célebre capitán había llevado a la Purificación, y los puso a las órdenes de Juan Rodríguez Cabrillo, quien hizo una de las expediciones marítimas de mayor importancia. Los navíos salieron de la Navidad el 27 de junio de 1542, y llegaron hasta los 38° 40′, de donde retrocedieron a causa de los rigores del clima, para invernar en la Posesión. Allí murió Rodríguez Cabri-

(1) *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas, por el ilustrísimo Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Méjico.* Edición de 1770.



Felipe II

llo, el 3 de enero de 1543; Bartolomé Ferrelo se hizo cargo de la expedición, y avanzó hasta los 43°. De aquel punto volvió a la Navidad, en donde entró el 14 de abril de 1543.

Esta fué la última de las expediciones hacia las costas del norte,

y el descubrimiento de la línea de costa norteamericana debía ser, treinta y tres años más tarde, iniciativa y obra de un marino inglés.

El gobierno de la Nueva España y los pilotos de las costas del Pacífico veían una vez más hacia el Poniente, con el fin de aprovechar el comercio de la especiería, aun cuando no se hallase el estrecho para una travesía directa desde España. De la misma flota de Pedro de Alvarado el virrey Mendoza tomó cinco embarcaciones, que salieron de la Navidad el 1.º de noviembre de 1542, al mando de Ruy López de Villalobos. Así, mientras Juan Rodríguez Cabrillo navegaba por la costa de California, Ruy López de Villalobos emprendía el segundo viaje de la Nueva España a las Molucas. En este viaje se descubrió el archipiélago del Coral, y fueron llamadas Filipinas las islas de Magallanes. Los expedicionarios no pudieron volver a la Nueva España, después de haber hecho dos tentativas, como las de Álvaro Saavedra. Se podía ir de la Nueva España al poniente; no se podía volver. El problema parecía irresoluble.

No lo era, sin embargo, y justamente estaba en Méjico quien podía encontrar la *vuelta del Poniente*, como se decía. Andrés de Urdaneta, soldado en las guerras de Italia, navegante con Loaysa, asociado momentáneamente a Álvaro de Saavedra para la primera tentativa de regreso de éste a la Nueva España, combatiente y negociador en las Molucas, cronista de las expediciones y conflictos en que había tomado parte, repatriado con mil esfuerzos y peligros en 1537, interesado en los proyectos de Pedro de Alvarado para ir a las Molucas por la Nueva España, y vecino de Méjico, se desengañó de la vida, se hizo fraile en 1552, y vivía tranquilo en su convento, cuando recibió una carta de Felipe II, escrita el 24 de septiembre de 1559. Sin esfuerzos por su parte, el P. Urdaneta no sólo era famoso, sino que tenía un gran prestigio entre los marinos. Pasaba por haber descubierto, de 1556 a 1557, un paso entre el mar del Norte y


Insul von Iohan Fernando

el mar del Sur. Así lo dice Forster y lo aseguran otros (1). «La verdad es —dice Hamy— que contestando a la carta que le escribió Felipe II con fecha 24 de septiembre de 1559, para que fuese al descubrimiento de las islas del Poniente, dijo con fecha 28 de mayo de 1560 que se habían tenido noticias en la Nueva España de haber descubierto los franceses un paso para la mar del Sur por la costa de los Bacalaos. Entrando en ese estrecho por altura de 70° y más, con rumbo al oeste, y tomando luego al sudoeste, bajaron a menos de 50°, y hallaron mar franca para navegar fácilmente a la China, Perú y Nueva España. De vuelta a Francia, siguieron hacia la costa de la Florida en el mar del Norte, y hallaron salida por menos altura que por donde entraron, pues era de menos de 50°» (2).

Este rumor aumentaba la importancia del viaje a las islas, y el rey tomó mayor empeño en la armada y viaje, cuyo derrotero formó el P. Urdaneta en su contestación. No aceptando el religioso la dirección de la empresa, se confió su mando a Miguel López de Legazpi, y Urdaneta tomó parte en la expedición como mero consultor. Era capitana el galeón *San Pedro*, almirante el galeón *San Pablo*, y completaban la armada los pataches *San León* y *San Lucas*. Esta expedición salió de la Navidad el 21 de noviembre de 1564, y su resultado fué la fundación de Manila y el descubrimiento de la *vuelta del Poniente*.

En efecto, el 1.° de junio se dió a la mar el P. Urdaneta, encargado de aquella parte de la empresa, sin la que hubiera fracasado el establecimiento colonial de las Filipinas, por quedar en manos de los portugueses.

Con admirable destreza, el P. Urdaneta se dirigió hacia el paralelo 36°, y a esa altura empezó la travesía del Océano. «La navega-

(1) Forster: *Viajes al Norte*, lib. III, cap. IV, sec. III.

(2) Ernest T. Hamy: *Comentarios sobre algunas cartas antiguas de la Nueva Guinea, para servir a la historia del descubrimiento de aquel país por los navegantes españoles* (1528-1606).

Itinerario de Mendaña y Quirós

ción fué próspera y acertada, aunque de muy gran trabajo, por ser tan larga e ir la nao tan pobre de gente y de regalo.» El piloto y el maestre murieron casi al empezar el viaje. Después murieron catorce de los tripulantes. Los demás estaban tan enfermos, tan debilitados por el hambre, tan sobrecogidos por el norte, que sólo se levantaban, fuertes y serenas, la figura del fraile de hierro y la del capitán Felipe Salcedo. «Todo el gobierno y las faenas quedaron sobre los hombros de aquel famoso argonauta y de su compañero.» El P. Urdaneta entró en Acapulco el 3 de octubre de 1565, sin que hubiese a bordo un hombre para echar las anchas.

En el virreinato del Perú también hubo manifestaciones de actividad marítima, y esas manifestaciones tuvieron repercusión en la Oceanía, como las de la Nueva España. Ya se ha hecho mención del descubrimiento de Chiloe y del reconocimiento de la línea costera chilena hasta la boca oriental del estrecho. Un descubrimiento de apariencia insignificante, fué, sin embargo, de interés por la causa a que se debió. Juan Fernández, marino encargado del tráfico entre el Perú y Chile, concibió el plan de buscar una ruta indirecta para aprovechar los vientos, de cuya persistencia se hizo cargo, y alejándose de la costa a la altura de los 26°, tomó después hacia el sudeste. La duración del viaje quedaba reducida a la tercia parte. En esta fructuosa tentativa fueron descubiertas las islas *Más a tierra* y *Más afuera*, que llevan el nombre de Juan Fernández. También se dijo entonces que el marino brujo, a quien según cierta leyenda se acusaba de pactos con el diablo, por el milagro de reducir a treinta días aquella navegación de noventa, había encontrado en el oeste una isla opulentísima y misteriosa. Sería acaso, si la encontró, la de Pascua, situada en el archipiélago de la Polinesia, y que hoy pertenece a la República de Chile.

Vista o no esa isla por Juan Fernández, cuyo nombre además se vincula con el *Robinson Crusoe*, el hecho es que los habitantes de las costas sudamericanas tenían el pensamiento fijo en las lejanías

oceánicas. Había tradiciones de unas islas ignotas. Decíase que en tiempo de los incas acudían mercaderes para traficar, llevando al Perú naves cargadas de oro. ¿Qué islas podían ser ésas y en dónde estaban? Nadie las identificaba con las Galápagos, que casualmente había descubierto el obispo de Castilla del Oro, Fray Tomás de Berlanga, quien «llevado de corrientes contrarias por tiempo de calmas, se engolfó, y en 11 de marzo de 1535 descubrió una de ellas, y después las otras dos». Ese descubrimiento se hizo en viaje al Perú, emprendido por mandato del emperador, para que el prelado diese cuenta de la conducta de Pizarro (1)

Las islas ignotas eran llamadas de Salomón, y para ir a ellas fué organizada en 1567 una expedición, de la que da cuenta el gobernador Lope García de Castro, con fecha 5 de junio de 1567. «Por tener gran noticia, como se tiene, de las islas que acá llaman de Salomón, y por echar parte de la gente haragana que anda en este reino, invío a Álvaro de Mendaña, mi sobrino, con cien hombres, al descubrimiento dellas. Lleva los mejores pilotos que hay en esta mar, y va con él gente honrada.» El verdadero director de la expedición era Pedro Sarmiento de Gamboa, eminencia española, en quien se depositaba una gran confianza, no sólo por las autoridades ultramarinas, sino por la misma Corona. Este viaje dió por resultado el descubrimiento de las islas Salomón, en la Melanesia, y el de las islas llamadas después Marshall, en la Micronesia, al regresar (2). En otra expedición, Mendaña des-

(1) Carta de Fray Tomás de Berlanga al emperador en Puerto Viejo, fecha del 26 de abril de 1535. Marcos Jiménez de la Espada: *Las islas de los Galápagos y otras más a poniente*, Madrid, 1892. El obispo, que era cosmógrafo, tomó la altura e hizo otras observaciones en las islas Galápagos.

(2) *Esta es una breve relación que se ha recogido de los papeles que se hallaron en esta ciudad de La Plata, cerca del viaje y descubrimiento de las islas del Poniente de la mar del Sur, que comúnmente llaman de Salomón*. En la Colección Muñoz, tomo XXXVII. Herrera: *Descripción de las Indias*, cap. XXVII. *Colección de documentos de Indias*, tomo V.

cubrió la isla de su nombre, situada en el archipiélago polinésico, que se conoce con el nombre de las Marquesas (1). Mendaña murió en esa expedición, y su esposa, que le acompañaba, y que se hizo acreedora a la admiración de los marinos por su talento y su firmeza, siguió al mando de la armada, auxiliada por los consejos del piloto Pedro Fernández de Quirós (2).

Este último fué el descubridor de las islas Tahití, en la Polinesia, y de las Nuevas Hébridas, en la Melanesia. El maestre de campo de Quirós, Luis Váez de Torres, vió la Australia del norte, y dejó su nombre al estrecho que hay entre esa tierra y la Nueva Guinea.

Relacionando todos los descubrimientos hechos en Nueva Guinea por los expedicionarios españoles, M. Hamy dice que Álvaro de Saavedra, saliendo de Tidore el 3 de junio de 1528, después de una distancia calculada por el explorador en 250 leguas, costeó cien leguas una tierra de gente negra y cabeza lanuda. Se cree fundadamente que esa tierra es el noroeste de la Papuasia. En 1537, Hernando de Grijalva descubrió la *isla de los Crespos*, inmediata a la Papuasia, y en ese mismo viaje fué muerto por los indígenas. Después de la primera tentativa para volver a la Nueva España, el *San Juan*, de Ruy López de Villalobos, salió en mayo de 1545, mandado por Íñigo Ortiz de Retes y conducido por el piloto Gaspar Rico. Los viajeros llegaron el 6 de julio a un archipiélago de gente negra. «Pasadas estas islas —dice Herrera— vieron otra muy grande y de hermoso pare-

(1) *Esta es la relación y suceso de las cosas que han sucedido y pasado en el descubrimiento de las islas que el ilustre señor Alvaro Davendaña fué a descubrir el año de 1567, hasta el año de 1568, por mandado del muy ilustre señor el licenciado Castro, su tío gobernador y presidente de los reinos del Perú. Va sacada de verbo ád verbum de la que al señor presidente se le envió, el tenor de la cual es el que sigue.* En la Colección Muñoz, tomo XXXVII. *Documentos de Indias*, tomo V.

(2) *Memorial octavo dado a S. M. por el capitán Pedro Fernández de Quirós en 1606, sobre sus descubrimientos.* Colección Muñoz, tomo XXXVII. *Colección de Indias*, tomo V.

cer, por la cual costearon doscientas y treinta leguas, por la vanda del Norte, sin la poder ver cabo; y miércoles diez y siete se tomó el sol, en dos grados de la vanda del Sur, muy cerca de la isla grande,



Carta marina de Gastaldi. 1548

y a los veinte surgieron en ella, y tomaron agua y leña, y la pusieron por nombre la Nueva Guinea» (1).

Según Hamy, el verdadero descubridor de la Nueva Guinea es

(1) Déc. VII, lib. V, cap. IX.

Íñigo Ortiz de Retes, salido de la Nueva España con la expedición de Ruy López de Villalobos.

A su vez, como hemos visto, del Perú partió la expedición descubridora de Australia. El citado escritor Hamy habla de ella en estos términos: «Luis Váez de Torres mandaba la almiranta de la pequeña escuadra, que a las órdenes de Pedro Fernández de Quirós salió del Callao el 21 de diciembre de 1605 para descubrir las tierras australes. Sabido es por qué serie de circunstancias, después de haber descubierto los españoles algunas islas de la Polinesia, en vez de dirigirse a la isla de Santa Cruz, punto objetivo del viaje, llegaron el 1.° de mayo de 1606 a la bahía de San Felipe y Santiago, en el norte de la del Espíritu Santo, la más septentrional de las Grandes Cíclades de Bougainville, o Nuevas Hébridasde Cook. La capitana, cuya tripulación sublevada prendió a Quirós, hizo rumbo a América el 11 de junio, y la almiranta, abandonada a sus propios recursos, siguiendo hacia el oeste, por el día 26 ó 27 de aquel mismo mes, emprendía el admirable viaje que ha inmortalizado el nombre de su ilustre jefe. Quirós, que se esforzó siempre en disimular la verdadera causa de su mal éxito en el viaje de 1606, y que con tanta complacencia exageraba en sus *Memorias* la importancia de los resultados que, según él, se habían obtenido para España y para la religión, sólo de pasada y sin pormenores habló de los descubrimientos realizados por su maestre de campo después de la separación de ambos (1). Pero Figueroa, que no sin grande exageración habla de islas copiosas de oro, perlas y especias, visitadas por Torres, agregaba que éste «costeó ochocientas leguas, y llevando consigo algunos de los naturales, paró en Filipinas, de donde partieron las noticias relativas a este viaje». Con mayor precisión, Arias decía que, habiendo tenido conocimiento de una gran tierra desde el paralelo 11°, el marino español navegó hacia el oriente, y que llevó constantemente a la

(1) Fleurieu. Pág. 68.

derecha la costa de otra gran tierra, por la que siguió lo menos 600 leguas, según su propio cálculo (1). Dalrymple, que, como tenemos dicho, fué quien dió a conocer el texto de Arias, vió sin vacilar el paso de la almiranta en 1606, entre la Nueva Guinea y la Nueva Holanda (Australia), y dió el nombre de Torres al estrecho que separa estas dos grandes tierras. Veinte años después, Fleurieu interpretaba de igual modo la cita de Figueroa que dejamos mencionada (2).»

Así se prolongó en las islas oceánicas el esfuerzo inicial de 1492.

(1) Major. Pág. 48.

(2) Ernest T. Hamy: *Comentarios sobre algunas cartas antiguas de la Nueva Guinea, para servir a la historia del descubrimiento de aquel país por los navegantes españoles* (1528-1606). *Boletín de la Sociedad Geográfica de París*, noviembre de 1877. Traducción de D. Justo Zaragoza en el *Boletín Geográfico de Madrid*, tomo IV.

CAPÍTULO VII

El paso del Noroeste.

EL siglo XVI dejaba sin resolver una cuestión geográfica de importancia capital: el paso del Noroeste.

Hecho el descubrimiento del cabo Mendocino por la expedición que mandaba el infortunado Juan Rodríguez Cabrillo, es decir, desde 1543, se abandonó la exploración de la costa norteamericana.

Encontrada la ruta de Filipinas, o *vuelta del Poniente*, no se buscó el estrecho. Seguía hablándose del paso de un mar a otro, pero sin la fiebre de la inquietud que lleva a los descubrimientos. Pedro Menéndez de Avilés dirigía dos cartas a Felipe II, una el 15 de octubre de 1565, es decir, doce días después del regreso de Urdaneta a Acapulco, regreso que ignoraba Avilés, y otra el 12 de diciembre, cuando ya podía haber llegado a sus oídos la noticia del extraordinario suceso. Por lo que se ve, tanto el rey Felipe como el marino asturiano estaban hondamente preocupados por *la cuestión del estrecho*. Refería Pedro Menéndez de Avilés que en 1554 había llevado un hombre de la Nueva España, quien le refirió su entrada por un brazo de mar que desde Terranova corta por la Florida, y cuya extensión era de 400 leguas. En ese sitio, decía el informante de Menéndez de Avilés, la gente saltó en tierra, y a un cuarto de legua de distancia halló otro canal, por el que se navegó en cuatro bergantines pequeños, fabricados allí mismo. Pasadas 300 leguas, los exploradores llegaron a los 48°, y hallaron grandes poblaciones cerca de las minas de Zacatecas y San Martín.



Territorio del Noroeste.

En estas noticias había datos tan absurdos como aproximar los 48° con las minas de Zacatecas, situadas al sur del trópico de Cáncer. Pero desdeñando esa parte de la información, que bien podía ser una confusión de nombres, quedaba el dato de que al extremo del canal se había encontrado mar libre para China y Malaca.

El 30 de enero de 1566, Menéndez de Avilés, que estaba en la Habana, decía que, habiendo llegado allí el P. Urdaneta, «procedente de China», trató con él acerca del descubrimiento del estrecho de la Florida y de la manera de verificarlo (1). Nada se hizo, sin embargo. Los grandes marinos morían o envejecían. Juan Fernández de Ladrillaro, piloto, natural de Moguer y vecino de Colima, en una declaración jurídica que dió por el año 1574, dijo que existía el estrecho como a 800 leguas de Compostela, ciudad situada en la Nueva Galicia de la Nueva España. Él hubiera querido ir para ver si desembocaba, como decían, en el paraje donde los ingleses matan los bacalaos; pero detenido por los malos tiempos, se entretuvo en California, y allí recibió orden para ir al Maluco en compañía de Ruy López de Villalobos. Como se ve por esta declaración, Fernández de Ladrillaro era un viejo marino, y hablaba de expediciones que databan de treinta años.

Más de treinta años, en efecto, pasaron antes de que se avanzase en el descubrimiento de las costas norteamericanas, y el nuevo adelanto no fué obra de un español, sino del pirata inglés Sir Francis Drake, quien salió de Plymouth con cinco navíos el 5 de noviembre de 1577, y después de atravesar el estrecho de Magallanes en septiembre de 1578, recorrió las costas americanas, robando y asolando. Drake avanzó hasta los 48° de latitud norte, y puso a la

(1) *Relación del viaje hecho por las goletas «Sutil» y «Mejicana» en el año de 1792, para reconocer el estrecho de Fuca, con una Introducción en que se da noticia de las expediciones executadas anteriormente por los españoles en busca del paso del noroeste de la América.* De orden del rey. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1802. Págs. XXXVI a XLI.



Mapa de Mercator.

tierra el nombre de Nueva Albión, donde permaneció hasta 1579. Dando la vuelta por el cabo de Buena Esperanza, Drake hizo su entrada triunfal en Plymouth el 26 de septiembre de 1580. El 4 de abril de 1581 la reina Isabel comió con Drake a bordo del navío de éste, y ennobleció al célebre pirata y navegante.-Los ingleses conservaron el navío de Drake, como los españoles el de Elcano, y cuando se destruyó hicieron con sus restos un sitial que existe aún en Oxford.

Un año antes de la salida de Drake, Martín Frobisher emprendió el viaje al noroeste. Reconoció las costas de Groenlandia y del Labrador, y descubrió el estrecho de su nombre. Volvió llevando una piedra que parecía contener mucho oro, y con esperanza cierta de hallar la ruta para Cathaya. Ese primer viaje se había hecho entre el 8 de junio y el 12 de octubre de 1576. En 1577, Frobisher emprendió nuevo viaje, sin otro resultado que llevar un cargamento de las supuestas piedras de oro, y dar el nombre de *Meta Incógnita* a la tierra descubierta. El tercer viaje, hecho en 1578, fué completamente inútil, como los que en ese mismo año emprendieron Arthur Pet y Charles Jackman. John Davis siguió a estos exploradores en 1585, y continuó sus trabajos de descubrimiento hasta 1587, sin pasar del mar de Baffin.

La Nueva España hacía una tentativa en consonancia con las ideas geográficas. Se tenía como segura la existencia de un estrecho, llamado de Anián, entre China y California. El marino Francisco Gali organizó la expedición descubridora bajo inspiraciones muy acertadas, pues salió de Acapulco para Filipinas, con el propósito de ir de allí a Macao y pasar de Macao a la costa opuesta, en donde se hallaría el estrecho. El resultado de este viaje fué que Gali llegara a los 57° 30′, en las costas americanas, y que las reconociera hasta el cabo de San Lucas. Volvió a Acapulco, su punto de partida, animado del deseo de emprender una nueva expedición y con la seguridad de que hallaría el estrecho. El procedimiento de Gali era, en efecto, el

mejor para avanzar hacia el norte por aproximaciones sucesivas. El arzobispo virrey D. Pedro Moya de Contreras prestó atención a los planes de Gali, y aun se hablaba de un tal Jaime Juan, inventor



Mapa de Wytfliet. 1597.

de instrumentos para conocer la variación de la aguja, que debía tomar parte en las expediciones.

Todos creían que el estrecho de Anián existía, y muchos asegu-

raban que por allí entraban los ingleses en el Pacífico. Esta creencia pareció confirmarse con la nueva expedición pirática que, a imitación de la de Drake, dirigió Tomas Cavendish, quien saliendo de Plymouth el 25 de julio de 1586, pasaba el estrecho de Magallanes, robaba e incendiaba las ciudades chilenas, peruanas y mejicanas en 1587, se apoderaba del galeón de Filipinas, se estacionaba en California, y regresaba indemne a Plymouth el 9 de septiembre de 1588.

Ahora bien, precisamente a este año corresponde un documento misterioso concerniente al estrecho. Lleva este título: «*Relación del descubrimiento del estrecho de Anián que hice yo, el capitán Lorencio Ferrer Maldonado, el año 1588, en la cual está la orden de la navegación y la disposición del sitio y el modo de fortalecerlo, y asimismo las utilidades desta navegación, y los daños que de no hacerla se siguen*» (1).

La Memoria de Ferrer Maldonado decía que salió de Lisboa, y navegando 460 leguas al noroeste, hasta la altura de 60°, avistó la isla de Frislandia. De allí siguió al oeste, por el paralelo de los 60°, y caminó 160 leguas hasta la tierra del Labrador. Encontró el estrecho, y lo describía diciendo que tenía una entrada de 300 leguas, y que corría entre una tierra baja al poniente y una montuosa y alta al oriente. De dos bocas que le asignaba, una se inclinaba al estenordeste y otra al noroeste. Tomando ésta, caminó 80 leguas hasta llegar a los 64°; de allí corrió 120 leguas al norte; en los 72° volvió a inclinarse hacia el noroeste, y en los 75°, después de navegar 90 leguas, quedó fuera del estrecho. Daba a éste de 20 a 30 leguas de anchura, y lo creía habitado hasta los 73°. Allí torció el rumbo al oeste cuarta del sudoeste, hasta los 71°, 350 leguas, y luego, a la vuelta del oestesuroeste, por 450 leguas, bajó hasta los 60°, donde el navegante tomó el estrecho de Anián. Costeó hacia el sudeste 100 leguas, hasta los 55°, y navegando cuatro días en mar libre, encontró una

(1) Colección Muñoz, tomo XXXVII. *Documentos de Indias*, tomo V.

tierra de grandes serranías, de nordeste a sudoeste, que parecía de tártaros.

El escrito de Ferrer Maldonado, aunque referido a un viaje hecho en 1588, data de 1609, año en que llegó su autor a Madrid, dándose a conocer como «marinero alquimista, ignorante y charlatán». Parece, por lo que dice D. García de Silva y Figueroa en sus *Comentarios*, que nadie dió importancia a la fábula de Ferrer Maldonado, pues aparte del mal clima de las tierras boreales, una vuelta a los 75° no abreviaba el viaje (1).

Otra fingida expedición, de la misma índole, y referida al año 1592, suponía la existencia de un estrecho, encontrado por un griego, Apóstolos Valerianos, que firmaba con el nombre Juan de Fuca. El estrecho de Juan de Fuca se suponia entre los 47° y 48° de latitud norte, y se creía que habia dado paso a aquel marino del Pacífico al Atlántico. Aunque esa parte de la costa ya estaba explorada, se buscó el estrecho, y el reconocimiento no produjo ningún resultado positivo.

En 1595, el virrey de la Nueva España, D. Luis de Velasco, habia dispuesto que la nao *San Agustín* partiese de Filipinas hacia California para que reconociese el puerto de San Francisco. La nao se perdió, o no llevó datos concluyentes. En 1596, Felipe II ordenó que se reconociese y poblase la California, y dispuso que la parte naval de las expediciones relativas fuese confiada a Sebastián Vizcaíno, afamado marino y soldado de mucha pericia, enviado expresamente con ese fin a la Nueva España. Las dos tentativas colonizadoras de Vizcaíno en la costa oriental y en la occidental de la península californiana fueron dos fracasos, y la tentativa de exploración de las costas de la Alta California también se malograron. Era cosa bien sencilla

(1) *Comentarios de la embajada al rey de Persia*, en Eugenio Llaguno. *Historia del Gran Tamerlán*. Véase el estudio de Fernández Navarrete, con dictámenes de Ulloa y Malaspina, en *Doc. inéditos de España*, tomo XV.

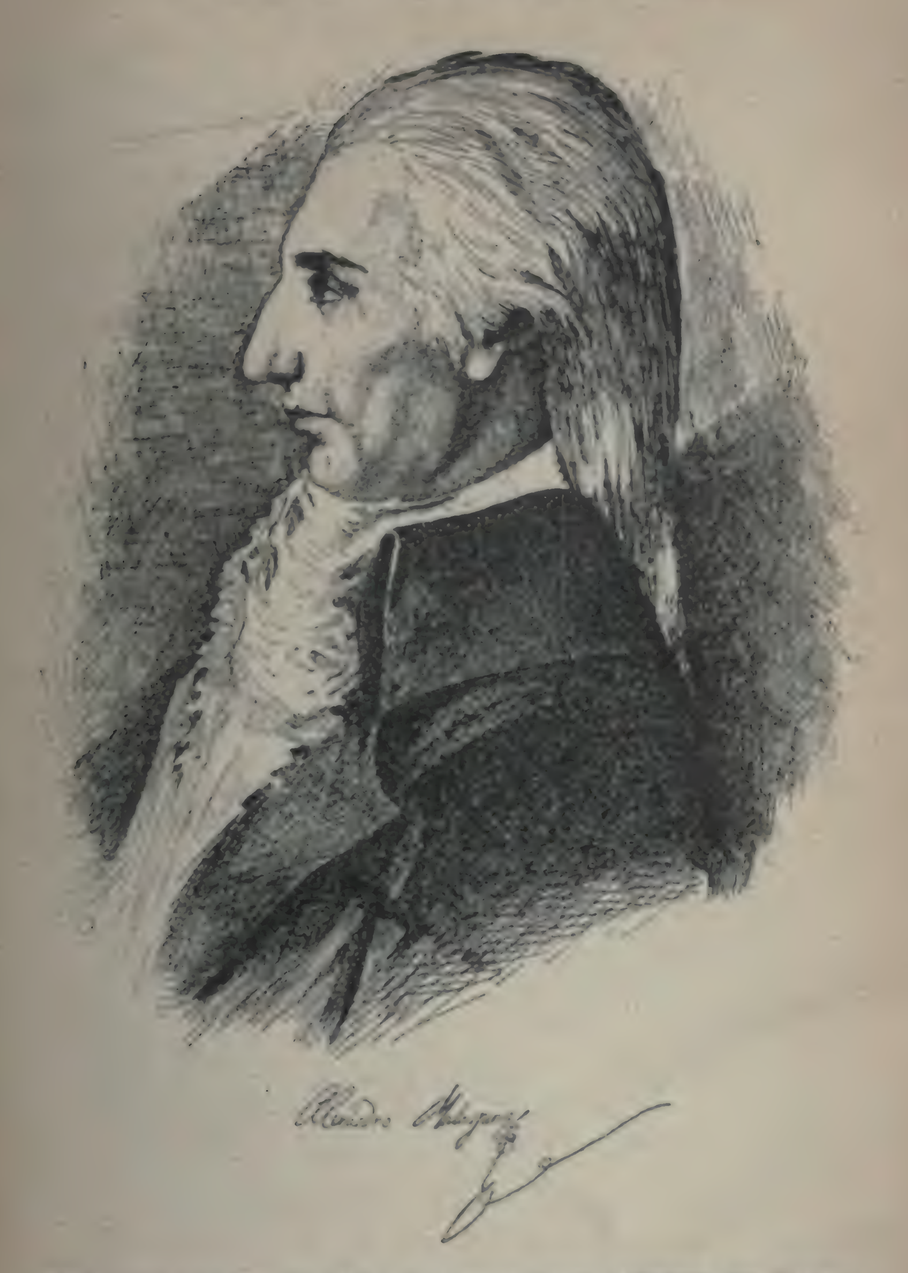
hablar de colonias en esos países y firmar un papel para que se hicieran, pero muy difícil, imposible más bien, realizar aquellos planes sin plan, en territorios desiertos, aislados y miserables. La exploración marítima, por otra parte, reclamaba elementos de que no disponía el virreinato. Esta es la verdad.

A principios del siglo XVII, propiamente entre el 5 de mayo de 1602 y el 21 de marzo de 1603, Sebastián Vizcaíno hizo nueva tentativa, que fracasó, y de la que no queda otro recuerdo que la momentánea ilusión de haberse encontrado el estrecho de Anián, que iba a dar a la gran ciudad de Quivira, y que no era sino la desembocadura de un río, al norte de los 43°.

Una tercera invención, que fué probablemente una superchería del cartógrafo holandés, supuso el viaje de un Bartolomé de Fonte o Fuentes, salido del Callao el 3 de abril de 1640, y explorador de la costa de California hasta los 77° de latitud norte, en donde se situaba una península de Conibaset, un lago Bello y una ciudad encantadora, Canoset (1).

Estas relaciones fantásticas no podían ser desmentidas positivamente, y, lejos de ello, eran apoyadas por la credulidad en otras más fantásticas aún, referidas a los tiempos de Drake, el héroe fabuloso del estrecho. Fué necesario que pasara la época de los pechelingues, y que entrara la de los conflictos directos de potencia a potencia, y fué necesario, sobre todo, que el avance de la población mejicana hacia el norte, y el establecimiento de las misiones californianas, facilitasen los medios de exploración, a la vez que estimulasen el celo de los marinos, para que el temor de que los rusos estableciesen factorías en California, despertase el interés por las exploraciones del norte. El conde de Lascy, plenipotenciario de España en Rusia, comunicó al gobierno de Madrid que los rusos estaban en América, y aun envió copia de mapas. El gobierno de Madrid ordenó al virrey

(1) Orozco y Berra: Op. cit., pág. 179.



(Reproducido de la obra «Viaje político científico alrededor del Mundo», con autorización de D. Pedro de Novo y Colson).

de Nueva España, Bucareli, en abril y septiembre de 1773, que averiguase la verdad de aquellos informes, y que si los confirmaba, se opusiese al establecimiento de los rusos.

Un experto marino mallorquín, D. Juan Pérez, que conocía perfectamente bien la navegación de Filipinas, salió de San Blas el 24 de enero de 1774, y el lunes 8 de agosto del mismo año, la fragata *Nueva Galicia* fondeaba en el abra llamada San Lorenzo, que es conocida con el nombre de Nutka. Cuatro años después llegaba a ella el capitán Cook, y la designaba como *King George's Sound.*

Comenzaba una serie de expediciones, notabilísimas por la perfección de los métodos del reconocimiento. Las naciones marítimas se disputaban aquellos parajes, y los geógrafos emulaban para conocerlos y describirlos. De la Nueva España salieron casi todas las expediciones que dejaron determinada la cartografía de las costas norteamericanas del Pacífico. Humboldt dice: «El número considerable de nombres españoles que Vancouver ha conservado en sus cartas, prueba que las expediciones de que acabamos de hablar someramente no han contribuído poco a conocer una costa que desde el 45° de latitud, hasta el cabo Douglas, al oriente de la entrada de Cook, está hoy levantada con mayor exactitud que la pluralidad de las costas de Europa.»

Las expediciones a que se refiere el barón de Humboldt fueron las llamadas de altura. Es la primera la de D. Juan Pérez. La segunda estuvo a cargo de D. Bruno de Ezeta y D. Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. La tercera fué mandada por D. Ignacio Arteaga y D. Juan de la Bodega y Cuadra. La cuarta, por D. Esteban José Martínez y D. Gonzalo Gabriel López de Haro. Otros marinos hicieron reconocimientos que les dieron nombre. Tales fueron D. Salvador Fidalgo y D. Manuel Quimper, D. Francisco Elisa y D. Juan Manuel Zayas.

La célebre exploración de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, que salió de Cádiz el 30 de julio de 1789, al mando del insigne mari-



Corbeta de Malaspina. (Reproducida con autorización de D. Pedro de Novo y Colson.)

no D. Alejandro Malaspina, cierra el ciclo de los grandes hechos que España entregó a la historia geográfica. En América, Malaspina hizo una serie de observaciones admirables, desde la desembocadura del Río de la Plata, en el Océano Atlántico, hasta la entrada del Príncipe Guillermo, en el Pacífico del norte. Los hombres de ciencia comparan los trabajos de Malaspina con los de Cook, Laperouse y Vancouver. Era el año de 1791. El 1.° de mayo salían de Acapulco la *Descubierta* y la *Atrevida*. Acababa de leerse una Memoria de M. Buache en la Academia de Ciencias de París, y en ella se sostenía la realidad del viaje de Ferrer Maldonado. Vacilaba —dice Orozco y Berra— el ánimo de los más entendidos. Malaspina recibió una orden para que procediese a investigar el punto, y lo hizo con un rigor científico que el barón de Humboldt califica de insuperable (1).

Disipado el encanto del canal de Ferrer Maldonado, quedaba la cuestión del canal de Fuca *(Apóstolos Valerianos)*. Ésta se resolvió por las goletas *Sutil* y *Mejicana*, al mando de los capitanes de fragata D. Dionisio A. Galiano y D. Cayetano Valdés, quienes dejaron como cosa averiguada «que los canales, bocas y senos del estrecho de Juan de Fuca no se dirigen a las bahías de Hudson y de Baffin».

Por último, el virrey conde de Revillagigedo dispuso que se esclareciese el punto de los descubrimientos del supuesto almirante Fonte, y se comisionó para ello al teniente de navío D. Jacinto Caamaño, al mando de la fragata *Aranzazu*. En cumplimiento de esta orden, se hizo un reconocimiento hasta la parte septentrional de la Reina Carlota en 1792, y se destruyó la impostura.

España y el virreinato de Méjico habían realizado, pues, las operaciones conducentes al estudio de la inmensa costa que corre desde

(1) *Viaje político-científico alrededor del Mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», al mando de los capitanes de Navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794.* Publicado con una introducción por D. Pedro de Novo y Colson, teniente de Navío y académico de la Real de la Historia. Madrid, 1885.



los 12° a los 61° de latitud norte, dice el insigne historiador y geodesta Orozco y Berra (1).

Otras naciones contribuyeron a estas exploraciones, y en una parte de América ellas reivindican el honor de la dura tarea. En el

(1) Op. cit., pág. 307.

extremo sur, por ejemplo, el cabo de Hoornes, vulgarmente llamado cabo de Hornos, fué descubierto en 1616 por Le Maire, quien pasó entre la Tierra de Fuego y la isla de los Estados. El nombre que se le puso al cabo austral de América es el de la ciudad natal de Le Maire, en Holanda.

Por el lado del noroeste ya se ha visto el esfuerzo iniciado a fines del siglo XVI por los ingleses. Después de Frobisher y John Davis, cuyas tentativas acaban en 1587, las empresas marítimas hacia el noroeste no se renuevan sino en tiempo de Jacobo I. A esos años corresponden las expediciones de Henry Hudson. Fué éste en el *Media Luna* al río de su nombre, y lo remontó hasta Albania, hoy capital del Estado de Nueva York, y en 1610 se dirigió al estrecho que también lleva el nombre de aquel audaz navegante, entre el Labrador y la *Meta Incógnita*. Creía haberse descubierto el estrecho magallánico del norte, y Hudson salió en una nueva expedición, de la que no volvió. Descubrió la bahía de Hudson, y luchó valientemente durante un año, desde fines de julio de 1610 hasta fines de junio de 1611, para llevar adelante la exploración de esa bahía hasta los 52°. Rebelada la tripulación, Hudson fué abandonado con su hijo y ocho marineros fieles en una lancha, y no volvió a saberse de él. En 1612 se organizó una expedición para buscarlo, pero todas las pesquisas fueron inútiles. Uno de los expedicionarios, Burtton, creía que el estrecho se abría en el mar de Hudson, por cierta observación que hizo en sus corrientes, y esto dió origen a nuevas tentativas.

El capitán Robert Bylot salió en la *Discovery*, acompañado por William Baffin, quien había hecho ya una expedición a Groenlandia. Bylot era un marino de mucha energía, y Baffin un hombre de ideas, que había puesto en práctica el método de las distancias lunares para determinar las posiciones, según las indicaciones teóricas de Werner y Apiano. Los exploradores llegaron al canal de Fox, y sin pasar adelante, regresaron a Inglaterra.

Buscando otra ruta, siguieron la que lleva al mar de Baffin, y después de encontrar cerrado el paso en el estrecho de Smith, se creyó que el del oeste estaba abierto en el de Jones y Lancaster,



pero fué necesario retroceder, y en esta vez, lleno de desencanto, Baffin declaró que no existía medio de pasar al Pacífico.

Transcurrieron doscientos años sin que nada se lograse, a pesar de las recompensas ofrecidas por el gobierno inglés en el siglo XVIII, hasta que en el XIX John Franklin, Ross, Parry, Mac Clintok y



España en los tres siglos de las exploraciones.

MacClure dejaron escritos sus nombres en la cartografía del archipiélago Glacial, y resuelto por el último, en 1854, el problema de los tiempos de Ferrer Maldonado. El viaje hecho por MacClure entre los dos océanos se hizo por combinación de buques en sentido contrario. El noruego Roald Amundsen fué quien logró navegar

directamente de un océano al otro en 1905, a bordo de un velero de 47 toneladas, con motor de petróleo y siete tripulantes (1).

Había paso entre ambos océanos, pero no aprovechable para el comercio.

El único paso útil era el que Carlos V buscaba por el río Chagre, consultando a las autoridades municipales de Panamá la apertura de una vía entre ese puerto y el curso superior del río, plan que Pascual de Andagoya declaró irrealizable, como tenía que declararlo, dados los medios con que contaba la ingeniería de aquel siglo.

(1) *Le passage du Nord-ouest par le capitaine Roald Amundsen. Traduit par M. Charles Rabot*. Paris, 1909.

ÍNDICE DE MATERIAS

Índice de materias

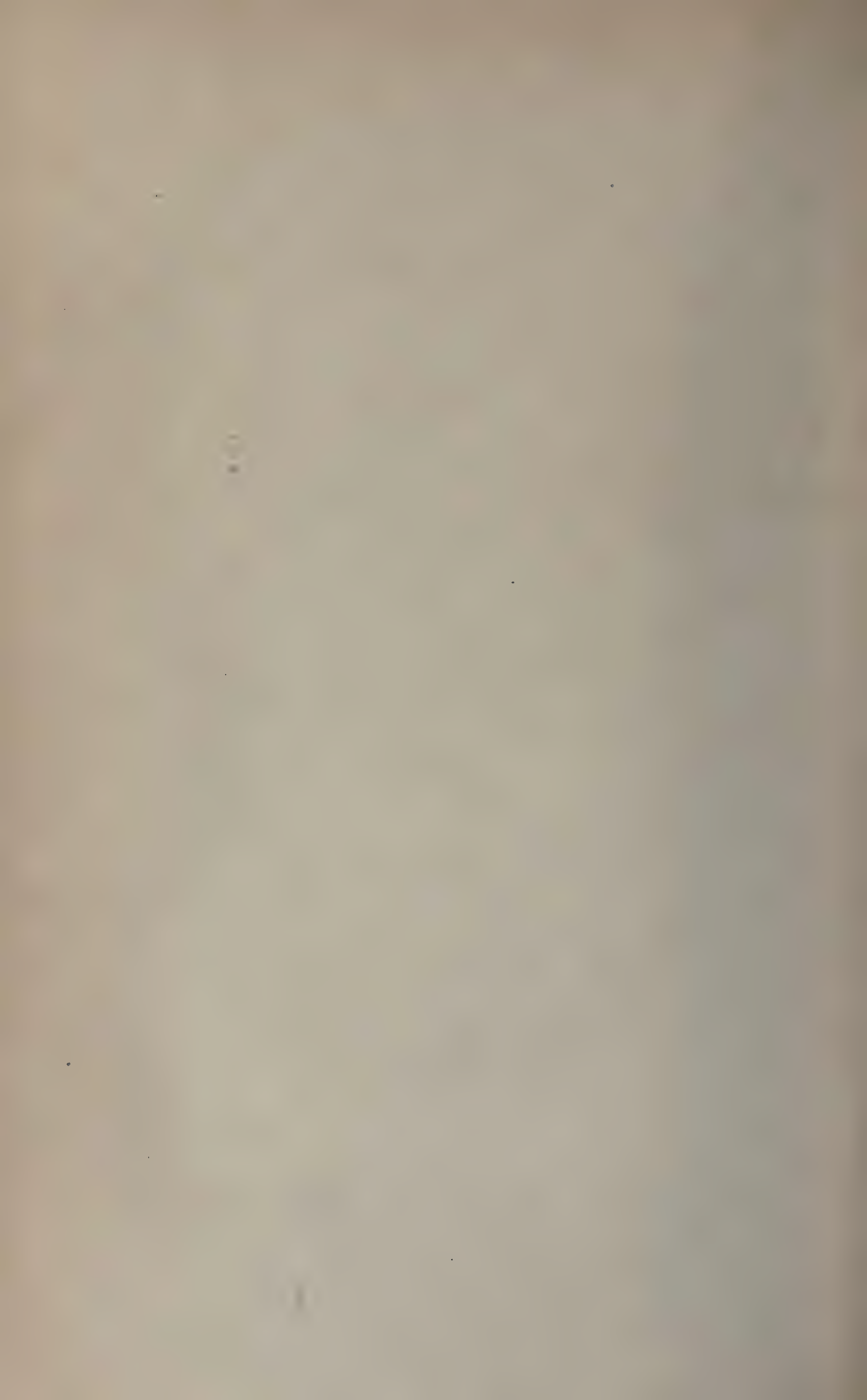
ÍNDICE DE GRABADOS

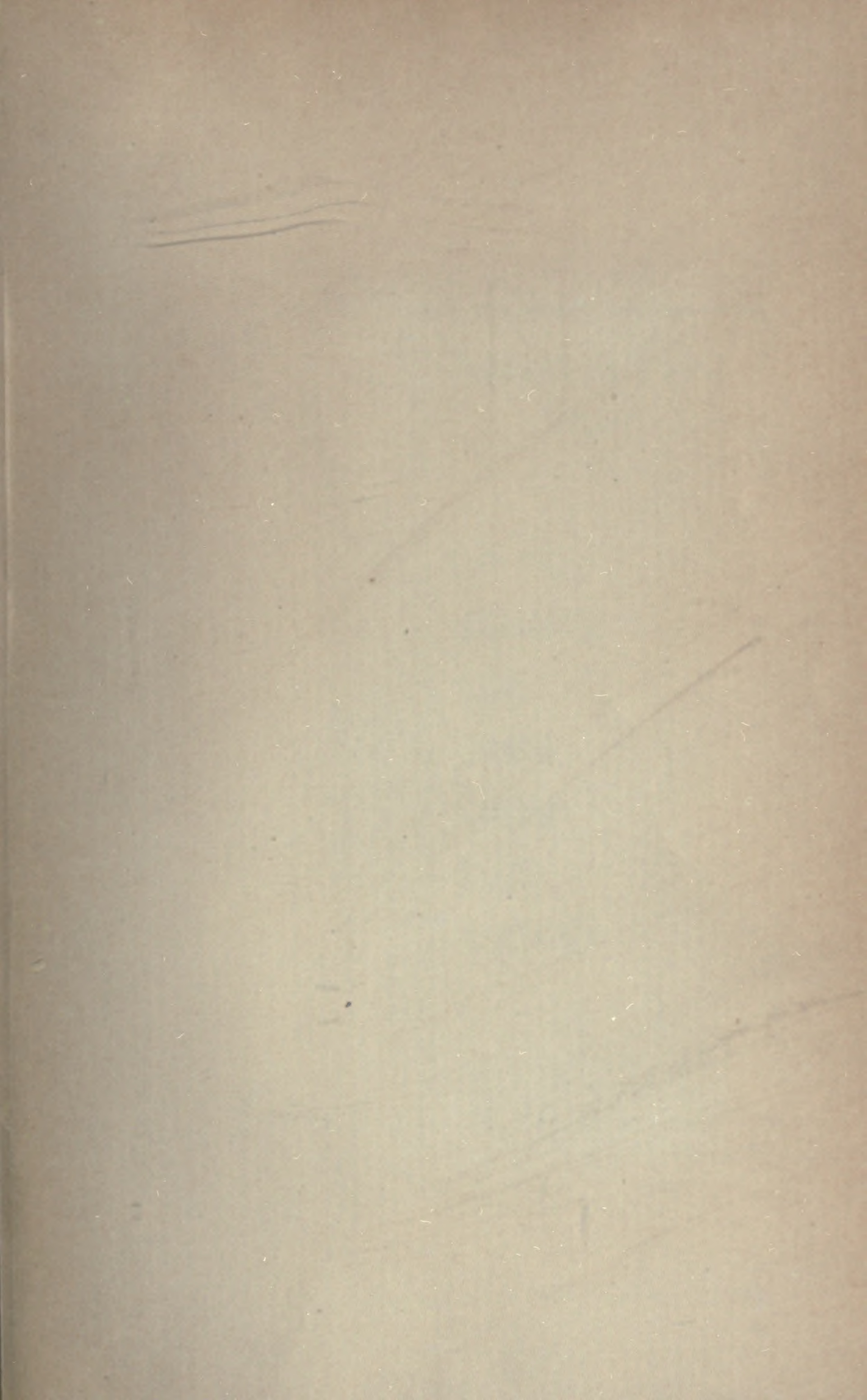
Índice de grabados

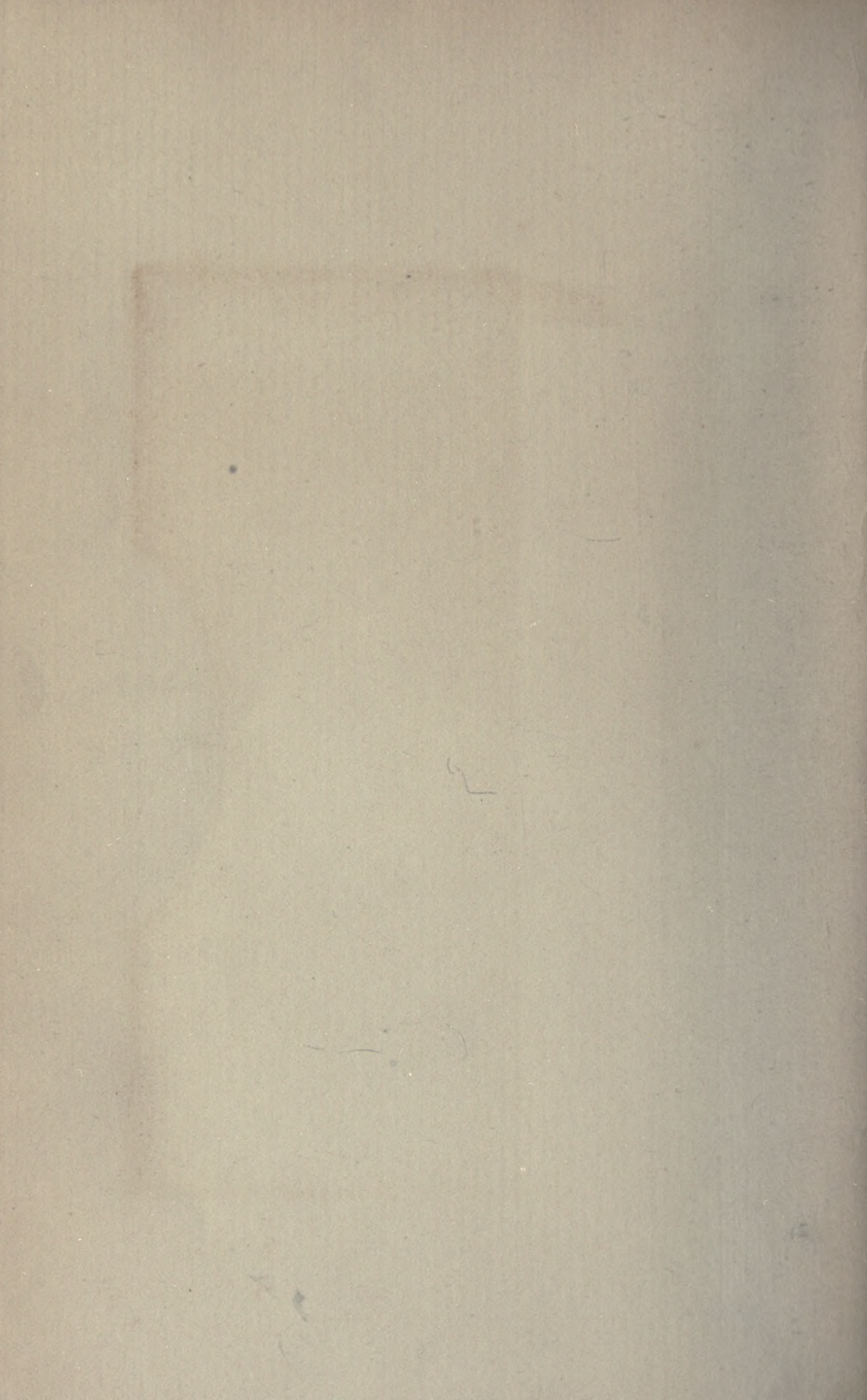
Índice de grabados

95 8192028











ENCUADERNACIÓN "CALLEJA"